



# EL ENEMIGO DE LAS MUJERES

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous ses pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición impresa como manuscrito, autorizada para  
TEATRO MUNDIAL.

# EL ENEMIGO DE LAS MUJERES

Juguete cómico en tres actos

basado en la obra PLACE AUX FEMMES! de

ALBIN VALABREGUE Y MAURICIO HENNEQUIN

Adaptación española de

**Federico Reparaz**

---

Estrenado en el Teatro Cervantes, de Madrid, el 23 de Diciembre de 1911,  
por la Compañía Simó-Raso



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barará, 15

1915



# REPARTO

---

## Personajes

## Actores

|                                  |                 |
|----------------------------------|-----------------|
| REGINA . . . . .                 | Srta. Palma.    |
| EMILIA . . . . .                 | Sra. Romero.    |
| LORETO . . . . .                 | » Toscano.      |
| MARGARITA . . . . .              | Srta. Díaz.     |
| ROSA . . . . .                   | Sra. López.     |
| ANGELA . . . . .                 | Srta. Villamar. |
| CONDESA DE PEÑAS ARRIBA. . . . . | » Gracia.       |
| LA PORTERA . . . . .             | Sra. Simó-Raso. |
| ASUNCIÓN. . . . .                | Srta. Recatero. |
| JOSEFINA . . . . .               | » Calvo.        |
| DON PRUDENCIO . . . . .          | Sr. Simó-Raso.  |
| CLODOMIRO . . . . .              | » Larra.        |
| RAFAEL . . . . .                 | » Del Cerro.    |
| PEPE . . . . .                   | » Thomas.       |
| JUAN . . . . .                   | » Pertusa.      |
| EL COCINERO . . . . .            | » Hidalgo.      |

*La acción en Madrid. — Época actual.*

---

*Derecha e izquierda, las del actor.*

---



## ACTO PRIMERO

---

Sala en casa de Calzadilla. Puerta al foro que da al recibimiento y otra en la segunda izquierda. Dos puertas a la derecha. En la primera izquierda, chimenea; delante de ésta, una mesa. Sillas a cada lado de la mesa y un sofá a la derecha. Butacas, bibelots, etc. Mobiliario lujoso.

### ESCENA PRIMERA

ANGELA, después RAFAEL.

Al levantarse el telón, Angela entra por la segunda derecha con una jardinera que coloca en un mueble en el foro izquierda. Llaman.  
Vase por el foro y abre.

RAFAEL (Por el foro, seguido de Angela, y pasando a la derecha.) Buenos días, Angela.

ANGELA Felices, don Rafael.

RAFAEL ¿Y doña Emilia? (Dándole su bastón y su sombrero.)

ANGELA Está en su bufete.

RAFAEL Olvidaba que es la hora que mi suegra, la notable *jurisconsult*a doña Emilia Rodríguez de Calzadilla, ha señalado para recibir a sus clientes. ¿Pero vienen clientes?

ANGELA Hasta ahora sólo ha venido uno.

RAFAEL ¡Imposible!

ANGELA Sí, señorito... se equivocó de piso... Creía que llamaba en casa del abogado de arriba.

- RAFAEL (Aparte; sentándose en el sofá.) ¡ Ah, bien decía yo !...
- ANGELA ¡ Otra cosa sería si la señora pudiera informar ante los tribunales y darse a conocer como abogada !
- RAFAEL ¿ Y mi cuñada Regina, está visible ?
- ANGELA La señorita está en su estudio pintando el retrato de don Clodomiro Argumosa.
- RAFAEL ¿ Y mi cuñada Loreto ? A esa por lo menos se la podrá ver...
- ANGELA Ha ido a visitar a un enfermo.
- RAFAEL ¿ Y la dejan que vaya sola ?
- ANGELA ¡ Para eso es doctora y cirujana !... Pero tranquilícese usted ; cuando la señorita va a visitar a un enfermo del sexo peligroso, la acompaña siempre la portera. (Angela deja el bastón y el sombrero en el perchero del recibimiento.)
- RAFAEL (Levantándose y contando por los dedos.) Mi suegra en el bufete ; Regina en su estudio, y Loreto visitando enfermos... ¿ Quién queda en esta casa para recibirme ?
- ANGELA (Bajando y pasando a la izquierda.) ¡ Yo !
- RAFAEL (Açordándose de repente.) ¿ Pero y mi suegro ?
- ANGELA Don Prudencio está muy ocupado en este momento.
- RAFAEL ¿ En qué ?
- ANGELA Contando la ropa... ¡ Hoy es el día de la planchadora !...
- RAFAEL Claro, como que el pobre es quien se ocupa de la casa...
- ANGELA Y a propósito de Rosa la planchadora : si yo fuera chismosa le contaría a usted...
- RAFAEL (Severo.) ¡ Nada de chismes !... (Bajo, interrogándola.) ¿ Y qué me contaría usted, poco más o menos ?
- ANGELA Como ha dicho el señorito que nada de chismes...
- RAFAEL Quise decir, nada de embustes. Pero si es verdad puede usted hablar. A mí no

me asusta la verdad... cuando se refiere a los demás.

ANGELA

Pues mire usted: la semana pasada, cuando don Prudencio estaba con la planchadora, fui a ver si quería que yo la ayudase, y...

RAFAEL

¿Y qué?

ANGELA

Y vi que estaba tapando con papel el ojo de la cerradura... (Se ríe significativamente.)

RAFAEL

(Muy serio, después de haberse reído.) Para evitar corrientes de aire.

ANGELA

¡Quíá!

RAFAEL

¡Basta! Si otra vez vuelve a criticar a sus amos, la denuncio. (Pasando a la izquierda.) Sabe Dios lo que dirá usted de mí cuando yo no esté delante.

ANGELA

¡Eso sí que no! ¡Si usted supiera lo que le quieren todos los criados! ¡Aseguran que es usted muy gracioso!

RAFAEL

Celebro que opinen así.

ANGELA

Y en cuanto a la señorita Margarita...

RAFAEL

¿Qué dicen de mi mujer?

ANGELA

Todo el mundo asegura que es una perla.

RAFAEL

Están equivocados. La perla procede de la ostra, y eso es una ofensa para mi suegra. (Se acerca a la chimenea y se mira al espejo.)

ANGELA

¡A mí su suegra de usted me parece una mujer tan inteligente! ¡Hay que ser justos! ¡Nunca se ocupa de los criados, y esa es una gran cualidad!

RAFAEL

Dispense usted si no la detengo más tiempo. ¿Quiere usted hacerme el favor de decir a don Prudencio que le espero aquí? No entro a ver a mi cuñada a su estudio, porque se pondría furiosa.

ANGELA

¿Se venden los cuadros de la señorita?

RAFAEL

¿Me parece que usted me interroga?

ANGELA

¿Hago mal?

RAFAEL

(La mucha confianza es causa de menosprecio... Voy a hacerla comprender la distancia que nos separa.) ¡Angela!



(Dándole una moneda.) ¡Tome usted un duro y váyase!

ANGELA (Contenta.) Gracias, señorito.

RAFAEL (Así cada uno queda en su sitio... excepto el duro.)

ANGELA (¡Qué simpático es este hombre!) (Vase primera derecha.)

## ESCENA II

RAFAEL solo; después DON PRUDENCIO.

RAFAEL (Pasando a la derecha.) ¡Cada vez que pienso que mi mujer, tan buena y tan razonable, procede de esta familia de locos, comprendo que la Naturaleza tiene misterios insondables.

PRUDEN. (Por la izquierda, sin ver a Rafael, y escribiendo el cuaderno de la planchadora.) «Ocho camisas de mujer, tres calzoncillos, seis chambras...»

RAFAEL (¡Mi suegro!) ¡Hola, don Prudencio!

PRUDEN. Buenos días, Rafael... «Un camisón, docena y media de pantalones...»

RAFAEL ¿Qué tal?

PRUDEN. (Sentándose a la mesa.) Bien... Estoy muy ocupado contando la ropa mientras viene la planchadora... Hoy toca planchadora.

RAFAEL (Con malicia, sentándose a la derecha de la mesa.) ¡Y esta noche toca estar más cansado que de costumbre!

PRUDEN. (Molesto.) ¿Eh, qué quieres decir?

RAFAEL (Intencionado.) ¡Vamos, bien sabe usted a quien me refiero: a la Rosa!

PRUDEN. Mira, yerno... Te aseguro...

RAFAEL Un consejo. Si a su esposa se le ocurriese salir de su bufete para ir a... (Gesto de mirar.)

PRUDEN. Ya lo he pensado y por eso echo la llave. (Gesto de echar la llave.)



RAFAEL (Alegremente.) ¿Ve usted? ¡Convicto y confeso!

PRUDEN. ¡Galle, es verdad! Rafael, ¿cómo sabes esas cosas?

RAFAEL (Levantándose y también don Prudencio.) ¡Yo lo sé todo!

PRUDEN. Puesto que lo sabes todo, sabrás que hoy se vota en el Congreso el proyecto relativo al acceso de la mujer a todas las profesiones...

RAFAEL ¡Valiente barbaridad! Si mi suegra tiene autorización para informar ante los Tribunales, será una desgracia para la familia.

PRUDEN. ¿Una desgracia?... ¡Chico, si es mi única esperanza!

RAFAEL ¿Habla usted en serio?

PRUDEN. Naturalmente. Cuando mi mujer pueda ejercer la profesión de abogado irá a la Audiencia y al Supremo y no estará aquí. ¡Mi mujer en el Supremo! ¡La suprema felicidad!

RAFAEL ¡Ah, vamos!

PRUDEN. ¡Hace veintiocho años que Emilia me aplasta, me apisona, me machaca, ¡me... cachis!

RAFAEL ¿Y por qué no trata usted de tener energía?

PRUDEN. ¿Tener energía...? ¡Sí, sí! Apabulla un sombrero de copa diariamente durante veintiocho años y pídele que se ponga tieso de repente. Tal es mi situación. No se me dice una palabra, ni se me consulta para nada. Mi mujer no me reconoce más que un derecho: ¡el de callarme! ¡Y aguantar que envenene mis días y mis noches!

RAFAEL ¿Las noches también?

PRUDEN. ¡Lo envenena todo! Se levanta diariamente a las tres de la mañana y se pasea por la alcoba, declamando en voz alta los discursos de Cicerón.

- RAFAEL. ¿En latín?  
PRUDEN. En latín, y con piedrecitas en la boca como Aníbal.  
RAFAEL. ¡ Como Demóstenes !  
PRUDEN. ¡ Como quieras ! ¡ Ay, Rafael, el día que toca planchadora es el único feliz para mí !  
RAFAEL. (¡ Pobre don Prudencio !)  
PRUDEN. ¡ Cada vez que pienso que me batí por casarme con ella !  
RAFAEL. ¿De veras?  
PRUDEN. (Sentándose a la mesa.) ¡ Palabra de honor ! Eramos dos pretendientes, un tal don Homobono Cañete y yo.  
RAFAEL. (Sentándose a la derecha de la mesa.) ¿ Y quién salió herido ?  
PRUDEN. Ninguno... El lance debía verificarse en el camino de Canillejas, y yo entendí en el camino de Carabanchel... Estuve allí esperando, y al cabo de una hora, viendo que no venía nadie, volví a mi casa y no sé qué se habrá hecho de él... (Escribiendo.) « Un trapo de cocina... »  
RAFAEL. (Sorprendido.) ¿ Qué ?  
PRUDEN. No, no es eso. Creo que entró en la magistratura.

### ESCENA III

Dichos y CLODOMIRO.

- CLODOMI. (Por la derecha; a Rafael que se levanta.) Me han dicho que me esperabas... (Viendo a don Prudencio.) Creí que estabas solo.  
RAFAEL. (Presentando a don Prudencio, que se levanta.) El señor Calzadilla, mi suegro.  
CLODOMI. ¿ Eh ? ¿ Pero doña Emilia no es viuda ?  
PRUDEN. (Estupefacto.) ¡ No, al menos hasta que yo suba al cielo ! ¡ que subiré !  
CLODOMI. Usted dispense... Creía... Hace una se-

mana que vengo aquí y es la primera vez que oigo hablar...

PRUDEN. ¡Ni siquiera se ocupan de mí!

RAFAEL (Aparte, mirando a su suegro.) ¡Un cero a la izquierda!

CLODOMI. ¡Yo creí que era viuda!

RAFAEL (Presentando.) El señor Argümosa...

PRUDEN. Tengo mucho gusto... (Estrechando su mano.)

CLODOMI. (Idem.) El gusto es el mío... (Aparte, emocionado.) ¡El padre de mi pintora!

PRUDEN. (Curioso, aparte a Rafael.) Oye, Rafael, ¿a qué viene este señor a mi casa?

RAFAEL. Porque Regina le está retratando.

PRUDEN. ¡Ah! ¿con qué es usted el caballero a quien está pintando ahora mi hija?

CLODOMI. (Pasando al centro.) ¡Sí, señor! ¡Qué talento ha transmitido usted a esa muchacha!

PRUDEN. Es favor. Se transmite lo más que se puede.

RAFAEL. ¿Luego estás satisfecho...?

CLODOMI. ¡Contentísimo, entusiasmadísimo...! ¡Es tan original! ¡Se sale tanto de lo corriente! ¡Mira, me está retratando de espaldas!

PRUDEN. }  
RAFAEL } (A la par.) ¿De espaldas?

CLODOMI. ¡Sí, en esta postura!... (Adoptando la postura y volviendo la espalda al público.) La cabeza graciosamente de perfil... la mirada interrogando al cielo...

PRUDEN. Como diciendo parece que va a llover.

CLODOMI. ¡Por la derecha recibo una luz azulada y por la izquierda una luz roja que se armonizan y confunden en mi rostro!

RAFAEL. ¿Azul y roja?

CLODOMI. Que se armonizan.

PRUDEN. Pues va usted a salir con la cara violeta.

CLODOMI. (Volviéndose.) ¡No sé con qué cara voy a salir porque no entiendo una palabra de pintura, pero tengo la convicción de que es genial!

PRUDEN. ¿Y se terminará pronto?

CLODOMI. ¡ Desgraciadamente ! ¡ Son tan interesantes estas sesiones ! ¡ Hay que convencerse, una mujer vulgar no es más que una mujer, mientras que una mujer abogado, como doña Emilia, pintora como Regina o médico como Loreto, tienen un sello especial de originalidad que encanta !

PRUDEN. (¡ Desgraciado, cómo se conoce que no has visto más que el escaparate !

CLODOMI. (A Rafael.) Únicamente tu mujer es la que no tiene profesión en la familia.

RAFAEL. (Irónico.) Sí. ¡ Tiene el atrevimiento de contentarse con ser una mujer de su casa ! ¡ Se necesita desfachatez ! ¿ eh ? ¡ Y además es la única de la familia que no forma parte de la Liga emancipadora, regeneradora y universal de las mujeres !

CLODOMI. ¡ Pues estás en un error ! ¡ Yo soy feminista, y me vanaglorio de ello ! Opino que desde que el mundo es mundo la mujer es la eterna sacrificada ; creo que entre los dos sexos no hay más que ligeras diferencias de construcción y mano de obra, y tengo intención de rogar a su esposa de usted (Indicando a don Prudencio.) que me inscriba como socio de la Liga de las mujeres.

PRUDEN. No, si a mí la Liga de las mujeres... no crea usted que me disgusta... al contrario... simpatizo y estoy muy satisfecho de que mi señora sea la presidenta, en primer término, porque nos pagan una parte del alquiler del cuarto ; en segundo, porque tiene una subvención para gastos de escritorio... y yo empleo los sellos para mi correspondencia.

RAFAEL. (Escandalizado.) ¡ Qué bonito ! ¡ Disfruta de franquicia por la Liga !



## ESCENA IV

Dichos y LORETO; después ÁNGELA.

- LORETO (Por el foro.) Buenos días, Rafael. (Estrechando su mano.)
- RAFAEL ¡Hola, doctora!
- CLODOMI. (¡Doctora, es admirable!)
- LORETO (A don Prudencio.) Buenos días, papá.
- PRUDEN. (Besándola.) Hola, Loreto.
- LORETO (Reparando en Clodomiro que está a la extrema derecha.) ¡Calle, el señor Argumosa!
- CLODOMI. Doctora, a los pies de usted.
- LORETO (Estrechando su mano.) ¿Qué tal esa salud?
- CLODOMI. Perfectamente.
- LORETO Lo siento.
- CLODOMI. ¿Cómo que lo siente usted?
- LORETO ¿No soy médico? Pues si todo el mundo estuviese bien... (Deja su sombrero en el foro.)
- CLODOMI. ¡Tiene usted razón!
- LORETO (Bajando, entre Rafael y Clodomiro.) ¿Qué noticias hay del Congreso?
- CLODOMI. ¿Del Congreso?
- LORETO ¿Pero no sabe usted que hoy la Cámara discute el proyecto de ley anulando todas las disposiciones que directa o indirectamente prohíben a las mujeres el ejercicio de las profesiones que actualmente monopolizan ustedes...?
- PRUDEN. (A Loreto.) ¿Y crees que eso prosperará?
- LORETO ¡Sí, papá!... (Con orgullo.) La licenciada en Derecho doña Emilia Rodríguez de Calzadilla informará ante los Tribunales... ¡Qué honor para la familia!
- RAFAEL (Con sorna.) ¡Iba a decirlo!
- ÁNGELA (Por la izquierda, a don Prudencio.) Señorito, se ha acabado el azúcar. (Vase.)
- PRUDEN. Bueno, mujer, ya voy. (Aparte, yéndose.) ¡Ay, Señor, inspira siquiera una vez a nuestros diputados! ¡Que las dejen ser obispas, senadoras, carteras, militares...!

¡No, *militaras* ya las hay, porque mi mujer es *de caballería*!

## ESCENA V

Dichos, menos PRUDENCIO y ANGELA, después PEPE.

LORETO (A Rafael que se halla en el centro.) Apuesto cualquier cosa a que tendremos 150 votos de mayoría... Mi madre debe estar calenturienta...

RAFAEL ¡Pues anda a cuidarla!

PEPE (Por la segunda derecha.) Está ahí un cliente que pregunta por la señorita.

LORETO ¡Diga usted que no estoy!... ¡No es hora de consulta!

PEPE Dice que viene a pagar la cuenta.

LORETO (Vivamente.) ¡Entonces es diferente! Que pase a mi despacho. (Saliendo seguida de Pepe por la derecha.) ¡Cuando le traen a una dinero siempre debe estar en casa. (Vase.)

## ESCENA VI

RAFAEL Y CLODOMIRO.

RAFAEL (Aparte, irónico.) ¡Qué encanto de muchacha!

CLODOMI. (Con admiración, viendo irse a Loreto.) Cuando pienso que esa joven es médico me siento empequeñecido.

RAFAEL (Pasando a la derecha.) Yo la encuentro sencillamente ridícula.

CLODOMI. (Sentándose a la derecha de la mesa.) ¡Tú eres antifeminista!

RAFAEL ¡No! Si la mujer que reclama es una mujer *de verdad* la apoyo y la aplaudo, pero si son unas medianías grotescas y pretenciosas como las de esta casa, me burlo de ellas. La risa es una opinión.



CLODOMI. (Indignado.) ¿Luego crees que tu suegra y tus cuñadas son...?

RAFAEL. Doña Emilia, Regina y Loreto no son ni hombres ni mujeres.

CLODOMI. Pues ¿qué son entonces?

RAFAEL. Risibles. Pertenecen al tercer sexo.

CLODOMI. (Ofendido, levantándose.) Te agradecería que hablastes con más respeto de mi pintora.

RAFAEL. No quisiera ofenderla. (Se sienta en el sofá.)

CLODOMI. (Poético.) ¡Y su pseudónimo es tan poético: «¡Ponche!»... Mi pintora se firma «¡Ponche!»... ¡Si la vieras trabajar... con la paleta en la mano izquierda, tan pequeña, tan redondita...! ¡Con el pincel en la mano derecha, tan pequeña, tan redondita! Un toque de amarillo aquí... un toquecito de encarnado allí... ¡Qué gracia!... ¡qué encanto!... ¡Si tú la vieras...! Yo no la veo... porque estoy de espaldas... interrogando al cielo... recibiendo una luz azulada... y otra luz...

RAFAEL. Haz el favor de quitarte de la luz y sentarte aquí.

CLODOMI. (Sentándose en el sofá junto a Rafael.) ¿Qué quieres?

RAFAEL. ¿Estás enamorado de Regina?

CLODOMI. ¡Como un tonto!

RAFAEL. ¡Desgraciado!

CLODOMI. ¿Me llamas desgraciado, cuando mi alma está inundada de amor y mi corazón abierto a la esperanza? (Levantándose.)

RAFAEL. ¿Quieres casarte con ella? (Levantándose también.)

CLODOMI. ¡Es el más ardiente de mis sueños!

RAFAEL. (Cogiendo a Clodomiro del brazo y paseando a lo largo de la escena.) Oye, Clodomiro; nuestra amistad es antigua, somos amigos desde la niñez...

CLODOMI. Sí, nos conocimos muy pequeños.

RAFAEL. Piénsalo antes de decidirte: ¡ten cuidado con el tercer sexo!

CLODOMI. (Encogiéndose de hombros.) ¡Me das lástima!

(Parándose.) Mira, Rafael; las ideas de Regina son las mías. Estoy con ella en espíritu, de corazón y hoy pienso pedir su mano al señor de Calzadilla.

RAFAEL No te contestará.

CLODOMI. ¿Por qué? Llevo un apellido honrado, vivo de mis rentas...

RAFAEL ¡No es eso, hombre!... Lo que quiero decir es que don Prudencio no tiene autoridad para concedértela. Todos los asuntos importantes y serios son de la exclusiva competencia de mi suegra.

CLODOMI. Bueno, pues la veré... ¿Puedo hablar ahora con ella?

RAFAEL Por última vez... ¿Estás decidido?

CLODOMI. (Con resolución.) ¡Una y mil veces, sí!

RAFAEL (Dirigiéndose hacia la segunda derecha.) Está bien, voy a avisarla.

CLODOMI. Date prisa, Rafael, date prisa... Ardo de impaciencia.

RAFAEL (Al tiempo de irse.) ¡No dirás que no te lo he advertido! (Vase segunda derecha.)

## ESCENA VII

CLODOMIRO y EMILIA, después ANGELA.

CLODOMI. (Solo.) Digan lo que quieran, una mujer que trabaja, vale más que una mujer que pasa el tiempo en casa de la modista, en los teatros, etc. Una mujer que pinta, eso halaga... ¡todo el mundo le felicita a uno!

(Emilia por la segunda derecha. Su traje, de medio cuerpo arriba, imitará lo más posible el traje masculino. Una especie de americana, chaleco con cadena de reloj, camisa blanca planchada con cuello alto, corbata de hombre, una flor en la solapa de la americana, pelo cortado, etc., etc. Falda oscura. Botas de hombre forma americana.)

CLODOMI. (Que se halla delante del espejo arreglándose la corbata

advirtiéndole la entrada de Emilia, volviéndose y saludándola.) ¡ Señora... !  
EMILIA Caballero, mi yerno acaba de decirme que desea usted hablarme.

CLODOMI. En efecto.

EMILIA Pero siéntese usted, hágame el favor...  
(Sentándose en el sofá.)

CLODOMI. (Coge la silla que está a la derecha de la mesa y se sienta.) ¡ Señora, yo quisiera ser abogado, tener un talento para defender mi pleito.

EMILIA Puesto que usted no puede, confíemelo usted.

CLODOMI. Con muchísimo gusto. Yo soy un joven que tiene un modesto pasar...

EMILIA ¿Un modesto pasar?... Por lo menos tiene usted cuatro millones.

CLODOMI. Tengo seis.

EMILIA Me habían dicho...

CLODOMI. Sí, hace cinco años, a la muerte de mi tío, en esa época tenía efectivamente los cuatro millones que me dejó el pobre señor al morir del sarampión... pero después...

EMILIA ¿Ha logrado usted aumentar el capital con su trabajo?

CLODOMI. No; únicamente añadí una tía al tío. Una apoplejía. ¡ Pobre señora !

EMILIA ¿Y no tiene usted más familia?

CLODOMI. ¡ No !. Por tanto le quedaría a usted profundamente agradecido, si tuviera la bondad de defender mi pleito ante su hija Regina.

EMILIA ¿Y cuál es el pleito de usted?

CLODOMI. Muy sencillo. Estoy enamorado de Regina y deseo ser su marido. ¿Quiere usted interceder en favor mío? ¿Cree usted que ganaremos en primera instancia o tendremos que apelar?

EMILIA Abrigo la esperanza de que mi hija no tendrá la crueldad de llevarle a usted hasta ese extremo.

CLODOMI. ¡ Ay, señora, qué alegría !

EMILIA ¿Me permite usted que aborde algunos puntos importantes?

CLODOMI. Usted dirá.

EMILIA He dado a mis hijas una instrucción superior. Mi hija Margarita, a quien usted conoce, no ha sacado ningún partido de mis lecciones.

CLODOMI. ¡Compadezco sinceramente por ello a Rafael!

EMILIA En fin, no se trata de Margarita, sino de Regina. No espere usted hallar en ella una mujer dispuesta a todas las transacciones.

CLODOMI. ¡Pero si yo no se las pediré! ¡No seré un carcelero; adoraré a mi mujer!

EMILIA Regina es inteligente, se puede confiar en ella. La mujer y el marido deben tener los mismos derechos. Basta ya del indigno lema: «El marido manda... y la mujer obedece.» ¡Nadie manda ni nadie obedece! Ese es nuestro lema.

CLODOMI. (Con entusiasmo.) ¡Opino lo mismo! (Aparte, indicando a Emilia.) ¡Es una mujer admirable!

EMILIA En el matrimonio, tal y como nosotras lo entendemos, ambos esposos tratan de potencia a potencia. Cada uno de ellos respeta la voluntad del otro, y ambos respetan las cláusulas matrimoniales... ¿Supongo que usted deseará que mi hija le sea fiel?

CLODOMI. (Con sobresalto.) ¡Demontre, ya lo creo!

EMILIA ¡Pues nosotras exigimos que sea usted fiel a mi hija!

CLODOMI. ¡Lo seré!

EMILIA En cuanto a la dote...

CLODOMI. (Muy noble.) Es inútil que hablemos de ella. Por pequeña que sea...

EMILIA Precisamente lo mismo le iba a decir a usted. ¿De qué le iban a servir a usted doce o quince mil duros que a lo sumo es lo que podríamos darle?



CLODOMI. Si usted se empeña en que los tome, los tomaré por darle a usted gusto, pero de lo contrario...

EMILIA ¿Se burla usted?

CLODOMI. ¿Burlarme? ¡No!... Decía que... es una cantidad despreciable.

EMILIA Pues despreciémosla. Para tranquilizar a usted completamente sobre ese punto, añadiré aún más, y es que aunque tuviera la fortuna de Rothschild nunca dotaría a mis hijas.

CLODOMI. ¿De veras?

EMILIA ¡Palabra de honor! Es cuestión de principios. No puedo admitir que un hombre al tener una amante la cubra de oro y en cambio reciba dinero por casarse con una mujer honrada. (Se levanta.)

CLODOMI. (Entusiasmado.) ¡Tiene usted razón!

EMILIA (Pasando a la izquierda.) Y puesto que estamos de acuerdo en todos los puntos, concedo a usted la mano de mi hija, a condición, naturalmente, de que ella consienta... (Se aproxima a la chimenea y llama al timbre.)

CLODOMI. (Colocando de nuevo la silla junto a la mesa.) ¿Y cree usted que su esposo accederá?...

EMILIA (Pasando detrás de la mesa.) No se preocupe usted... ni siquiera necesita usted hablarle de ello. Todos los asuntos de importancia se resuelven aquí sin la anuencia del marido... ¡Soy yo el cabeza de familia!

CLODOMI. ¿Pero no hablaba usted hace un instante de la igualdad de los derechos?

EMILIA ¡Excepción hecha de cuando el marido es un lila!

ANGELA (Por la segunda derecha.) ¿Ha llamado la señora?

EMILIA ¿Quiere usted decir a la señorita Regina que deseo hablarla?

ANGELA Bueno, señora. (Vase por la primera derecha.)

EMILIA (Bajando al centro, a la derecha de Clodomiro.) Caballero, Regina será una gran pintora...

Quizás tenga usted algún día la gloria de haberse casado con una rival de Murillo o Velázquez... Gracias a ella podrá usted legar un nombre glorioso a la posteridad. Dirán...

CLODOMI. (Poético.) ¡Se casó con una tal Argumosa!  
EMILIA Eso es.

### ESCENA VIII

EMILIA, CLODOMIRO y REGINA.

REGINA (Por la primera derecha.) ¿Me has mandado llamar?

EMILIA Hija mía, el señor Argumosa, a quien ya conoces, acaba de hacerme el honor de solicitar tu mano. Este casamiento sería muy de mi agrado, pero tú sola tienes el derecho de disponer de tu persona. Conoces la vida, sabes lo que vale un hombre... no ignoras su utilidad y diversas aplicaciones...

CLODOMI. (Con entusiasmo.) ¿Sabe todo eso?

EMILIA Sí, señor; gracias a su madre y a varias obras técnicas. (A Regina.) Por consiguiente, puedes resolver con pleno conocimiento de causa.

REGINA ¿El señor Argumosa conoce nuestras ideas, nuestros principios, la forma novísima que tenemos de comprender el matrimonio?

EMILIA Lo sabe todo y está conforme.

REGINA ¡Libertad!

EMILIA ¡Igualdad!

CLODOMI. ¡Y algo más que fraternidad!

REGINA (A Emilia.) Dile a Loreto que venga.

EMILIA Bueno. (A Clodomiro, con una inclinación.) Caballero... (Aparte al tiempo de irse por la segunda derecha, sin dejar de mirar a Clodomiro.) ¡Será el segundo papanatas de la familia!

ESCENA IX

REGINA y CLODOMIRO; después LORETO.

CLODOMI. (Emocionado.) ¡Señorita, espero con profunda emoción la sentencia que ha de decidir mi suerte!

REGINA Un instante nada más, señor Argumosa, que ahora vendrá mi hermana.

CLODOMI. (Sorprendido.) ¿Para qué?

LORETO (Por la segunda derecha, bajando al proscenio; a Regina.) ¿Qué quieres?

REGINA Loreto, nuestro amigo el señor Argumosa acaba de pedir mi mano.

LORETO Te felicito cordialmente. (Estrechando la mano de Regina.)

REGINA (Bajo.) ¿Sabes lo que tienes que hacer?

LORETO (Idem.) Comprendido. (Alto.) Vamos a ver.

(Coge la silla que está a la derecha de la mesa, la coloca en medio de la escena y hace que se siente en ella Clodomiro.) ¡Saque usted la lengua!

CLODOMI. (Estupefacto.) ¿Eh?

(Regina se sienta tranquilamente en el sofá y observa.)

LORETO ¡¡Saque usted la lengua!! (Clodomiro saca la lengua, sin abrir mucho la boca.) Bueno, algo saburrosa.—Abra usted la boca. (Clodomiro, cada vez más estupefacto, no sabe qué hacer.) ¡Abra usted la boca, repito! (A Regina.) La dentadura no es bonita, pero está sana. (A Clodomiro.) Ahora levántese usted y respire. (Clodomiro se levanta. Loreto pega el oído a la espalda de Clodomiro.)

CLODOMI. (En el colmo del entusiasmo.) ¡Me está auscultando para ver si sirvo! ¡Como en las quintas!

LORETO No hable usted, respire.

CLODOMI. Sí. (Respira.)

LORETO Más fuerte.

CLODOMI. Sí. (Respira ruidosamente.)

LORETO Perfectamente. Veamos ahora el corazón.



CLODOMI. ¡Qué original, qué nuevo es todo esto !  
LORETO (Aplica el oído al pecho de Clodomiro.) (Algo de *taquicardia*. Es natural, la emoción...)

(A Regina.) El corazón funciona divinamente.

CLODOMI. ¡Me late, me late ! (Mirando amorosamente a Regina.)

LORETO (Mientras le toma el pulso.) ¿Las digestiones?

CLODOMI. Fáciles. La langosta es lo único que me hace daño.

LORETO ¿El sueño?

CLODOMI. Dulce y apacible... ocho horas de un tirón... No ronco, no me levanto en toda la noche.

LORETO (Examinando la musculatura de los hombros y de los brazos.) ¡Hermosos *deltoides* ! Levante usted esta silla con el brazo extendido.

CLODOMI. (Levantando la silla en que está sentado.) Ya está.

LORETO Ande usted.

CLODOMI. (Andando de un extremo a otro del escenario con la silla en alto; aparte y con admiración.) ¡Y yo, que ni siquiera soy bachiller !

LORETO (A Clodomiro.) ¡Basta ! (A Regina.) Es fuerte y está bien constituido. (A Clodomiro.) ¿No ha habido idiotas en su familia de usted?

CLODOMI. (Que ha dado la vuelta alrededor de la mesa con la silla en alto.) ¿Idiotas? (La deja en su sitio.)

LORETO Es decir, débiles de espíritu, simples...

CLODOMI. No, yo soy el único.

LORETO ¿Con qué usted?...

CLODOMI. (Rectificando.) Quiero decir que yo soy hijo único.

LORETO Bueno. (Como hablando consigo misma.) Digestiones fáciles, sueño tranquilo, constitución fuerte y sin idiotas en la familia. (A Regina.) ¡Puedes ! (Pasa por detrás de Clodomiro y se sienta a la mesa.)

REGINA. (Levantándose.) Señor Argumosa, esta es mi mano.

CLODOMI. ¡Qué alegría, qué felicidad ! (La besa galantemente la mano.)

REGINA. (¡Un retrato que me vale seis millones,

me parece que dejo chiquitos a los pintores más célebres !

LORETO (Que está sentada y se ha puesto a escribir.) Los brónquios están algo débiles, pero con esta receta...

CLODOMI. (A Regina.) Creo que vamos a ser muy felices.

REGINA Así lo espero.

LORETO (Levantándose y entregando la receta a Clodomiro.) Aquí tiene usted. Son veinticinco pesetas... Cuando esté usted casado con mi hermana no le llevaré más que cinco.

CLODOMI. (¡ Hasta esta ventaja !... Precios de la militar...) (Leyendo la receta.) «Tómese cuatro veces al día una cucharadita del jarabe a base de alquitrán de la doctora Loreto Calzadilla.»

(Regina pasa por detrás de Clodomiro y habla con Loreto, mientras que Clodomiro continúa leyendo la receta.)

## ESCENA X

Dichos, EMILIA, después DON PRUDENCIO, luego RAFAEL, más tarde ÁNGELA y por último PEPE.

EMILIA (Por el foro muy agitada.) ¡ Hijos míos ! ¡ Aprobado, lo han aprobado !

CLODOMI. }  
REGINA } ¿ Lo han aprobado ?  
LORETO }

(Toda esta escena con gran animación.) (1)

EMILIA ¡ Acaban de telefonearme desde el Congreso ! ¡ Doscientos votos de mayoría !

REGINA } (Arrojándose al cuello de } ¡ Ilustre Presidenta !  
LORETO } su madre.) } ¡ Gloria del foro !

EMILIA ¡ Por fin lo conseguimos ! ¡ Hijas de mi alma ; por fin voy a poder informar ante los Tribunales !

(1) Loreto—Regina—Emilia—Clodomiro.

CLODOMI. ¿Puedo también expansionarme? (Señalando a Regina.) Me ha dicho que sí.

EMILIA (Abriendo los brazos.) ¡Ven a mis brazos, yerno!

CLODOMI. (Encantado.) ¡Me ha llamado yerno!... ¡La primera *abogada* de España! (La abraza.)

LORETO ¡Ahora falta únicamente la aprobación del Senado!

EMILIA ¡Si los senadores nos negaran su voto, todas las mujeres de España irán a incendiar el palacio de doña María de Molina!

LORETO } ¡Sí, sí! }  
REGINA } ¡Todas! } (Casi simultáneamente.)

CLODOMI. Y yo iría al frente de ellas... con la bandera desplegada, la cabeza descubierta... la mirada interrogando al cielo... un rayo de luz azulada... digo, no... me voy a otra cosa...

REGINA } (A don Prudencio, que aparece por la izquierda.)  
LORETO } ¡Aprobado! ¡Lo han aprobado! ¡Ocho-  
cientos votos de mayoría!

PRUDEN. (Con alegría, bajando, entre Regina y Loreto.) ¿De veras? ¡Por fin, gracias, Dios mío! (A Emilia.) Esposa mía, no puedes figurarte cuánto me alegro...

EMILIA (Secamente.) Gracias.

PRUDEN. (A Rafael, que aparece por la derecha.) ¡Aprobado, Rafael! ¡Lo han aprobado...! ¡Mil doscientos votos de mayoría!

RAFAEL (Bajando, entre don Prudencio y doña Emilia.) Querida suegra, mi más cordial enhorabuena.

EMILIA (Secamente.) Gracias. (Se acerca a Regina y Loreto.)

PRUDEN. (A Clodomiro.) ¿Es verdad lo que he oído en la portería? ¿Qué se casa usted con mi hija?... Y perdone la curiosidad...

CLODOMI. (Aproximándose a don Prudencio.) ¡Nada más cierto!

EMILIA Ya te lo hubiéramos dicho antes de la boda.

RAFAEL (A Clodomiro.) ¿Luego es un hecho? (Timbre dentro.)

- CLODOMI. ¡ Soy el más feliz de los hombres !
- RAFAEL (Abrazándole.) ¡ Cuñado !
- ANGELA (Entrando rápidamente por el foro con una tarjeta.)  
¡ Señora, señora !
- EMILIA ¿ Qué pasa ?
- ANGELA Un redactor de *El Imparcial* que pregunta si la señora puede recibirle.
- EMILIA (Satisfecha.) ¿ Un redactor de *El Imparcial*... ? (A Angela.) Para *El Imparcial* siempre estoy en casa. Que pase a mi despacho. (Timbre dentro. Angela vase.)
- RAFAEL ¡ Ya principian las *interviews* ! (1)
- PEPE (Por el foro con una tarjeta.) Un redactor del *Heraldo* pregunta si la señora puede recibirle.
- EMILIA (Satisfecha.) ¡ Para el *Heraldo de Madrid* estoy siempre en casa ! ¡ Que pase a mi cuarto !
- PEPE Bueno, señora. (Vase.)
- EMILIA (Acordándose.) ¡ Demontre, y la cama que no está hecha !
- RAFAEL ¿ Y eso qué importa ? Como no viene a dormir la siesta...
- EMILIA (Secamente.) ¡ Nadie le pregunta a usted su opinión !
- CLODOMI. (A Rafael.) ¡ Muy bien dicho !
- ANGELA (Por el foro.) Dos periodistas, señora, uno de *La Correspondencia* y otro de *El Liberal*...
- REGINA } (A la par.) ¡ Qué éxito ! ¡ Qué éxito !
- LORETO }
- ANGELA También está ahí una vieja redactora de *El Imperio de la Moda*.
- EMILIA (Aturdida.) Que pase el redactor de *La Correspondencia* al cuarto de Loreto y el de *El Liberal* al de Regina...
- ANGELA ¿ Y la vieja ?
- PRUDEN. ¿ Dónde la metes ?
- EMILIA En tu cuarto. (Vase Angela.)

(1) Loreto—Regina—Emilia—Don Prudencio—Clodomiro—Rafael.



PRUDEN. (Vivamente.) ¡No! ¡En mi cuarto, no! ¡Que la echen... al sótano... al sótano!

CLODOMI. ¡Esto es emocionante!

RAFAEL. (A Prudencio.) La van a matar entre todos.

PRUDEN. (Tristemente, aparte a Rafael.) ¡No será verdad tanta belleza!

PEPE. (Entrando precipitadamente.) ¡Señora! ¡Ahí están esas señoras de la Liga!

EMILIA. (Con orgullo.) ¡La Liga! ¡Y la prensa esperándome!

CLODOMI. (A Emilia.) ¡Por Dios, tranquilícese usted un ratito!

EMILIA. (A Clodomiro.) ¡Yerno: mi vida no me pertenece! ¡Pertenece a mi causa! (A Pepe.) ¡Diga usted a la Liga que pase!

PEPE. ¡Si son lo menos quinientas!

PRUDEN. ¡Quinientas mujeres surtidas! Bueno... esas que pasen a mi cuarto.

PEPE. Se han quedado en la calle y traen con ellas una banda de música.

EMILIA. Entonces voy a hablarles desde el balcón. Seguidme todos. (Pepe vase foro.)

LORETO. ¡Vamos allá! ¡Viva la Liga!

CLODOMI. (Entusiasmado.) ¡Y yo voy a entrar en una familia como esta! (Ofreciendo el brazo a Regina.) ¡Querida Regina! ¡Preciosa pintora! ¡Divino *pinche*...!

REGINA. ¡Vamos, Clodomiro!

(Emilia ha entrado en la segunda derecha seguida de Loreto. Se oyen voces y gritos de ¡Viva la señora de Calzadilla! ¡Viva nuestra presidenta!)

CLODOMI. (A voz en grito.) ¡Viva la Liga! ¡Viva la Liga! (Entra en la segunda derecha con Regina.)

RAFAEL. (Aparte, mirando salir a Clodomiro.) ¡Ya me lo dirás dentro de poco! (Vase igualmente por segunda derecha.)

EMILIA. (Dentro: como si hablase a las manifestantes.) ¡Compañeras: Hoy ha muerto el despotismo del hombre! Hoy han tomado las mujeres esa fortaleza y acaban de plantar su bandera en el edificio social en que el hombre pretendía reinar únicamente... (Voces de

¡Bien! ¡Bravo! Aplausos. Cierran el balcón oyéndose muy débil y confusamente la voz de Emilia.)

## ESCENA XI

DON PRUDENCIO, solo; después ROSA.

Mientras todos los personajes hicieron mutis con gran barullo, don Prudencio se ha sentado junto a la mesa y cogido el libro de la planchadora.

PRUDEN. A lo tuyo, Prudencio... (Leyendo.) «Cinco fundas, ocho enaguas, tres chambras...»

ROSA (Entrando con una cesta vacía de planchadora.) ¿Se puede pasar?

PRUDEN. (Levantándose con alegría.) ¡La Rosa!

ROSA Felices, don Prudencio... Vengo por la ropa.

PRUDEN. ¡Rosa, Rosa de mi vida! (La hace bajar cogiéndola de la mano, después se sienta en el sofá.) Llegas a tiempo. Llegas como una ráfaga de aire fresco, como una bocanada de oxígeno fresco...

ROSA (Bajando los ojos.) ¡Vamos, don Prudencio... no sea usted fresco!

PRUDEN. (Queriéndola abrazar. Ella se resiste.) ¡Por fin... una mujer! ¡Una mujer de verdad! ¡Una mujer con todos sus accesorios... completamente femenina! ¡Aun quedan escasos ejemplares...!

VOCES (Lejanas.) ¡Viva la Liga de las mujeres!

PRUDEN. ¡Viva tu cuerpo serrano, resalada! (Voces y vivas dentro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO





## ACTO SEGUNDO

Un estudio muy elegante en casa de Argumosa. Puerta en el foro izquierda que da al recibimiento. Dos puertas laterales a la izquierda. Después de la del primer término, una mesa despacho. Entre la del segundo y la del foro, una Venus de Milo sobre un pedestal. Primera derecha una puerta. Segunda derecha, una gran puerta vidriera. Junto a la misma, un sofá-diván. En el foro derecha y sobre un caballete, un cuadro grande sin terminar y que representa a "Calígula nombrando Cónsul a su caballo Incitato." Junto al caballete, mesita en la que hay pinceles y pinturas. Próximo al cuadro y algo a la izquierda, una silla, sobre la que se hallan un mantolín, un machete y un casco romanos. En las paredes cuadros firmados por "Ponche" y estudios del mismo, pero de colores sumamente chillones. La firma debe ser visible al público. A la izquierda un velador con dos sillas. Timbre en la mesa despacho. Un escabel delante del caballete. Sillas.

### ESCENA PRIMERA

REGINA y DOÑA EMILIA.

REGINA (Al levantarse el telón, está sentada en el caballete preparando su paleta y tarareando el septimino de "La viuda alegre".)

¡Las mujeres por siempre han de ser, el secreto de nuestro placer!... etc.

EMILIA (Por el foro, lleva una cartera grande de piel bajo el brazo.) Buenos días, hija mía... ¿Molesto?

REGINA Felices. Tú no molestas nunca.

EMILIA (Dejando la cartera y el bastón sobre el velador.)

No dice lo mismo tu padre. (Pasa a la derecha.)

REGINA ¿Me permites que acabe esta paleta mientras charlamos?

EMILIA (Sentándose en el diván.) ¡Con mucho gusto! (Mirando el cuadro.) ¿Llevas muy adelantado el cuadro para la Exposición?

REGINA «¡Calígula nombrando cónsul a su caballo!»

EMILIA (Contemplando el cuadro; con énfasis.) ¡Asombroso!

REGINA ¿Te gusta de verás?

EMILIA ¡Una verdadera maravilla! ¡En su vida Perea pintó un caballo azulado tan admirable como este! Dime: ¿estás contenta con ese tonto de Argumosa?

REGINA ¡Qué seres tan inferiores son los hombres!

EMILIA ¿Pero en seis meses de casados no has logrado dominarle?

REGINA ¡Me da más guerra de lo que creía!... Con decirte que ayer se atrevió a armar-me un escándalo!

EMILIA ¡Ese es el mundo al revés! (Sentándose en una silla a la izquierda del caballete.)

REGINA Dice que los lienzos cuestan mucho...

EMILIA ¡No pretenderá que pintes en los manteles!

REGINA Que le arruino gastando tanto en colores y en marcos y que en la vida venderé un cuadro. Estuve a punto de contarle lo de esa cliente que Loréto me ha proporcionado para que la haga su retrato; ya sabes, la condesa de Peñas-Arriba...

EMILIA ¿Y por qué no le tapaste la boca?

REGINA Prefiero esperar a que me pague para decirle: «¡He hecho un retrato que me ha valido cinco mil pesetas!»

EMILIA ¿Cuándo lo concluirás?

REGINA (Levantándose.) Lo terminé esta mañana y lo he mandado a que le pongan el marco. La Condesa me ofreció hoy mismo



enviarme el dinero. Quiere dar una grata sorpresa a su protector, el Conde del Castillo. La he retratado en su casa y sin que nadie nos vea.

## ESCENA II

Dichos y CLODOMIRO

CLODOMI. (Por la segunda izquierda con "El Imparcial" en la mano; irónico.) Señora de Calzadilla, a los pies de usted.

EMILIA (Levantándose.) ¡Ya le he dicho que no quiero que me llame señora: soy abogada!

CLODOMI. (¡Sin pleitos!) (Deja "El Imparcial" en la mesa. Regina continúa trabajando en su cuadro.)

EMILIA (Que ha pasado a la derecha.) ¿Qué dice usted?

CLODOMI. (Muy amable.) Digo que desde que las Cortes autorizaron a las mujeres para ejercer la abogacía, está usted esperando que llegue el primer cliente... aunque sea de oficio. ¿En qué piensa la clientela?

EMILIA (Secamente.) Sólo hace un mes que el Senado aprobó el proyecto.

REGINA (Algo despectiva; a Clodomiro.) ¡No me gusta que me molesten cuando estoy trabajando *en mi estudio*!

CLODOMI. (Con fina ironía.) Debo hacerte cariñosamente observar que estamos en mi hotel. (Sentándose a la derecha del velador.)

REGINA (A doña Emilia.) ¿Has visto qué insolentes son los ricos?

EMILIA (Aproximándose a Clodomiro.) ¡No es usted digno de ser mi yerno!

CLODOMI. Opino lo mismo... (¡Si las cosas se hicieran dos veces!)

EMILIA ¿Qué más necesita usted para ser feliz?

CLODOMI. Hace seis meses, dos semanas y tres días que nos casamos, y la felicidad no ha aparecido ni lleva trazas de aparecer.

EMILIA ¡Debiera usted enorgullecerse de pertenecer a nuestra familia!

CLODOMI. (Sonriendo irónicamente.) ¿De veras?

EMILIA Después de todo, ¿quién es usted? ¡Un tal Argumosa, heredero de una fortuna que ni siquiera ha ganado usted y que le dejó *un tío*, que Dios sabe cómo la haría.

CLODOMI. (Levantándose.) ¡Yo sí lo sé! La filoxera hacía estragos en América, y en aquella época mi tío inventó la antifiloxerina Argumosa. Gracias a este precioso líquido, con el que inyectaron las viñas, se mató el insecto, pero secando las raíces, y así se obtuvieron magníficas cosechas de pasas. ¡Se le denominó en toda América el rey de las pasas!

EMILIA ¡Celebro saber que el origen de su fortuna es limpio!

CLODOMI. Sí, limpio, seco y dulce. Su hija puede disfrutarla sin temor.

### ESCENA III

Dichos y JUAN.

JUAN (Por foro izquierda.) La mecanógrafa de la señora está ahí...

EMILIA Bueno; ahora voy. (Juan vase.)

CLODOMI. (Tiene mecanógrafa y carece de clientes... ¡Es para desternillarse!) (Sentándose a la izquierda del velador.)

REGINA ¿Dónde vas?

EMILIA (Cogiendo su cartera y su bastón.) A Gobernación, a pedirle al ministro una cita.

CLODOMI. (Con retintín.) ¿De amor?

EMILIA (¡Qué grosero!) (A Regina.) Voy a rogarle que nos autorice para usar el traje masculino.

CLODOMI. (Muy serio, levantándose y pasando a la derecha.) El día que salga usted por vez primera ves-

- tida con pantalones, yo solicitaré el insigne honor de acompañarla.
- EMILIA (No sabiendo si habla en broma o no.) ¿Habla usted en serio?
- CLODOMI. ¡En serio y muy en serio! ¡Me vestiré de mujer y creerán que estamos en Carnaval!
- EMILIA (Furiosa.) Usted... (Quiere precipitarse sobre Clodomi, pero Regina se interpone.) Prefiero no contestarle. (A Regina, bajo.) ¡Si no metes inmediatamente a ese hombre en un puño, estás perdida.
- REGINA, EMILIA (Bajo.) Estate tranquila.
- REGINA Te dejo... ¡Hasta la vista, Miguel Angel mío!
- EMILIA (Besándola.) Adiós, mi querida letrada.
- EMILIA (A Clodomi, con desprecio.) ¡Y usted váyase inmediatamente a su despacho!
- CLODOMI. ¡No tengo nada que hacer!
- EMILIA (A Regina.) ¡Estás perdida! (Vase foro.)

## ESCENA IV

CLODOMIRO y REGINA.

- CLODOMI. (Pasea agitado; después se detiene a la izquierda del caballete, tomando una resolución.) ¡Regina!
- REGINA (Que ha reanudado su trabajo en el cuadro.) ¿Qué?
- CLODOMI. Anoche te encerraste de nuevo en tu cuarto.
- REGINA (Fríamente.) Bueno.
- CLODOMI. ¿Cómo que bueno? Hace dos meses que te encierras diariamente y creo que tengo perfecto derecho a preguntar la causa...
- REGINA ¿Por qué?
- CLODOMI. (Sulfurado.) ¿Te parece que eso es voluptuoso? ¡Como marido yo tengo perfecto derecho a que me quieras! Dices que no a todo...
- REGINA Menos cuando dices cosas que tienen

sentido común. Mientras no termine mi cuadro para la Exposición... (Haciendo un gesto negativo con la mano derecha.)

CLODOMI. ¿Pero acaso pintas por la noche?

REGINA. Por la noche descanso.

CLODOMI. (Irónico.) ¿Y tienes para mucho tiempo con esa obra maestra?

REGINA. (Con mucha calma.) Unos tres meses.

CLODOMI. ¡Entonces durante tres meses más, o sean cinco en total, tendré que esperar! ¡No, no! ¡Ya estoy harto de Calígula y de su caballo «Incitato»!

REGINA. ¡Durante las épocas de trabajo no soy una mujer, sino una intelectual!

CLODOMI. ¡Pero yo no me he casado con el Ateneo!

REGINA. ¡*Ars longa, vita brevis*! ¡El arte ante todo!

CLODOMI. ¡¡El arte ante todo!! (Dirigiéndose a la Venus de Milo.) Venus, ¿has oído? ¡Ah, nunca hubieras tú contestado: el arte ante todo!... ¡a no ser que se tratara del arte de amar! Bondadosa Venus, tú me abrirías tu puerta, tú me abrirías tu corazón, tú me abrirías tus brazos... a pesar de carecer de ellos... (A Regina.) ¡Eso haría la diosa de la hermosura, mientras que usted, señora, con Calígula!...

REGINA. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah, bah, bah!...

CLODOMI. (Prosiguiendo.) ¿Qué es necesario para enternecer tu corazón de «Ponche»... digo, de roca? ¿Ponerme su casco?... (Coge con rabia el casco romano que se halla en la silla junto a un mantolín y al machete del gladiador.) ¡Ya está! (Se lo pone.) ¿Su mantolín? (Idem.) ¡Me lo pongo! ¿Blandir acaso su machete? (Cogiendo el machete.) ¡Lo blando! ¿Nombrar, quizás, cónsul a mi caballo? ¡Pues yo estoy dispuesto a nombrarle presidente del Consejo de Ministros!

REGINA. (Riendo.) ¡Ja, ja; tiene gracia!

CLODOMI. ¡Maldita la que a mí me hace!... Deseo que me quieras...



- REGINA (Con mucha calma, su paleta y el pincel en la mano.)  
¡Dentro de tres meses hablaremos!
- CLODOMI. (Aproximándose a ella, después de haber dejado el machete en la silla.) ¡No se trata de una letra comercial!
- REGINA ¡Nada de tonterías! ¿eh? (Tratando de impedir que la coja.)
- CLODOMI. (Cogiéndola de un brazo y dirigiéndose a la estatua.)  
¡Venus, dí a esta desgraciada que ella tiene deberes que cumplir!
- REGINA (Tratando de zafarse.) ¡Deberes! ¡Esperaba esa palabra!
- CLODOMI. ¡Diosa, dile que tengo derecho!
- REGINA (Idem.) ¡También esperaba esa! ¡No te falta sino invocar la ley!
- CLODOMI. ¡La invocaré! ¡Invocaré la ley de la Naturaleza, la única que no nos desune en España! (Con energía.) ¡Yo te quiero!
- REGINA ¡Pues yo no! ¿Lo quieres más claro?  
¡Tengo que trabajar, déjame en paz!  
(Se aproxima de nuevo al caballete y coge otra vez su paleta y un pincel.)
- CLODOMI. (Siguiéndola.) ¡No en mis días!
- REGINA ¡Clodomiro!
- CLODOMI. (Cogiéndola.) ¡No te suelto si no me juras!...
- REGINA (Resistiéndose.) ¡Clodomiro, suéltame! (De repente le da con el pincel en la cara.)
- CLODOMI. (Soltando a Regina y limpiándose la cara que está llena de pintura.) ¡Qué barbaridad!
- REGINA ¡Te está bien empleado!
- CLODOMI. ¡Caramba! (Sentándose a la derecha del velador.)  
¡Me ha puesto la cara como el arco iris!
- REGINA ¡Así aprenderás! (Continúa pintando su cuadro.)

## ESCENA V

Dichos y RAFAEL.

- RAFAEL (Por el foro.) ¡Hola, muy buenos días!
- REGINA Felices, Rafael.



RAFAEL (Mirando a Clodomiro, sorprendido.) ¿Vas al baile de máscaras?

CLODOMI. (Levantándose y con una mueca de rabia.) ¡Ja, ja! Es que estoy de buen humor... (Quitándose el casco y el mantolín.)

RAFAEL (Aparte, observando la frialdad que reina entre ambos esposos.) ¡Oh! (Pausa.) ¡Ay, ay! (Otra pausa.) Vengo a ver cómo va ese nuevo cuadro.

CLODOMI. (Irónico.) «Calígula nombrando cónsul a su caballo.»

RAFAEL (Burlón.) ¡Bonito asunto! (Regina, nerviosa, se sienta en el diván. Clodomiro se halla a su izquierda, Rafael en el centro.)

CLODOMI. Fíjate bien en ese caballo... Es azulado, ¡como un lagarto!... ¿Has visto en tu vida algún caballo azulado?

RAFAEL (Mirando el cuadro.) ¡Dios mío!...

CLODOMI. Pues ahí donde la ves, aspira a un premio.

REGINA (Levantándose furiosa.) ¡Esto es el colmo! (Yéndose por la primera derecha; aparte.) (No hablarás así cuando te meta por los ojos las cinco mil pesetas de la condesa.) (Vase primera derecha.)

## ESCENA VI

CLODOMIRO y RAFAEL.

CLODOMI. (Exasperado, sentándose a la derecha del velador.) ¡Es desesperante!

RAFAEL (Dejando su sombrero y su bastón en el diván.) ¡No te incomodes!

CLODOMI. Cuando un casado sueña todas las noches que es soltero, ¿de qué es señal?

RAFAEL. De que al despertarse le espera una ilusión. ¿Luego tu casa continúa?

CLODOMI. Desmoronándose, hundiéndose, desplomándose... (Se levanta.) ¡Y decir que gracias a ti me casé con Ponche!

RAFAEL. Hombre, perdona, pero...  
CLODOMI. No te lo perdonaré nunca. ¡Y qué Ponche! ¡Si al menos no fuera un ponche... tan frío!

RAFAEL. Ya te lo advertí, pero como tú eras feminista...

CLODOMI. ¡No me lo recuerdes, por favor! Me dejé seducir por una serie de frases hermosas de autores dramáticos y de novelistas. ¡Aquí los quisiera yo ver! Sin embargo, yo no me dejo dominar como mi desgraciado suegro... ¡No soy un imbécil! (Dirigiéndose a la puerta de la primera derecha.) ¡No, señora, no soy un muñeco del pim, pam, pum!

## ESCENA VII

Dichos y DON PRUDENCIO.

PRUDEN. (Asomando la cabeza por el foro izquierda.) ¡Pst!

RAFAEL. ¡Hola, don Prudencio!

PRUDEN. (Temeroso.) ¿Está mi mujer?

CLODOMI. Ya se ha ido. (Pasa a la izquierda.)

PRUDEN. Lo celebro. (Entra llevando una maleta en la mano.)

RAFAEL. ¿Va usted de viaje?

PRUDEN. No me es posible la vida en casa.

CLODOMI. Lo mismo me sucede a mí. (1)

PRUDEN. (Dejando la maleta en el suelo.) ¡No puedo más! Hace seis meses creía que cuando mi mujer pudiera informar ante los Tribunales me dejaría en paz... (Irónicamente.) ¡Sí, sí! Como no tiene clientes, no hay quien la pueda sufrir.

CLODOMI. ¿Y dónde va usted con esa maleta?

PRUDEN. A suplicarte que me des hospitalidad.

CLODOMI. ¿Por unos días?

---

(1) Clodomiro.—Don Prudencio.—Rafael.



PRUDEN. Sí, por los que me queden de vida.

RAFAEL. ¿Y qué dirá su mujer?

PRUDEN. Que diga lo que quiera, con tal de que yo no la oiga. Hijos míos, he vacilado entre vuestras dos casas, pero al fin me he decidido por la tuya, (Indicando a Clodomiro.) porque se come mejor.

CLODOMI. ¡Ah, vamos!

PRUDEN. (A Rafael.) Y para no disgustarte, siempre que venga mi mujer a comer aquí, iré a tu casa.

RAFAEL. Conformes.

PRUDEN. (A Clodomiro.) Soy muy prudente, no me to ruidos... y seré siempre puntual a las horas de comer. Espero que no me rechazarás.

CLODOMI. No sólo le acojo con gusto, sino que le pongo bajo mi protección.

PRUDEN. ¿Pase lo que pase?

CLODOMI. ¡Pase lo que pase!

PRUDEN. (A Clodomiro.) Lo que hoy haces por mí te será recompensado en el cielo.

CLODOMI. (Abriendo la puerta de la primera izquierda.) ¡Noble víctima, esta es su habitación! Tiene para usted la ventaja de tener otra puerta que da a la escalera de servicio.

PRUDEN. Lo celebro; así podré huir si viene mi mujer. (Recoge su maleta y se dirige hacia la puerta. Clodomiro vuelve de nuevo al centro, pasando por detrás del velador.) Oye, ¿tienes buena planchadora?

CLODOMI. (Mirando significativamente a Rafael.) ¡Ah! Es verdad que...

PRUDEN. (Protestando y cogiendo su maleta.) ¡No hagas suposiciones gratuitas!... Conozco una excelente que no destroza la ropa. (En el dintel de la puerta, a Clodomiro.) ¡En los cuellos postizos no tiene rival! (Vase.)

## ESCENA VIII

CLODOMIRO y RAFAEL; después MARGARITA

RAFAEL (Riendo.) ¡Pobrecillo!

CLODOMI. Otra víctima del feminismo, y ya somos dos en la misma familia. Y tú, sin embargo, eres feliz... ¡Creeme, es para desesperarse! (Se oye dentro la voz de Margarita.)

RAFAEL (Alegre.) ¡Es Margarita!

CLODOMI. ¡Tu mujer!

MARGARI. (Por el foro, y hablando al interior.) ¿Está mi hermana en casa?... Gracias.

RAFAEL ¡Margarita!

MARGARI. (Sin ver a Clodomiro y arrojándose al cuello de Rafael.) ¡Rafael! (Se abrazan.)

CLODOMI. (Que se ha sentado a la derecha del velador.) ¡Qué aún vivo yo!

MARGARI. (Turbada.) ¡Dispensa, no te había visto! (Tendiéndole la mano.) ¿Qué tal por aquí?

CLODOMI. ¡Sólo nos falta un ciclón!

MARGARI. ¡No te disgustes; Regina es joven... ya cambiará!...

CLODOMI. ¡Sí, cuando sea vieja!

RAFAEL (Mirando a su mujer.) Esta es la verdadera dicha: Una mujer que no vive con el cerebro, sino con el corazón; que no es pintor, ni abogado, ni doctor, que no es nada absolutamente...

MARGARI. ¿Eh?

RAFAEL ¡Más que mujer!

MARGARI. (Riendo y arrojándose en sus brazos.) ¡Que ya es bastante!

RAFAEL. ¿Y los niños?

MARGARI. Están en el Retiro. Al salir de aquí iré a recogerlos.

RAFAEL ¡Oh, madre de familia, te quiero cada día más! (Abrazándola de nuevo.)

CLODOMI. ¿Otra vez? ¡Lo que es delante de mí, no!

RAFAEL. ¡Pues vuélvete!  
CLODOMI. (Volviéndose.) ¡Bonita situación!  
RAFAEL. (Bajo a su mujer.) ¡Dime que me quieres!  
MARGARI. (Bajo.) ¡Te adoro!  
CLODOMI. ¡Qué os oigo!  
RAFAEL. ¡Tápate los oídos!  
MARGARI. (A su marido, indicando a Clodomiro.) Vamos, Rafael... (Desasiéndose de él.) Voy antes a saludar a Regina. Adiós, Clodomiro.  
CLODOMI. Adiós.  
RAFAEL. Adiós, mi tesoro. (Vase Margarita primera de recha.).

## ESCENA IX

CLODOMIRO y RAFAEL; después JUAN.

CLODOMI. (Llamando furioso al timbre.) ¡Maldita sea mi suerte!  
RAFAEL. ¿Qué te pasa?  
CLODOMI. ¿Y me lo preguntas después de este suplicio de Tántalo?  
JUAN. (Por la segunda izquierda.) ¿Ha llamado el señor?  
CLODOMI. ¡Mi sombrero, mis guantes y mi bastón!  
JUAN. En seguida, señor. (Vase segunda izquierda.)  
RAFAEL. ¿A dónde vas?  
CLODOMI. A casa de mi íntima amiga la condesa de Peñas-Arriba.  
RAFAEL. ¿Hay una Peñas Arriba en tu vida?  
CLODOMI. (Señalando el cuadro.) Al verme pospuesto a ese esperpento, es natural.  
RAFAEL. ¿Y dónde la conociste?  
CLODOMI. En el ferrocarril, íbamos ambos al Escorial. Una mujer hermosa—que era la condesa—se hallaba sentada frente a un hombre triste, más triste que un sauce llorón—que era yo.  
RAFAEL. ¿Luego ya estabas casado?  
CLODOMI. Sí. Hablamos, y esa mujer adorable me

contó durante el viaje que era hija natural de un marqués y de una frutera; su nobleza procede de las Cruzadas. «La que domina en mí es la sangre de mi padre—me dijo—y mis amistades las forman personas de la aristocracia.» (A Juan, que entra por la segunda izquierda y le entrega sus guantes, su bastón y su sombrero.) ¡Gracias! (Juan vase; a Rafael.) ¿Crees acaso que al escuchar aquellas nobles palabras la contesté: Yo soy don Clodomiro Argumosa...? ¡Hubiera sido una torpeza, y dije que era el conde del Castillo!

RAFAEL. (Riendo.) ¡Valiente embustero!

CLODOMI. Es encantadora. Vive a dos pasos de aquí, en la plaza del Angel... Diantre, ya se me olvidaba que mañana es su santo... (Se aproxima a la mesa de despacho y abre el cajón del centro.)

RAFAEL. (Acercándose al velador.) ¿Y qué vas a hacer?

CLODOMI. Ayer al despedirme de ella le pregunté qué le gustaría que le regalara, y me contestó echándome los brazos al cuello: «Dame únicamente cinco mil pesetas, que te reservo una sorpresa.»

RAFAEL. ¿Una sorpresa?

CLODOMI. (Cogiendo el dinero de la mesa de despacho.) Aquí está el dinero; cinco billetes nuevecitos de la última emisión que saqué esta mañana del Banco... (Los deja sobre la mesa mientras cierra el cajón de la misma.)

RAFAEL. (Leyendo el sobre que contiene los cinco billetes.) «Banco Hispano-Americano.»

CLODOMI. ¡No queda un céntimo! Tendré que poner dinero para la pintora. Es la caja común. (Saca dinero de su bolsillo y lo mete en el cajón, y después recoge el sobre con los billetes y se lo guarda en la cartera.) ¡Y ahora, riete de Don Juan Tenorio!



## ESCENA X

Dichos y LORETO.

LORETO (Por el foro.) ¡Buenos días, cuñados!

RAFAEL (Recogiendo del diván su bastón y su sombrero.)  
Buenos días, Loreto.

CLODOMI. (Friamente.) Doctora, a los pies de usted...  
y hasta la vista.

LORETO ¿Dónde va usted tan de prisa?

CLODOMI. A casa de *mi planchadora*. (Vase apresuradamente por el foro.)

RAFAEL (Siguiéndole.) Te acompañaré hasta la  
puerta.

LORETO (Asombrada; a Rafael.) ¿Qué va a hacer en  
casa de la planchadora?

RAFAEL ¡Pregúntaselo a él, yo que sé! (Vase foro.)

## ESCENA XI

LORETO sola; después REGINA y MARGARITA.

REGINA (Por la derecha, seguida de Margarita.) ¡Te re-  
pito que es inútil!

MARGARI. ¡Regina!!!

REGINA (Disgustada.) ¡No insistas! (A Loreto.) ¡Ah!  
¿Estás aquí?

LORETO Acabo de llegar. (Estrecha la mano de Regi-  
na, ésta se sienta después a la derecha del velador.)

MARGARI. ¡Hola, Loreto!

LORETO (Estrechando su mano.) ¿Por qué disputa-  
bais?

MARGARI. Porque su marido no es feliz.

LORETO ¿Qué más quiere ese mochuelo? (Sube  
hacia la derecha y deja la sombrilla en el diván.)

REGINA (A Margarita, que sube para irse.) ¡Ocúpate  
de tu hogar y no del mío! ¡Si quieres  
ser la eterna oprimida, eres muy dueña!



- LORETO. ¡Bien dicho! (1)
- MARGARI. ¿Pero aun sigues creyendo que la mujer es la eterna oprimida? ¡Qué tontería! ¿Cómo he de ser yo la oprimida, si hago de mi marido lo que quiero? ¡Y no soy la única, hay millones de mujeres que se encuentran en el mismo caso que yo! ¡Es tan sencillo... tan fácil!... ¡Basta querer, basta con tomarse la molestia, basta... con ser mujer, con ser una mujer de verdad! ¿La eterna oprimida? Con un beso o una sonrisa, ¿qué no hacemos de un hombre...? (Como si se dirigiera a las señoras que se hallan en el público.) ¿La mujer más tonta del mundo, verdad que hace de un hombre lo que quiere? (Después como si la hubiesen dicho "sí".) ¡Ya lo creo que estoy en lo cierto!
- REGINA. (Que ha soltado su mano, como igualmente Loreto.) ¿Y si yo no quiero rebajarme a sonreírle?
- LORETO. ¿Y si ella no quiere rebajarse á...? (Ruido de un beso.)
- MARGARI. Oye, ¿sabes lo que te hace falta...?
- REGINA. ¡No empieces con tus eternas monsergas sobre los hijos! ¡Estás muy atrasada!
- MARGARI. ¡Y vosotras progresáis demasiado! ¡Ea, hasta la vista!
- REGINA. ¡Adiós!
- LORETO. (Con desdén.) ¡Bien se ve que no eres feminista!
- MARGARI. (En la puerta.) Porque tengo la convicción de que el feminismo es el enemigo de las mujeres. (Vase foro.)

## ESCENA XII

REGINA, LORETO, después CLODOMIRO.

REGINA. (Aproximándose al caballete.) ¡Parece mentira que sea hermana nuestra!

---

(1) Regina.—Margarita.—Loreto.



LORETO ¿Pero, en realidad, de qué se queja tu marido?

REGINA Porque en mí, como en otros muchos artistas, la vida en absoluto está en el cerebro. (Se pone a pintar.)

LORETO ¡Comprendido!

CLODOMI. (Entrando por el foro; aparte.) La condesa no estaba en casa.

LORETO (Bajo, a Regina.) ¡Silencio, es él! (Se levanta.)

CLODOMI. (Aparte, bajando hacia la izquierda.) Le he dejado el dinero a su doncella.

LORETO ¡Hola, cuñado!

CLODOMI. (Alto, secamente.) ¡Hola!

LORETO ¡Qué humor tan desagradable! (Aproximándose a Clodomiro.) Debe de estar enfermo del hígado. Déjeme usted que le examine.

CLODOMI. ¡Tome un duro, pero no me toque usted! (¡Valiente matasanos!)

LORETO (Subiendo hacia Regina.) ¡Gracias, señor *Ponche*!

CLODOMI. (Furioso.) ¡No me llame usted así! ¡El nombre de una bebida! (Gritando como en los cafés.) ¡Mozo, un ponche!

LORETO (Aproximándose al diván.) ¡Un nombre célebre!

CLODOMI. (Irónico.) ¡Célebre! (Mirando al cielo.) ¿Velázquez, la has oído? El día que halle usted *un primo* que le de cinco duros por cualquiera de estos cuadros, incluyendo el marco, ese día diré: «¡*Ponche* vale... cinco duros... con marco!» (Vase segunda izquierda.)

### ESCENA XIII

REGINA, LORETO, después ASUNCIÓN y luego JOSEFINA.

REGINA Es preciso ser tonta como yo para no llamarle...

LORETO ¿Qué se puede esperar de semejante camueso? (Guardándose el duro de Clodomiro.) Yo al menos no esperaba este duro.

- ASUNCIÓN (Por el foro.) Señora.
- REGINA (Sin dejar de trabajar.) ¿Qué?
- ASUNCIÓN Está aquí la doncella de la señora condesa de Peñas-Arriba.
- REGINA (Lanzando un grito.) ¡Que pase, que pase inmediatamente!
- ASUNCIÓN Bueno, señora. (Hace señas desde la puerta a Josefina, después vase.)
- REGINA (A Loreto.) Me traerá el importe del retrato.
- JOSEFINA (Por el foro.) ¿La señora de Ponche?
- REGINA Yo soy. (1)
- JOSEFINA Mi señora me ha encargado que si durante su ausencia me entregaba el señor Conde del Castillo el importe del retrato que se lo trajera a usted en seguida. (Entregándole el sobre llevado por Clodomiro.) Aquí tiene usted, señora, cinco billetes de mil pesetas.
- REGINA (Examinando los billetes y leyendo después el sobre.) «Banco Hispano-Americano.» (Dejando el dinero.) Gracias, voy a extender a usted el recibo. (Se aproxima a la mesa de escribir y escribe el recibo.)
- JOSEFINA (Pasando al centro.) Mucho se lo estimaré.
- LORETO Dígame, ¿forma usted parte de la Liga emancipadora, regeneradora y universal de las mujeres?
- JOSEFINA (Asombrada.) No, señora.
- LORETO ¡Pues debe usted hacerse socia, porque todos los hombres son unos tiranos!
- JOSEFINA (Sonriente.) Bien se ve que usted no conoce a mi novio...
- LORETO (Con piedad, aparte.) ¡Sacrifíquese usted por su sexo!
- REGINA (Acercándose a Josefina.) Tome usted el recibo.
- JOSEFINA Gracias, señora. (Saludando.) Ustedes lo pasen bien. (Vase foro.)

---

(1) Josefina—Regina—Loreto.

## ESCENA XIV

REGINA, LORETO, después JUAN.

REGINA (Con loca alegría, recogiendo el dinero de la mesa.)  
¡ Por fin voy a cerrar para siempre la boca a ese majadero !... (Mirando a la puerta de la segunda derecha.) ¡ Ya te diré yo ahora lo de los cinco duros.

LORETO ...con marco !

REGINA (Dirigiéndose a la mesa despacho.) ¡ Estas cinco mil pesetas no las daría yo ni por diez mil !

LORETO ¡ Harías mal !

REGINA (Rabiosa.) ¡ Se las voy a meter por las narices ! (Coge el dinero y lo guarda en la mesa.)

LORETO ¡ Mejor es que lo guardes ! (Coge su paraguas del diván.)

REGINA Te acompañaré. (Llama al timbre.) No se te olvide que cenas con nosotros.

LORETO ¡ Me es imposible : estoy de guardia en Cervantes !

REGINA (A Juan, que aparece en el foro.) Diga usted al señorito que deseo hablarle. (Vase Juan. A Loreto.) ¡ Le voy a apabullar !

LORETO ¡ Y harás muy bien, para que no vuelva a alzarte el gallo ! (Vanse foro.)

## ESCENA XV

JUAN y CLODOMIRO.

CLODOMI. (Aparte, bajando al centro.) ¡ Esto no puede seguir así !... (Malhumorado.) ¡ Indudablemente será para pedirme dinero ! (Sacando billetes de banco de su cartera y abre el cajón de la mesa despacho para dejar el dinero viendo el sobre con las cinco mil pesetas dejadas por Regina en el mismo sitio donde él lo cogió anteriormente. Asombrado.) ¿ Eh ? (Guarda maquinalmente en el bolsillo los billetes que

sacó de la cartera.) ¡Esto es célebre! (Examina los cinco billetes del sobre y después se pasa la mano por la frente.) ¿Padezco alucinaciones? (Examinándolos nuevamente.) ¡No cabe duda, son los cinco billetes que entregué antes a la doncella de la condesa! ¡Cinco billetes de la última emisión y (Leyendo la inscripción del sobre) el sobre del Banco Hispano-Americano! (Dejando el dinero en la mesa.) Alucinación de la vista... alucinación del tacto... ¡Bah, bah! (Llama en el timbre.) ¡Imposible!...

JUAN (Por la segunda izquierda.) Señor...

CLODOMI. Acércate, Juan, y mira. (Señalando el dinero de la mesa.) ¿Qué ves ahí?

JUAN Dinero, señor, mucho dinero.

CLODOMI. ¿Qué dice en este billete?

JUAN (Leyendo.) «Mil pesetas.»

CLODOMI. ¿Y en este sobre?

JUAN (Idem.) «Banco Hispano-Americano.»

CLODOMI. (Estupefacto.) (Luego, a no ser que padezca también alucinaciones del oído, debo deducir que no he cogido este dinero hace un instante, que no se lo entregué a la doncella... (Metiendo de nuevo los billetes en el sobre.) Es indispensable que se los envíe inmediatamente.) ¡Juan! (Cierra el cajón de la mesa y escribe el sobre.)

JUAN Señor...

CLODOMI. Lleva inmediatamente esta carta a la condesa de Peñas-Arriba en la plaza del Angel. Ya sabes, ¿eh?

JUAN (Cogiendo el sobre.) Sí, señor, comprendido. (Vase rápidamente a foro.)

## ESCENA XVI

CLODOMIRO, luego REGINA y después ASUNCIÓN.

CLODOMI. (Solo, pasando a la derecha.) Yo que hubiera apostado la cabeza... ¡para lo que me



- sirve !... que había llevado este dinero a...
- REGINA (Por el foro, viendo a Clodomiro.) ¡ El !)
- CLODOMI. (Hablando consigo mismo.) (... y que se lo había entregado...)
- REGINA. Caballero...
- CLODOMI. (Volviéndose.) ¡ Ah, la pintora !)
- REGINA (Mirándole fijamente a los ojos.) Hace un instante me dijo usted en mi cara : « Cuando encuentre usted *un primo* que le dé cinco duros por cualquiera de esos cuadros—tales fueron sus palabras—incluyendo el marco, ese día diré... »
- CLODOMI. (Con cómica indignación.) ¡ Sí, señora, la dije a usted eso en su cara y estoy dispuesto a repetírselo de perfil y de medio lado !
- REGINA. Pues ha de saber usted...
- ASUNCIÓN (Por el foro, con una cuenta en la mano.) Una cuenta, señora. (Vase foro.)
- CLODOMI. (Cogiendo la cuenta y leyendo.) « Muñoz, molduras y marcos de todas clases.—Mil trescientas pesetas. » (Hablando.) ¿ Lo ve usted ?
- REGINA (Triunfante.) Haga el favor de esa cuenta.
- CLODOMI. (Asombrado, dándosela.) Tome usted.
- REGINA (Mirándole fijamente.) Yo la pagaré.
- CLODOMI. No hay ni un céntimo en la mesa...
- REGINA (Idem.) Con mi dinero.
- CLODOMI. ¿ Cómo dice usted ?
- REGINA (Recalcando las palabras.) ¡ *Con-mi-di-ne-ro* ! (se dirige al cajón de la mesa y lo abre.)
- CLODOMI. (Con extrañeza.) ¿ Su dinero ?
- REGINA (Lanzando un grito al ver que las cinco mil pesetas que dejó en el cajón han desaparecido.) ¡ Tendría que ver !
- CLODOMI. (¿ Eh ?)
- REGINA (Abriendo los cajones uno tras otro.) ¡ Ha desaparecido ! (Aproximándose a Clodomiro.) Sólo usted y yo tenemos llave de esta mesa... ¿ Ha cogido usted por casualidad el dinero que había aquí ?
- CLODOMI. Sí, pero no por casualidad.

REGINA (Conteniéndose a duras penas.) ¡ Se necesita desfachatez !

CLODOMI. ¿ Desfachatez para coger mi dinero ?

REGINA ¿ Su dinero de usted ?

CLODOMI. (Recalcando las palabras.) ¡ Sí ; *mi-di-ne-ro* !

REGINA ¿ Cinco billetes de mil pesetas metidos en un sobre del Banco Hispano Americano ?

CLODOMI. ¡ Precisamente !

REGINA (Exasperada.) Señor Argumosa : no me gustan las bromas de mal género. ¡ Sólo me faltaba ahora que me robara usted el precio de mi trabajo !

CLODOMI. ¿ Quiere usted hacerme creer que ha ganado cinco mil pesetas ?

REGINA. Sí, señor.

CLODOMI. ¿ Por pintar un lienzo ?

REGINA (Subiéndose de tono.) ¡ Sí, señor !

CLODOMI. ¡ Se ha vuelto loca ! ¡ Pero infeliz, si te llaman en Madrid *Ponche la invendible* ! En política ese sería un elogio, pero en pintura...

REGINA (Avanzando hacia él.) ¡ Oh, es demasiado !

CLODOMI. ¡ Ya lo creo que es demasiado ! ¡ Si me hubieras dicho treinta o cuarenta duros, quizás te hubiera creído !... ¡ Pero cinco mil pesetas... ! ¡ Ni que uno fuera tonto !  
(Vase, segunda izquierda.)

## ESCENA XVII

REGINA, luego ASUNCIÓN y después CONDESA.

REGINA (Sola, a la derecha.) ¡ Qué desahogado !

ASUNCIÓN (Por el foro, anunciando.) La señora condesa de Peñas-Arriba.

REGINA Que pase. (Asunción hace pasar a la condesa y después vase.)

CONDESA Buenos días, querida maestra.

REGINA Señora... (Mientras habla la condesa, Regina expresa una estupefacción profunda.)

CONDESA Al regresar a mi casa hace un instante,



encontré en la puerta al ayuda de cámara del Conde del Castillo que me traía las cinco mil pesetas ; inmediatamente tomé de nuevo mi coche para traérselas personalmente. Aquí tiene usted el precio de su trabajo ; cinco billetes de mil pesetas...

(Deja el dinero en la mesa.)

REGINA Pero...

CONDESA Haga el favor de contarlos.

REGINA (Aproximándose y leyendo el membrete del sobre, estupefacta.) ¡ Cinco billetes nuevecitos ! Banco Hispano Americano. ¡ Su letra !

CONDESA ¿ Qué le pasa?... ¿ Está usted pálida... ?

REGINA ¡ Nada... el calor... ! ¿ Quiere usted hacerme el favor de pasar un instante a esa habitación ? (Indicando a la derecha.)

CONDESA (Asombrada.) ¿ Ahí ?

REGINA Quiero darla una sorpresa. No salga usted hasta que no oiga dar tres palmadas. Yo se lo ruego.

CONDESA (Cada vez más asombrada.) Bueno... (Al hacer mutis por derecha.) (¡ Todos los artistas son tan originales !)

## ESCENA XVIII

REGINA, luego ASUNCIÓN y después CLODOMIRO.

REGINA (Sola, llama en el timbre.) ¡ Tendría que ver ! (A Asunción, que aparece por el foro.) Diga usted al señor que venga.

ASUNCIÓN Bueno, señora. (Vase segunda izquierda.)

REGINA (Sola, paseando agitada.) ¡ Ya lo creo que tendría que ver ! (Clodomiro por la segunda izquierda. Al verle, dominante.) ¡ Caballero !

CLODOMI. (Lanzando un grito al ver el dinero en la mesa.) ¿ Eh ? (Admiradísimo. Se acerca, mira, lee y relee la inscripción del sobre.) « Banco Hispano Americano. » (¡ No hay duda ! ¡ Comienzan de nuevo las alucinaciones !)

REGINA ¿ Qué le pasa a usted ?

CLODOMI. Mande inmediatamente por un médico... pero no por su hermana.

REGINA (Con gravedad.) ¿Se siente usted indispués-to?

CLODOMI. (Señalando al dinero y dejándose caer en el sillón.) Padezco alucinaciones.

REGINA ¿Usted cree...?

CLODOMI. (Sin dejar de mirar el dinero.) ¡Estoy completa-mente seguro de ello!

REGINA ¡Es inútil que venga un médico! (Da tres palmadas. Clodomiro la mira sin comprender. Entra la condesa por la derecha.)

## ESCENA XIX

REGINA, CLODOMIRO y la CONDESA.

CLODOMI. (Lanzando un grito.) ¡La Condesa! (Se levanta.)

CONDESA ¡El Conde del Castillo! (Ambos se miran con asombro.)

REGINA (Irónica.) ¡Cuadro de... *Ponche*!

CONDESA ¿Usted aquí?

REGINA ¡Sí, señora, (Presentando.) mi marido, don Clodomiro Argumosa!

CONDESA (Indignada.) ¿Eh?

CLODOMI. (¡Agua va!)

CONDESA (Aproximándose a Clodomiro.) ¡Un conde de pega...! ¡Caballero, me ha engañado usted villanamente!

REGINA (Pasando a la derecha.) ¡Ah! ¿Usted cree que la engañada ha sido usted? (1)

CLODOMI. (A la Condesa.) Yo la ruego, amiga mía...

REGINA. ¿Pero se ha vuelto usted loco? ¡Atreverse a consolarla delante de mí!

CLODOMI. ¿... qué significan estas cinco mil pesetas?

REGINA Significan que he pasado por la humillación de hacer el retrato de su amante de usted.

---

(1) Clodomiro—la Condesa—Regina.

CONDESA ¡ El retrato que yo reservaba para darle una grata sorpresa !

REGINA ¡ Pues como sorpresa sobrepuja a cuanto usted había imaginado ! (A la Condesa.) ¡ Y ahora arreglaremos nuestros asuntos de familia !

CONDESA Comprendo, señora. (Sube Clodomiro la hace una inclinación.) ¡ Le prohibo a usted que me salude, plebeyo ! (¡ Un Argumosa, qué horror ! (Vase foro.)

## ESCENA XX

CLODOMIRO y REGINA.

REGINA ¿ Luego una artista como yo se ha casado con un hombre tan insignificante como usted para que la engañe de esa manera ?

CLODOMI. ¡ De ello tú tienes la culpa ! (Tratando de coger el dinero.)

REGINA (Precipitándose e impidiéndolo.) ¡ Deje usted eso ahí !

CLODOMI. ¡ Es mío !

REGINA ¡ Es fruto de mi trabajo !

CLODOMI. Es posible que sea el fruto, pero yo soy el árbol... ¡ Devuélvemelo !

REGINA (Pasando a la derecha.) ¡ Nunca ! Y ahora oiga usted mi resolución.

CLODOMI. Di.

REGINA Nada de escándalo. Nos separaremos amigablemente y usted me pasará una pensión de cincuenta mil pesetas.

CLODOMI. ¿ A una mujer que gana mil duros por un retrato ? ¡ Nunca en mis días !

REGINA ¡ Pues pleitearemos !

(Aparece doña Emilia en el foro.)

CLODOMI. ¡ Ya lo creo que pleitearemos !

## ESCENA XXI

Dichos y DOÑA EMILIA

EMILIA ¡ Un pleito ! ¡ Por fin ! ¿ Contra quién ? (1)  
REGINA Ven, te necesito como madre y como abogada.

EMILIA ¿ Qué pasa ?  
REGINA ¿ Sabes quién era esa, Peñas-Arriba de pacotilla ?

EMILIA ¿ Quién ?  
CLODOMI. (Con aire de desafío.) ¡ Mi amante !

EMILIA ¡ Qué cínico !

REGINA ¿ Le has oído ?

EMILIA ¡ Tranquilízate, yo te defenderé contra este malhechor !

REGINA ¡ No tienes sentido moral !

CLODOMI. Pero tengo todos los demás sentidos.

REGINA ¡ Adiós, señor mío, ya nos veremos en los Tribunales ! (Vase por la derecha.)

EMILIA (A Clodomiro.) Voy a abogar por la mujer oprimida y traicionada contra el hombre que reclama para sí el derecho a la infidelidad y para la mujer el derecho a las lágrimas. ¡ La sagrada causa del feminismo !

CLODOMI. (Exasperado, a Emilia.) ¿ Cuando va usted a dejar de fastidiarme con el feminismo ?

EMILIA (Amenazadora.) ¿ Eh ?

CLODOMI. (Haciendo cara a doña Emilia.) ¡ Me tiene usted ya frito... harto !... ¡ ¡ Calígula ! ! (Vase furioso por segunda izquierda.)

EMILIA ¡ Yo abofeteo a ese carretero !  
(Se lanza en su persecución. Apenas ha desaparecido ella, cuando se abre la puerta de la primera izquierda y entra Rosa seguida de don Prudencio.)

---

(1) Clodomiro—Doña Emilia—Regina.



## ESCENA XXII

DON PRUDENCIO y ROSA. Después DOÑA EMILIA.

ROSA (Con el cesto de la ropa.) Hasta la vista, don Prudencio.

PRUDEN. (Acaramejado.) ¡Adiós, Rosita!

ROSA (Pasando a la derecha.) No se olvide usted del mantón que me ha ofrecido.

PRUDEN. (Abrazándola.) ¡No!

ROSA (Dejándose abrazar.) ¡Los que más me gustan son los alfombrados!

PRUDEN. ¡Descuida, Rosa de Jericó, que tendrás uno!

ROSA (Con alegría.) ¡Gracias, don Prudencio! (Le da un abrazo tan impetuoso que le hace daño.)

EMILIA (Por el foro.) ¡Ha huído, el sin vergüenza! (Deteniéndose estupefacta en el dintel al ver a Rosa y a don Prudencio.) (¿Qué veo?)

PRUDEN. (Abrazando a Rosa.) ¡Estoy harto de la loca de mi mujer!

EMILIA (Bajando hacia la izquierda, con voz de trueno.) ¡Señor de Calzadilla!

PRUDEN. (Aterrado.) ¿Eh?... (Volviéndose y lanzando un grito.) ¡Mi mujer!

ROSA (Lanzando un grito.) ¡Ah! (Huye rápidamente por la puerta del foro, que ha quedado abierta.)

PRUDEN. (Atontado.) ¡La loca! (Llamando.) ¡Clodomiro! ¡Clodomiro!

EMILIA (Amenazadora.) ¡Ahora te la vas a ganar por los dos!

PRUDEN. (Con voz desesperada.) ¡Clodomiro! ¡Clodomiro! (Prudencio quiere huir, pero Emilia le corta la retirada. Se esconde detrás del caballete y Emilia avanza hacia él terrible, tratando de cogerle.)

PRUDEN. (Temblando con todo su cuerpo y con voz ahogada.) ¡Clodomiro!... ¡Clodo...! (Ocurriéndosele de pronto una idea salvadora.) ¡Ah! (Coge de repente el peplo y lo arroja a la cabeza de Emilia, huyendo

rápidamente por la segunda izquierda y cerrando la puerta tras sí.)

EMILIA (Tratando de librarse del peplo que la cubre el rostro y la cabeza.) ¡No te me escaparás, adúltero, no te me escaparás!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO





## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

### ESCENA PRIMERA

ASUNCIÓN y MARGARITA.

Al levantarse el telón la escena está desierta. Entra Margarita por el foro seguida de Asunción.

MARGARI. ¿No ha vuelto aun mi hermana?

ASUNCIÓN Todavía no.

MARGARI. Bueno, la esperaré.

ASUNCIÓN ¡Qué lástima que un matrimonio termine así!

MARGARI. (Suspirando y sentándose a la derecha.) ¡Verdad!

ASUNCIÓN Una mujer, pase lo que pase, nunca debe de abandonar a su marido...

MARGARI. Tiene usted razón.

ASUNCIÓN (Prosiguiendo.) ¡...cuando este tiene sesenta mil duros de renta!

MARGARI. (Sonriendo.) ¡Ah, vamos...! (Llaman dentro.) Sin duda es mi hermana; abra usted inmediatamente.

ASUNCIÓN (Sin moverse.) Deje usted que ya abrirá Juan.

### ESCENA II

Dichos y REGINA.

MARGARI. (A Regina, que entra muy agitada y muy nerviosa.) ¡Gracias a Dios! ¿Han pronunciado la sentencia de divorcio?

REGINA Lo ignoro.

MARGARI. ¿Cómo que lo ignoras?

REGINA (Quitándose el sombrero.) ¡Ay, Margarita, qué escándalo! Mira, jamás... (A Asunción.) ¿Ha hecho usted ya mis baúles?

ASUNCIÓN Todavía no.

REGINA Pues hágalos en seguida y llévase mi sombrero. (Dándoselo.)

ASUNCIÓN Bueno, señora. (Vase foro.)

### ESCENA III

REGINA y MARGARITA.

MARGARI. ¿Un escándalo? ¡Habla pronto!

REGINA ¡Y qué escándalo! La vista ha sido suspendida y papá se encuentra detenido.

MARGARI. (Inquieta.) ¿Detenido? ¿Por qué?

REGINA Debido a los relatos de la prensa, la vista había despertado extraordinario interés. Al acto acudió el público de los estrenos... ¡y qué publicuito! Nuestra entrada produjo gran sensación. Era imposible dar un paso en las galerías de la Audiencia. De pronto oigo la voz de Clodomiro que dice con sorna a mi oído: «¡Señora Calígula, a los pies de usted!» Y añade a continuación: «¡Mis recuerdos a Incitato!»

MARGARI. ¿Incitato?

REGINA ¡Sí, el caballo de Calígula! Mamá, que como abogada iba dispuesta a ponerle de oro y azul, como suegra estuvo a punto de estrangularle; pero se dominó, saboreando previamente el triunfo.

MARGARI. ¿Tan segura estaba de vencer?

REGINA ¡Naturalmente! El presidente de la Sala era nada menos que don Homobono Cañete, aspirante que fué a su blanca mano. La Sección quinta estaba completamente llena por las señoras de la Liga y por un

público que preveía un escándalo tremendo. La expectación subió de punto cuando el presidente, contemplando amorosamente a mamá, la concedió la palabra.

MARGARI.  
REGINA

¿Y estuvo afortunada?

¡Elocuentísima! Ríete de las célebres filípicas de Cicerón ante las diatribas de mamá contra su yerno, las alusiones a su marido y argumentos que adujo contra el sexo peligroso, y que motivaron frecuentes rumores y protestas de los hombres. Puso fin a su discurso con un párrafo elocuente, solicitando para mí una pensión alimenticia de cincuenta mil pesetas anuales.

MARGARI.  
REGINA

¿Qué te han concedido?

Lo ignoro. Sólo sé que el abogado de mi marido, que es un ironista, y a quien llaman en el Colegio de Abogados el Benavente del foro, devolvió con creces a mamá sus reticencias y alusiones, coreado por las risas del auditorio. Tuve que oír sonrojada los más íntimos detalles de nuestro matrimonio y el que achacase la conducta de mi marido a haber sido rechazado constantemente por mí, viéndose obligado a buscar fuera de su hogar el amor que en el suyo le era negado.

MARGARI.  
REGINA

¡Es cierto!

Y por último, declaró que la culpa no era toda mía, sino de nuestra madre, que estaba completamente desequilibrada con lo del feminismo, y que me había educado, no a su imagen, sino a su caricatura.

MARGARI.  
REGINA

¡Qué vergüenza!

Mamá protestó de aquellas palabras, y pidió que constasen en el acta. El presidente trató de calmarla, pero todo fue en vano. Exasperada le llamó Juan Lanas, y aquí fue Troya. «¡Eso serías—exclamó papá avanzando en medio del estrado y dirigiéndose a Cañete—si te hubieras ca-

sado con ella, como hice yo!» Entonces se produjo un escándalo fenomenal. Mamá, furiosa e indignada, bajó de su asiento y le pegó una tremenda bofetada. Papá se precipitó sobre ella para devolvérsela, pero en aquel instante se interpuso un ujier y fué él quien la recibió. Enloquecida y avergonzada hui precipitadamente, mientras comenzaba una verdadera batalla campal y papá era detenido.

MARGARI. ¡Pobre papá!

REGINA Por fin me vi fuera de la Audiencia. En aquel momento pasabá un simón, subo a él y doy las señas de casa al cochero, recomendándole que fuera de prisa... ¿Y sabes lo que oigo? (Imitando la voz del cochero.) ¡Arre, Calígula! ¡Arre, Calígula! ¡El caballo se llamaba!... Y durante todo el trayecto no he cesado de oír... Ese maldito nombre me persigue por todas partes. ¡Ay, yo me ahogo, haz favor de abrir la ventana!

MARGARI. ¡Pobre Regina!... (Abre la ventana.)

VOZ (Dentro.) ¡Extraordinario de *Los Sucesos* con el escándalo de la Audiencia!

MARGARI. }  
REGINA } ¿Eh

VOZ (Idem.) ¡La familia Calzadilla!... ¡Un marido aburrido de Calígula!

REGINA (Vivamente, tapándose los oídos.) ¡Cierra, cierra la ventana!

MARGARI. Bueno... (Cierra la ventana.)

REGINA (Desesperada.) ¡Y ahora los periódicos!...

## ESCENA IV

Dichos y LORETO.

LORETO (Por el foro, con un ojo completamente amoratado.)  
¡Ah, canalla, más que canalla!

MARGARI. }  
REGINA } ¡Loreto!



LORETO Un guardia me ha puesto este ojo como una berengena.

MARGARI. ¡Qué atrocidad! (1)

LORETO Pero yo le he puesto la cara como un mapa en relieve.

## ESCENA V

Dichas y ASUNCIÓN; después EMILIA.

ASUNCIÓN (Rápidamente por el foro) ¡Señorita, aquí viene su mamá!...

REGINA Al fin vamos a saber...

ASUNCIÓN ¡Y en qué estado! (Aparece Emilia en un estado lamentable. Viste la toga de abogado, pero ésta se halla hecha trizas, el birrete aboyado y echado a un lado y lleva una cartera grande bajo el brazo.)

EMILIA (Entrando como una bomba.) ¡Ah, ladrón, bandido, foragido!

MARGARI. (Compasiva.) ¡Mamá!...

EMILIA (Exasperada, sentándose en una silla que Asunción ha puesto en el centro.) ¡Qué canalla! (A Regina y Loreto.) Apenas os habíais ido cuando entró con un papel en la mano... (2)

REGINA ¿Quién?

EMILIA Ese Juan Lanas de Cañete.

REGINA ¿Y qué?

LORETO (Señalando a Regina.) ¿Ha logrado ésta lo que quería?

EMILIA (Dándole la cartera, después de haber sacado de ella un papel.) ¿Logrado?... Oye... (Loreto entrega la cartera a Asunción, quien la deja en el velador. Emilia, leyendo.) «Resultando que, si el señor Argumosa se divertía fuera de su casa...» (Hablando.) ¿Divertía? ¡Qué estilo!

REGINA } Continúa, continúa.  
LORETO }

(1) Regina—Loreto—Margarita.

(2) Regina. — Emilia. — Loreto. — Margarita. — Asunción; ésta detrás de Emilia.



EMILIA (Continuando.) «... la señora de Argumosa no debía de haber olvidado...» (Hablado.) ¡La parcialidad no puede ser más manifiesta!

REGINA } Continúa, continúa.  
LORETO }

EMILIA (Prosiguiendo la lectura.) «... Resultando que el papel de la mujer en la sociedad moderna, como en la más remota antigüedad, consiste en ocuparse de su hogar y de su marido, y no exclusivamente de Calíg...»

REGINA (Poniéndole rápidamente la mano en la boca.) No pronuncies ese nombre, que me crispa los nervios.

EMILIA ¡Bueno, hija mía! (Continuando.) «... Y que, por otra parte, la señora de Argumosa ha sido educada por una madre...» (Hablado.) ¡Granuja, más que granuja!... (Prosiguiendo.) «... por una madre que no goza de todas sus facultades...»

ASUNCIÓN (Afirmando.) Eso es verdad.

EMILIA (Levantándose furiosa.) ¿Eh?

ASUNCIÓN (Vivamente.) ¡Señora, se me ha escapado sin querer!

EMILIA Váyase usted.

REGINA (Con voz más dulce, mientras deja de nuevo la silla junto al velador.) Retírese, Asunción.

ASUNCIÓN Bueno, señora.

EMILIA No sé cómo me he podido contener sin abofetear a esa insolente.

LORETO Cálmate.

REGINA (A Emilia.) Prosigue, mamá.

EMILIA (Prosiguiendo.) «... Resultando que, la señora de Argumosa ha sido educada por una madre...» (Hablado.) No, prefiero pasar también esto por alto. (Continuando.) «... Vistos los artículos... etc., etc., la Sala rechaza la demanda de divorcio presentada por la señora doña Regina Calzadilla de Argumosa, condenándola al pago de las costas y recordándola...»

- REGINA ¿Qué?
- EMILIA Que debes obediencia a tu marido. Pero tranquilízate, hija mía, recurriremos en alzada al Tribunal Supremo. Voy inmediatamente a telefonear... (Dirigiéndose hacia la primera derecha.)
- REGINA (Siguiendo a Emilia.) ¿Luego quieres comenzar de nuevo con Calígula? (Se calla vivamente.)
- LORETO } ¿Eh?
- EMILIA }
- REGINA ¿Otro nuevo escándalo en los Tribunales?
- EMILIA ¡Eso para ti es un reclamo tremendo! (1)
- REGINA ¡Ah! ¿Luego crees...?
- EMILIA ¡Naturalmente!
- REGINA ¡No seas tonta! (Señalando a los cuadros.)
- ¡Ya verás cómo se venden todos esos como pan bendito!
- REGINA (Decidida.) ¡No y cien veces no! ¡Ya es bastante! ¡Nos separaremos amigablemente y hemos terminado!
- EMILIA ¿Y tu pensión, desgraciada?
- REGINA ¡Renuncio a ella!
- EMILIA ¿Estás loca?
- MARGARI. ¡Tienes razón!
- EMILIA (A Regina.) ¡Pero eso sería una retirada, una abdicación, una derrota!
- LORETO ¡Acuérdate de la Liga!
- EMILIA ¡Todo Madrid tiene fijo los ojos en nosotras!
- REGINA ¡Pero yo no quiero que conozca mi vida íntima todo Madrid!
- EMILIA Además, sería el triunfo de los Argumosa, de los Calzadilla, de todos esos miserables...
- MARGARI. (A Emilia.) Yo te suplico que no hables mal de papá ante mí.
- EMILIA (A Margarita.) ¡No faltaría más sino que defendieras a un hombre que ha querido

(1) Loreto—Regina—Emilia—Margarita.

- devolverme la bofetada que le di, por lo cual ha sido detenido! ¡Si no le ponen en libertad hasta que yo salga fiadora, se va a divertir!
- MARGARI. ¡Pues yo saldré fiadora!
- EMILIA Margarita, te prohibo...
- MARGARI. ¡Es inútil, mamá, voy por él! (A Regina.) ¡Y tú, ten juicio! (Vase foro.)
- EMILIA (Indignada.) ¡Y está es hija mía...! (A Regina.) En cuanto a ti...
- REGINA ¡Ya he resuelto lo que tengo que hacer!
- EMILIA ¡Pues me opongo a ello como madre, como abogada y como presidenta!
- LORETO ¡Y yo como hermana y como secretaria!
- REGINA (Queriendo protestar.) Pero...
- EMILIA ¡Tú te debes a tu causa! (Yéndose por primera derecha.) Voy a telefonear a... (Mutis.)
- REGINA (Exasperada.) ¡Tendría que ver!
- LORETO Tú te debes...
- REGINA (Secamente, sentándose junto al velador.) ¡Déjame en paz!
- LORETO (Incomodada.) ¡Bueno, mujer! (Al ir por la derecha, mirando a Regina.) (¿Será tal vez...? ¡No, no, imposible!)

## ESCENA VI

REGINA y DON PRUDENCIO.

Abren la puerta del foro con precaución y aparece en ella completamente transformado don Prudencio; levita, calzado de charol y botines, guantes de color, sombrero de copa, flor grande en el ojal, bastón de moda y monóculo. Lleva el pelo teñido de un color sumamente brillante.)

- PRUDEN. (Sin ver a Regina, dejándose caer en el diván.) ¡Ay, no puedo más!
- REGINA (Volviéndose al ruido y lanzando un grito al ver a don Prudencio, a quien no conoce.) ¿Quién es usted? (Se levanta.)
- PRUDEN. (Levantándose.) ¡Hija mía!

REGINA. (Estupefacta.) ¡Papá! Como hace tantos días que no has parecido por casa y vienes tan transformado, no te he reconocido.

PRUDEN. (Se acerca a la puerta del foro, y después de convenirse que no hay nadie, misteriosamente.) ¿Está tu madre?

REGINA. ¡No! ¿Le han puesto a usted en libertad?

PRUDEN. Hace un instante. Mi antiguo rival, el señor Cañete, compadecido de mi triste situación, dió orden de que me soltaran, añadiendo que mi mayor castigo es haber vivido tantos años bajo el poder de esa harpía... (Limpiándose el sudor y enseñando su pañuelo completamente manchado de negro.) ¡Cómo se hubiera reído de mis canas, si yo no tuviera la precaución de teñírmelas!

REGINA. ¡Pobre papá! ¿Y qué piensas hacer?

PRUDEN. Pues abandonar inmediatamente esta pícara tierra...

REGINA. ¿Eh?

PRUDEN. (Levantándose.) ... Y divertirme en grande en París. (Muy emocionado.) ¡Ya ves a dónde me han conducido las locuras de tu madre: a tener que ir a divertir al extranjero al cabo de los cincuenta y nueve años cumplidos! (Cada vez más emocionado.) ¡La edad en que se debe vivir tranquilamente rodeado de sus hijos y de sus nietos...! (Llorando.) ¡Qué ejemplo para vosotras, pero ya es demasiado tarde!

REGINA. (Emocionada.) ¡Papá!

PRUDEN. (Abrazándola.) Adiós... Abraza a tus hermanas de mi parte... y a Rafael, y al excelente Clodomiro... (Rectificando.) No, a ese no, puesto que...

REGINA. Bueno, pero no te vayas...

PRUDEN. Son las cinco, y solo me queda tiempo de ir a buscar a Rosa...

REGINA. ¿A Rosa?

PRUDEN. Sí... nuestra antigua planchadora. ¡Le



estropean a uno tanto la ropa en París!

REGINA

¡Ah!

PRUDEN.

(Aproximándose a la puerta de la primera izquierda.)

¡Adiós, hija mía!

REGINA

(Acercándose a él y dándole su sombrero, que había dejado en el velador.) Papá, tu sombrero...

PRUDEN.

¡Gracias! Bajaré por la escalera de servicio...

REGINA

¿Para qué?

PRUDEN.

(Ya en el dintel de la puerta.) ¡Para despedirme y de paso abrazar a las criadas! (Vase sollozando por primera izquierda.)

## ESCENA VII

REGINA, después JUAN.

REGINA

(Bajando a la izquierda.) ¡Verdaderamente hay que confesar que no ha sido muy feliz!

JUAN

(Por el foro.) Esta carta para la señora. (Se la entrega y vase.)

REGINA

(Abre la carta, mira la firma y lanza un grito, sentándose al velador.) ¡La condesa de Peñas Arriba! ¡Y se atreve a escribirme! (Leyendo.) «Señora: Hace dos meses que mi retrato está colgado en el salón de casa, y los socios del Club, al contemplarle, lanzan gritos de horror. No solo no le hallan parecido, sino que un perito en pintura que lo ha examinado, me ha dicho que vale unas doscientas pesetas... debido al marco, pero que por el lienzo no daría dos duros. Ruego a usted, pues, señora, que envíe a recogerlo inmediatamente, y confío en su honradez para que me devuelva mi dinero. Caso contrario, me verá obligada a llevar a usted a los Tribunales...» (La lectura de esta carta, comenzada nerviosamente y con cólera, acaba con lágrimas



en la voz; luego Regina mira la carta algunos instantes, y silenciosamente, después de haberla metido en el sobre, la deja en la mesa y se enjuga una lágrima.)

## ESCENA VIII

REGINA y CLODOMIRO.

CLODOMI. (Por el foro, muy excitado, aparte sin ver a Regina y pasando a la derecha.) ¡Con esa sentencia me voy a divertir!

REGINA (Viendo a Clodomiro y levantándose.) ¡El!

CLODOMI. (Al ver a Regina, aparte.) (¡Ella!) (Alto.) Señora, sabe usted...

REGINA (Con mucha calma.) Sí, señor. Y renuncio a apelar ante el Supremo.

CLODOMI. (Sorprendido.) ¿Eh?

REGINA Nos separaremos amistosamente.

CLODOMI. ¡No, prefiero el divorcio! Quiero recuperar mi libertad plena y completa.

REGINA Entonces apele usted, que yo no me opondré.

CLODOMI. (Asombrado.) ¿No? (Aparte, ocurriéndosele una idea.) (¡Desconfiemos, ella trama algo!)

REGINA En cuanto al motivo...

CLODOMI. Es inútil que nos molestemos en buscarlo. (Señalando el cuadro.) Usted me cerró su puerta por Calígula.

REGINA (Interrumpiéndole rápidamente.) ¡No pronuncie usted ese nombre que me crispa los nervios!

CLODOMI. ¿Eh?

REGINA. ¡Es lo único que le suplico, y se lo ruego, no sólo por mí, sino por usted! Evitemos que el público sepa secretos íntimos que solo sirven para ponernos en ridículo y que resultan molestos para ambos.

CLODOMI. ¿Luego es...?

REGINA Por eso y nada más que por eso.

CLODOMI. (¡No hay duda, trama algo!)

REGINA Busquemos otro motivo...

CLODOMI. En ese caso, ¿quiere usted que consulte-  
mos con un abogado?

REGINA (Dirigiéndose a la derecha.) Avisaré a mi ma-  
dre.

CLODOMI. (Pasando a la izquierda; vivamente.) ¡No, a ella  
no!

REGINA Podemos elegir entre las injurias y sevi-  
cias graves...

CLODOMI. (Ocurriéndosele una idea.) ¡Sí, una bofetada  
ante testigos!

REGINA Estoy dispuesta a recibirla.

CLODOMI. (Indignado.) ¿Abofetear a una mujer?...  
¡Nunca! (Noblemente.) ¡Será usted quien  
la dará! (Se dirige hacia el timbre y llama.)

REGINA (Ingenuamente.) Con mucho gusto... Es de-  
cir...

CLODOMI. (Después de haber llamado, acercándose nuevamente a  
Regina.) En cuanto a la pensión...

REGINA (Vivamente.) ¡No hablemos de ella, se lo  
ruego!

CLODOMI. (Estupefacto.) ¿Luego...

REGINA (Sonriente.) ¡Será el precio de la bofeta-  
da!

CLODOMI. ¿Cómo? ¿También renuncia usted...?  
¿Y su madre lo sabe?

REGINA Sí.

CLODOMI. ¿Y no se ha muerto de repente?

REGINA No.

CLODOMI. (¡No me cabe duda, traman una vengan-  
za espantosa!)

REGINA He reflexionado bien hace un instante y  
quiero proceder noblemente con usted.  
(Pasa a la izquierda.)

CLODOMI. (Cada vez más asombrado.) ¿Pero desgracia-  
da, qué vas a hacer para vivir?

REGINA (Contemplando melancólicamente la carta de la con-  
desa que se halla sobre el velador.) Retratos.  
(Se sienta y rompe la carta.)

CLODOMI. ¡Retratos!... ¡No quisiera decirle nada  
desagradable en el momento de despe-  
dirnos en estas condiciones, pero...

¿quiere usted aceptar cincuenta mil pesetas anuales?

REGINA No.

CLODOMI. ¿Veinticinco mil, entonces?

REGINA No, señor.

CLODOMI. ¡Vaya!... ¿Doce mil quinientas... nada más que doce mil quinientas... para los marcos?

REGINA Le quedo sumamente agradecida por su generosidad, pero le repito... (Gesto de Clodomi.) ¡Me disgustaré si insiste usted más!

CLODOMI. ¡Bueno! Pero como lleva usted mi nombre, si alguna vez lo necesitara... (Señalando a los cuadros que adornan las paredes.) estoy dispuesto a comprarle todos esos.

REGINA (Vivamente.) ¿Para usted?

CLODOMI. (Idem.) ¡No, para un museo provincial!

## ESCENA IX

Dichos y JUAN.

JUAN (Por el foro.) ¿Ha llamado el señor?

CLODOMI. Diga usted que vengan a la Portera, al Cocinero y a la Doncella.

JUAN (Asombrado.) Bueno, señor. (Vase.)

## ESCENA X

REGINA y CLODOMIRO; después la PORTERA, el COCINERO, ASUNCIÓN y JUAN.

CLODOMI. (A Regina.) Los testigos.

REGINA Bueno.

CLODOMI. Es preferible acabar en seguida con...  
(Gesto de abofetear.)

REGINA Tiene usted razón.

PORTERA (Aparece en la puerta del foro, seguida del Cocinero

(ambos tipos muy cómicos), de Asunción y de Juan.)

CLODOMI. ¿Nos ha mandado llamar el señor  
¿Es usted, Paca...? Pase usted. (Al Cocinero.) Y usted también, Manolo... Pasen, pasen ustedes.

PORTERA }  
COCINERO } (Saludando.) Señor... Señora...

CLODOMI. ¡Siéntense ustedes! (La Portera y el Cocinero le miran asustados.)

CLODOMI. (Con imperio.) ¡Siéntense ustedes!

ASUNCIÓN (Indicando también a Juan.) ¿Nosotros también, señor?

CLODOMI. ¡Siéntense todos; vamos a comenzar en seguida! (Los cuatro se miran asombrados unos a otros. La Portera se recoge la falda y se sienta en una silla a la derecha. El Cocinero saca su pañuelo, lo extiende sobre una silla y se sienta encima. Asunción y Juan se sientan igualmente. Todos se hallan en fila.)

PORTERA (Bajo al Cocinero, que está sentado junto a ella.)  
¿Qué será?

COCINERO (Bajo, encogiéndose de hombros.) ¡No sé!

CLODOMI. Bueno, ahora que todos están sentados...  
(A Regina.) Señora, cuando usted guste...

REGINA (Levantándose.) Estoy dispuesta. (Los cuatro domésticos, cada vez más asombrados, se miran interrogativamente.)

CLODOMI. ¡Fíjense ustedes bien lo que vamos a hacer la señora y yo!

LOS CUATRO (Alternativamente y acercándose con curiosidad.)  
¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

CLODOMI. Dentro de algunos días el Juez os citará y os preguntará: Señora Francisca...

COCINERO ¿A mí también?

CLODOMI. (Encogiéndose de hombros.) ¡Hombre, no! A ti te dirá: Señor Manuel... (¡Qué bruto!) (Alto, prosiguiendo.) Os dirá: Señora Francisca... o señor Manuel... o Asunción... en fin, os preguntará a cada uno; ¿Ha pasado eso delante de vosotros?... Y vosotros responderéis...



LOS CUATRO (Alternativamente.) ¡Sí, señor Juez! ¡Sí, señor Juez! (1)

CLODOMI. ¡Eso es! Y yo os daré un duro a cada uno. ¡Y ahora fijaos bien!

LOS CUATRO (Acercándose aun más, cada vez más intrigados.)  
Sí, señor.

CLODOMI. (A Regina.) Señora...

REGINA (Aproximándose.) Caballero... (Clodomiro pone la mejilla a Regina; ésta se acerca y se dispone a abofetearle, pero se queda con el brazo suspendido en el aire, y mira a su marido con emoción.)

CLODOMI. (Esperando la bofetada, sin ver el juego escénico.)  
¿Vamos, señora? (Pero Regina baja el brazo, pone la mano sobre su corazón, y después de haber comprobado sus latidos, con aspecto de decir al público con alegría: ¡Late!)

CLODOMI. ¡Vamos, ande usted! (Finalmente, y sin decir palabra, Regina se inclina sobre su marido, y en vez de abofetearle le da un beso.)

CLODOMI. (Con un salto de alegría.) ¿Eh?

LOS CUATRO (Aplaudiendo.) ¡Bravo! ¡Bravo!

CLODOMI. (Furioso, Pasando a la izquierda.) ¡Pues me gusta!

LOS CUATRO (Levantándose.) Es natural, y lo hemos visto.

CLODOMI. (Exasperado.) ¡No! Ustedes no han visto nada. (A Regina, que ha pasado a la derecha y permanece con los ojos bajos y sonriente,) ¡Es una infamia! (A los domésticos.) Siéntense ustedes de nuevo... (Aparte, mirando a Regina.) (Bien, decía yo que tramaba algo.) (A los criados.) Principiemos nuevamente. (Los criados se miran estupefactos. Furioso.) ¡Repito que se sienten ustedes! (Los criados obedecen. Después, a Regina.) Señora, espero que no repetirá usted la gracia... (A los criados.) ¡Fijense ustedes bien esta vez!

LOS CUATRO (Alternativamente.) Sí, señor; sí, señor.

---

(1) La Portera. — Cocinero. — Asunción. — Juan. — Clodomiro. — Regina.



CLODOMI. (A Regina, adoptando nuevamente la posición y presentando la mejilla.) ¡Señora, cuando usted guste! (Pero en vez de abofetear a Clodomiro, Regina se pone de rodillas con las manos unidas y extendidas hacia él, en actitud de perdón. Los domésticos comienzan a aplaudir; al ruido, Clodomiro se vuelve y da un salto al ver a su mujer.)

LOS CUATRO ¡Bravo! ¡Bravo!

CLODOMI. (Furioso.) ¿Otra vez?

PORTERA (Enjugándose una lágrima con el delantal.) ¡Qué cuadro!

CLODOMI. (Exasperado, a Regina.) Señora, esto no tiene nombre. Levántese usted. (A los criados.) Pueden ustedes retirarse.

COCINERO ¿Es eso lo que tenemos que decir?

ASUNCIÓN } ¿Es eso?

JUAN }

CLODOMI. (Gritando como un energúmeno.) ¡Déjenme ustedes en paz!

LOS TRES (Asombrados.) Ya nos vamos, señor. (Vanse los tres por el foro, comentando lo ocurrido. La Portera continúa sentada y llorando aún, tapándose la cara con el delantal.)

CLODOMI. (¡Pues me he lucido!) (Viendo a la Portera que continúa sentada.) Y usted, ¿qué hace ahí?

PORTERA ¡Qué cuadro! Yo se lo contaré a todo el barrio.

CLODOMI. (Exasperado, obligándola a levantarse.) Si tiene usted la desgracia de contar lo más mínimo, la pongo de patitas en la calle. ¿Ha oído usted?

PORTERA (Estupefacta.) Pero, señor...

CLODOMI. (Echándola a empujones.) ¡A la portería!

## ESCENA XI

CLODOMIRO y REGINA.

CLODOMI. (Furioso.) ¿Y para eso les he hecho venir? (A Regina.) Señora, ¿quiere usted explicarme ...

REGINA (Aparte, pasando ante él y aproximándose a la estatua de Venus.) (No ha comprendido.) (Alto, dirigiéndose a la estatua.) Venus, dile que yo renuncio al feminismo, comprendiendo, aunque algo tarde en verdad, que la mujer tiene deberes, que el hombre tiene derechos...

CLODOMI. (Emocionado.) ¿Regina?

REGINA (Continuando.) Dile, por último, que estoy dispuesta a quererle tanto como él me quiere a mí.

CLODOMI. (Muy emocionado.) ¿No será una comedia? (Va a lanzarse hacia Regina; después, dominándose y ocurriéndosele un pensamiento. Aparte.) (¡Ahora vamos a verlo!) (Coge la paleta, que está en la mesita junto al caballete y la tira por la ventana.)

REGINA (Sonriente.) ¡Te olvidas de los pinceles! (Coge los pinceles, que están en la misma mesita, y los arroja a la calle.)

CLODOMI. (Abriendo sus brazos.) ¡Regina!... (Acordándose otra vez; aparte.) (¡No, la última prueba!) (Coge el machete de Calígula de una silla del foro y se dirige a agujerear el cuadro.)

REGINA (Comprendiendo su idea.) ¡No, deja que lo agujeree yo misma! (Coge el machete de sus manos y va a dar una estocada al cuadro.)

CLODOMI. (Deteniéndola.) ¡Perdón para Calígula!

REGINA ¿Pero es que él perdonó a alguien?

CLODOMI. ¡Duro con él! (Regina atraviesa el cuadro. Con verdadera alegría.) ¡Has matado a Calígula! (Tendiéndole los brazos.) ¡Esposa mía!

REGINA (Arrojándose en sus brazos.) ¡Clodomiro!

## ESCENA ÚLTIMA

Dichos, EMILIA y LORETO. Después DON PRUDENCIO. Luego RAFAEL y MARGARITA. Mientras que Clodomiro y Regina se abrazan aparece por primera derecha Emilia, seguida de Loreto.

EMILIA (Aparte, al ver a Regina en brazos de Clodomiro.) (¡Mi hija en los brazos de ese foragido!)

REGINA (Volviéndose y viendo a Emilia.) ¡Mamá!

- CLODOMI. (¡ La lechuza !)
- EMILIA (Atontada.) ¡ Pero esto es un sueño, una pesadilla horrible !
- REGINA No ; es una hermosa realidad, y presento mi dimisión.
- LORETO (Indignada.) ¿ Luego nos abandonas ? (Prudencio por el foro, en traje de viaje. Ha recibido en la cara la paleta que tiró Regina por la ventana, y lleva la cara multicolor. En una mano la maleta y en la otra la paleta.)
- PRUDEN. (Con voz lúgubre, bajando al centro.) ¡ Me habéis dado con la paleta en la cara !
- CLODOMI. Perdone, he sido yo.
- PRUDEN. (En el mismo tono.) Ya no me voy a París ; estoy cansado de la vida. (Indicando a Emilia.) Incluso estoy dispuesto a volver a casa.
- CLODOMI. ¿ Por qué ?
- PRUDEN. Llegué a casa de la Rosa, entré en su cuarto con esta maleta...
- EMILIA (Severamente.) ¿ Eh ?
- PRUDEN. (Vivamente.) A recoger mi ropa. (Con amargura.) Y se había fugado por la mañana con otro...
- EMILIA ¿ Con otro ?
- PRUDEN. Sí, con otro maleta.
- EMILIA ¡ Bien hecho ! Así encanecerás de nuevo.
- PRUDEN. (Con cómica desesperación.) ¡ Desde mañana no volveré a llevar la cuenta de la planchadora ! (Sube hasta el caballete para dejar la maleta, y después baja a la extrema izquierda, después de la entrada de Rafael y Margarita.)
- RAFAEL (Entrando seguido de Margarita.) ¿ Es cierto lo que acaba de decirnos Asunción ?
- MARGARI. ¿ Ya no estáis de monos ?
- CLODOMI. No ; ahora nos queremos más que nunca.
- PRUDEN. (Estupefacto, bajando a la izquierda.) ¡ Me alegro ! (1)

---

(1) Loreto. — Emilia. — Rafael. — Margarita. — Regina. — Clodomiro. — Don Prudencio.

REGINA. No, querida Margarita, ya no nos divorciamos. Decididamente tenías razón.

EMILIA }  
LORETO } (Encogiéndose de hombros.) (¡Pobrecilla!)

REGINA. Y abandono el tercer sexo.

CLODOMI. (Abrazando a Regina.) Para entrar en el tuyo.

PRUDEN. Lo celebro. (Al público.)

Por fin esta familia  
se ha convencido  
del papel que en el mundo  
tiene el marido.  
No es decoroso  
hacer de ama de llaves  
siendo el esposo.

TELÓN

FIN DEL JUGUETE







OBRAS DRAMATICAS

DE

FEDERICO REPÁRAZ

publicadas por TEATRO MUNDIAL

LA DONCELLA DE MI MUJER <sup>(1)</sup>

Comedia en tres actos

LOS HIJOS ARTIFICIALES <sup>(2)</sup>

Comedia en tres actos

LA LLAMARADA

Drama en tres actos

LLUVIA DE HIJOS

Comedia en tres actos

EL ENEMIGO DE LAS MUJERES

Juguete cómico en tres actos

---

(1) Colaboración de TOMAS LUCEÑO.

(2) » » » JOAQUÍN ABATI.



# LA LLAMARADA

---

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

---



# LA LLAMARADA

DRAMA EN TRES ACTOS

de

**Enrique Kistemaekers**

Adaptación española de

**FEDERICO REPARAZ**

---

Estrenado por la compañía dramática de don Francisco Morano,  
en el Gran Teatro, de Cádiz, el 15 de Agosto de 1913



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, «Barbará», 15.

1915



# REPARTO

---

## PERSONAJES

## ACTORES

|                                               |                           |
|-----------------------------------------------|---------------------------|
| <i>Elena Felt</i> . . . . .                   | Srta. Amparo F. Villegas. |
| <i>Teresa Deniau</i> . . . . .                | Doña Pasouala Mesa.       |
| <i>Juana Sttetin</i> . . . . .                | » Pilar Martín Gómez.     |
| <i>Anita, doncella de Elena</i> . . . . .     | Srta. Angeles Espín.      |
| <i>Coronel Pedro Felt</i> . . . . .           | Don Francisco Morano.     |
| <i>Marcelo Beaucourt</i> . . . . .            | » Antonio Lagos.          |
| <i>Conde Bertránd de Mauret</i> . . . . .     | » Gaspar Campos.          |
| <i>Monseñor Jussey</i> . . . . .              | » Emilio Portes.          |
| <i>Julio Glogau</i> . . . . .                 | » Víctor Pastor.          |
| <i>Barón Sttetin</i> . . . . .                | » Juan Aguado.            |
| <i>El fiscal</i> . . . . .                    | » Carlos Soto.            |
| <i>El alcalde de Mijoux</i> . . . . .         | » Ernesto Alvarez.        |
| <i>El juez de instrucción</i> . . . . .       | » José Latorre.           |
| <i>Justino, criado</i> . . . . .              | » Eduardo Giménez.        |
| <i>El secretario de actuaciones</i> . . . . . | » José Ramírez.           |
| <i>Berthot, ordenanza de Felt</i> . . . . .   | » Carlos Miralles (hijo). |

La acción, en el castillo del barón de Sttetin.

Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

---



## ACTO PRIMERO

Salón lujoso que fué en otro tiempo sala de guardias. Comunica por varias y amplias entradas. Por la derecha, con una especie de jardín de invierno y un saloncito de juego. Por la izquierda, puertas y una escalera que conduce al piso superior, y en la que hay una hornacina. En el centro del foro, una gran puerta vidriera que da a una terraza, desde la que se ve la carretera y se domina todo el valle. A fines de septiembre. Son las diez de la noche de una de esas noches estrelladas y templadas que permiten tener la puerta del foro abierta de par en par. A lo lejos, y completamente en el fondo del valle, se ven brillar, en medio de la noche, un grupo de lucecitas oscilantes; es el pueblecito de San Claudio.

### ESCENA PRIMERA

PEDRO, ELENA, JUANA, STTETIN, GLOGAU, MARCELO,  
TERESA, y después, JUSTINO.

(Al levantarse el telón, la estancia se halla solamente alumbrada por las bujías del piano de cola, en el que Teresa toca, muy piano, un vals lento. Los barones de Sttetin y Glogau, que se hallan a su alrededor, escuchan. Pedro, apoyado en el marco de la puerta del foro, aspira el aire de la noche. A la izquierda se encuentra Elena, sentada en un canapé, y tras ella, Marcelo, con los manos apoyadas en el respaldo del mueble.)

MARCELO (A Elena.) ¡Qué aspecto de cansancio tiene usted esta noche!

ELENA      Sí, estoy rendida. Esos trenes del Jura, que andan a paso de carreta, son aburridísimos. Y además...

STTETIN    (Extasiado, a Teresa.) ¡Precioso! ¡Divino! ¡Toque usted otro vals!

MARCELO    (A Elena.) ¿Y además...?

ELENA      Pienso en mi pobre hijito, que he llevado a Sarrebourg.

MARCELO    (Algo impaciente.) ¡Haberle dejado aquí!

ELENA      ¡Lo dice usted de un modo...!

MARCELO    Tal vez 'inconscientemente' me he expresado con alguna brusquedad, con celos...

(Continúan hablando en voz baja. Teresa se aparta del piano. Entra Justino llevando el té.)

JUANA      (A Justino.) ¿En qué consistió la avería de la luz?

JUSTINO    Dice el *chauffeur* que se había fundido una de las piezas de la dinamo, y, por si ocurre otra avería, he preparado los candeleros.

JUANA      ¿Pero el *chauffeur* no ha ido a buscar a monseñor Jussey?

JUSTINO    Sí, señora baronesa.

JUANA      (A Teresa.) ¿Quiere usted ayudarme a servir el té? (Teresa le ayuda. Justino vase.)

## ESCENA II

Dichos menos JUSTINO.

STTETIN    (A Glogau.) ¿*Puzzles*? (Pronúnciese: «puzl».)

GLOGAU    Con mucho gusto. (Ambos se instalan en el rincón del piano. Marcelo, que se había apartado ligeramente, se acerca de nuevo a Elena.)

ELENA      ¿Lo de sentir celos de mi hijo, lo habrá usted dicho en broma?

MARCELO    ¡Naturalmente!... ¿Por qué se ha separado usted de Roberto?

ELENA      Por multitud de razones.

MARCELO    ¿Y esas son...?

TERESA    (Aproximándose con una taza de té.) ¿Una taza te, señora?

- ELENA (Con gesto denegatorio.). Gracias.
- TERESA ¿Y usted, señor Beaucourt?
- MARCELO Gracias, señora; esta noche no. (Teresa se aleja. A Elena.) Cuénteme usted.
- ELENA Los dueños de este castillo son muy amables, pero como no tienen hijos tienen horror a los ajenos. Les disculpo, además, porque mi Roberto está en la edad en que los niños, incluso los mejor educados, son muy traviesos... ¿Quién es esta señora?
- MARCELO Teresa Deniau, una viuda joven y extraordinariamente cándida, que desea continuar siendo joven y cándida...
- ELENA ¿Y dejar de ser viuda?
- MARCELO Precisamente. Y como tiene buenas amistades...
- ELENA (Sonriente.) ¿Se forja ilusiones?
- MARCELO Todo el día se pasa ofreciendo algo a los solteros. Es su único ejercicio... Azúcar, *chartreuse*, cigarros...
- ELENA No ha sido usted muy galante con ella.
- MARCELO Por exceso de prudencia. Voy a desagraciarla...
- ELENA ¿Me abandona usted?
- MARCELO Es conveniente. Mire usted de soslayo, no ahora, dentro de un instante, y con cuidado, al coronel, y dígame qué opina...
- ELENA ¿De mi marido?
- MARCELO De su mirada.
- ELENA ¿Qué encuentra usted en ella?
- MARCELO Algo desagradable cuando se fija en nosotros... Y nos mira muy a menudo.
- ELENA (Indiferente.) ¡Bah!
- MARCELO Durante los tres días que ha estado usted ausente, cuantas veces me he encontrado a solas con él, he experimentado siempre ese malestar indefinible que precede siempre a las explicaciones enojosas. Estoy seguro que deseaba hablarme.
- ELENA ¿Y lo ha hecho?
- MARCELO No.



- ELENA Las sospechas de usted son infundadas. Si tuviera algo que decirle lo hubiera dicho sin vacilar, con esa precisión matemática que pone en todas sus cosas y esa confianza en su superioridad, esa confianza insolente que no le abandona nunca.
- MARCELO No me engaño, Elena, y la prueba...
- ELENA (Rápidamente.) ¡Cuidado!
- MARCELO (Disgustado.) ¡Es insoportable!
- TERESA (Acercándose de nuevo a Marcelo.) ¿Quiere usted un cigarro?
- MARCELO ¡Qué buena es usted!
- TERESA ¿Grande o pequeño?... Elija.
- MARCELO Gracias, no fumo nunca puros.
- JUANA ¡Beaucourt!
- MARCELO ¿Señora...?
- JUANA ¡Ayúdenos usted! ¡Estamos locos con estos *puzzles*!
- MARCELO ¡Voy, voy! (Se aproxima al grupo.)
- TERESA (Dejándose caer sentada junto a Elena.) ¡Verdaderamente soy muy desgraciada!
- ELENA ¿Por qué?
- TERESA ¡Ya he cometido otra tontería!
- ELENA No.
- TERESA ¿Ha visto usted cómo me ha contestado?
- ELENA ¡Son suposiciones de usted!
- TERESA Lo he visto divinamente... Y me disgusta tanto más, cuanto que el señor Beaucourt me es muy simpático.
- ELENA No dude usted que él participa de esa simpatía.
- TERESA ¿Es el célebre abogado parisiense?
- ELENA El mismo.
- TERESA ¿Y diputado?
- ELENA Por este distrito.
- TERESA ¿Ha sido ministro?
- ELENA El más joven que hemos tenido de Gracia y Justicia.
- TERESA Dicen que tiene mucho talento.
- ELENA Más del que le suponen.
- TERESA ¿Y fortuna?
- ELENA Sé únicamente que goza de fama y glo-



ria, - porque ésta última cuesta trabajo ocultarla. En cuanto a su fortuna, es preferible que le informe a usted un banquero..., mire usted, el señor Glogau..., aquel señor afeitado.

TERESA Le conozco... Mil gracias por sus informes...

ELENA No hay de qué.

STTETIN ¿Pero dónde diablos están los cigarros?

ELENA ¡Aquí! (Cogiendo las cajas de manos de Teresa.)

¿Me permite usted?

TERESA Con mucho gusto.

STTETIN Gracias, señora. Como de costumbre, creí que los había acaparado Mauret.

GLOGAU Verdad... ¿Dónde está el conde?

ELENA Desapareció después de comer.

STTETIN (A Pedro.) ¿Anda por ahí ese juerguista?

PEDRO ¿Quién?

STTETIN ¡Mauret!

PEDRO En la terraza, no.

STTETIN (Llamando.) ¡Mauret! ¡Mauret!

### ESCENA III

Dichos y MAURET.

MAURET ¡Presente! (Aparece vestido con una especie de traje de motociclista y lleva en la mano un gran paquete de cartas y periódicos.)

JUANA ¿Qué significa ese disfraz?

MAURET (Algo disgustado.) ¿Disfraz...?

TODOS (Con diversos sentimientos.) ¡Ah!

STTETIN ¿Se ha vuelto usted loco?

MAURET (Con desaliento e indignado.) ¡La humanidad me da lástima! Este traje es un invento mío. Hace diez años que la ciencia moderna se esforzaba en vano en transformar a un hombre de mundo en motociclista y a un motociclista en hombre de mundo. ¡Pues van ustedes a ver! (Comienza a desabrocharse rápidamente el traje.)

TERESA (Escandalizada.) ¡Se va usted a desnudar!...

- MAURET      Señoritas, tengan la bondad de volverse un instante. ¡Una, dos, tres...! (Todas se vuelven de espaldas. Se quita rápidamente el vestido, bajo el cual aparece en traje de «smoking».) ¡Ya está! ¡Vuélvanse ustedes!
- JUANA      ¡No está mal!
- GLOGAU      ¿Pero, con qué objeto...?
- MAURET      (Con superioridad.) ¿Qué es esto?
- MARCELO      ¿Cartas?
- STTETIN      ¿Periódicos?
- MAURET      Han comprendido ustedes.
- GLOGAU      Yo absolutamente nada. Explíquenos usted de una vez...
- MAURET      Oigan ustedes: Estamos pasando el mes de septiembre en el castillo de nuestros queridos amigos los amabilísimos barones de Sttetin...
- JUANA }  
STTETIN } (A la vez.) Gracias.
- MAURET      Como de costumbre, el señor Glogau, al terminar esta noche de comer, comenzó a contarnos una de esas historias interminables en que se descubre el alma del célebre bandido Latude. Mientras Glogau no cesaba de charlar, pensé que podía ser útil a los demás, y recordando que estoy en excelentes relaciones con las señoritas del correo de Mijoux, porque después de todo no es uno de madera...
- TERESA      ¡Qué horror!
- MAURET      (En tono de censura.) ¡Las encargadas del correo de Mijoux tienen, respectivamente, una, treinta años de servicios, y la otra, sesenta de edad.
- TERESA      Pero, caballero...
- MAURET      Pero, señora, eso no les impide acoger benévolamente al motociclista que, al dar las nueve y media, llega a pedirles el correo, que, sin su intervención, no traería el cartero hasta mañana por la mañana.
- GLOGAU      ¿Luego lo ha traído usted?
- MARCELO      ¡Bravo, Mauret!

- STTETIN Es de agradecer...
- MAURET (A Teresa.) Ya vé usted cómo mi acción es objeto de un vivo sentimiento de simpatía. (Abriendo el paquete de correspondencia.) Para el coronel Felt... Dos cartas, con membrete del ministerio de la Guerra.
- PEDRO Gracias, querido Mauret.
- MAURET Beaucourt, abogado..., abogado... Beaucourt, diputado, diputado... diputado..., con sello de todos los ministerios.
- MARCELO Gracias.
- MAURET Una carta de la casa Milón, modas..., para la señora viuda de Deniau. (A Teresa.) La idea de que le escriban a usted sus adoradores con sobre de la casa Milón...
- TERESA ¡Señor Mauret!
- MAURET ...es ingeniosa, y demuestra su exquisito tacto. ...Señora de Felt... ...Señor Julio Glogau...
- STTETIN (A Pedro y Marcelo.) ¡Lean, lean ustedes!
- (Todos leen su correspondencia.)
- MAURET Glogau... ¡Ah!
- GLOGAU ¿Qué?
- MAURET ¡Con sello del juzgado! (Ligero movimiento de curiosidad. Todas las miradas se dirigen maquinalmente sobre Glogau.)
- GLOGAU ¡Querido conde, es usted muy bromista!
- MAURET El promista es el juzgado. Mire usted.
- GLOGAU (Asombrado). ¡Ah!
- MAURET Barón Sttetin... Hay para todos. Ni siquiera de mí se han olvidado. «Señor conde Bertrand de Mauret, negociante en vinos de Champagne.» (A Sttetin.) ¿Qué dirían mis gloriosos antepasados ante semejante sobre...?
- STTETIN (Dejando de leer.) ¿Eh?
- MAURET ¡Qué suerte la de usted de no tener antepasados!
- STTETIN (Con voz ahogada.) ¿Cómo? (Teresa tira a Mauret de la manga.)
- MAURET ¡Ah! ¿pero usted ha tenido antepasados?
- STTETIN ¡Qué pregunta!

- MAURET Pues no comprendo por qué ha comprado usted un título pontificio.
- STTETIN (Sonriendo de mala gana.) ¡Es usted insopor-  
table!
- TERESA (Bájo.) ¡Ha dicho usted una tontería!
- MAURET Pero con premeditación. Usted las dice lo mismo, pero sin conciencia ni perversidad, como el ruiñeñor canta.
- TERESA (En tono de censura.) Usa usted una familia-  
ridad conmigo...
- MAURET Digna de elogio y gratitud. Apenas hace doce horas que nos conocemos y ya nos entendemos como dos buenos amigos. Mañana nos tutearemos.
- TERESA ¡Eso sí que no! Es demasiado pronto.
- MAURET Su gracia de usted me ha seducido...
- TERESA (Coqueta.) ¡Señor Mauret...! ¡Señor con-  
de...
- MAURET ¿Quiere usted que nos divertamos un rato?
- TERESA ¿Cómo?
- MAURET Ahora verá... (A Glogau.) ¿Qué tal el  
amigo de usted? (Justino ha entrado y dicho unas palabras en voz baja a Pedro, que leía su correspondencia en un rincón. Pedro, entonces, ha ido a la terraza donde su ordenanza le esperaba. Se le ve dar órdenes al militar, que en seguida se aleja. Pedro continúa en la terraza. Justino, después de hablar al coronel, ha hecho mutis.)
- GLOGAU ¿Qué amigo?
- MAURET El juez de instrucción.
- GLOGAU (Irónico.) Voy a satisfacer su curiosidad. El juzgado del Sena me pide algunos datos respecto al atentado de que fui víctima...
- TERESA (Curiosa.) ¿Fue usted víctima de un aten-  
tado?
- GLOGAU Hace algunos meses salía yo de un consejo de administración, y en el momento de subir a mi coche, un individuo disparó tres tiros de revólver que atravesaron de parte a parte...
- TERESA (Asustada.) ¡Dios mío...!



- MAURET Su sombrero.  
STTETIN El agresor se hizo justicia en el acto, saltándose la tapa de los sesos.  
GLOGAU Y como ese final ha herido el amor propio del juzgado, éste se empeña en instruir un sumario en que la víctima no reclama nada...  
STTETIN ¡Y el culpable no existe!  
MARCELO (A Glogau.) No comprendo...  
GLOGAU (A Marcelo.) ¡Bien sabe usted cómo las gastan los tribunales! ¡Ese pobre diablo, que ni siquiera pudo ser identificado, era evidentemente un loco.  
STTETIN ¡Qué duda cabe!  
GLOGAU Pues el juez se empeña en ver en él a un revolucionario extranjero, y le supone cómplices; busca, investiga y me hace perder un tiempo precioso, cuando yo preferiría...  
MAURET El silencio.  
GLOGAU Usted lo ha dicho.  
MAURET Ese juez no es tonto. El revolucionario no es una hipótesis, sino una evidencia.  
GLOGAU ¡Bah!  
MAURET Al menos es verosímil.  
MARCELO ¿Por qué?  
MAURET Francamente, porque Glogau fué, *in illo tempore*..., (A Glogau.) ¿verdad?... funcionario de la policía rusa.  
GLOGAU (Reprimiendo un movimiento.) ¿Yo?  
MAURET (Ingenuo.) ¿Es acaso una leyenda...?  
GLOGAU (Sin darle importancia.) Más bien la creo una broma...  
STTETIN ...De mal gusto.  
JUANA ¡Es usted incorregible!  
MAURET El tiene la culpa. ¿Por qué es usted tan misterioso?  
GLOGAU ¿Yo?  
MAURET ¿Por qué no dice usted de una vez a sus íntimos qué es realmente?  
GLOGAU Banquero.



- MAURET Personas que le tutean aseguran que fué usted funcionario de...  
GLOGAU Ya lo ha dicho. ¿Y qué más?  
MAURET Agregado militar en los Balkanes de un pequeño estado extranjero, jefe de la política exterior en un gran diario inglés...  
STTETIN ¡Es un loco...!  
GLOGAU ¡Muy simpático! Continúe usted. ¿Qué más dicen?  
MAURET Que es usted austriaco y se hizo usted naturalizar belga, después de haber sido ciudadano suizo. Y, en fin, que si afirmara usted ser protestante, no se atrevería a prestar juramento por Moisés...  
JUANA (Interrumpiéndole con un gesto imperioso.) ¿No oyen ustedes...? (Todos escuchan. Se oye, bastante lejos, en el campo, el ruido del motor de un automóvil. Sttetin se precipita hacia la terraza. Pedro entra de nuevo. A Pedro.) ¡Es él!  
PEDRO Eso creo.  
STTETIN (Gritando desde la terraza.) ¡Sí, sí, es monseñor!  
JUANA (Con apresuramiento, a Sttetin.) ¡Adolfo, salgámonos a recibirle! (A Elena.) ¿Quiere usted hacerme el favor de dar un vistazo al comedor?  
ELENA Con mucho gusto. (Vase segunda izquierda.)  
TERESA Yo la acompañaré a usted... (¡Dios quiera que no cometa ninguna simpleza con monseñor!) (Vase segunda izquierda.)  
JUANA (A Marcelo.) ¿Y nada de política, eh?  
MARCELO ¡Ni de filosofía!  
STTETIN Ponte un abrigo, que cae relente. (Vanse Juana y Sttetin por la terraza.)  
GLOGAU Conde: ¿quiere usted saber la verdad?  
MAURET ¡Soy todo oídos!  
GLOGAU Pues le participo que soy negro, musulmán y pobre, y que le propongo una partida de *écarté* mientras llega su ilustrísima.  
MAURET Acepto gustoso. (Vanse ambos al saloncito de juego.)

## ESCENA IV

MARCELO y PEDRO.

(Pausa. Pedro va despacito y cierra la puerta tras los jugadores.)

PEDRO ¿Beacourt?

MARCELO ¿Qué desea usted?

PEDRO No le extrañe que aproveche este instante para hacerle a usted una pregunta.

MARCELO Tendré sumo gusto en contestarle.

PEDRO ¿Sabe usted que existe un grave disgusto entre mi mujer y yo?

MARCELO (Después de vacilar.) No le comprendo a usted bien.

PEDRO Pues hablo bien claro. Le pregunto si...

MARCELO (Interrumpiéndole.) Comprendo perfectamente la pregunta. Lo que quisiera es conocer su alcance.

PEDRO Con su propia prudencia acaba usted de contestarme.

MARCELO Permítame usted...

PEDRO Por favor, nada de habilidades. Olvide usted un instante que es una de las eminencias del foro, como yo me esfuerzo en despojarme de mis costumbres y de mi carácter de soldado. Desde hace algunos días, me domino difícilmente para no dar a usted la orden, a quemarropa, de que ponga término a sus asiduidades cerca de Elena.

MARCELO Parece que me da usted esa orden y le confieso que ella me animará a...

PEDRO No hagamos fracasar esta entrevista con una solución que no resolverá nada y que yo rechazo con toda mi voluntad. Es usted un hombre leal, y necesito hablar con usted lealmente.

MARCELO Hable usted; le escucho.

PEDRO Bien sabe usted que mi mujer y yo estamos separados hace meses por un dis-

gusto en que toda la culpa recae sobre mí. He adquirido la convicción de que usted se ha aprovechado de este hecho para tratar de transformar en un lazo más tierno la simpatía amistosa que Elena le profesa. Está usted en su derecho. Nuestras relaciones personales siempre han sido muy frías. Usted no traiciona a un amigo. Usted ansía a la mujer de un indiferente. ¿Le parece a usted todo esto bastante claro?

MARCELO Lo que me parece es una interpretación algo brutal de los sentimientos respetuosos que profeso a una amiga, cuya vida moral, usted mismo lo ha reconocido, se halla bastante turbada para necesitar consuelo, afecto...

PEDRO Comienza usted de nuevo a contestarme de un modo difuso, en político... ¡Odio los eufemismos! ¡Lo que usted desea hacer de mi mujer es su amante!

MARCELO (Vivamente.) ¡Caballero! ¡Rechazo la suposición!

PEDRO ¿Pues si no, qué pretende usted?

MARCELO Se lo diría si tuviese derecho, pero no le tengo.

PEDRO ¿Por qué?

MARCELO Porque al declarar mis intenciones, parecerá que prejuzgo las suyas y que me niego a defenderlas.

PEDRO También ahora las reticencias de usted son muy claras: ¿Intenta usted mi divorcio?

MARCELO Creo nuevamente que no soy quien debe contestarle.

PEDRO Lo que usted quiere, sencillamente, es mi hogar. ¿Sabe usted lo que opino de su... respetuoso proyecto? ¡Pues que es una imbecilidad y una infamia!

MARCELO ¡Señor Felt!

PEDRO Dispénsame usted... Me excusa el haberme despojado de mi carácter, o mejor,

el haberlo recuperado... Retiro las palabras, pero trataré de probar el hecho. Ignoro lo que Elena haya podido decirle, ignoro lo que piensa, ignoro lo que quiere... Voy más lejos, incluso admito que en este momento me detesta, pero de lo que estoy seguro, es de que Elena no ha dejado de amarme. ¿Luego...?

MARCELO ¿Qué?

PEDRO Suponiendo que usted lograra...

MARCELO Supongamos

PEDRO El triunfo de usted sería muy poca cosa en el día de mañana. A pesar del mal que he hecho a Elena, y quizás a causa de ese mismo mal, la amo ardientemente, quiero reconquistarla y lo conseguiré.

MARCELO ¡Usted lo arregla todo a su gusto! ¡Es usted el ejemplo más asombroso de vanidad que he visto en mi vida!

PEDRO Creo que, de ambos, soy el más fuerte, y me parece conveniente advertírselo.

MARCELO (Subiéndose paulatinamente de tono.) Y yo le confieso que esa arrogancia no me impresiona lo más mínimo. Sé que en usted es un sistema del que ha sacado en su carrera un partido sorprendente y con el que ha tenido siempre en jaque a los gobiernos, sistema que le ha permitido llegar a coronel, cuando sus compañeros de promoción son aún capitanes. Para eso le ha servido a usted su valor, que es incontestable, y su ambición, que no tiene límites. Pero le juro a usted que no ha de servirle para nada en un conflicto como éste que nos pone frente a frente, y en el que está en juego la felicidad de una mujer.

PEDRO Está usted en un error, y ya empieza a manifestarse mi superioridad... Usted, el hombre tranquilo, acostumbrado a hablar en la Cámara y en el foro con la mayor sangre fría, acaba de perder los estribos, confesando implícitamente un deseo in-



confesable... Y yo, ante esta confesión, yo, el soldado cuyas heridas y fiebres coloniales han exaltado la violencia..., yo, resisto... ¡míreme usted!... ¡yo resisto al loco deseo de arrojarme al cuello de usted y... estrangularle! ¡Resisto y me contengo por eso..., porque de ambos soy el más fuerte!

MARCELO ¡Concluyamos!

PEDRO ¡Sí, es indispensable concluir! ¿Cuánto tiempo piensa usted prolongar su estancia aquí?

MARCELO Tengo un pretexto excelente para regresar mañana mismo a París.

PEDRO Lo siento, porque no puedo dar a los dueños de este castillo ningún motivo plausible para ausentarme precipitadamente, puesto que mi misión en el fuerte de Orioux no ha terminado aún.

MARCELO ¿Le conviene a usted que hasta mañana nadie advierta lo que ha pasado entre nosotros?

PEDRO Iba a rogárselo a usted.

MARCELO Creo que no tenemos más que hablar.

PEDRO Absolutamente nada... hasta nueva orden. (Entra en el salón de juego.)

## ESCENA V

MARCELO y ELENA

(Elena aparece en el dintel de la terraza y hace a Marcelo un gesto de silencio.)

MARCELO (A media voz, sorprendido.) ¡Elena...!

ELENA ¡Pst!

MARCELO ¿Estaba usted ahí? ¿Ha oído usted...?

ELENA A mi pesar... Poco, pero lo bastante para ver clara la situación.

MARCELO ¿Y debo abandonar a usted?

ELENA ¡Sí! ¡Siempre su fuerza...! ¡Valor, Marcelo, odio a los fuertes!



MARCELO ¡ Yo impediré... !

ELENA (Rápidamente.) ¡ Silencio ! (Teresa entra precipitadamente por el foro.)

## ESCENA VI

Dichos y TERESA.

TERESA La buscaba a usted por todas partes...

ELENA ¿Qué pasa?

TERESA La pila... ¿Dónde está la pila de agua bendita...? No la han puesto en la habitación de monseñor. ¿Qué hacemos?

ELENA Pues...

TERESA ¡ Ya es tarde !... Me parece que llegan...

(Corre a la escalera y mira.)

MARCELO (Muy bajo a Elena.) ¿Dónde podemos hablar?

ELENA (Resuelta.) En mi cuarto.

MARCELO ¿En su cuarto?

ELENA Esta noche. (Alto a Teresa.) ¿Son ellos?

TERESA Sí... Están hablando en la meseta... (Escucha.)

MARCELO (Jadeante.) ¡ Elena !

ELENA (Espiondo a Teresa.) A eso de la una... (A Teresa.) ¿Bajan...?

TERESA No... sí... Espere usted...

MARCELO ¿Llamaré?

ELENA No estará cerrada la puerta. Entre usted. (Elena se aleja.)

TERESA (Muy emocionada.) ¡ Es monseñor !... ¡ Ya vienen !... (Corre a la puerta del salón de juego y la abre.) ¡ Señores, salgan ustedes..., está aquí monseñor Jussey ! (Glogau, Pedro y Mauret entran, y al mismo tiempo se ve a monseñor Jussey que conversa con los Sttetin, bajando después, lentamente, la escalera. Elena y Teresa, con el mismo gesto, se cubren el pecho con un velo.)

## ESCENA VII.

Dichos; GLOGAU, PEDRO, MAURET, MONSEÑOR, STTETIN y JUANA.

JUANA  
STTETIN

(A Sttetin.) Haz las presentaciones.  
(Presentando los huéspedes a monseñor.) El señor Julio Glogau... El coronel Felt... El conde Bertrand de Mauret... El señor Beau-court...

MONSE.  
STTETIN  
MONSE.

(Amablemente.) Ministro, si no me equivoco.  
(Turbado.) Lo... fué, monseñor.  
(Bondadoso a Marcelo.). Celebro en el alma conocer a usted, caballero. Un vicario puede necesitar de quien es más que él.

MARCELO

Señor obispo, en ese caso se encuentran muchos diputados, y bien pudiera yo decir lo mismo que su ilustrísima. (Ambos se estrechan la mano.)

JUANA

Monseñor, permítame que le presente a la señora de Felt.

MONSE.

Señora... (Saludando a Elena; ésta le besa la mano.)

ELENA

Monseñor... (Deseo hablarle a solas.)

JUANA

Y a la señora viuda de Deniau...

TERESA

(Con apresuramiento.) Monseñor... (Le coge la mano y le besa el anillo, como Elena, pero más obsequiosamente.)

JUANA

¿Está su ilustrísima muy cansado del viaje?

MONSE.

No; he venido admirablemente desde San Claudio en el automóvil de ustedes, pero tengo que darles la mala noticia de que he recibido orden de estar pasado mañana por la noche en el Vaticano, para dar cuenta de la misión que me encomendaron.

JUANA

¡Qué lástima! ¿Y nos abandonará, monseñor...?

MONSE.

Mañana, señora, después del almuerzo. ¡Apenas me dejan tiempo para saludar a

tan buenos amigos !... ¡ Cuánto más tranquilo no estaba en aquellos tiempos en que era capellán a bordo del *Júpiter*... ! (Observando la actitud deferente y el silencio de todo el mundo.) Señores..., se lo ruego, procedan como si yo no estuviese aquí. Según observo, he venido a interrumpir mil propósitos agradables, y sin duda alguna... un *bridge*, ¿verdad? (Pronúnciese «brij».)

MAURET

MONSE.

¡ El vulgar *écarté*, monseñor !

Pues yo les suplico que reanuden ustedes la partida. Sólo hay aquí un pecador más, y añadiré que tendría mucho gusto en hablar dos palabras reservadamente con la baronesa de Sttetin.

JUANA

(A todos.) En este caso, señores...

(Todos se alejan. Glogau y Sttetin vanse al salón de juego, seguidos de Pedro. Marcelo vase por la terraza y a éste le siguen Teresa y Mauret.)

## ESCENA VIII

MONSEÑOR, JUANA y ELENA; ésta algo apartada.

MONSE.

Tengo que hacer a usted una confesión penosa... (Juana le mira con inquietud. Luego añade, en tono confidencial:) ¡ No he comido !

JUANA

(Después de un profundo suspiro.) ¡ Ay, qué susto me ha dado... !

MONSE.

Y como ahora me va usted a ofrecer faisán, pastel...

JUANA

¡ Cuanto monseñor quiera !

MONSE.

En un comedor grande y solemne...

JUANA

(Sonriente.) Sí.

MONSE.

Que es precisamente lo que no quiero. Deseo únicamente un tente en pie y sin que nadie se ocupe de mí...

JUANA

(Protestando.) ¡ Oh !

MONSE.

Mientras que usted se reúne a sus invitados, que su amiga..., esa señora...

JUANA

(Volviéndose hacia Elena.) ¡ Elena ! (Esta se aproxima.)

- MONSE. Tenga la bondad de traerme en una bandejita un pedazo de pan, fruta y un vaso de agua.
- ELENA En seguida, monseñor.
- MONSE. O cerveza, que me gusta mucho...
- JUANA (Mientras que Elena vase furtivamente.) ¡La tenemos excelente!
- MONSE. Lo celebro. Tomaré un bocadillo mientras usted distrae a sus huéspedes.
- JUANA Monseñor, yo desearía...
- MONSE. Tal es mi deseo, si quiere usted que esté a gusto.
- JUANA Desde el momento en que monseñor insiste, sus deseos son órdenes y obedezco. (Va y cierra la gran puerta vidriera.)
- MONSE. ¡Es usted un ángel!
- JUANA (Sonriente.) Gracias y buen provecho, monseñor. (Pasa a la sala de juego, cerrando la puerta tras sí. Apenas ha desaparecido cuando entra Elena llevando una bandejita con un cubierto, y en ella pan, uvas y una garrafa de cerveza.)

## ESCENA IX

MONSEÑOR y ELENA.

- ELENA ¿Me permite monseñor que le sirva?
- MONSE. Sinceramente se lo agradeceré... (Breve pausa. Luego, paternalmente.) ¿Qué tenía usted que decirme, hija mía?
- ELENA (Sorprendida.) ¿Me ha reconocido, monseñor?
- MONSE. Al instante que pidió usted a su antiguo confesor el deseo de confiarle algún secreto.
- ELENA (Enternecida.) ¡Monseñor!...
- MONSE. ¿Le asombra a usted?
- ELENA (Conmovida.) ¡Después de doce años!
- MONSE. He vuelto a encontrar a mi hija de confesión de Diego Suárez.
- ELENA ¡La hija de Gerard...!



- MONSE. No eran allí muy numerosas mis penitentes... (Se instala. Corta el pan. Elena le sirve la cerveza.) Su madre y usted: nada más. Recuerdo cuando iban ustedes a oír la misa a bordo del buque...
- ELENA (Soñadora.) ¡Sí...!
- MONSE. Usted con su traje blanco de piqué, porque en aquel sol abrasador de Madagascar... ¡Qué tiempos aquéllos! ¡Todos los marinos la adoraban!
- ELENA Porque obligaba a mi padre a levantarles los castigos.
- MONSE. Ya le costaría trabajo, porque era rígido el comandante Gerard. ¡Buen jefe!
- ELENA ¡Pobre papá!
- MONSE. ¿Qué es ahora, vicealmirante?
- ELENA Ha muerto.
- MONSE. Lo siento infinito...
- ELENA También mi madre murió poco después.
- MONSE. Dispense usted mi ignorancia por haber involuntariamente...
- ELENA Al contrario, monseñor. Por eso estoy tan sola...
- MONSE. (Mirándola fijamente.) ¿Sola?
- ELENA (Subrayando la palabra.) «Sola» en un momento de crisis, cuando el consuelo de esta plática me ha sido enviado por...
- MONSE. ¡Dígalo usted! ¡Por la Providencia! ¿Ya no es usted creyente?
- ELENA Sí, creo ardientemente, pero...
- MONSE. ¿Qué?
- ELENA Pero mi religión se ha... ampliado.
- MONSE. ¿Quiere usted decir que excede de las prescripciones de la Iglesia?
- ELENA Así es.
- MONSE. (Frunciendo el entrecejo.) ¡Ah, conozco el caso, es frecuente! Tiene usted marido y dice: Estoy sola. Es usted creyente, pero las exigencias del dogma le parecen repentinamente demasiado estrechas. En resumen, ¿qué premedita usted? ¿El divorcio?



- ELENA  
MONSE. Sí, he adoptado tan grave resolución.  
Tan absurda resolución. ¿Y por qué?  
¿Acaso otro amor..., otro hombre...?
- ELENA  
MONSE. (Con sobresalto.) ¡ Monseñor !  
¿Le hiere a usted que haya adivinado?  
Lo celebro. ¿No hay otro hombre en este  
asunto del divorcio?
- ELENA  
MONSE. Le hay, pero no es mi amante.  
¿Pero va a serlo?
- ELENA  
MONSE. Será mi marido.  
Por mucho que usted haga no logrará que  
este matrimonio sea un sacramento.
- ELENA  
MONSE. Confieso que ésa fué una de mis angus-  
tias, monseñor. Si el alma de mi madre,  
que era muy religiosa, ha pasado a mí, en  
cambio mi padre...
- MONSE. ¡ Sí, era un ateo ! ¡ La semilla no se ha per-  
dido !
- ELENA  
MONSE. Fué un hombre bueno... Me legó su afe-  
cción a las responsabilidades terrestres, su  
carácter resuelto, su amor a la acción...
- MONSE. ¡ Ah, por fin oigo la palabra diabólica, la  
que siempre llevaba en los labios el co-  
mandante Gerard... ! ¡ La acción... ! ¡ Esa  
palabra es la que pierde a usted ! (Ha dicho  
lo anterior con cólera, pero se calla, algo perplejo, al  
ver en el rostro inmóvil de Elena como corren las lá-  
grimas.) ¿ Lloro usted ?
- ELENA  
MONSE. (Fieramente.) No, monseñor, no lloro.  
¿ Por qué llora usted ? ¿ Por usted mis-  
ma ?
- ELENA  
MONSE. (Enternecida.) Si llorase, sería por la justi-  
cia.
- MONSE. (Cariñoso.) Vamos, sea usted buena... (Pau-  
sa.) ¿ Es usted desgraciada ?
- ELENA  
MONSE. Quizás.  
Si es usted desgraciada, vamos bien...  
Todo puede arreglarse... Si estuviese us-  
ted aquí radiante, la frente iluminada con  
ese feo brillo que da la pasión, la lucha  
sería incierta... Pero llora usted, y el  
asunto es muy diferente. Dígame : ¿ Qué

ha hecho ese torpe? (Gesto de Elena que parece indicar: "¿De qué sirve hablar de ello?") ¿Algún pecadillo? ¿Alguna aventurera de la que se ha enamorado? Usted se enoja y olvida que la belleza del amor tiende siempre hacia la bondad, hacia el perdón...

ELENA

¡El perdón! ¿Ha deseado nunca una palabra, ni siquiera una mirada?... ¿Qué le importa? ¡No, la aventurera que se ha interpuesto en nuestro camino no se ha llevado sino cenizas de felicidad!... Hay que conocer la hermosa imagen que me había forjado de la unión de dos seres..., de esta fusión tierna, radiante, absoluta en que ambos seríamos uno solo para afrontar la existencia... A poco de partir monseñor de Diego Suárez, llegó Felt. Me atrajo en el acto por su inteligencia pronta y audaz, pero necesitaba algo más para amarle. Era preciso, como ocurrió, que yo tuviese que disputar a la muerte a ese hombre, a quien había visto joven y fuerte, y que tiritaba ahora de fiebre, abatido como un niño en el lecho del hospital. Las religiosas de Antsiranne habían sido diezmadas por la epidemia. Me ofrecí voluntaria y pasé un mes entero, día y noche, a su cabecera... ¡Qué hermosa victoria! Luego su convalecencia, en la que aquellos pobres ojos, aun ardientes, no veían más que a mí... Después, nuestros amores y nuestro matrimonio. De repente, la revelación de otro ser, devuelto a la fuerza, presuntuoso de su fuerza, no teniendo otro culto que el de su fuerza. El soldado ambicioso, demasiado consciente de su valor, enloquecido de autoridad, no viéndome en mí sino un ser frívolo a su merced, ebrio de voluntad, y desdefiando la mía hasta el punto de reducir mi papel al de una cortesana. No quise sujetarme a esa

humillación; fuimos adversarios, y en este instante una mujer pasó... Mi amor ha tenido una agonía horrible, pero mi amor ha muerto. Sólo tengo treinta años, monseñor, ¡quiero vivir!... Un hombre es digno de mí y yo puedo embellecer su destino! ¿En nombre de qué debo renunciar a él?

MONSE.

(Levantando los brazos al cielo con un gesto de ira y a la vez de desaliento.) ¿Y se atreve usted a preguntármelo? (Pasea agitado. Después, de repente.) Dice usted: «¡Soy joven!» ¡No! Es usted un ejemplo funesto y conocidísimo. Pertenece usted a una secta de innumerables criaturas inspiradas por una tradición impía, falsamente persuadidas de su igualdad con el hombre, que quieren ser, no las servidoras del hogar, sino sus sacerdotisas, que tienen la insolente presunción de santificarle, y que, si conciben que el marido sea su compañero, no pueden admitir que sea su dueño, el dueño designado por Dios... ¡Más le hubiera valido rezar!

ELENA

MONSE.

(Con un gesto que es todo un poema.) ¡He rezado! Sin fe. Las mujeres como usted no saben orar. Han creado su dios: el orgullo. Y de una raza que hubiera podido ser sublime, ha hecho el orgullo una raza despreciable. Se convierte a cien heréticas, pero no se conserva a una orgullosa.

ELENA

MONSE.

Porque se la rechaza.

(Rudo.) Las leyes de la Iglesia no transigen con las leyes del orgullo. ¿En nombre de qué podría yo combatir su abominable proyecto de divorcio?... ¡En nombre de su propio orgullo!

ELENA

MONSE.

No comprendo.

El esposo a quien usted desea abandonar puede necesitar de usted el día de mañana.

ELENA ¡ No ! Le abandono poderoso, rico, feliz, y no amándome ya.

MONSE. ¿ No tienen ustedes hijos ?

ELENA Uno solo a quien adoro. Mi divorcio no puede perjudicar el porvenir de ese niño.

MONSE. Veo que no vacila usted en su resolución. Pero al menos, piense usted en sí misma. ¡ Se halla usted ante un abismo en el que van a zozobrar su pudor y su dignidad ! Es todo cuanto tengo que decirle.

ELENA No es eso lo que yo esperaba.

MONSE. ¿ Y no ha pensado usted siquiera que sus palabras eran otras tantas ofensas para el hábito que llevo ? ... ¿ Suponía usted, acaso, que yo aprobaría semejante locura ? ¿ Luego, a qué mortificarme y a qué mortificarse usted con esta plática ?

ELENA Porque recordé su infinita bondad, monseñor. Si hubiese habido un argumento humano que oponer, monseñor lo hubiera hallado. Nadie mejor hubiera enternecido mi corazón. Sólo ha aducido que es una religión organizada por hombres, y que es necesaria la humildad de la mujer. Monseñor me ha afirmado en mi resolución.

MONSE. (Fuera de sí.) ¡ Es usted una desgraciada !  
(Pausa.) Oigame bien : ¿ Sabe usted qué es una católica divorciada ? ¡ Un sacerdote exclaustrado !

## ESCENA X

Dichos y MARCELO.

MARCELO (Quien, durante las últimas réplicas, ha aparecido en el dintel de la puerta vidriera, que ha dejado entreabierta el prelado. Entra luego despacito.) Monseñor : discute su ilustrísima con una mujer, y temo que en este momento no abuse de su edad y de sus hábitos.

MONSE. (Repentinamente frío y altanero.) ¿ Luego es us-



ted quien ha hecho tanto mal? ¡ Puede usted estar satisfecho! (Se dirige hacia el salón de juego, pero en aquel momento la puerta se abre y aparece Juana, con la fisonomía inquieta.)

## ESCENA XI

Dichos, JUANA. Después, PEDRO, MAURET, STTETIN, TERESA, GLOGAU. Luego, JUSTINO.

JUANA. ¿Qué voces son ésas? ¿Qué pasa? (Viendo a Marcelo; indignada.) Apostaría a que ha tenido usted la audacia de discutir con monseñor de política.

MONSE. No le acuse usted. Soy yo quien le reñía por cuestiones de pura moral, porque no opinamos igual respecto a la constitución de la sociedad, ni de la salud de las almas. Me he acalorado más de lo prudente...

JUANA. (A Marcelo.) ¡ Es usted un monstruo!

MONSE. Señora, permítame que considere este incidente como indicación de que es hora de irme a descansar.

JUANA. Mi marido y yo le acompañaremos hasta su habitación... También es nuestra hora, y además, tenemos costumbre de dejar a nuestros invitados en libertad.

STTETIN. (Coge un candelero y marcha delante de ellos.) Estoy a sus órdenes, monseñor. (Los tres suben los primeros peldaños de la escalera.)

JUANA. ¿Qué acostumbra a tomar, monseñor, por las mañanas?

MONSE. Poca cosa, señora. Una taza de café... (Sus voces se pierden en la escalera. Desaparecen.)

## ESCENA XII

MARCELO, GLOGAU, PEDRO, MAURET, TERESA y JUSTINO.

ELENA. Buenas noches, señores.

TODOS. Buenas noches.



TERESA La sigo a usted.  
PEDRO (Al pasar Elena, de quien no ha apartado los ojos desde hace rato.) ¡Elena!...  
ELENA Buenas noches.  
PEDRO (Después de una vacilación.) Buenas noches.  
ELENA Adiós... (Pedro le besa la mano. Elena sube la escalera. Justino ha entrado con nuevos candeleros. Teresa coge uno y sigue a Elena.)

### ESCENA XIII

Dichos menos ELENA, TERESA y JUSTINO.

MAURET (A Marcelo.) Daremos un paseo. ¿Dónde está mi sombrero?  
MARCELO Yo se lo traeré con el mío. (Vase izquierda.)  
MAURET (A Pedro y Glogau.) ¿Quieren ustedes dar un paseíto por la alameda?  
GLOGAU Yo no, gracias.  
MAURET ¿Y usted, mi coronel?  
PEDRO Tengo que hacer mañana, a las seis, en el fuerte de Orioux.  
MAURET ¿Qué hace usted allí?  
PEDRO Inspeccionar los trabajos.  
MAURET Siento que no nos acompañen ustedes.  
MARCELO (Entra de nuevo cubierto y trayendo en la mano el sombrero de Mauret.) ¿Vamos, Mauret?  
MAURET *Yes, my fellow. Go away.* (Pronúnciese: "Yes, mai felo. Go egüe".) Buenas noches, señores.  
PEDRO Buenas noches.  
MARCELO Buenas noches.  
GLOGAU ¡Adiós! (Vanse Mauret y Marcelo por el foro.)

### ESCENA XIV

GLOGAU y PEDRO.

GLOGAU Necesito hablarle con urgencia.  
PEDRO ¿Qué es ello? Le escucho.

GLOGAU Yo he sido muy bueno con usted, ¿verdad?

PEDRO (Asombrado.) Sí... ciertamente...

GLOGAU Al casarse tenía usted un modesto pasar, pero fué usted un pródigo y gastó usted todo rápidamente dándose la gran vida. Le importaba a usted muy poco el dinero, porque como es usted el único heredero de su tía Margarita... Cuando regresó usted de las colonias, al ministerio ya tenía usted muchas deudas, siempre molestas para un jefe del ejército.

PEDRO No comprendo...

GLOGAU En París, la cosa fué peor. Tuvo usted una amante, la señora de Slaan, que le hizo gastar a usted mucho y que le obligó a recurrir de nuevo a la usura. Como si tía continuaba admirablemente de salud, a pesar de sus 84 años, la situación de usted, hace un par de años, era sencí-

PEDRO Sí, pero acabemos.

PEDRO ¿A qué viene esa recapitulación?...

GLOGAU (Prosiguiendo.) Una noche, en el salón de una embajada, fumamos juntos un habano. No le oculté a usted que se descontaban en mi casa de banca unos documentos que llevaban la firma de usted, lo cual lamentaba, porque me inspiraba usted esa viva simpatía que todos sentimos por los hombres de porvenir. Me rogó usted que me mezclara en sus negocios...

PEDRO Exacto.

GLOGAU Y veinte minutos después, con vivísimo agradecimiento, aceptó usted la proposición de centralizar en mi casa todas aquellas pequeñas miserias, convirtiéndome yo en su único acreedor.

PEDRO Verdad. ¿Y tiene usted algo que censurarme por ello?

GLOGAU No se trata de eso.

PEDRO ¿No le he pagado los intereses al reno-

varlos y no ha realizado usted una operación muy provechosa?

GLOGAU No esperaba esa palabra de la gratitud de usted. ¡Suponer que el cinco por ciento constituye una operación provechosa!

PEDRO ¡Fué el interés que usted mismo señaló!

GLOGAU Fué una operación puramente por amistad, y hoy me veo obligado a aconsejarle que tome mañana mismo el tren para Sarrébourg, o mejor, que telegráfie usted a su tía que venga, porque no tendrá usted tiempo de obtener su pasaporte.

PEDRO (Asombrado.) ¿Para qué?

GLOGAU Para que le ponga en condiciones de recoger los pagarés a su vencimiento, es decir, el sábado. Se lo ruego como un gran favor.

PEDRO (Después de un instante de estupor.) ¿Se burla usted de mí?

GLOGAU ¡Ya me lo temía yo! Felt: atravieso un mal momento; tuve que negociar a toda costa, y la firma de usted ha pasado a manos de un tercero. Es indispensable que esté usted prevenido para el sábado. No se incomode ni chille usted; la cosa no tiene remedio.

PEDRO ¿Cómo quiere usted que en tres días encuentre 170.000 francos?

GLOGAU Su tía de usted...

PEDRO ¡No me dará nada, y usted lo sabe perfectamente! ¿Quiere usted que le cuente que debo semejante suma sin otra excusa que mi prodigalidad? ¡Sería la catástrofe final!

GLOGAU Busque usted, invente. Un hombre de sus recursos siempre sabe arreglárselas. Bien supo usted hallarme a mí.

PEDRO ¡Y tuve suerte, por lo que veo!

GLOGAU ¡No sea usted ingrato!

PEDRO Me estrangula usted fríamente y con premeditación.

GLOGAU No exageremos. Después de todo, no se-

ría usted el primer deudor insolvente y perseguido.

PEDRO  
GLOGAU

Diga usted la palabra: y ejecutado.  
(Brutal.) Su mujer de usted tiene 150.000 francos de dote. Venda usted.

PEDRO

Se diría que experimenta usted un placer feroz en martirizarme. Mi mujer huye de mí en estos momentos, y yo estoy loco por ella... Vivimos separados de hecho hace meses, estamos reñidos, y las puertas que ponen en comunicación nuestras habitaciones están cerradas...

GLOGAU  
PEDRO

¿Por lo de la señora de Slaan?

No me hable usted de esa aventurera, a quien cortejé por despecho y a quien rechacé en seguida con disgusto... Es Elena a quien adoro. ¡Sólo por ella quiero ascender, subir brillar...! ¡Por rodearla de lujo he caído en las garras de la usura! ¡Por dominarla quiero ser poderoso, porque es una criatura indomable, a quien no se puede deslumbrar, a quien no se puede reducir por la fuerza! Me encuentro ahora en la hora suprema de esta lucha... Un desfallecimiento y estoy perdido... Y al perderme, pierdo todo cuanto amo con una voluntad inquebrantable... ¡Todo!... ¿Va usted a asesinarme por la espalda, sin provecho, por la alegría de destruirme, como un salvaje? (Pausa.)

GLOGAU

(Lentamente, con fría satisfacción.) Bueno... bueno... bueno... (Pasea.) Presentía que, en vez de un hombre de lucha, era usted el hombre de una mujer... ¡Perfectamente!

PEDRO

(Recobrando su tranquilidad e irguiéndose.) ¡No se fíe usted! ¡Acabo de tener un momento de locura, el primero de mi vida! Pero el hombre de lucha, como usted dice, es sólido. ¡Basta de sentimentalismos! ¿Objeto de usted? ¿Renovar a diez por ciento, verdad?



- GLOGAU (Encogiéndose de hombros.) ¡Qué tonto!
- PEDRO (Altanero.) ¡No me hable usted así y acabemos! ¿Veinte por ciento?
- GLOGAU Tranquilícese, tiene usted fiebre...
- PEDRO Sí, pero acabemos.
- GLOGAU Reflexione usted un instante. El diez o el veinte por ciento, lo mismo me lo hubiera usted dado al principio. No tenía necesidad de una maquinación hábil para obtenerlos dos años después. La suposición de usted es absurda.
- PEDRO Terminemos, Glogau.
- GLOGAU Repito a usted que no me hallo en condiciones de auxiliarle. (Larga pausa. Pedro, con los dientes apretados, se deja caer en un asiento, temblando de cólera y de impotencia. Glogau le observa con fría y aguda mirada.) Espere usted... ¡Hay un recurso!
- PEDRO ¿Cual?
- GLOGAU Se puede conquistar a la persona que tiene los pagarés... ¿Quiere usted que yo me encargue de ello?
- PEDRO ¿Por qué medio?
- GLOGAU Por uno seguro.
- PEDRO ¿Lo tiene usted?
- GLOGAU El mismo me lo ha dado.
- PEDRO ¿Y por qué no me lo ha dicho usted en el acto?
- GLOGAU *A priori*, yo mismo he rechazado la oferta... Pero le veo a usted en tal estado...
- PEDRO ¿Por qué la ha rechazado usted?
- GLOGAU Porque cayendo uno en manos de esas gentes...
- PEDRO ¿Qué gentes?
- GLOGAU Un rico contratista de obras públicas..., un contratista extranjero... (Hace repentinamente un gesto de silencio, y pone la mano en el oído.) ¿No oye usted ruido de voces?
- PEDRO No... ¿Decía usted... un contratista...?
- GLOGAU (Que ha subido y mirado por la puerta vidriera.) Regresan de la alameda... No podemos ha-



PEDRO .  
GLOGAU

blar aquí. En su cuarto. ¿Quiere usted?  
Pero...

(Rápidamente.) Es lo mejor. Dentro de diez minutos estaré en su habitación. En seguida soy con usted. (Coge la bujía de Pedro y comienza a subir la escalera. Pedro le sigue con la mirada.)

PEDRO

(Solo, con una especie de estupor.) ¿Cómo...? ¿Eh?... ¿Qué quiere de mí? (Con un gesto de violencia de la mano y de los hombros, como para rechazar una suposición loca que hubiera cruzado por su mente.) ¡Tendría que ver!... ¡Tendría que ver!... (Se dirige a su vez<sup>6</sup> hacia la escalera, mientras cae el

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO

La habitación de Elena, en el primer piso del castillo. El mobiliario es suntuoso, pero sin severidad. Coquetería de detalles. Puerta, oculta con un gran tapiz, que da al gabinete tocador. Puerta al corredor. Un vano circular de dos huecos pone en comunicación la habitación de Elena con la de su marido. Un biombo tapizado oculta este vano. La segunda puerta, constituida por tableros antiguos, cierra interiormente por medio de un pasador. Una ventana grande da al parque.

### ESCENA PRIMERA

ANITA sola; después, ELENA; luego, ELENA sola.

Una gran lámpara encendida en un rincón, otra pequeña en una mesa dispuesta como escritorio. Al levantar el telón se ve a Anita, la doncella de Elena, inmóvil en el marco de la puerta que da al corredor. Se ha vestido apresuradamente, con una bata que lleva a medio abrochar. En el umbral, tiene aún la mano en el picaporte de la puerta como si no se atreviera a entrar, en la otra mano, un candelero, e inspecciona la habitación con mirada ansiosa. Este examen parece tranquilizarla. Deja la bujía en el corredor, sin apagarla, y después avanza algunos pasos empujando algo la puerta hacia atrás, pero sin cerrarla. Transcurren algunos segundos. Se levanta el tapiz de la puerta del gabinete tocador y aparece Elena con un traje claro, de grandes pliegues, que no ha tenido tiempo de abro-

char y que sostiene cerrado con la mano en el lado izquierdo. Se sorprende al ver a Anita.)

ELENA ¿Usted aquí, Anita?  
ANITA Sí, señora...  
ELENA ¿Desde cuándo?  
ANITA (Balbuciente.) Acabo de entrar...  
ELENA ¿De dónde viene usted así?  
ANITA De mi cuarto, señora..., he bajado...  
ELENA ¿A qué?  
ANITA No sé..., tenía miedo... ¡Qué susto tan terrible!  
ELENA ¡Sí, ya veo que está usted temblando...!  
¿Qué le pasa?  
ANITA No lo sé, señora...  
ELENA ¿Una pesadilla?  
ANITA ¡No...! (Suspira.) ¡Cuánto celebro ver a la señora!  
ELENA ¡Siéntese, no se puede usted tener de pie!  
ANITA (Rehusando con un gesto.) Ya estoy mejor...  
ELENA ¿Pero qué le ha puesto a usted en ese estado?  
ANITA Oí un ruido...  
ELENA ¿Y una moza como usted tiembla por eso?  
ANITA ¡En los castillos no me gustan los ruidos!  
ELENA ¡Al fin, bretona...! ¿Teme usted a los fantasmas?  
ANITA ¡Más a los vivos que a los fantasmas!...  
¡No me agradan los castillos! ¡Estos carcerones no se acaban nunca! Y ese vino de Mosela que nos dan la enerva a una... No podía dormir de calor, cuando oí de repente un golpe... Salté de la cama conteniendo la respiración...  
ELENA ¡Diga usted, por fin, qué clase de ruido!  
ANITA Como si hubiese sido abajo, en el cuarto de la señora... ¡Plaff!... como si se hubiese caído usted de la cama... Y después, nada, silencio absoluto..., ni siquiera un mueble que cruje... ¡Eso sí que da miedo!  
ELENA Tiene usted razón.

ANITA ¿Luego la señora no se ha caído de la cama?

ELENA No me he caído de ninguna parte.

ANITA ¡Qué raro...! Si yo juraría haber oído...

ELENA Usted ha soñado.

ANITA ¡Tan segura estoy, como de que ahora estoy viendo a la señora...! Estuve un momento indecisa... y después me dije: «Se ha caído de la cama o le ha dado un accidente. ¡Voy a ver!» Me puse inmediatamente esta bata y bajé corriendo. Al llegar a la puerta llamo y nadie me responde... Vuelvo a llamar...

ELENA Estaba en mi tocador...

ANITA Eso para sabido. Me entró tal miedo que no podía tenerme de pie. Sin pensar, alcé el picaporte y abrí la puerta. ¡La señora no había cerrado!

ELENA Se me olvidó. Cuando usted se fué, me puse a escribir; después me hice la *toilette* y ahora iba a acostarme.

ANITA (Indignada.) ¿Sin cerrar?

ELENA Le repitió que no me había acordado.

ANITA ¡Qué temeridad!

ELENA Estamos en un país excelente y en casa de una gran familia. Aquí no hay fantasmas como en Bretaña, ni ladrones como en París.

ANITA Prefiero la capital. Allí hay ladrones, pero hay porteros para decirles dos palabras y agentes de policía para decirles cuatro. ¡Total, seis!

ELENA Anita, tengo sueño.

ANITA Yo, no. (Se retira refunfuñando.) ¡Endiablado ruido! (En la puerta.) ¿Ahora, al menos, cerrará la señora?

ELENA (Teniendo la puerta entreabierta.) Por dar gusto a usted, correré el pasador.

ANITA (Ya en el umbral.) Lo celebro.

ELENA Que usted descanse y hasta mañana.

ANITA (Recogiendo el candelero, en el corredor.) Igualmente, señora. (Elena empuja la puerta y corre



ruidosamente el pasador. Después escucha un instante, descorre el pasador con precaución, entreabre ligeramente la puerta, presta atención, para convencerse de Anita no está ya en el corredor, y vuelve a cerrar despacito. Se dirige hacia la mesa, coge pliegos de papel de cartas, ya escritos, y se pone a leerlos de pie y ante la lámpara grande. Lllaman. Un movimiento.)

ELENA

¡Otra vez...! (Deja los papeles en la mesa y se acerca a la puerta.) ¿Es usted de nuevo, Anita? (Un murmullo le responde. Sorprendida.) ¡Tú...! ¿Qué pasa? (Murmullo.) ¿Qué? (Escucha lo que le dicen con voz imperceptible para el espectador.) ¡No!... ¡Nada...! Un instante... Espera un instante... (Muy turbada, se recoge rápidamente el cabello y se abotona la bata. Hecho esto, abre. En el oscuro corredor aparece la silueta de Pedro. Entra. Está pálido.)

## ESCENA II

PEDRO y ELENA.

PEDRO

¿Has llamado...?

ELENA

Te repito que no...

PEDRO

He creído... ¿No ha salido Anita de aquí?

ELENA

Hace un instante.

PEDRO

(Habla entrecortado.) Bien decía yo... Me ha parecido reconocer su silueta al final del corredor... Entreabré la puerta... ¿Me puedes dar un poco de agua? Tengo sed.

ELENA

¿Agua sola?

PEDRO

Sí.

ELENA

Espera... (Pausa larga. Elena entra en el gabinete tocador. Pedro, solo, se pasa la mano por la frente, y fija los ojos, con una especie de mirada alucinada, en la puerta de dos huecos. De repente va y abre ésta, lanza una mirada al interior y vuelve a cerrar vivamente. Elena reaparece con una jarra de agua.)

PEDRO

Gracias. (Bebe con avidez.) Comprenderás mi inquietud... Esa criada en tu cuarto, a



hora en que generalmente ya hace rato que duermes... Se me ocurrió la idea de que te hubieras puesto mala...

ELENA

Afortunadamente, no.

PEDRO

Era una cosa verosímil. Salí de mi habitación, vi una luz al final del corredor... Decididamente pasa algo..., algo anormal... (Bebe, de un sorbo, otro vaso de agua; Elena le observa con desconfianza.)

ELENA

No. Me he retardado escribiendo algunas cartas.

PEDRO

¡Qué calor hace aquí! Son las luces... ¿No encuentras esta atmósfera irrespirable?

ELENA

Irrespirable me parece exagerado. Reconozco que hace un poco de calor... Además, tengo costumbre de dormir con la ventana entreabierta. Y en cuanto te vayas...

PEDRO

(Brusco.) Te repito que se ahoga uno aquí. (Pausa. Sube y abre la ventana y respira el aire de la noche a plenos pulmones. Sin embargo, la inquietud de Elena es exacerbada. Mirada de angustia al reloj, después a la puerta del corredor, se aprieta nerviosa las manos, que retuerce con un gesto de impaciencia angustiosa.)

ELENA

¡Cierra esa ventana! (Pedro se vuelve con un estremecimiento, como si se hubiese olvidado de la presencia de Elena y el sonido de su voz le sorprendiera. Elena se impacienta.) ¡Cierra esa ventana! ¡Te repito que yo la abriré cuando me parezca conveniente! (Pedro obedece silenciosamente.) Ahora te agradecería que te retiraras. Necesito descansar. (Pedro no responde. Inmóvil, de espaldas a la ventana cerrada, la contempla fijamente.) ¿Has oído? (Pausa.) ¿Por qué me miras así? (Pausa.) ¿Por qué no respondes?

PEDRO

(Dulcemente.) Elena, haz el favor de permitirme que pase esta noche en tu cuarto.

ELENA

(Sobrecogida.) ¿Qué dices...? (Pausa.) ¡No pienses en ello!

PEDRO (Muy cariñoso.) Me echaré ahí... en ese sofá. Tú acuéstate y no me verás, ni siquiera tendrás la impresión de que estoy aquí. Al amanecer me iré.

ELENA ¡ Estás loco !

PEDRO Concédeme este sencillo favor..., no te importunaré..., te doy mi palabra.

ELENA ¡ Bah, ya sé lo que vale tu palabra conmigo ! No te reconozco... Sé como de costumbre : la humildad no te sienta bien. ¿ Te figuras que me dejaré engañar por segunda vez ?

PEDRO Bien sabes, Elena, que no sé fingir...

ELENA (De arriba a abajo.) ¡ Pues estás fingiendo ! Al verfe así, como ahora, la cabeza inclinada y la voz suplicante... ¡ se diría que no hemos luchado frente a frente ! ¡ Se diría que durante años no me has humillado con tu autoridad... ! ¡ Bastante me has mortificado !... Y hoy esa dulzura premeditada e hipócrita... ¡ Si supieras la impresión que me produce tu dulzura ! (Hace con ambas manos un gesto de repulsión, luego, en otro tono frío, claro y más tranquilo.) En fin, es tarde... Ya ves que todo es inútil. Acuérdate de lo convenido. ¡ Ten juicio y vete..., por piedad !

PEDRO (Sin moverse, sin abandonar su tono casi triste.) Necesito hablar contigo.

ELENA ¡ Acabemos !... ¿ No quieres irte ? En ese caso, seré yo quien te deje el campo libre... Quédate en mi alcoba, dormiré yo en la tuya, y te aseguro que del otro lado, como de éste, la puerta estará bien defendida. ¡ Buenas noches ! (Elena avanza un paso hacia la puerta. Pedro le cierra rápidamente el camino.)

PEDRO (Con voz ronca y una especie de terror brutal.) ¡ Alto... ! ¡ No se pasa... ! (Pausa. Después, tranquilamente.) No se pasa.

ELENA ¡ Te reconozco ! ¡ No ha durado mucho tiempo !... ¡ No, no sabes fingir... (Quiere

dirigirse hacia la puerta del corredor, pero, de nuevo, se encuentra Pedro entre Elena y la puerta, que él cierra con el pasador.) ¡Ja, ja...! ¡El todo por el todo! ¡Prefiero esa actitud! No olvides que si grito me oye Anita desde arriba... que alguien puede pasar por el corredor...; ocurren cosas providenciales...; Y por último, que estoy dispuesta a todo: al escándalo..., al ridículo, a todo!

PEDRO (Delante de la puerta, recobrando su tono tranquilo y dulce.) Necesito hablarte. (Implorando.) ¡Elena! ¡Elena!

ELENA (Que ha retrocedido detrás de una mesa.) ¿Estamos en pleno drama?

PEDRO ¡No lo creas!

ELENA ¡Sí, sí, lo veo claro...! (Con aire de desafío, pero con sencillez.) ¡Pero antes tendrás que matarme!

PEDRO No pronuncies esa palabra...; matar!

ELENA ¿Por qué cierras? En fin, ¿qué quieres?

PEDRO No ceses de decírtelo, hablarte.

ELENA ¿De qué?

PEDRO ¡De nuestro hijo!

ELENA (Sorprendida, con voz alterada.) ¡De nuestro hijo...! ¿De Roberto...? ¿Qué tiene que ver...?

PEDRO Escucha y pronto lo sabrás.

ELENA (Después de una pausa.) Habla. Acabas de decirme la única palabra que podía turbarme... Si es un nuevo lazo, lo has elegido bien... ¿Supongo... que no se trata de nada que le amenace?

PEDRO (A media voz.) Sí, que amenaza su porvenir...

ELENA (Como si comprendiese repentinamente, y como aliviada.) ¿Su porvenir? ¡Qué susto me has dado!... ¡Si es por eso yo hablaré la primera... y terminaremos antes... No invoques el porvenir de Roberto en este asunto, no inventes peligros que no existen. He reflexionado acerca de ello antes que tú y te aseguro que si él hubiese tenido la menor

cosa que temer, me habría sacrificado sin vacilar... Mira, te hablaba extensamente de él en esta carta... Porque ha sido a ti a quien he escrito esta noche... He querido que ciertas cosas fuesen por escrito, para que pudieras, en lo porvenir, hacérselas leer a nuestro hijo, cuando sea hombre y experimente la cruel necesidad de juzgar a su madre... »

PEDRO

(Quien, mientras hablaba Elena, ha levantado poco a poco hacia ella los ojos interrogadores.) No te comprendo...

ELENA

Me comprendes perfectamente... Estas páginas son, en pocas y sencillas palabras, la historia de nuestra pobre unión. La he escrito como un testamento, porque la mejor parte de mi juventud ha muerto... Es la que yo hubiera querido darte... la que yo te consagré con tanta vehemencia, con tanta alegría..., con toda mi alma, y la que tú rechazaste. Roberto no podrá engañarse en ese punto. La verdad tiene un acento irresistible. Comprenderá, adivinará que si no he sido la compañera que necesitabas, no ha sido por culpa mía. Tú mismo tendrás el valor de referirle todo lo que una madre no puede decir a su hijo, pero que un hombre puede confesar a otro hombre : que otra había tomado mi puesto..., que hay ciertas servidumbres que no se pueden ni en sueños imponer a una mujer digna... y que si yo quiero rehacer una vida fracasada es porque tú me habías dado toda clase de derechos, hasta los más dolorosos... (Pausa.) ¿Estás conforme...? ¿No me dices nada?

PEDRO

(Lívido y con voz débil.) Nada, escucho.

ELENA

Ya he dicho todo.

PEDRO

Precisemos. Hablas de abandonar tu puesto. En estilo claro : ¿el divorcio?

ELENA

Sin ruido, sin escándalo y con tu consentimiento.



PEDRO ¿Inmediato?

ELENA Sí.

PEDRO (Afirmativamente.) ¿Para casarte con Beau-court?

ELENA Me voy en el momento en que te encuentras en la cumbre. Disfrutas de fama y gloria : te temen y te necesitan. Además, eres rico. Nada te falta, ni siquiera una amante que te quiere sin duda a su manera... En suma, gozas de fortuna material y de prestigio. ¿Y aun tienes la pequeñez de censurarme la pobre parte de felicidad que yo anhelo?

PEDRO No respondes a mi pregunta : ¿te vas a casar con Beaucourt?

ELENA Acabo de decírtelo.

PEDRO ¿Le quieres?

ELENA Abrevia este penoso interrogatorio.

PEDRO ¿Desde cuándo es tu amante?

ELENA ¿Por qué me ultrajas de nuevo?

PEDRO ¿No es tu amante? (Elena hace un gesto de desaliento y se encoge de hombros). ¡ Eso no es responderme !

ELENA ¡ Tú no me conoces !

PEDRO Creo conocerte..., pero ya no sé. No me conozco ni yo mismo. ¿Es tu amante, sí o no?

ELENA No.

PEDRO Júramelo.

ELENA (Con sencillez.) Por mi hijo. (Pausa. Pasa a la ventana y respira anhelante.)

PEDRO Lo celebró... Aunque ya no tiene importancia por lo que vas a oír... Pero uno es así. En el desastre, se aferra a un clavo ardiendo...

ELENA ¿En el desastre?

PEDRO ¡ Pst ! En fin, tú le amas, ya no soy nadie para ti, vete, hemos terminado... Esa es la vida. Un rayo de esperanza y haría esfuerzos inauditos, perdería la cabeza... Là he perdido hace unos minutos..., cuando me creías humilde. ¡ Qué error ! ¡ No



era humildad, era peor..., tenía el alucinamiento de los vencidos !

ELENA

(Maquinalmente.) ¿De los vencidos?

PEDRO

Ahora poseo la lucidez, la increíble lucidez de los resignados... ¡Solo, al fin !

ELENA

¿Qué quieres decir?

PEDRO

Elena: soy hombre perdido..., muerto... Dentro de unas horas me entregaré a los tribunales militares. Al rayar el alba tomaré en San Claudio el rápido de París. Por eso te pedía asilo hasta entonces...

ELENA

¡Pedro... !

PEDRO

He sido derrotado... No hablemos más de ello... Pero el niño sufrirá en lo porvenir. ¡Habrá que defender a esa criatura contra los canallas y los cobardes !

ELENA

Tus palabras me dejan fría... ¿Cómo quieres que comprenda... ?

PEDRO

Ten paciencia. Se impone una breve confesión. Sin ella creerías que estoy loco, y no es así.

ELENA

¡Por Dios santo... !

PEDRO

Escucha... Tú me crees rico y no tengo un céntimo. ¿Este lujo? Dinero a préstamo. ¿Para quién? ¡Para ti... ! ¡Calla, no me interrogues ! Déjame llegar hasta el fin de una vez... ¡Sí, para ti ! Soy un desgraciado que te he querido con locura... Mi osadía, mi despotismo, mis esfuerzos por llegar el primero de todos y con la frente muy alta, mi manera de triunfar de los hombres y de los acontecimientos... ¡Amor !... ¡Locura ! Una sola idea : la de que fueses mía, toda mía, tierna, rendida, adorándome... Y tú no me has comprendido... Unos seducen, otros vencen... Yo no sé seducir. Me he educado a la voz de mando y jamás obtuve nada sino por derecho de conquista.

ELENA

(Temblorosa y emocionada.) ¿Y... ?

PEDRO

¡Y desde el primer instante te erguiste ante mí con la frente muy alta... ! ¿Cómo

poseerte, cuando las palabras galantes huían de mis labios...? ¿Cómo...? Comprendí que la lucha sería sin piedad... Y tú eras todo, Elena, todo cuanto yo quería con ansia infinita, loca...! ¡No a medias! Perderte o mantener la situación sin vacilar, y opté por lo segundo. Para ello era preciso obligarte a la admiración, hacer tu vida gloriosa, envidiable, grande... ¡Grande! Se dice que la miseria reduce al hombre, pero la mezquindad le suprime. Los grados, el poder, se conquistan a fuerza de inteligencia, a fuerza de valor y audacia o a fuerza de puños... Pero el lujo, que embriaga a la mujer, que la enerva y cede... ¡El lujo...! ¿Con qué...? ¿Con mi sueldo?

ELENA  
PEDRO

Prosigue.

Yo te rodeé de ese lujo... Contraí deudas, estúpida, neciamente... ¡Neciamente!... Y tú huías de mí... ¡No, si no me quejo! Mira esta ruina... Estos ojos secos han llorado noches enteras, y en ellas creía morir de rabia y de dolor... Quise excitar tus celos—¿comprendes ahora?—y también fracasé... En aquel instante vi que estaba perdido. El destino tenía las rodillas sobre mi pecho y me ahogaba sin piedad. ¡Esta noche he sentido de nuevo su garrra...! ¡Me habían encadenado! Mis usureros estaban al servicio de una potencia extranjera. Un lazo imposible de prever...

(Respira difícilmente; su voz se ha vuelto ronca y silbante, su mirada, extraviada.) Me han cercado en un callejón sin salida... Cerca de doscientos mil francos que pagar en tres días. El jefe, que era Glogau, se ha descubierto esta noche... Cuando me ha visto loco, vacilante, me puso el cuchillo en el cuello e impuso condiciones. Yo tengo todos los planos del fuerte de Orioux..., uno de los más formidables secretos de nuestra de-

fensa nacional... Me ha puesto entre la espada y la pared... El abismo, la ruina completa o la copia de esos planos... para entregarlos él... a la nación que le paga...

ELENA

(Cuya garganta, mientras que habla Pedro, se ha agitado gradualmente y cuyo rostro se crispaba cada vez más en una contracción de horror, aterrada.) ¡Desgraciado! ¿Y has hecho eso?

PEDRO

(Avanzando de repente sobre ella como un bruto embriagado, mientras que ella retrocede.) ¡Repítelo...! ¿Tú crees que soy capaz...? ¡Repítelo!

ELENA

(Enloquecida.) ¡No, no! ¡No lo creo...! ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

PEDRO

(Con una especie de estertor, sin voz, con un gesto corto y trágico.) ¡Le he matado!

ELENA

(Con un sordo grito de alegría.) ¡Bien! ¡Bien! ¡Has hecho muy bien! (Pausa.)

PEDRO

(Mientras que Elena repite convulsivamente estas palabras, con una especie de delirio salvaje.) ¿Cómo? ¡No sé, cegué!... Fué como si me cruzaran el rostro con un látigo... Vi todo rojo... Le agarré de pronto por el cuello... Le apreté furiosamente con mis manos... Luchó también... No sé más... ¡Apreté y apreté...! ¡De repente la bestia inerte cayó a mis pies...! (Larga pausa. Elena da dos o tres pasos vacilando hacia una butaca en la que se deja caer, presa de una crisis contenida de nervios y lágrimas, crisis silenciosa y trágica. Pedro permanece inmóvil, después se yergue lentamente.) ¡Ahora, valor! Hay que ocuparse del porvenir del niño. Ante todo, y hasta que se halle en edad de comprender, será preciso...

ELENA

(Con un gesto indeciso con la mano, indicando que aún no se encuentra en estado de comprender. Se levanta difícilmente, se apoya en la mesa, su fisonomía denota el esfuerzo enorme de su voluntad para recobrar su conciencia.) ¿Dónde?... ¿Dónde ha ocurrido eso?

PEDRO

Allí... (Indicando su cuarto.)

ELENA (Volviéndose, con un gesto de sobresalto, hacia la habitación de Pedro, junto al muro de la cual se encuentra precisamente.) ¿Allí? (Pedro asiente con la cabeza.) ¿Ha sido...?

PEDRO (Sordamente.) Sí, allí. Si hubieses abierto la puerta.... (No acaba la frase. Elena tiene un escalofrío de miedo y le impone silencio con un gesto rápido. Se cubre los ojos con ambas manos, como para recapacitar.)

ELENA (Sin descubrir el rostro.) ¿Luego, esa suma?... No, un instante... Ha sido muy rudo el golpe. (Pausa.) ¿Esa suma... dices que son doscientos mil francos?

PEDRO Ciento setenta mil exactamente.

ELENA Mi dote..., títulos que habrías podido vender en seguida... (Dolorosamente.) Ya hubiésemos encontrado el resto. ¿No pensaste en ello?

PEDRO ¡No se trata de eso! Una cuestión de dinero se liquida siempre, en último caso de un balazo. (Señalando al corazón.) Lo terrible, lo que me ha enloquecido, cegado, fué el insulto..., la afrenta..., la proposición repentina, hecha, no con la nobleza del enemigo descubierto y cara a cara, sino con la faz innoble, inmunda, con cabeza de reptil..., con sonrisa fría..., fué la monstruosa infamia de que me creyera capaz... viéndome arruinado y perdido..., de aceptar como salvación la venta de mi patria... ¡La deshonra! ¿Comprendes?... ¡No se razona!... ¡Los ojos sólo ven sangre..., es instintivo..., se enloquece..., se mata! ¡Hay cosas que sólo un soldado puede sentir y explicarse...! ¡Los soldados me comprenderían! ¡Tú, no puedes comprenderme!

ELENA ¡Sí, te comprendo! ¡Soy hija de un militar!

PEDRO (Con sencillez.) ¡Cierto!

ELENA (En otro tono.) Veamos..., esa suma...

PEDRO ¿Qué importa?



ELENA

¿No me ha de importar?... Por mí la gastaste... (Gesto de Pedro, indicando: "No hablemos de ello".) Tú me lo has confesado. (Intenta hablar, pero Elena no le deja.) Te lo suplico. Respóndeme, es indispensable... Tengo derecho a saberlo...

PEDRO

(Con desfallecimiento.) Pregunta...

ELENA

¿El dinero era ese miserable quién...?

PEDRO

No. El complot estaba muy bien urdido. Una letra puesta en circulación, que debía ser presentada el sábado... que desde luego será presentada.

ELENA

(Vivamente, prosiguiendo una idea, que se formula a sí misma algo inconscientemente.) ¿Que será presentada...? Bueno. Pero si se paga... ¿cómo llaman a eso? al vencimiento...

(Después de algunos instantes, obsesionada por un movimiento maquinal de Pedro, quien con la mano izquierda estrecha su derecha.) ¿Qué tienes en la mano...? ¿Estás herido?

PEDRO

No..., nada.

ELENA

¡Sí! Déjame ver.

PEDRO

Te aseguro...

ELENA

(Obstinada.) ¡Déjame ver!

PEDRO

Una ligera contusión... nada... (Los ojos fijos en la mano tendida hacia ella, una repentina imagen provoca en Elena un movimiento reflejo de retroceso, apenas perceptible, pero que advierte Pedro.) Sí..., perdona...

ELENA

¡Oh...! (Ha cogido su mano en el momento en que él la retiraba, le ha cogido entre las dos suyas y la lleva a su garganta. Es un movimiento tierno, irreflexivo, rápido, sin insistencia, bastante significativo, sin embargo, para producir en Pedro una repentina emoción.) Tu mano abrasa... ¿Estás enfermo?

PEDRO

Nada..., no es nada...

ELENA

¡Sí, tú sufres! ¡No digas que no! Se te conoce en la cara... (Le contempla con piedad.) ¡Pobrecito! (Pausa.) Pedro, ¿qué vas a decir en París?

PEDRO

¿Qué voy a decir...?



ELENA

Sí.

PEDRO

(Después de una pausa, con tranquila resolución.)

¡La verdad!

ELENA

¡La verdad! ¿Qué harán de ella? ¡Tienes enemigos encarnizados! ¡Bien se las compondrán con la verdad!

PEDRO

(Sombrio.) Con ella me basta. Yo soy un ase...

ELENA

(Cortándole la palabra.) ¡No...! ¡Te prohibo que lo digas!

PEDRO

¡Así es!

ELENA

(Febril.) ¡Te lo prohibo!... ¡Ha sido un caso de legítima defensa! ¡Y eso es lo que no admitirán los que tienen interés en perderte!... Veo levantarse todos los odios, amotinarse todas las envidias, todos los bajos rencores revolverse contra ti... ¡Al verte caído serán implacables!

PEDRO

¡Allí estaré para defenderme!

ELENA

¡Uno contra todos!

PEDRO

Tengo costumbre.

ELENA

Hay defensa contra la realidad, pero es imposible defenderse contra las apariencias, contra los artículos de los periódicos, contra la baba y el veneno... ¿Qué vas a decir de tus relaciones con ese miserable?

PEDRO

(La voz insegura.) Exactamente las que fueron.

ELENA

No te creerán.

PEDRO

(Lentamente, con una sonrisa dolorosa.) ¡Ya sé que la columna se ha hundido!... ¡Querrán mi vida!

ELENA

Querrán más cuando estés en sus manos... Ese maldito asunto del dinero, ¿cómo explicarlo? No te acusarán de un homicidio, piénsalo bien. No se tratará de condenarte, sino de deshonorarte, de deshonorarnos, de hacer del apellido Felt un nombre tan infame, que nuestro hijo no podrá llevarlo.

PEDRO

(Irguiéndose terrible.) ¡Eso que no lo intenten!... ¡Aun me quedan alientos! Sabré

gritarles, gritarles... (No acaba; sus ojos, sumamente abiertos, se nublan. Toda su energía se debilita, y se deja caer en una silla, con abatimiento y sin voz.) **SÍ...** ¿gritarles qué...?

ELENA

(Retorciéndose las manos.) ¡La verdad!... ¿Qué quedará de ella?... (Con todos los nervios crispados, reflexiona, reflexiona, reflexiona, la mirada fija, ardiente, siniestra.) ¡No! ¡No! ¡No es posible!... ¡Yo no soy fatalista, pero no paso por ello..., me sublevo! ¡Pedro, ten valor!... (Mira súbitamente a la puerta y exclama, con un pensamiento repentino:)

PEDRO

No, no quiero...

ELENA

¡Basta! Mañana mandarás... Esta noche déjate proteger... Oyeme, óyeme...

PEDRO

(Repentinamente.) ¡Silencio!...

ELENA

¿Qué?...

PEDRO

(En voz baja.) Pasan por el corredor...

ELENA

¿Por el corredor?...

PEDRO

¡Con paso furtivo..., estoy seguro!... ¡Segurísimo! (Instintivamente Elena se vuelve casi completamente hacia el corredor.) Se detiene... en la puerta...

ELENA

¿Qué?...

PEDRO

Mira..., va a abrir... (El busto de Elena se echa hacia atrás como un rayo. Acaba de recordar su cita con Marcelo. Vacila, luego se yergue.)

ELENA

¡Oh, calla!...

PEDRO

Va a...

ELENA

(Poniéndole la mano en la boca.) ¡Calla! (Retrocede de puntillas, se coloca delante de la puerta y como para ocultarla completamente, frente a Pedro, que no se ha movido. Elena se halla jadeante. Silencio.)

PEDRO

(Muy bajo.) ¿Qué pasa? (Elena le impone silencio con un gesto imperioso. Llaman ligera, tímidamente.)

ELENA

(En voz alta.) ¡Sí, Anita, quédese usted!... ¡Decididamente me encuentro muy mal! (Con un dedo en los labios; luego aplica el oído a la ranura de la puerta y escucha.) Se aleja..., se aleja... Ya no es nada, no... (Suspira aliviada.) No es nada... (Baja algunos pasos por

la estancia, la mano en el corazón, como para contener sus latidos. Va y se apoya en la columnita del lecho. Pedro la sigue con los ojos, y su mirada se torna paulatinamente más intensa.)

PEDRO ¿Quién era?

ELENA (Con voz temblorosa.) ¡Yo qué sé!

PEDRO Lo sabes perfectamente.

ELENA No.

PEDRO Lo sabes y es preciso que me lo digas.

ELENA Pedro...

PEDRO Es indispensable.

ELENA ¿Estás loco? Te digo que lo ignoro.

PEDRO Y yo te digo que mientes.

ELENA ¿Que yo...?

PEDRO ¿Por qué mientes? Tus labios, tu rostro, todo te denuncia. ¡Mírate en mis ojos. ¿Era él, verdad? ¿Era Beaucourt?

ELENA Puesto que lo sabes...

PEDRO Lo sé porque tú lo has dicho... Has evocado la presencia de Anita, y quien estaba aquí era yo... ¡Estabas bien guardada! ¡Hubiera sufrido mucho al saber que se hallaba tu marido en la habitación!

ELENA No lo he pensado, he dicho lo primero que se me ha ocurrido...

PEDRO ¡El instinto! ¿verdad?... Bueno, pero explícame por qué has mentido.

ELENA Después de todo, ¿a qué negarlo? Es estúpido... Necesitaba hablar con él y convinimos en vernos aquí.

PEDRO ¡A la una de la mañana!

ELENA No podíamos hablar delante de todo el mundo.

PEDRO ¡Lo creo!... ¿Una conversación sobre qué?

ELENA Ya te lo he dicho hace un instante.

PEDRO ¡Ah, sí, sobre la boda!... ¿Y ayer, sobre qué fué?... ¿Y antes de ayer?...

ELENA Yo te juro...

PEDRO ¡Los juramentos no cuestan nada! ¿Sobre qué juras esta vez?

- ELENA (Desasiéndose.) ¡Ay, pobre Pedro!
- PEDRO ¡Sí, pobre Pedro!... ¡Elena, esta vez es el adiós... eterno!
- ELENA (Aterrada, asiéndose a su cuello.) ¿Qué significa?... ¿Vas a...? ¿Quieres matarme?
- PEDRO (Desasiéndose.) ¡Basta de hipocresías!... ¡Adiós!...
- ELENA (Sin soltarle.) ¡Loco, loco!... ¿No ves, Pedro..., es la llamarada de un amor que creí ceniza?
- PEDRO (Con voz anhelante.) No me engañes. Hace un instante te creí y estaba dispuesto a luchar... ¡Por ti hubiera escalado las rocas! ¡Pero no vales ese sacrificio!... ¡Has mentido, me has engañado, te has entregado a otro! ¡Tanto mejor!... ¡Soy un asesino, tanto mejor!... ¡Estoy perdido, tanto mejor!... ¡Al presidio, a la muralla, a la fosa, tanto mejor!...
- ELENA ¡Pedro!... ¡Pedro!... Te perdono porque sufres.
- PEDRO ¡Sí, sufro horriblemente!
- ELENA ¡Te perdono porque te amo! ¡No tienes corazón, no tienes ojos! ¿No ves, no ves que yo te amo?... ¡A ti solo! ¡A presidio, allí estaré junto a ti!... ¡A la muralla, junto a ti!... ¡En todas partes contigo! ¡Otro! ¿Pero es que ese otro existe?... ¿Es que mis labios hubieran podido besar otros labios?... ¡Ah, lo sé, ahora, ya lo sé! ¡Mentí al creer odiarte! ¡No me engañes porque te mato!
- PEDRO ¡Mátame! (Sus rostros se tocan. Un vértigo. Sus labios se tocan. Largo abrazo. Luego, en los brazos de Pedro, Elena se rinde jadeante como una fiera herida mortalmente.)
- ELENA
- PEDRO (Aterrado.) ¡Elena!... ¡Elena mía!...
- ELENA No temas nada... No temas... (Se aparta de él, vacila, vuelve a caer contra él, con la cabeza hundida en su pecho.)
- PEDRO ¡Elena de mi alma!... Me enloqueces...



ELENA Eres débil, me necesitas, quiero defenderte...

PEDRO ¡Te quiero, Elena, te adoro!...

ELENA ¿Estás pronto a obedecerme?

PEDRO ¡En cuanto ordenes!

ELENA ¿Sin discutir?

PEDRO ¡En cuanto mandes!

ELENA ¿Sin vacilar?

PEDRO ¡En cuanto quieras!

ELENA Ni una palabra... Lee en mis ojos... (Pasa ante él, sus pupilas se cruzan apasionadamente.)

PEDRO (Enloquecido.) ¡Elena!... (Pausa.)

ELENA (Imperiosa.) ¡Pst! (Sube y abre la puerta del corredor con precaución y mira en la oscuridad a derecha e izquierda.)

PEDRO Elena...

ELENA (Cerrando la puerta.) Apaga esa lámpara... (Indicando la lámpara grande.)

PEDRO ¿Qué quieres hacer?

ELENA ¡Sígueme!...

PEDRO No comprendo.

ELENA No comprendas. Obedece. (Pedro apaga la lámpara. Penumbra. Elena, sin embargo, se ha dirigido hacia la mesa, coge la lámpara y la lleva.) ¡Ahora, ven! ¡Ven!... (Elena se dirige hacia la doble puerta, la lámpara en alto, abre las dos puertas, llama de nuevo a Pedro con la mirada y le tiende la mano mientras cae el

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO





## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. A las ocho de la mañana. Pleno sol.

### ESCENA PRIMERA

STTETIN, JUANA, MONSEÑOR, PEDRO, ELENA, MAURET, TERESA y EL ALCALDE.

(Excepto el coronel Felt, que está de uniforme, Elena y Teresa, en toilette de mañana, todo el mundo se ha vestido apresuradamente. Monseñor se ha calzado unas zapatillas violeta. Sttetin, con camisa de noche y americana. Mauret, con pyjama. Juana, con un salto de cama y peinada apresuradamente. El alcalde de Mijoux, medio artesano y medio ricachón de pueblo, hombre de unos cincuenta años, delgado y moreno. Agitación, inquietud, confusión.)

ALCALDE

(Prosiguiendo el relato comenzado.) Cuando le dije la cosa, el juez de instrucción dió un saltito en el aparato...

STTETIN

(Precisando.) ¿El mismo juez?

ALCALDE

¡Sí!... En dos tiempos, tres movimientos. Y me dijo que, si era broma, le costaría cara al que se permitiese... (Buscando la palabra.) permitiese...

MAURET

Burlarse...

ALCALDE

¡Eso!... Burlarse de la justicia. «Señor juez—le telefoneé desde mi aparato,—soy Gilberto Manuf, alcalde de Mijoux y re-

lojero. Ya he tenido el honor de recibir a usted en este pueblo cuando la causa de los dos vagabundos italianos. Sé lo ocurrido por el guarda jurado, y en mi calidad de agente judicial, no tengo costumbre (Se vuelve hacia Mauret.) de burlarme de la justicia ni de sus representantes... Porque ha de saber usted, señor barón...»

STTETIN (Impacientado, cortándole la palabra.) ¿Pero viene o no el juzgado?

ALCALDE ¡Ya lo creo que viene! Llegará dentro de veinte minutos. ¡Qué nervioso estaba el señor juez!... ¡Había que oírle!

JUANA ¿Estaría consternado?

ALCALDE ¡Señora baronesa, no cabía en sí de alegría!

TERESA (Escandalizada.) ¿De alegría?

ALCALDE ¡Claro; cada uno su oficio! Yo, cuando veo el movimiento de un buen cronómetro, salto de gozo. Y a él le ocurre lo propio cuando se le presenta un crimen como éste, y en el castillo de los parisenses. ¡Un crimen sensacional!

JUANA (Desesperada.) ¡Nuestros nombres traídos y llevados por los periódicos!

STTETIN ¡Qué enojoso!

JUANA El castillo lleno de desconocidos, de importunos, de periodistas, que nos harán sufrir verdaderos interrogatorios... (Al alcalde.) ¿Y no se habrá usted equivocado al avisar al juez? Ese caballero ha podido sucumbir sencillamente de una afección cualquiera, no sé cual, pero...

STTETIN (Contento de aferrarse a esta idea.) ¡Congestión, aneurisma!...

ALCALDE Yo he obedecido las órdenes del señor Beaucourt, quien me ordenó telefoneara inmediatamente al juez. Y creo que poco tendrá que hacer el juzgado cuando llegue. ¡El señor Beaucourt se ha calado la partida! Con el permiso de ustedes

STTETIN voy a reunirme a él, porque como individuo de la policía judicial...  
ALCALDE ¡Sí, suba usted!  
(Multiplicando los saludos.) Monseñor... Mi coronel... Señoras... Señor barón, pronto volveré. ¡El deber ante todo, como dicen!  
JUANA (Excitada.) ¡Suba, suba usted!...  
STTETIN Hasta ahora. (El alcalde sube por la escalera.)

## ESCENA II

Dichos, menos EL ALCALDE.

MAURET (Bajo a Teresa, al terminar las últimas réplicas.) Con todo esto, me he quedado sin chocolate.  
TERESA ¿No se ha desayunado usted?  
MAURET (Melancólico.) Nadie se ha desayunado, con este suceso.  
JUANA ¡Qué desgracia, monseñor!... (A Pedro y a Elena.) ¡Ay, amigos míos!... (Se deja caer en un asiento. Monseñor y Sttetin se acercan a ella y la consuelan.)  
MONSE. Aceptemos valerosamente, señora, estas dolorosas pruebas...  
TERESA (Bajo a Mauret.) ¿Toma usted chocolate?  
MAURET (Tristemente.) Con agua y algo espeso. ¡Pero no hablemos más de ello! (Teresa, sin responderle, se aleja y vase furtivamente por la izquierda, mientras las réplicas siguientes.)  
MONSE. ¿Y quién lo descubrió?  
JUANA Justino, monseñor, nuestro *maître d'hôtel*.  
STTETIN (Explicando.) Tenía orden de mandar despertar a Glogau a las siete en punto, por medio de un criado que le servía al propio tiempo el desayuno. Esta mañana el criado estaba malo y no se lo sirvió. Los demás estaban ocupados en otros quehaceres. Por esta causa subió el propio Justino. Llamó en vano repetidamente. Poco

después subió de nuevo, y, como no obtuviese respuesta, fué a comunicarme sus sospechas.

JUANA  
STTETIN

(Compasiva.) ¡Pobre Adolfo!

Subí con él y tuve un triste presentimiento, por lo que decidí entrar. La puerta no estaba cerrada por dentro.

MONSE.  
STTETIN

¡Qué emoción, amigo mío!

¡Ninguna, nada trágico! Al primer golpe de vista, por el contrario, nos tranquilizamos, que es lo más raro... Figúrense ustedes que (Se ha dirigido a Pedro, a Elena y a Mauret, que se aproximan a él, lo mismo que el prelado.) no había el menor desorden en la habitación.

JUANA  
STTETIN

¡Nada!

El lecho, intacto; las sillas, en su sitio, y cerca de la ventana grande abierta, sentado en una butaca, ante su mesa de escribir, se hallaba Glogau, que parecía amodorrado, como si se hubiera dormido mientras trabajaba. Estaba vestido de *smoking*, en fin, tal y como le vieron ustedes anoche. Necesitamos mirarle muy de cerca para darnos cuenta de la realidad... ¡Qué emoción entonces!...

JUANA  
STTETIN

¡Pobre Adolfo!

Corrí en busca de Beaucourt, y el criado, aterrado, comenzó a gritar. Bajaron todos, y el resto ya lo saben ustedes.

MAURET

¡Inaudito!... (A Sttetin.) ¿Y dice usted que no había desorden ni huella de lucha?

STTETIN

Nada. Beaucourt observó en seguida la corbata arrugada, el cuello arrancado...

MAURET

Eso no es óbice para que admitamos la hipótesis de un accidente.

MONSE.

(Insistiendo.) Por ejemplo, un hombre que se ahoga en un ataque de asma, se arranca instintivamente el cuello.

STTETIN

Verdad, pero Beaucourt, que es sumamente perspicaz, ha hecho otra clase de investigaciones decisivas,



JUANA  
STTETIN  
JUANA  
MONSE.

¡Y además, ha mandado telefonear!  
Cuando yo no estaba presente...  
¡Pobre Adolfo!  
Hay que convenir que es un suceso algo misterioso. (Pausa. Con una prudencia sumamente eclesiástica.) ¿Y ese criado que se encontraba malo esta mañana, tiene usted buen concepto de él?

STTETIN  
JUANA  
STTETIN

Paréce un buen muchacho.  
Hace poco que está en casa.  
Acaba de hacer su servicio militar con muy buenas notas. Beaucourt le mandó llamar y le interrogó detenidamente.

PEDRO

(Dejando bruscamente de guardar silencio.) ¡La idea de Beaucourt es absurda...! (Todo el mundo vuelve los ojos hacia él. Pausa. Sus facciones se han contraído. Continuando con voz seca y con una violencia reprimida.) ¿Con qué derecho molestar, sin más ni más, a ese pobre joven? Sin embargo, esa coincidencia...

STTETIN  
ELENA

(Rápidamente.) ¿La de que esté enfermo? ¿Es eso una coincidencia?

STTETIN  
ELENA

¡Diablo...!  
Si uno de nosotros se hubiese puesto enfermo, ¿le hubiera interrogado Beau-court?

JUANA  
STTETIN  
MONSE.  
ELENA

¡Oh!  
(Sin gran convicción.) No es lo mismo.  
(Sonriente.) No.  
(Siempre con suma viveza, para impedir que Pedro intervenga.) ¿Y por qué ha de constituir una presunción el estado del criado?

STTETIN  
ELENA  
MONSE.  
ELENA  
STTETIN  
ELENA

Pues...  
¡Por las apariencias!  
¿Por las apariencias?  
¡Nada ha desaparecido!  
¿Qué sabemos?  
Usted acaba de decir que todo estaba en orden. ¿Luego por qué móvil?

JUANA  
ELENA

¡Quién sabe!  
...¿Qué otro móvil atribuir a un criado que el robo...?



MAURET (Admirado.) ¡Dice usted muy bien !  
ELENA ¡Bah, no resiste al examen ! ¡ Piensen us-  
tedes en la angustia de ese muchacho... !  
PEDRO (Nervioso.) ¡Sí, piensen ustedes en ella... !  
Y diga usted a Beaucourt que deje a la  
justicia cumplir la misión para la cual  
está designada.  
STTETIN (Molestado.) Es fuerte, querido Felt, es un  
poco fuerte... (Mientras que hablaba Pedro, los  
ojos hundidos de Elena se han fijado en su marido y  
su rostro pálido ha tomado una expresión espantosa de  
angustia y de súplica. A las últimas palabras de Stte-  
tin aparece Justino en lo alto de la escalera.)

### ESCENA III

STTETIN, JUANA, MONSEÑOR, PEDRO, ELENA, MAURET,  
JUSTINO; después, EL ORDENANZA DEL CORONEL.

JUSTINO (En el último peldaño de la escalera.) ¿Señor ba-  
rón... ?  
STTETIN ¿Qué?  
JUSTINO El señor diputado desea hablarle.  
STTETIN Dígale que ahora voy...  
JUSTINO Bueno, señor barón. (Vase.)  
PEDRO (A Sttetin.) Excelente ocasión para que le  
recomiende usted más reserva y... pers-  
picacia.  
STTETIN (Prudente.) Le diré la opinión de usted.  
PEDRO Sí, dígasela.  
MAURET Y añádale que opino lo mismo. (Sttetin des-  
aparece por la escalera.)  
JUANA Yo te sigo, Adolfo... Monseñor, con su  
permiso... No puedo permanecer así, voy  
a vestirme en un momento. (A Pedro y Elena.)  
Háganme el favor de ver desde la terraza  
si llega el juzgado mientras me arreglo en  
un instante.  
MAURET Descuide usted.  
JUANA (Suplicante.) Monseñor, ¿no se irá hoy, ver-  
dad?

MONSE. (Untuoso.) En estas circunstancias no tengo inconveniente en permanecer con ustedes hasta mañana.

JUANA ¡Cuánta bondad, monseñor, cuánta bondad!

MONSE. Y como en nada puedo serles útil en estos momentos, me iré a pie hasta la iglesia de Mijoux, a decir mi misa.

JUANA ¡Tome el auto! ¡Está muy lejos, monseñor!

MONSE. ¡El cielo me guarde de ello! El andar está prescrito a mis padecimientos. Únicamente le suplico un bastón sólido de montaña. Voy a ponerme calzado a propósito para la excursión.

JUANA Suba conmigo, monseñor... ¿Tiene la bondad de pasar...? (Dejándole paso.)

MONSE. Después que usted, señora, después que usted... (Cuando ambos suben por la escalera el ordenanza de Pedro aparece en el dintel de la puerta vidriera.)

ORDENAN. Mi coronel, ¿ensillo el caballo?

PEDRO No. Prepara pronto la yegua. (El ordenanza da vivamente media vuelta. Pedro le detiene.) ¡Berthot...!

ORDENAN. ¿Mi coronel?

PEDRO Espera... ¿No está herida?

ORDENAN. No es nada, mi coronel.

PEDRO Anda, voy a verla. (El ordenanza vase.)

ELENA (Esforzándose por ocultar su inquietud.) ¿Dónde vas, Pedro?

PEDRO Al fuerte, en donde tengo que dar algunas órdenes.

ELENA ¿Es indispensable?

PEDRO Sí, pero te veré antes de partir. Vuelvo al instante.

ELENA Ven... Te espero.

PEDRO Un minuto. (Vase. Elena, en el límite de sus fuerzas, parece presa de un vértigo.)

## ESCENA IV

ELENA y MAURET; después, TERESA.

MAURET (Que hace unos instantes sigue a Elena con la mirada.)  
¿Está usted enferma?

ELENA (Como asustada, irguiéndose.) ¡No!... ¿Por qué?

MAURET De repente se ha puesto usted tan pálida que he creído que se encontraba usted mal...

ELENA No, disgustada por lo ocurrido...

MAURET Debiera usted acostarse.

ELENA Al contrario, el aire puro disipará este malestar. (Entra Teresa llevando una taza de chocolate con picatostes.) Desayúnese usted tranquilamente mientras yo vigilo en la terraza. Cuando haya usted terminado, vendrá usted a reemplazarme.

TERESA ¡Perfectamente! (Elena vase a la terraza.)

## ESCENA V

MAURET y TERESA.

MAURET (Sorprendido agradablemente.) ¿Este festín es para mí?

TERESA Para usted solito.

MAURET (Encantado.) ¡Ah!

TERESA Y he hecho los picatostes. ¿Le gustan a usted?

MAURET ¡Con delirio! ¿Pero ha sido usted misma quien...?

TERESA Como no había nadie en la cocina, no ha habido otro remedio...

MAURET (Con ferviente admiración.) ¿Y el chocolate?

TERESA Con agua, un poco espeso.

MAURET ¡Eso es grave, excesivamente grave!

TERESA ¿Por qué?

MAURET Porque... (Pausa.) ¡Ay! ¿Y usted se ha desayunado?

- TERESA No.
- MAURET Apostaría a que ni siquiera ha pensado usted en ello.
- TERESA Verdad.
- MAURET Sabe usted hacer chocolatè con picatos-tes, no piensa usted en su desayuno, pero prepara usted el mío, ¿y me pregunta usted por qué esto es grave?
- TERESA No veo...
- MAURET ¡Desgraciada! ¿No comprende usted que esto es presentar repentinamente el hogar ante mis ojos y a la luz del día?
- TERESA ¡Coma y deje usted de burlarse!
- MAURET Estoy tan cortesmente emocionado que no tengo apetito. (Cómico.)
- TERESA ¡Pues bébaselo usted!
- MAURET (Probando maquinalmente el chocolate.) Lo beberé..., pero cuando esté más frío. Veo que no tiene usted la más remota idea de lo que acaba de pasar en mí... Oiga usted una revelación. ¡Yo soy un imbécil!
- TERESA (Con convicción.) ¡Eso no es verdad!
- MAURET (Con firmeza.) ¡Un idiota completo! ¡Un solterón completamente incapaz de comprender a la mujer, que es la bondad, la eterna sacrificada, y su chocolate de usted me parece resumir... toda suerte de sacrificios desconocidos y apasionados, que no sospechaba, y que ennoblecen enormemente el matrimonio.
- TERESA (Emocionada.) Bueno, beba, beba usted.
- MAURET ¡Lo bebo a su salud de usted, señora viuda de Deniau! (Bebe un sorbo.) ¡El colmo es que está riquísimo! (Suspira.) Sí, es increíble lo que un chocolate modifica nuestro modo de pensar... Se toma de pronto la vida en serio... (Bebe.)
- TERESA (Con certidumbre.) ¡La vida es muy seria!
- MAURET (Pausa.)
- MAURET Bueno, ¿y usted qué hace?
- TERESA ¿Ahora?



MAURET      Ahora... enloquecerme...  
TERESA      ¡Embustero!...  
MAURET      Digo... que... qué piensa en lo porvenir.  
TERESA      ¿El porvenir? No he decidido...  
MAURET      Creo urgente que lo decidamos juntos.  
                Tratemos de permanecer solos... (Viendo a  
                Elena que vuelve.) ¡Qué difícil es estar so-  
                los...! ¡Sígame usted... con disimulo!

## ESCENA VI

Dichos y ELENA.

ELENA      (Mirando desde el dintel de la puerta vidriera.) ¿No  
                está aquí mi marido?

MAURET      No, señora.

ELENA      (Con ansiedad.) Acabo de verle en el parque  
                y creí... (Entra Pedro por la izquierda.) ¡Ah!

MAURET      (A Elena.) Señora, la relevo a usted de cen-  
                tinela. Está usted libre. Yo me llevo mi  
                chocolate. Quiero a este chocolate como  
                a las niñas de mis ojos. Hasta ahora. ¡Qué  
                chocolate más rico! (Mauret se aleja hacia la  
                terraza, haciendo a hurtadillas señas de inteligencia a  
                Teresa. Esta aprovechará las primeras palabras cam-  
                biadas entre Elena y Pedro para seguir furtivamente  
                a Mauret.)

## ESCENA VII

PEDRO y ELENA.

PEDRO      Me voy. Es cuestión de media hora entre  
                ir y venir.

ELENA      (Observando a Teresa con el rabillo del ojo.) Iba  
                precisamente a rogarte que abreviaras tu  
                ausencia cuanto fuese posible... Juana  
                necesita compañía... ¿Te acompaña tu  
                ordenanza?

PEDRO      No,



ELENA

Quisiera enviarle a Mijoux a poner un telegrama a la tía Margarita. Así podríamos hoy mismo tener noticias de Roberto.... (Teresa ha salido, cerrando la puerta vidriera. Con angustia febril.) ¡Pedro, leo en tus ojos resoluciones que me espantan!... ¡Calla!

PEDRO

ELENA

(Abrazándose a su cuello.) Llévame contigo... Tengo miedo... ¿Qué proyectas?... Hace un instante el grito terrible estaba en tus labios... Te he visto, frente a todos, dispuesto a gritar...

PEDRO

(Cortándole la palabra.) ¡Sí! ¡El papel de criminal no me va!... ¡No soy un malhechor! ¡Quiero volver a la luz! ¡Reivindicar la verdad!

ELENA

PEDRO

ELENA

¡No tienes derecho a ello!

¡Quiero reivindicarla!

¡Te repito que no tienes derecho!... ¡Ese secreto no es tuyo solo!... ¡Es también mío!... ¡Que quieras o no, soy tu cómplice!

PEDRO

ELENA

¡Elena!

¡Sí, tu cómplice! ¿Y tú me venderás? ¡Tendría que ver! ¡Ya sé ahora lo que es el valor!... Una mujer guiándote en la noche por los corredores del castillo, espiando el aliento de las gentes que duermen, escuchando latir su corazón y el tuyo...

PEDRO

¡Calla! ¡Calla!... (La estrecha contra sí. Elena, violentamente, ha ocultado sus ojos con el dorso de su mano cerrada, en el horror del recuerdo.) ¡No quiero verte sufrir de esa manera!... ¡Pues sé valiente! No confundas el valor y la...

ELENA

PEDRO

(Sin dejarla acabar.) La cobardía. La suprema cobardía sería ver acusar a un inocente y callarse... Elena, no te conoces tú misma. Tampoco yo soportaría semejante monstruosidad.

ELENA

¡Palabras, siempre palabras! ¿Qué car-

gos encontrarán contra un inocente? ¡ Ni uno! ¡ En todo esto, sólo hay un inocente, uno sólo, y éste te prohíbo que lo sacrifiques: es tu hijo! (Se aparta de él vivamente.) ¡ Silencio! (Ambos se separan. Monseñor Jussey baja la escalera, con el sombrero puesto, y un «alpenstock»—bastón de montaña—en la mano.)

### ESCENA VIII

Dichos y MONSEÑOR.

MONSE. ¿Se va usted, mi coronel?

PEDRO Sí, monseñor.

MONSE. ¿A Mijoux?

PEDRO No..., al fuerte de Orioux.

MONSE. Lo siento, porque hubiésemos hecho el camino juntos.

PEDRO Y yo también, y le ruego me dispense por tener que abandonarle tan pronto, pero se me ha hecho tarde... (Inclinándose.) Monseñor...

ELENA Vuelve pronto, Pedro. (Elena le mira. Hay en esta mirada tanta angustia y tanto sufrimiento, que Pedro obedece a la necesidad de responder a ella. Coge la mano de Elena, apoya en ella sus labios y vase rápidamente. Monseñor Jussey ha observado la ternura discreta de este movimiento con visible interés.)

### ESCENA IX

MONSEÑOR y ELENA.

MONSE. (Vacila.) Una pregunta, señora... No temo que la juzgue usted indiscreta después de nuestra conversación de ayer.

ELENA La adivino, monseñor. No solamente no lo es, sino que yo misma debo contestarla sin vacilar.

MONSE. ¿Luego la impresión que acabo de tener es la justa?

ELENA  
MONSE.

Sí, monseñor.

(Cuyo rostro se ilumina.) ¿Tendré la alegría de haberla convencido y de que usted haya renunciado...?

ELENA  
MONSE.

Sí, a separarme de mi marido.

¡Qué alegría me causa usted!... ¡Cuánto siento haber dudado y haberme dejado arrastrar por la cólera!... ¿Dónde encontraré ahora una excusa a los ojos de Aquél que nos ha de juzgar y a quien tan desdichadamente he servido?

ELENA

A Dios gracias, no necesita excusa alguna, monseñor. Pero si necesitase una, la encontraríamos por completo en un error. Monseñor condenaba en mí la imagen de una raza, y he visto que soy algo más humilde...

MONSE.

(Con bondad.) Una mujer...

ELENA

Una sencilla mujer.

MONSE.

No le pedía más, hija mía, y la gracia de Dios la ha iluminado. (Escrutándola con la mirada.) ¿Ha indicado usted a alguien más que a mí esa sana resolución?

ELENA

Aun no.

MONSE.

Es necesario lo haga en seguida.

ELENA

(Con espanto.) ¡Hoy, no, monseñor!...

MONSE.

Cuando el hierro debe ser puesto en la llaga hay que tener valor, más aún, la firmeza de no diferirlo.

ELENA

Mañana, monseñor, mañana...

MONSE.

¡En seguida! ¡Lo exijo como prenda de su sinceridad! Y voy, con mi intervención personal, a ahorrar a usted lo más doloroso. (Elena retrocede, como para huir. Con autoridad.) ¡Quédese usted, hija mía! (Ambos acaban de ver a Marcelo que baja la escalera, el rostro contraído, preocupado, y quien precisamente ha entrado a tiempo de observar el movimiento de retirada de Elena.)

## ESCENA X

Dichos y MARCELO.

MONSE. Celebro volverle a ver, señor Beaucourt. Y no vacilaré en hacerle una declaración: bajo este techo entristecido hay un corazón satisfecho.

MARCELO (Con gravedad algo altanera.) Le felicito y le envidio por ello, monseñor, sin preguntarle, por otra parte, la razón de esa alegría tan singular.

MONSE. Esperaba ser juzgado severamente... ¡Nuestras penas y nuestras bienaventuranzas son tan diferentes!... Pero celebro haber comprobado, una vez más, la eficacia de mi modesta misión. Nos disputábamos un alma. Necesitó usted un año para perderla, y me bastó una noche para reconquistarla. Ya está en el buen camino, y doy gracias a Dios. (Silencio de Marcelo.) ¿No tiene usted nada que contestarme?

MARCELO (Fríamente, después de mirar a Elena, desfalleciente.) Nada, monseñor.

MONSE. (Sencillo y sin impertinencia.) Adiós, caballero. (A Elena.) ¡Hasta ahora, hija mía! (Vase silenciosamente.)

## ESCENA XI

MARCELO y ELENA.

ELENA (Que apenas puede hablar.) Marcelo..., amigo mío..., perdóneme usted.

MARCELO (Bajo, mirándola fijamente.) ¿Perdonarla..., de qué? ¡Ese señor miente!

ELENA ¡Marcelo!

MARCELO ¡Es un impostor!... O usted le ha engañado, por falta de valor, para substraerse a sus predicaciones.



ELENA No. Me ha convencido.

MARCELO ¡De nada!

ELENA De mis errores. Me ha demostrado que me debo a mi hijo, a la familia que libremente fundé... Ha reanimado también mis creencias...

MARCELO ¡Falso! ¡Tales escrúpulos no se despiertan en una noche!

ELENA Indudablemente no lo habría perdido del todo...

MARCELO ¡No soy ni ciego ni tonto!... Hace un año que conozco todos los pensamientos de usted... ¡Un año de adoración paciente, humilde, apasionada..., absoluta!... ¡La conozco a usted! Es usted un corazón leal y reflexivo. Usted me ha querido conscientemente.

ELENA He debido confundir el amor con el afecto.

MARCELO ¡No!

ELENA ¡Hay algo más que nuestra voluntad!... Todas las fuerzas de que soy esclava..., mi nombre, mi hijo... Esas son las que abren entre usted y yo abismos invisibles y tan profundos, que no hemos podido reunirnos en el momento mismo en que yo creía pertenecerle.

MARCELO ¡Le repito que es falso! Míreme y dígame: «¡Ya no le quiero!»

ELENA Yo le ruego... ¿A qué prolongar esta tortura?

MARCELO ¡Dígamelo!

ELENA (Apartando los ojos.) ¡Marcelo, no le he querido por amor, estaba engañada!

MARCELO ¡Dígamelo usted de frente!

ELENA (Con decisión.) ¡Sea! ¡No le he querido a usted por amor!

MARCELO ¡Por fortuna no la creo! ¡Si la creyese, me volvería loco de dolor!

ELENA (Suplicante.) Acabemos...

MARCELO ¿Cómo la voy a creer a usted?... Hace algunas horas se estremecía usted de ra-



bia contra el más intolerable de los tiranos. Afrontó usted al sacerdote porque se sentía mía en cuerpo y alma... Me esperaba usted... Ibamos a entendernos para romper las cadenas, valientemente, definitivamente. Ibamos a fijar nuestros destinos de una vez para siempre. ¡Y de pronto me encuentro con una mentira!

ELENA

MARCELO

¿Qué mentira?

¡Una mentira trágica! Lo sé desde hace una hora y usted acaba de confirmármelo.

Al exponerme esas súbitas razones de conciencia primero, al decirme después que nunca me ha querido, ha ido usted tan lejos en la contradicción y en el absurdo, que se ha convertido usted en la más vulgar de las acusadoras. ¡Y lo que usted lee en este momento en mis ojos, Elena, no es la angustia de los celos, es el terror! (Dos segundos terribles, durante los cuales sus ojos no se apartan. Parece, en el espacio de un relámpago, que Elena va a desmayarse; pero, por el contrario, se yergue y se domina con esfuerzo sobrehumano.)

ELENA

(Con voz que quiere ser tranquila.) ¡No le entiendo! ¡Explíquese usted mejor!

MARCELO

Lo haré... No era Anita quien estaba anoche con usted.

ELENA

(Después de una vacilación.) En efecto.

MARCELO

He interrogado a todos... He recogido datos, presunciones, indicios, ¡casi la prueba!... ¡Anita no estaba en su cuarto de usted!

ELENA

Acabo de decirlo.

MARCELO

Y tampoco era un amante.

ELENA

Tampoco.

MARCELO

¡Pero era un refugiado!

ELENA

¿Un...?

MARCELO

¡Un refugiado que ahora quiere usted salvar en un rasgo sublime de sacrificio!

ELENA

¡Puesto que me obliga usted a ser cruel, sépalo de una vez: era mi marido!

- MARCELO ¡ Sí, y para probar la coartada se sacrifica usted ! ¡ Pero le juro que impediré ese crimen, a pesar de usted, contra usted !...
- ELENA Yo le juro que ha pasado, toda la noche...
- MARCELO ¡ Toda la noche no, Elena !
- ELENA ¡ Toda la noche en mi cuarto !
- MARCELO ¡ Toda, no ; lo mismo que Glogau no pasó toda la noche en el suyo !
- ELENA ¡ Divaga usted !
- MARCELO ¡ Es demasiado tarde ! Me acaba usted de convencer. Porque al saber usted más que yo, he oído la confesión de ese crimen... Desde hace cinco minutos mi razón vacila... ¡ Defenderle !... ¿ Por que?... ¡ No !... La abnegación, el sacrificio sobrehumano, pero hay algo más... ¡ Sí, por vez primera usted no ha mentido !
- ELENA ¡ Está usted loco !
- MARCELO ¡ Si lo estuviese no me lo diría usted en voz baja !... ¡ Alborotaría usted la casa !... ¡ No temblaría usted de terror !... ¡ No estaría usted así, suplicante, y a merced mía !... ¿ Por qué?... (Pausa.) ¿ Por qué quiere usted salvar a ese miserable? (Pausa. Se miran, ahora como enemigos decididos a todo.)
- ELENA ¿ Y usted, por qué quiere perderle?
- MARCELO ¡ Porque es mi deber !
- ELENA ¡ No ! ¡ Es porque me ha vuelto a conquistar ! ¡ Porque le amo !
- MARCELO (Ciego de rabia.) ¡ La ha conquistado, es cierto, ahora lo veo !... ¡ La ha conquistado en el crimen !... ¡ Ayer le odiaba usted !
- ELENA ¡ Cuidado que yo le odie a usted hoy !
- MARCELO ¿ A mí?
- ELENA ¡ A usted !... Es usted como los demás... Porque le han quitado lo que no le pertenecía, trata usted de entregar a un hombre sin conocer siquiera las razones que le han impulsado... Le califica usted de

miserable, y no sabe usted nada, ni siquiera trata de saberlo...

MARCELO  
ELENA

¡ Sé que es un asesino !  
¡ Lo que quiere usted es vengarse, y vengarse bajamente, odiosamente ! ¡ Bueno, cumpla usted con su deber de policía !  
¡ Denúnciele usted ! ¡ Denúnciele usted !  
(Fuera de sí.) ¡ Es inútil ! Antes le echaré mano al cuello...

ELENA

¿ Qué dice usted ?... ¡ Estaré junto a él !...  
¡ Le adoro, le adoro y nada tiene que temer ! (Marcelo abre los brazos como un hombre que no sabría decirse si va a herir o si él mismo ha sido herido mortalmente. Después se deja caer en un asiento, con la cabeza entre las manos. Pausa grande. Elena, poco a poco, parece salir de un letargo. Sus ojos miran largamente a las puertas, a la escalera, a la puerta vidriera. Avanza algunos pasos a la izquierda. Recobra conciencia de la realidad. Escucha si alguien ha podido oírles. De pronto se oye en el campo el sonido de la bocina de un automóvil. Marcelo levanta la cabeza, los ojos huraños y fijos. Elena se queda clavada en su sitio. Después, silencio. Por fin abren la puerta vidriera y entra rápidamente Mauret. Teresa le sigue de cerca.)

## ESCENA XII

Dichos, MAURET. Después, TERESA.

MAURET

(A Beaucourt.) ¡ Ya están aquí !

MARCELO

(Como arrancado de un sueño.) ¿ Quiénes ?...

MAURET

El juez...

TERESA

...Y los demás.

MARCELO

¡ Ah, sí !...

MAURET

¿ Qué hacemos ?

MARCELO

Pues avisar a Sttetin.

MAURET

Yo me encargo de ello. ¿ Usted los recibirá ?

MARCELO

Sí.

MAURET

Bueno. (Sube las escaleras de cuatro en cuatro.)

TERESA (Temblorosa.) ¡Ay, señor Beaucourt!... ¿Qué va a pasar?... ¡Cuando éramos tan felices!... ¡Qué tonta es la vida!

MARCELO (Como a sí mismo, dolorosamente.) ¡Sí, dice usted bien!... (Justino abre la puerta de la izquierda, apresurado, e introduce al juzgado.)

### ESCENA XIII

MARCELO, ELENA, TERESA, EL FISCAL, EL JUEZ, EL SECRETARIO DE INSTRUCCIÓN; luego STTETIN.

FISCAL (Precipitándose hacia Marcelo.) ¡Señor Beau-court!...

MARCELO Acabo de avisar la llegada de ustedes al barón, y éste les recibirá en seguida. (Los visitantes se inclinan. El juez ve a Elena y a Teresa y avanza un paso hacia Elena.)

JUEZ ¿Señora baronesa?

ELENA (Algo arrogante.) ¡No, soy la esposa del coronel Felt!

JUEZ (Inclinándose.) Señora... (Mira a Teresa.)

TERESA (Nombrándose con voz débil, que apenas se oye.) Señora Deniau... (El juez saluda ligeramente a Teresa.)

ELENA (A Teresa.) Dejemos a estos caballeros, a quienes nuestra presencia puede estorbar. (Vanse ambas, saludadas por una inclinación de cabeza de los funcionarios judiciales. El secretario del juzgado ha permanecido respetuosamente algo apartado.)

FISCAL ¡Qué feliz casualidad, señor Beaucourt, el encontrarle aquí! Creí que usted no me reconocería... (Nombrándose.) Enrique Cartelle, fiscal de San Claudio. Tuve la honra de ser recibido por usted en su despacho cuando era ministro de Justicia... A la benevolencia de usted debo el puesto que hoy ocupo...

MARCELO Le he reconocido perfectamente.

FISCAL (Presentando a los demás.) El señor Pablo Ruediet, juez de instrucción.



**JUEZ** (Inclinándose.) Lamento sinceramente no poder reivindicar el mismo honor que el señor fiscal... (Con amargura.) Me contento con envejecer en mi modesta carrera.

**FISCAL** (Rápidamente.) ¡Ejem!... (Indicando al secretario, con tono más negligente.) El secretario del juzgado... ¿Me permite usted, señor Beaucourt, que aproveche esta ocasión para felicitarle por anticipado...?

**MARCELO** (Sin dejarle acabar.) ¿Por qué?

**FISCAL** Por la noticia que trae toda la prensa... no es secreto para nadie que su partido le obligará a usted a aceptar nuevamente la cartera de Justicia en la próxima combinación ministerial...

**MARCELO** (Fríamente, cortándole de nuevo la palabra.) No le asombre a usted, señor fiscal, el saber que esas contingencias están lejos de mi espíritu en este momento... (Entra Sttetin.)

**FISCAL** (Sobrecogido.) Yo... sencillamente quería testificar a usted...

**MARCELO** (Indicando a Sttetin.) El barón de Sttetin... (Saludos.)

**JUEZ** A juzgar por los primeros informes del alcalde de Mijoux, nos hallamos en presencia de un suceso sumamente confuso y misterioso.

**MARCELO** A primera vista, sí.

**FISCAL** ¿Quiere eso decir que usted ya ha profundizado...

**MARCELO** (Terminantemente.) Sí.

**JUEZ** El juzgado de San Claudio celebrará poder probar a usted que la presencia de los funcionarios de provincia se esfuerza en no ser menos que la de sus colegas de la capital...

**FISCAL** (Vivamente.) Y celebraríamos sinceramente, señor Beaucourt, poder contar con su valiosa colaboración, que aceptaremos con reconocimiento. ¿Quiere usted decirnos...?

**MARCELO** (Sumido en sus pensamientos.) En este momen-



to, nada. Por el contrario, deseo no influir en las investigaciones de ustedes.

JUEZ Sin embargo...

MARCELO Es preferible. Si les parece, en seguida confrontaremos los elementos de juicio, Pero primero estudien ustedes el hecho. Les espero en esta habitación.

STTETIN (Turbado.) ¿Tienen ustedes la bondad de seguirme, caballeros?...

FISCAL Con mucho gusto...

JUEZ (Al fiscal.) ¡Ah! ¿Va usted a instruir las primeras diligencias conmigo?

FISCAL (Estupefacto.) ¡Así lo manda la ley!

JUEZ (Siguiendo a Sttetin.) Pero le ruego me deje por completo la dirección del sumario.

FISCAL ¿Es que yo he usurpado alguna vez sus poderes?

JUEZ No..., aludo a los tiquis miquis que tuvimos cuando la causa de... (Sus voces se pierden en la escalera.)

## ESCENA XIV

MARCELO y JUSTINO.

(Marcelo da algunos pasos por la habitación. Reflexiona, la cabeza inclinada, la frente arrugada, los ojos ardientes. Sube a la terraza. Como Justino pasa a distancia, le llama.)

MARCELO ¡Justino!... ¿Está ahí la señora de Felt?

JUSTINO Acabo de verla junto a la fuente del parque.

MARCELO ¿Sola?

JUSTINO Con la señora de Deniau... ¿Quiere usted que vaya?...

MARCELO ¡No! (Justino medio mutis.) Justino, probablemente tomaré el tren en San Claudio a las once. ¿Podrá llevarme el auto a la estación?

JUSTINO      Sí, señor. Dentro de diez minutos estará dispuesto.

MARCELO      Gracias. (Justino se aleja.)

## ESCENA XV

MARCELO y PEDRO.

(Durante este coloquio en la terraza ha entrado Pedro en el hall, por la puertecita de la izquierda. Se ha instalado en la mesita de escribir. Al verle Marcelo se estira, con un violento movimiento, y entra de nuevo en escena, interpelando a Pedro con rudeza y a quemarropa.)

MARCELO      Tengo que hablar con usted.

PEDRO          ¿...?

MARCELO      (En pleno rostro.) ¿Conoce usted al asesino de Glogau?

PEDRO          Lo mismo que usted. (Pausa.)

MARCELO      ¿Debo tomar eso como una confesión?

PEDRO          Dispense usted, como una declaración.

MARCELO      Es lo mismo.

PEDRO          De ningún modo. ¡Pero dejemos los matices! Lo que usted llama el asesino...

MARCELO      ¿Tiene usted otra palabra?

PEDRO          Quizás.

MARCELO      En fin, ¿es usted?

PEDRO          Sí, yo soy.

MARCELO      ¡Hermosa actitud! ¿Le esperaban y le han avisado?

PEDRO          Nadie.

MARCELO      ¿Pues cómo sabe usted que estoy en autos?...

PEDRO          Por el tono en que se ha permitido usted interrogarme.

MARCELO      ¿En que yo me he permitido...?

PEDRO          ¡El tono de los vencedores!

MARCELO      (Quien visiblemente se contiene.) No tengo la pretensión de haberle vencido. Usted mismo se ha hundido. Le hablo a usted hoy como le hablé ayer.

- PEDRO En adversario.
- MARCELO ¡ En enemigo !
- PEDRO Perfectamente.
- MARCELO E implacable, se lo advierto a usted.
- PEDRO Es innecesario, lo veo.
- MARCELO ¿ Y no le asombra ?
- PEDRO No.
- MARCELO A mí, sí. El odio es un sentimiento que desconocía hasta que usted me lo ha inspirado.
- PEDRO (Siempre tranquilo.) El odio no es un sentimiento: es una enfermedad, una crisis.
- MARCELO ¡ De justicia !
- PEDRO De egoísmo. Dentro de un año, de un mes, de cinco minutos quizás, cuando usted haya recobrado su cerebro normal, equilibrado, se asombrará usted de haber podido ser el hombre que tengo ante mí. Se avergonzaría usted en el acto si tuviera que decir las causas del mal que usted me desea.
- MARCELO Están en las acciones de usted.
- PEDRO No, en sus desengaños. Usted ha querido robarme un cariño..., arrebatarme a mi mujer, arruinar mi hogar. Y no lo ha logrado. Yo he cerrado el paso al ladrón, y el ladrón invoca la justicia. ¡ Admirable !
- MARCELO Ese cariño hace tiempo que le tenía a usted sin cuidado. De su mujer ha hecho usted una desgraciada. Ha sido su mal instinto quien le ha puesto entre ella y yo cuando he querido rehacer su dicha. Reivindica usted un derecho legal, el más vulgar de todos, el de la propiedad, y otro aun más odioso: el de la fuerza. Y en cuanto a su hogar, ¿ qué quedará de él?... De todo, sólo ha hecho usted escombros. Y acaba usted de añadir a ello la infamia... ¡ Nada ha reconquistado usted ! Ha explotado usted el deseo de abnegación de una pobre criatura para aso-

ciarla al desastre. Ha reconquistado por su debilidad lo que había despreciado por su violencia. Ha suprimido usted una vida y al mismo tiempo ha destrozado otras dos. ¡Es usted un miserable, y yo le detesto como se detesta el mal! (Pausa.)

PEDRO (Que se ha dominado.) ¿Ha terminado usted?

MARCELO (Con rabia.) ¡Le odio y no me inspira usted piedad!

PEDRO Lo suponía. Por el contrario, usted me inspira profunda lástima. Cada una de sus injurias es un grito de dolor, en el que al menos la cobardía...

MARCELO ¿La cobardía?

PEDRO Sí, la triste cobardía. Ayer era usted más prudente. Debe usted sufrir mucho.

MARCELO ¿Y tiene usted la audacia...? ¡Basta, caballero, basta...!

PEDRO ¡Aun no hemos terminado!

MARCELO (Ya en los primeros tramos de la escalera.) Está usted en un error.

PEDRO ¡No! Ahora es cuando necesito que sepa usted todo. Glogau...

MARCELO ¡Poco importa! Ya se justificará usted ante los jueces.

PEDRO De ellos sólo espero la sentencia, mientras que de usted espero algo más excepcional, más humano. ¿Sabe usted lo que era Glogau?

MARCELO ¿Otra vez...?

PEDRO ¡Era un espía!

MARCELO (Deteniéndose instantáneamente.) ¿Eh?

PEDRO ¡Un espía! ¿Me escuchará usted ahora?

MARCELO (Bajando la escalera, como a su pesar.) ¿Un espía?

PEDRO Uno de esos instrumentos abyectos que provocan la repulsión, incluso de los que se sirven de ellos. No me justifico, explico lo ocurrido. Me tenía atado. Se había introducido en mi vida rastreramente para ejercer su innoble misión. Le servíamos todos, París que le recibía, los Sttetin que



le albergaban, usted, que estrechaba su mano, yo, a quien envolvía en la red de sus maquinaciones... Robaba los secretos nacionales, nos robaba nuestras impresiones, nuestros pensamientos, nuestros anhelos y nuestras esperanzas. Y todo ello iba lejos, muy lejos...

MARCELO  
PEDRO

(Aterrado.) ¡Imposible!

Así era y así son centenares de los que se deslizan entre nosotros. Pero Glogau ambicionaba un golpe maestro... Llevarse, en el bolsillo, en algunas líneas geométricas, nuestra, más decisiva obra de defensa...

MARCELO  
PEDRO

¡Orieux!

¡Nada menos! Nuestros dientes, prontos a morder al primer ataque... Descubiertos, expuestos a la luz del día, serían inútiles. Sólo servirían para morder en el vacío. Y eso me propuso anoche, creyéndome bien atado, pero no terminó la frase... (Pausa.) Beaucourt, es terrible tener que matar. Se siente uno atontado, los ojos ciegos, la cabeza vacía... Se toma uno a sí mismo una aversión espantosa, se recrimina uno su cólera, su bestialidad... Todo nuestro ser se exalta, todo parece enorme... Después llega el día, amanece... Se va hacia la luz. Se sale de la pesadilla, despacito, como de una tumba... Entonces, casi sin transición, recobra uno su sangre fría, una paz impresionante. Como todas las mañanas, me he puesto el uniforme y me he sentido más tranquilo y más ligero... Dentro de él... he respirado orgullosamente. ¡Amanecía en mí! Estoy satisfecho. Como el centinela hace fuego, yo he apretado las manos. No soy un homicida, soy el ejército. Él es quien mata en la batalla ejercitando un derecho. Yo estoy perdido, arruinado... Pero un hombre, ¿qué importa...?

Soy un soldado y he cumplido con mi deber. Estoy tranquilo. (Pausa.)

MARCELO ¿Por qué no me llamó usted?

PEDRO ¡Por qué!... Gesto de cansancio. Después:) Los hombres como yo no tienen otra razón de ser que el gran sueño que han cargado sobre sus espaldas. Es su excusa. Viven por una idea... Sin recurrir al estilo elevado, con palabras sencillas, como yo lo siento..., creo que el soldado lleva siempre en los labios la palabra patria y que forma parte de su individuo. Yo quisiera ver a mi patria intachable, poderosa, dueña absoluta de la paz. Para ello tenía proyectos—usted lo sabe,—proyectos de reorganización vastos, y precisos... ¡Y todo se viene a tierra con la muerte de ese canalla...! ¡Qué catástrofe! Después del suceso reaccioné en seguida, pero al volver a la calma comprendí que ya no podía más. ¡Disimular, mentir, jugar un papel indigno, no puedo, no quiero...! (Pausa breve.)

MARCELO (Con un gran esfuerzo sobre sí mismo.) Felt, acepte usted mis excusas.

PEDRO (Le mira y después añade con sencillez:) Gracias. (Pausa. Se yergue.) Y ahora voy a pedir a usted un favor.

MARCELO ¿A mí?

PEDRO Dentro de algunos minutos voy a constituirme prisionero y, aunque lo presiente, va a ser un golpe terrible para Elena... ¡Desde que amaneció, mi mayor angustia es la de que quedará sola! ¡He maldecido, Beaucourt, he maldecido—palabra de soldado—el frenesí que la ha arrojado en mis brazos! Le hubiera a usted amado, y no sufriría... Yo quedaría solo, en vez de caer conmigo en el abismo... Elena es así, y eso es lo que hay que impedir... Hay también una criatura, mi hijo. ¡Qué desgraciada va a ser su adolescencia...! Yo



se lo ruego... Usted ha amado a esa mujer, usted la ama todavía... Es usted poderoso y debe usted protegerla, dirigirla, ayudarla... al principio en la sombra y sin que ella lo note y después acercándose poco a poco... Y después... (Resistiendo a la emoción que le ahoga.) En fin, en los primeros momentos, sobre todo, vele usted por ella... No vacilo en suplicárselo porque sé que ella no cuenta con nadie más que con usted. (Marcelo no responde. Reconcentrando su pensamiento.) Y dicho esto, me retiro.

MARCELO (Con un gesto de la mano para detener el movimiento de Pedro.) Un instante... (Se acerca a Pedro.) Felt, es preciso que guarde usted silencio. Es innecesario que se constituya usted prisionero.

PEDRO (Después de un estremecimiento, las cejas fruncidas.) ¡Yo soy digno de ser tratado de otra manera!

MARCELO (Con nerviosidad concentrada.) ¡Nada de orgullo estéril! Está usted a merced mía, y me creo con derecho para prohibirle que se entregue usted...

PEDRO (Con triste gravedad y en tono afectuoso.) ¡Beaucourt...!

MARCELO (En un tono que no admite réplica.) ¡Se lo prohibo a usted! Pese usted bien lo que voy a decirle... Leal y sinceramente le aseguro que esta orden no la dicta mi sensibilidad... Pero acaba usted de pronunciar hace un instante una palabra imperiosa... una palabra decisiva...

PEDRO ¿Cuál?

MARCELO (Despacio.) ...Patria... (Pausa. Pedro escruta los ojos de Marcelo.) ¿Cree usted ser uno de los últimos en pronunciarla? ¿Se figura usted que sus galones tienen el monopolio? ¡Qué error tan grande! ¡Me pertenece como a usted! Nos pertenece a todos y todos le pertenecemos. Dejemos nuestros

sufrimientos... Usted lo ha dicho, un hombre ¿qué importa? Pero su misión, ya es otra cosa. Usted no ha concluido su obra y usted se debe a su patria... ¡Es preciso obedecerme!

PEDRO (Presa de una lucha interior.) ¡No puedo! ¡No puedo!

MARCELO (Subiendo.) ¡Vamos a verlo! (Llama en el timbre.)

PEDRO ¡Beaucourt!

MARCELO ¡Silencio! (Un segundo después aparece Justino llevando el gabán y el sombrero de Marcelo.)

## ESCENA XVI

Dichos y JUSTINO.

MARCELO (A Justino que entra.) ¿Está todo dispuesto?

JUSTINO Sí, señor. El *chauffeur* espera.

MARCELO Bueno. Deje eso ahí. (Por el gabán y el sombrero, que Justino deja en una silla.) ¿Los señores del juzgado siguen arriba?

JUSTINO No, ahora están en el parque.

MARCELO Diga usted al fiscal que deseo hablarle con urgencia.

JUSTINO Bueno, señor.

PEDRO (Cuando ha desaparecido. Prosiguiendo sus reflexiones.) Además... esos señores están sobre aviso..., sospecharían...

MARCELO Lo dudo, pero si así fuera sería el destino. (Con esfuerzo, pero resuelto.) Y en ese caso, cuente conmigo lo mismo que su esposa y su hijo.

PEDRO (Muy emocionado.) ¡Gracias, Beaucourt!... Una palabra... Soy incapaz de negar la verdad, y si un inocente estuviese en peligro por mí no toleraría... (Se calla. El fiscal aparece en la terraza, conducido por Justino, quien después vase.)

## ESCENA XVII

Dichos y EL FISCAL. Después, ELENA.

FISCAL (A Beaucourt.) ¿Me ha mandado usted llamar?

MARCELO (Con firmeza.) Sí, señor. (Indicando a Pedro.) El coronel Felt... (El fiscal se inclina.) Tengo deseos de saber cómo van sus investigaciones.

FISCAL (Turbado.) Me veo obligado a confesar a usted que hasta ahora estamos sumamente perplejos. Usted mismo habrá observado la carencia de todo indicio material. Sólo existen presunciones... (Elena, pálida, angustiada, entra despacito por la terraza y permanece de pie en los peldaños, apoyada en el muro, con la mirada extraviada.)

MARCELO ¿Qué presunciones?

FISCAL Ese criado joven que interrogó usted esta mañana... Hemos acordado detenerle.

PEDRO (Con irresistible convicción.) ¡Ese hombre es inocente! ¡Yo lo afirmo!

MARCELO (Vivamente.) ¡Y yo también! Señor fiscal, es hora de que comunique a usted mi convicción. No tengo derecho a dejar que se extravíe el juzgado con una pista falsa.

FISCAL (Asombrado.) Pero si solicitamos antes que nos dijese usted...

MARCELO ¿Han examinado ustedes la correspondencia de Glogau?

FISCAL Aun no.

MARCELO Esa es la clave del misterio. El muerto perteneció en otro tiempo a un cuerpo de policía extranjera y desempeñó la jefatura con un rigor muy eslavo. Hubo muertos a latigazos, deportaciones, brutalidades que le designaron a las represalias de todo un partido. Existen cartas con amenazas. No hace mucho...

FISCAL ¡Sí, el atentado de la calle de Reaumur!

MARCELO Precisamente. Después, otros ejecutores han sabido esperar la hora propicia... El aislamiento de este castillo, las ventanas abiertas, lo espeso de la selva, todo les ha servido, y esta noche han hecho justicia.

FISCAL (Algo suspenso.) ¡Oh, esa manera de pensar...!

MARCELO (Con gran autoridad.) Es la mía, y será la de ustedes en cuanto conozcan la correspondencia de Glogau.

FISCAL Siendo esa la opinión de usted...

MARCELO Mi opinión terminante.

FISCAL (Prudente.) Por mi parte, sólo quisiera cubrir mi responsabilidad.

MARCELO Bajo la mía plena y absoluta tomo, pues, la dirección del asunto. Vamos a regresar a San Claudio, desde donde conferenciaré con el ministro de Justicia.

FISCAL (Retirándose.) Bueno. Voy a avisar inmediatamente a mis compañeros... (Se dirige hacia la terraza. En el momento de salir.) ¿Levantaremos, sin embargo, acta de las primeras diligencias...?

MARCELO Naturalmente. En seguida soy con ustedes.

## ESCENA ÚLTIMA

MARCELO, PEDRO y ELENA.

(Pausa larga y embarazosa. Beaucourt se adelanta a coger su abrigo y su sombrero. Pedro, decidido, le sale al encuentro y le detiene. Los dos hombres se miran un momento; Beaucourt con extrañeza; Pedro con emoción. Por fin, Pedro le tiende su mano con nobleza, que Beaucourt estrecha sinceramente; recogiendo después su sombrero y abrigo, sube hasta la puerta de la terraza.)

ELENA (Al llegar a ella, parece que Elena va a arrojarle a sus pies; Beaucourt lo impide, rápido y emocionado, y ella murmura con voz apagada:) Perdón, Mar-



celo... (Beaucourt se inclina respetuoso, besa la mano de ella con delicadeza, se vuelve a saludar al coronel, que se cuadra militarmente, se pone el sombrero y vase, con lentitud, por el foro. Al quedar solos marido y mujer, Pedro abre sus brazos y Elena se precipita amorosamente en ellos.)

TELÓN

FIN DEL DRAMA



# LLUVIA DE HIJOS



---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—  
Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

—  
Queda hecho el depósito que marca la ley.

—  
Edición autorizada para «Teatro Mundial».

---

# LLUVIA DE HIJOS

FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS

basada en la obra «BABY MINE»

de

MISS MARGARITA MAYO

adaptación española de

Federico Reparaz

---

Estrenada en el teatro Cervantes,  
la noche del 19 de Febrero de 1914



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbarrá, 15

1915

# REPARTO

---

| <u>Personajes</u>   | <u>Actores</u> |
|---------------------|----------------|
| KETTY (1).          | Sra. Roca.     |
| MARGARITA.          | » Toscano.     |
| MISS PETICKTON.     | » Simó.        |
| MAGDALENA.          | » López.       |
| MARY (2).           | » Ríos.        |
| GUILLERMO HARRISON. | Sr. Meseguer.  |
| JIMMY SCOTT (3)     | » Simó-Raso.   |
| ENRIQUE,            | » Marchante.   |
| JUAN.               | » Hidalgo.     |
| UN POLICÍA.         | » Sapela.      |

*La acción en Nueva York.—Epoca actual.*

---

Derecha e izquierda, las del actor

---

(1) Pronúciase Kiti.

(2) Idem Meri.

(3) Idem Yimmi.



## ACTO PRIMERO

---

Una sala en casa de Harrison. Tres puertas: una al foro, que da al recibimiento; una a la izquierda, y otra a la derecha. A la izquierda, una chimenea. En la primera izquierda, un velador sobre el que hay un album de fotografías; algo más allá del velador y delante de la chimenea una butaca. Un aparato telefónico en el muro, entre la chimenea y la puerta. Un timbre eléctrico junto al teléfono. En la primera derecha, una mesita de escribir. En el centro, algo a la derecha, una mesa centro elegante con escribanía, pluma, carpeta, etc., etc. Una silla detrás de la mesa. Un canapé. Sobre la repisa de la chimenea, una fotografía de Guillermo en un marco.

### ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, la escena se halla desierta. Se oye dentro ruido de voces. Después se abre violentamente la puerta de la izquierda y aparece GUILLERMO.

GUILLER. (Furioso, fuera de sí, dirigiéndose al interior.) ¡Embustera! ¡Embustera! ¡Embustera! (Cierra la puerta, luego atraviesa la escena y llama al timbre.) ¡Oh, esto es el colmo!

JUAN (Entrando por el foro.) ¿Ha llamado el señor?

GUILLER. Baja el baúl a mi cuarto.

JUAN ¿El grande o el pequeño?

GUILLER. El grande y el pequeño también, como igualmente mi maleta. Mete dentro todas mis cosas. Trajes, ropa interior, el calzado... en fin, todo lo mío. El mozo de mi



oficina lo llevará a la estación. ¡ Date prisa ! (Vase Juan por el foro.) ¡ Ya estoy hartos ! (Va a coger el sombrero que se halla sobre la mesa.) Pero antes de irme sabré la verdad. (Sube hacia el foro y ya al dintel de la puerta dice, volviéndose hacia la izquierda.) ¡ Embustera ! (Vase foro.)

## ESCENA II

KETTY, luego MARY, después JIMMY.

(La escena queda un momento desierta ; después se entreabre despacito la puerta de la izquierda y Ketty saca la cabeza por ella. Tiene los ojos rojos, como de haber llorado y lleva un pañuelo en la mano derecha.)

KETTY

¡ Guillermo ! ¡ Amor mío ! (Entra del todo : viste una bata elegante.) No está aquí... ¿ Tal vez en su cuarto?... (Atraviesa la escena y abre la puerta de la derecha.) ¡ Guillermo !... ¡ Amor mío ! (Entra un instante y sale de nuevo en seguida.) ¡ Tampoco está ! (Llama al timbre.) ¡ Dios santo ! (Aparece Mary por el foro.) ¿ Dónde está el señor ?

MARY

Acaba de irse.

KETTY

¿ Ha dicho dónde ?

MARY

No, señora... Se fué dando un portazo... parecía furioso.

KETTY

(Dejándose caer en la butaca y prorrumpiendo en sollozos.) ¡ Ay, Mary, qué desgraciada soy !

MARY

(Compadecida.) ¡ Señora !

KETTY

¡ Estoy segura que en todo Nueva York no hay una mujer tan desgraciada como yo !

MARY

(Vencida por la emoción y prorrumpiendo a llorar.) ¡ Ay, señora, señora !...

KETTY

¿ A ti también te da pena ?

MARY

Personalmente no, señora ; pero no puedo ver que lloren sin llorar yo también.

KETTY

¡ Tú tienes corazón !

- MARY ¡ Muy grande, señora, muy grande !
- KETTY (Con las palabras entrecortadas por las lágrimas.)  
¿ Llevaste la carta al señor Jimmy Scott ?
- MARY Sí, señora... a su oficina, como usted me mandó... pero no estaba allí. Se la entregarán en cuanto llegue.
- KETTY (Nuevos sollozos.) Gracias, Mary.
- MARY ¿ Quiere algo... más... la... señora?...
- KETTY No.
- MARY ¡ Me voy a llorar a la cocina ! (Vase por el foro sollozando.)
- KETTY ¡ Trátarme de embustera ! ¡ A mí !...
- MARY (Entrando por el foro sin cesar de llorar.) Señora, está ahí el señor Jimmy Scott.
- KETTY (Enjugándose los ojos.) Que pase inmediatamente.
- JIMMY (Entrando, emocionado por las lágrimas.) ¿ Qué le pasa a usted ?
- MARY (Transición y con la mayor naturalidad.) A mí, nada, señor Scott, es a la señora. (Indicando a Ketty y haciendo después mutis por el foro.)
- JIMMY (Aproximándose a Ketty.) ¡ Pobre Ketty ! ¿ Qué te ha ocurrido ?
- KETTY Siéntate, Jimmy.
- JIMMY Sólo puedo estar un instante... Tengo que hacer un pago de trescientos dollars en el Banco. (Saca de su bolsillo unos billetes de Banco.)
- KETTY Después lo harás : el Banco no se cierra hasta las cuatro.
- JIMMY (Yendo a dejar su sombrero sobre la mesa.) Bueno. Recibí tu carta en la que me dices : « Ven en seguida ; necesito hablarte. » Y te encuentro ahogada en lágrimas. ¿ Qué te pasa ?
- KETTY ¡ Una cosa horrible !
- JIMMY ¿ Qué (Coge la silla de detrás de la mesa y se sienta.)
- KETTY La cosa más espantosa...
- JIMMY ¿ Una cuestión con tu marido ?
- KETTY ¡ Acaba de irse furioso !



- JIMMY (Encogiéndose de hombros tranquilizado.) ¡Bah, una querella matrimonial!
- KETTY ¡Que dura desde anoche!
- JIMMY ¿Y por qué causa?
- KETTY Ha descubierto que mentí en lo del almuerzo.
- JIMMY ¿Qué almuerzo?
- KETTY (Marcando la palabra.) *Nuestro almuerzo de ayer.*
- JIMMY (Asombrado.) ¿Y por qué le mentiste?
- KETTY ¿Y cómo iba yo a figurarme que sabía la verdad?
- JIMMY (Levantándose.) Te encontré ayer al medio día, frente al Saboya... Me dijiste que tu marido comía con su abogado, nuestro amigo Sparkler, y como ibas sola y yo nunca almuerzo en casa, te invité a que almorzaras conmigo en aquel restaurant. Siendo amigos desde la niñez, y con el cariño que nos une a mi mujer y a mí con vosotros, no pensé que tu marido pudiera llevarlo a mal.
- KETTY ¡No le conoces! ¡Es más desconfiado y más celoso que un tigre! ¡Siempre me está reprendiendo! ¡Nunca está contento!
- JIMMY Si lo sabías, ¿por qué aceptaste mi invitación?
- KETTY Porque me resultaba muy aburrido almorzar sola.
- JIMMY (Algo incomodado.) ¿Luego fué por eso?
- KETTY ¿Creías que era por el placer de almorzar contigo? ¡Qué listo eres!
- JIMMY ¡Gracias! Cuando erais novios, siempre creí que vuestros amores terminarían mal.
- KETTY ¿Cómo mal? ¡Si nos casamos en seguida!
- JIMMY ¡Por eso creí que terminarían mal! En fin, el asunto para mí es muy desagradable y te agradeceré que no me mezcléis en vuestras querellas matrimoniales.
- KETTY ¡Eres como todos los hombres! ¡Sólo piensas en ti!

JIMMY     ¡ No quiero disgustos con tu marido !  
KETTY     Tranquilízate ; no te he nombrado para nada.

JIMMY     ¿ Pero no dices que sabe toda la verdad ?  
KETTY     Sabe que almorcé con otro, pero ignora que ese otro eres tú.

JIMMY     (Asombrado.) No comprendo...

KETTY     (Disgustada.) ¡ Qué difícil eres de comprensión ! A los cinco minutos de salir nosotros del Saboya, entraba en ese restaurant mi marido.

JIMMY     ¿ Para almorzar con Sparkler ?

KETTY     (Encogiéndose de hombros.) ¡ Naturalmente, que no era para comprarse unos tirantes ! Y Enrique, el Maitre d'hotel, que nos conoce hace años, le contó que yo acababa de salir en compañía de un caballero con quien había almorzado.

JIMMY     (Pasando a la izquierda.) ¡ Demonio !

KETTY     Si Guillermo, al volver a casa me hubiera interrogado receloso, yo hubiera desconfiado como es natural. Pero no ; estuvo más dulce que la miel, y por la noche, en el momento en que íbamos a acostarnos, me dijo con indiferencia : « A propósito, Ketty, hoy telefoneé a la una y media y no estabas en casa... ¿ dónde has almorzado ? » Y le repliqué en el mismo tono : « Tenía un sin fin de cosas que hacer, cielo mío, y a la una entré en una pastelería y comí dos *sandwichs* y un *pudding* al Porto... »

JIMMY     (Sentándose en el canapé.) ¡ Atiza !

KETTY     ¡ Si le hubieras visto y oído !... Me eché a llorar asegurándole, en todos los tonos, que el Maitre d'hotel se había engañado y que yo era víctima de un parecido. ¿ Y a que no sabes lo que me ha llamado ?

JIMMY     ¿ Qué ?

KETTY     (Indignada.) ¡ Me ha llamado embustera !

JIMMY     (Friamente.) ¿ No le has mentado ?

KETTY     ¡ Ciertamente que le he mentado ! (Con in-

- dignación cómica.) ¡Pero mira que llamarme embustera!... ¿No lo he hecho por su bien? (En tono burlón.) Y tú, como es natural, ¿le habrás contado a tu mujer que almorzamos juntos?
- JIMMY Cuando volví ayer á casa, Margarita tenía jaqueca y se había acostado. Y esta mañana se me olvidó decírselo.
- KETTY ¡A Dios gracias no sabe nada!
- JIMMY (Inquieto, levantándose.) ¿Qué quieres hacer?
- KETTY No lo sé aún. Pero mejor será que no se lo cuentes a tu mujer.
- JIMMY Te aseguro que se lo digo en cuanto la vea, porque precisamente es la única persona capaz de sacarte del compromiso.
- KETTY ¡Lo que hará es echarlo todo a perder! Margarita es muy buena, pero tiene la monomanía de mezclarse en los asuntos ajenos y ya sabes cómo terminan siempre estas cosas!
- JIMMY Nunca he tenido secretos para ella, y menos en esta ocasión. ¡Moralmente jamás he engañado a mi mujer!
- KETTY ¡No seas hipócrita, y menos hoy que necesito de tu apoyo!
- JIMMY Si mi apoyo consiste en mentir a Margarita, no, no y no. Además, miento muy mal... me turbo en el acto... lo que me causa muchos perjuicios en los negocios.
- KETTY (Con aire de alegría.) Pues dile la verdad.
- JIMMY Así lo haré.
- KETTY (Con decisión.) ¡Y yo te desmiento!
- JIMMY ¿Por qué?
- KETTY Porque habiendo comenzado debo continuar. ¡Eres la crueldad en persona!
- JIMMY ¿Yo? ¡Si en mi vida he podido matar un mosquito sin pensar en el dolor que iba a causar a toda su distinguida y numerosa familia! Pero, mujer, sé razonable. Una cosa tan inocente... cuéntale lo ocurrido a Guillermo, antes de que sea demasiado tarde.

KETTY

¡ Ya lo es ! ¡ Si reconozco hoy que he mentado pensaría que tú y yo le engañamos hace años. ¿ Me comprendes bien, Jimmy ? ¿ Te das cuenta de las consecuencias que esto tendría para ti y para tu mujer ? (Jimmy se deja caer en una silla que está junto a la mesa.) No, amigo mío, es preciso que mantengamos cuanto he dicho. (Pasa a la izquierda y después se dirige hacia Jimmy, viéndole indeciso.) Mira, Jimmy, si dices a Guillermo y a tu mujer que hemos almorzado juntos, les juro, por lo más sagrado, que me hacías la corte desde hace mucho tiempo, y que me trajiste a ese restaurant para tenderme una emboscada.

JIMMY

¿ Te has vuelto loca ?

KETTY

(Con feroz decisión.) ¡ Lo haré, te lo advierto !

JIMMY

¡ Me resisto a creerlo !

KETTY

¡ Lo haré porque soy tan desgraciada !...

(Se deja caer sobre el canapé sollozando.) ¡ Ay, Jimmy ! ¿ Por qué te conocí ? ¿ Por qué te encontré ayer ? Si al menos me interesases, si te amara, no me quejaría... ¡ pero pensar que puedo perder a mi Guillermo... por un tipo como tú !

JIMMY

(Disgustado.) ¡ Gracias !

KETTY

(Llorando.) ¡ Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia ! (Apoyada en el respaldo de la butaca.)

JIMMY

(Que lo ha considerado todo en un principio con viva reprobación acaba por tener piedad de ella ; se acerca a consolarla, pasa detrás de la mesa y coge las manos de Ketty entre las suyas.) ¡ Vamos, Ketty, no te aflijas así, todo se arreglará como en otras ocasiones !

KETTY

(Sollozando y cogiéndose a él.) ¡ Ay, Jimmy, no me abandones ! (Jimmy trata de consolarla.)



### ESCENA III

Dichos y GUILLERMO.

GUILLER. (Entrando por el foro con el sombrero puesto y viendo a Jimmy.) Hola, ¿estás aquí?

JIMMY (No sabiendo qué decir y con una cordialidad exagerada.) Buenos días, mi querido Guillermo.

GUILLER. (Dejando su sombrero sobre la chimenea.) ¿Qué haces aquí tan temprano?

JIMMY (Turbado.) Yo... yo...

KETTY Guillermo... mi querido Guillermo...

GUILLER. (Secamente.) Haz el favor de dejarme a solas con Jimmy.

KETTY (Con aspecto de mosquita muerta.) ¿Por qué estás incomodado?

GUILLER. ¿Quieres dejarnos solos, sí o no?

KETTY Sí, sí, ya os dejo. (Prorrumpiendo a llorar.) ¡Mira, Jimmy, cómo me trata! (Al hacer mutis por la izquierda.) ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy!

### ESCENA IV

JIMMY y GUILLERMO

GUILLER. (Exasperado.) ¡Aún incomodado!

JIMMY (Muy turbado y haciendo un gran esfuerzo para no turbarse.) Como te decía, al pasar por aquí... para ir a hacer un pago en el Banco... he subido a saber noticias.

GUILLER. ¿Y Ketty te ha puesto en autos?

JIMMY Sí; siento sinceramente que hayáis tenido otra diferencia...

GUILLER. ¿Tú llamas a eso una diferencia? (Se sienta a la derecha de la butaca.) Ha tenido la desfachatez de ir al Saboya, donde nos conocen todos los camareros, y almorzar a solas con un imbécil...

JIMMY (Protestando atolondradamente.) ¿Un imbécil?

¿Tú qué sabes?

GUILLER. ¡ Pronto lo sabré !

JIMMY ¡ Si me ha dicho que comió sandwichs !...

GUILLER. (Irónico.) ¡ y un pudding !...

JIMMY En una pastelería.

GUILLER. (Levantándose.) Para que llegue a comprometerse así públicamente en un restaurant es necesario, no solamente que haya perdido todo recato, toda dignidad, sino que esté locamente enamorada de ese animal. ¿ Y llamas a esto una diferencia ?...

JIMMY (No sabiendo qué decir.) ¡ Sí, es algo fuerte !

GUILLER. (Con violencia.) ¿ Algo ?

JIMMY ¡ Vamos, hombre, no te incomodes ! Tengo la seguridad de que es inocente. No creo que pueda estar enamorada de ese animal, como tú le llamas. Háblala con amabilidad, inspírala confianza, y tengo la convicción de que te dirá toda la verdad.

GUILLER. ¡ Toda la verdad ! ¿ Pero Ketty sabe lo que es la verdad ? Si la viese con un microscopio no la reconocería. La mentira es para ella un elemento vital : necesita mentir como todos necesitamos respirar. Ketty es de esas mujeres que mienten sin necesidad, por capricho, por *sport*. (Pasando a la izquierda.)

JIMMY • Vamos, por hacer boca.

GUILLER. Sí. Me convencí de ello antes del mes de casado. Acostumbrada a sentarse por la noche frente al reloj, y yo de espaldas. Si la preguntaba la hora que era, mentía invariablemente diciendo diez o quince minutos más o menos, únicamente por no perder la costumbre. Cuando exclama : « Te voy a decir la verdad. Toda la verdad. » Entonces me pongo frenético, me vuelvo loco... ¡ Ah, es una artista, indiscutiblemente, es una perfecta comedianta !

JIMMY (Filósofo.) ¿ Una mujer que no mintiera, sería una mujer ?



GUILLER. ¡Pero constantemente es insoportable! Ya estoy cansado de trabajar todo el santo día para comprarle trajes, sombreros y joyas, mientras que ella asiste a los restaurants con cualquier zascandil.

JIMMY ¡Zascandil! ¡Qué expresiones usas!

GUILLER. (Suspirando.) Un hijo quizás me indemnizara de tantos sinsabores... Siempre he anhelado tener hijos, pero...

JIMMY ¿Pero?...

GUILLER. (Pasándose a la derecha.) ¡Ketty les tiene horror! ¡Le gusta demasiado brillar, ir al teatro, bailar el tango! Comer con... Dios sabe con quien...

JIMMY (Enfadado.) Francamente, te confieso que tampoco soy partidario de esos... cachorritos gordos y colorados...

GUILLER. ¡Pero yo le pescaré! ¡Antes de una hora caerá en mis manos! (Cogiéndole por el hombro.)

JIMMY (Asustado.) ¿Cómo?

GUILLER. Gracias a Enrique, el Maitre d'hotel del Saboya. Es un hombre serio.

JIMMY ¿No se ríe nunca?

GUILLER. ¡Nunca!... Excepto cuando ve que alguien se cae.

JIMMY ¿Y le vas a contar al camarero?

GUILLER. ¡Tranquilízate!... Me valdré de medios hábiles...

JIMMY (En tono que trata de parecer indiferente.) ¿Y si al fin sabes... quién es... el imbécil?

GUILLER. (Enérgico.) ¡Le mataré como a un perro! ¡Es el principio del fin!

JIMMY (Aterrado.) ¡Sí, del fin de un desgraciado!... ¿Y los tribunales?

GUILLER. ¡No te inquietes; contaré mis desdichas a los Jurados y me absolverán!

JIMMY ¿Para qué matar a ese pobre hombre cuando hay tantos otros?...

GUILLER. ¿Que hacen la corte a mi mujer?

JIMMY (Vivamente.) ¡No he dicho eso!

GUILLER. Porque es el único que ha almorzado a solas con ella.

JIMMY No comiences por matar a ese individuo, porque los muertos no hablan. Déjale antes justificarse.

GUILLER. ¿Justificarse? ¡No le creería una palabra ni aunque fuera uno de los doce apóstoles!

JIMMY (Siguiendo su propio pensamiento.) ¡Es espantoso!

GUILLER. ¿Qué?

JIMMY ¡Que no tengas confianza siquiera en los apóstoles!

GUILLER. ¡Prefiero ser incrédulo! (Cogiendo el album del velador.) Mira este album... Contiene los retratos de todos mis amigos...

JIMMY (Inquieto.) ¡Oh!

GUILLER. Y como es probable que con uno de ellos haya almorzado ayer...

JIMMY (Tratando de tener valor.) ¡Sí, es muy bonito el album!

GUILLER. Regalo de mi suegra.

JIMMY (A media voz.) ¡De su suegra tenía que ser!

GUILLER. ¿Qué?

JIMMY (Vivamente.) Digo que fué bonita la idea de tu suegra. ¿Y mi retrato está aquí?

GUILLER. (Afectuoso.) Naturalmente. ¡Y en el sitio más visible! (Abre el album.) Mira. ¡El parecido es maravilloso!

JIMMY (Aparte, mientras Guillermo deja el album en el velador.) No vuelvo en mi vida a retratarme. (A Guillermo.) Con tu permiso, chico, tengo un asunto urgente que despachar... (Coge el sombrero de la mesa.)

GUILLER. ¿Te vas?

JIMMY Sí... tengo que hacer un pago en el Banco...

ESCENA V

Dichos, JUAN, después ENRIQUE.

JUAN (Por el foro.) Ahí está el individuo a quien espera el señor...

GUILLER. (Vivamente.) Que pase. (Vase Juan. A Jimmy.) ¡Es él!

JIMMY (Inquieto.) ¿Quién?

GUILLER. El Maitre d'hotel.

JIMMY (Aparte a punto de desmayarse.) ¡El Maitre d'hotel!

GUILLER. ¡Quédate, luego te irás!

JIMMY (Aparte sosteniéndose difícilmente.) ¡Estoy perdido!

GUILLER. (A Enrique, que aparece en el foro.) Pase, Enrique, pase usted.

ENRIQUE (Saludando a Guillermo.) ¡Señor Hárison! (Saludando a Jimmy como a persona que se reconoce.) Caballero...

JIMMY (Que le devuelve el saludo, aparte.) ¡Me ha reconocido!

GUILLER. Le agradezco mucho que haya venido en seguida.

ENRIQUE Siempre a sus órdenes, señor Hárison.

GUILLER. Verá usted de lo que se trata... (Señalando a Jimmy.) Mi excelente amigo el señor Jimmy Scott ha apostado conmigo cien dólares a que no reconoce usted a la persona que almorzó ayer con mi mujer... (Aproximándose al velador para coger el album.)

ENRIQUE (Mirando a Jimmy, que le hace señas con la mano sin ser visto de Guillermo.) Pero... (Jimmy, con el dedo en los labios, le hace señas vivamente de que se calle. Enrique comprende la seña y dice.) Ayer cayó un primo.

GUILLER. (Volviendo con el album, a Enrique, indicándole la mesa.) Siéntese. Enrique deja su sombrero en la esquina de la izquierda de la mesa.) Aquí tiene usted un album con los retratos de todos mis amigos... Si reconoce usted a la per-

sona. en cuestión cobrará usted la mitad de la apuesta. (Deja el album sobre la mesa.)

ENRIQUE ¡Cincuenta dollars si le reconozco!

GUILLER. ¡Sí!

ENRIQUE (Sin dejar de mirar a Jimmy.) ¡Cincuenta dollars!

GUILLER. ¡Siéntese usted! (Enrique se sienta detrás de la mesa, frente al público. Guillermo coge un pitillo de la caja que había encima de la chimenea, después, un encendedor que hay en la repisa y enciende, vuelto de espaldas a Enrique y a Jimmy. Este tose por llamar la atención de Enrique; saca de su bolsillo un billete de Banco y lo mete en el sombrero de Enrique, que está sobre la mesa. Enrique no pierde de vista a Jimmy, sin dejar de aparentar que mira las fotografías.)

JIMMY (Aparte.) ¡Cien dollars: creo que es bastante!

ENRIQUE (Aparte, cantando a media voz con música de «La Viuda Alegre».)

...pero añadiéndoles dinero  
aun inspiran más pasión!

JIMMY (Aparte.) ¡Pues no es bastante! (Saca de su bolsillo un segundo billete de Banco y lo deja caer en el sombrero.)

GUILLER. (A Enrique, mientras enciende el cigarro.) ¿Qué dice usted?

ENRIQUE Nada. Un estribillo que ha venido a mi memoria. Antes de ser Maitre d'hotel fui cantante... (Reanudando el canto y mirando a Jimmy.)

...pero añadiéndoles dinero  
aun inspiran más pasión!

JIMMY (Aparte, sacando otro billete del bolsillo.) Maitre d'hotel. ¡Y aún se hace pagar más caro que Titta Ruffo!

GUILLER. (Algo nervioso, señalando al album.) ¡Fíjese usted bien!

ENRIQUE Ya me fijo, señor Hárrison, ya me fijo...



- JIMMY (Suspirando pone en el sombrero un tercer billete de Banco; después, por un gesto, hace comprender a Enrique que no tiene más.) ¡Trescientos dollars, valiente pillo !)
- GUILLER. (A Enrique.) ¿Dió usted con él?
- ENRIQUE (Volviendo las hojas.) Estoy mirando... (Llega al fin del album. A Guillermo.) y francamente, el retrato del señor que almorzó ayer con su esposa no está aquí. (Se levanta y va a dar el album, mientras que Jimmy da un suspiro de satisfacción.)
- GUILLER. (Contrariado.) ¡ Ah !
- JIMMY ¿Está usted seguro? ¿Está usted ya completamente seguro?
- ENRIQUE Como si lo estuviera viendo.
- JIMMY (A Guillermo.) ¡ Ya lo oyes, he ganado !
- GUILLER. (Que ha dejado el album en su sitio.) ¡ Sí ! (A Enrique.) ¿ Y qué señas tiene ese individuo?
- ENRIQUE (Sin dejar de mirar atentamente a Jimmy, que es bajo y delgado, y lleva el pelo largo.) Muy alto... grueso... calvo.
- JIMMY (En el foro, con satisfacción.) ¡ Lo contrario que yo ! ¡ Mi antípoda !
- ENRIQUE ¡ Y de aspecto inteligentísimo !
- JIMMY (Aparte.) Lo contr... (Rectificándose.) ¡ No, ese no es mi antípoda !
- GUILLER. ¿ Y no puede usted suministrarme más datos? (Pasando al centro.)
- ENRIQUE Lo siento, señor Hárison, pero no sé más.
- GUILLER. Mil gracias, Enrique. Tome usted su sombrero. (Coge el sombrero de Enrique y se lo va a entregar cuando ve los billetes de Banco y mira con estupefacción.)
- JIMMY (Aparte.) ¡ Diablo !
- GUILLER. (Asombrado.) ¿ Qué es esto? ¡ Billetes de Banco !
- ENRIQUE (Que ha recobrado su sangre fría.) Sí... meto siempre los billetes bajo el forro de mi sombrero, por los rateros únicamente, y como el forro está descosido... (Se guarda los billetes en el bolsillo.)

GUILLER. (Admirado.) ¡Qué procedimiento tan raro!

JIMMY (Respirando tranquilamente.) ¡Verdaderamente!

GUILLER. (Sacando dinero de su cartera.) En fin, como no quiero molestarle a usted más...

ENRIQUE (Sin dejar de mirar a Jimmy, sonriente.) ¡Oh; yo no me molesto por nada!...

JIMMY (Aparte.) Bien lo puede decir.

ENRIQUE (Continuando.) ...Puesto que he tenido el honor de saludar a usted...

GUILLER. ¡Muy amable! ¡Tome usted diez dólares!

ENRIQUE Gracias, señor Hárrison. (Saludando.) Caballero... (Se dirige hacia la puerta de la izquierda.)

GUILLER. (Viendo que se equivoca de puerta.) ¡Por aquí! (Indicándole el foro.) ¡Por aquí!

ENRIQUE (Excusándose.) ¡Usted dispense, adiós. (Vase foro.)

JIMMY (Aparte.) ¡Y pensar que si en el mundo no hubiera más que personas decentes, yo estaría perdido!

## ESCENA VI

JIMMY y GUILLERMO.

GUILLER. (A Jimmy.) ¿Qué te parece?

JIMMY (Tratando de disimular su emoción.) ¡Que no está en el album de tu suegra!

GUILLER. ¿Quieres que te diga mi opinión? ¡Lo han comprado!

JIMMY (Con aspecto inocente.) ¿Han comprado a tu suegra?

GUILLER. ¡No, a Enrique! Me miraba de un modo tan sonriente...

JIMMY No me he fijado...

GUILLER. ¡Claro! ¡El miserable le ha dado dinero para que se calle!

JIMMY (Moviendo negativamente la cabeza.) ¡No lo puedo creer!

GUILLER. ¿Por qué?



JIMMY (Vivamente.) Por nada.  
GUILLER. Esos billetes que llevaba en el sombrero, quién sabe si serán el precio de su silencio.

JIMMY (Con risa forzada.) ¡Qué imaginación tienes!  
GUILLER. (Cogiéndole la mano derecha y apretándosela con energía.) Y lo que más me irrita es la idea de irme sin haberle roto la cabeza.

JIMMY (Llevándose maquinalmente la mano a la cabeza.) Sí... ¿pero te vas a ir?

GUILLER. ¿Crees que voy a permanecer una hora más aquí? ¡Tanto como antes adoraba a Ketty, ahora la detesto! He logrado esta vez cogerla en un renuncio, y me voy. Que haga lo que quiera, incluso pedir el divorcio, me tiene sin cuidado.

JIMMY ¡Guillermo!

GUILLER. Si permaneciera en Nueva York después de esta aventura, no podría encontrar a un amigo, estrecharle la mano. (Estrechando la mano a Jimmy.) sin decirme en seguida: «¿será quizás él...» ¡Y sin sentir el deseo loco de estrangularle!... (En su furor echa las manos al cuello de Jimmy.) ¡Sería un suplicio superior a mis fuerzas!

JIMMY (Más muerto que vivo.) ¿Y a dónde vas?

GUILLER. Dentro de una hora saldré para San Francisco, donde me embarcaré para Chile; de allí a Buenos Aires, a Río Janeiro; en fin, a todas las poblaciones a donde tenemos sucursales. Mi socio quedará aquí.

JIMMY ¿Y cuándo volverás?

GUILLER. Cuando sepa quién es.

JIMMY (Inquieto.) ¿Quién?

GUILLER. El que almorzó con Ketty.

JIMMY Pero si el Maitre d'hotel no lo ha reconocido...

GUILLER. ¡Es que aún no te he dicho todo! Me he dirigido a un detective particular y le he mandado que no economice ni trabajo ni dinero hasta dar con él.

- JIMMY. (Despavorido.) ¿Luego el asunto no ha terminado?
- GUILLER. ¡Ni terminará hasta que yo le arranque la piel!
- JIMMY. (Con fingida preocupación.) ¿Y a qué detective te has dirigido?
- GUILLER. A... (Parándose.) ¿Pero me guardarás el secreto?
- JIMMY. (Con fingida indignación.) ¡Por Dios, Guillermo!
- GUILLER. No me faltaba más sino que le compraran también. (Bajo al oído.) ¡A Tomás Merry!
- JIMMY. (Con una exclamación.) ¡El más caro de los Estados Unidos!
- GUILLER. ¡Y el más hábil!
- JIMMY. Un policía que comprueba el adulterio en las pulgas. (¡Me va a arruinar!)

## ESCENA VII

Dichos y MARGARITA.

- MARGARI. (Por el foro, alegremente, sin ver a Jimmy.) ¡Buenos días, Guillermo!
- GUILLER. ¡Hola, Margarita!
- MARGARI. ¿Está Ketty?
- GUILLER. Sí, en su cuarto.
- MARGARI. ¡Estoy muy disgustada con ella! (Viendo a Jimmy.) ¿Tú aquí, Jimmy?
- JIMMY. (Muy disgustado por la llegada de Margarita.) ¡Sí, creo que soy yo!
- MARGARI. ¿Cómo no estás en la oficina?
- JIMMY. (Turbado.) Porque al ir al Banco... he subido a saber noticias de nuestros amigos...
- MARGARI. Has hecho bien.
- GUILLER. (A Margarita.) Decía usted que estaba muy disgustado con Ketty...
- MARGARI. Sí; hace un instante, al salir de casa, encontré al abogado mister Sparkler, y me dijo que almorzó ayer con usted en el

Saboya. ¿Por qué Ketty no aprovechó la ocasión para almorzar conmigo? Ya sabe que yo almuerzo siempre sola.

GUILLER. (Conteniéndose difícilmente.) ¿Por...?

MARGARI. Sí, ¿por qué?...

GUILLER. Porque, a su vez, también almorzó en dicho restaurant.

MARGARI. ¿Con quién?

GUILLER. Pregúnteselo usted a su marido. El la informará. Con su permiso, tengo que guardar algunos papeles en la maleta... (Vase derecha.)

## ESCENA VIII

JIMMY y MARGARITA.

MARGARI. (Asombrada.) ¿Qué le pasa?

JIMMY (Que se ha sentado en la silla junto a la mesa con afectado desdén.) La eterna cuestión con su mujer.

MARGARI. ¿Por culpa tuya?

JIMMY (Levantándose nuevamente.) ¿Por culpa mía? ¿Tengo yo aspecto de reñir con nadie?

MARGARI. (Tranquilizada.) Lo celebro. ¡Qué tonta soy! ¿No había supuesto que Ketty había almorzado contigo?

JIMMY ¿Conmigo?... (Esforzándose por reir.) ¡Tiene gracia! (Cesando de reir repentinamente.) Y ya que hablamos de almorzar: he tomado la resolución, a partir de hoy, de almorzar siempre en casa.

MARGARI. (Alegre.) ¿De veras?

JIMMY La cocina del restaurant me echa a perder el estómago... y, además, me resulta muy cara.

MARGARI. ¿A qué obedece esa resolución... tan repentina?

JIMMY (Adoptando aspecto de ofendido.) ¡Ah! ¿Te empeñas en que almuerce fuera? ¡Bueno! No hablemos más... Yo creí darte con eso

una prueba de cariño. Y de una vez para siempre. Cuando tengas que hacerme una observación, hazla cuando no haya nadie.

MARGARI. ¡Pero, Jimmy, si no hay nadie!

JIMMY (Con indignación cómica.) ¿Y yo... es que yo no soy nadie?

MARGARI. (Sorprendida.) ¿Qué te pasa? ¡Nunca me has hablado en ese tono! ¿Estás malo?

JIMMY Acabo de decirte que no me sentía bien. Que me falta estómago... y creo tener derecho, puesto que mis medios me lo permiten.

MARGARI. ¡Pobrecito! Sí, tienes muy mala cara... (Tiernamente.) Bien sabes que tendré un placer inmenso en almorzar todos los días contigo. Voy un instante a casa a decir a la cocinera que prepare varios platos de los que te gustan... Después veré a Ketty.

JIMMY ¡Muy bien!

MARGARI. ¿Deseas algún plato especial?

JIMMY ¡No, un almuerzo ligero!

MARGARI. Bueno.

JIMMY (Pasándose la mano por el bolsillo.) Siento aquí un vacío...

MARGARI. (Haciendo mutis por el foro, enternecida.) Sí, hijito, tienes mala cara.

## ESCENA IX

JIMMY y GUILLERMO.

JIMMY (Solo tristemente, sentándose en la butaca.) ¡En mucho tiempo creo que no me sentará bien ninguna comida!... ¡Ahora tendré necesidad de comprar al detective!

GUILLER. (Saliendo por la derecha.) ¿No decías que tenías que hacer un pago en el Banco?

JIMMY (Levantándose vivamente.) ¡Mecachis! Has hecho bien en recordármelo!... Necesito ir a la oficina a buscar el dinero. Se me ha olvidado cogerlo.



GUILLER. (Asombrado.) ¿De veras?  
JIMMY Me voy corriendo... Nos veremos en la estación. ¿A qué hora sale el tren?  
GUILLER. (Acercándose a la mesita de escribir que está en la primera izquierda y abriendo un cajón.) A las once y media.  
JIMMY Buenos días. (Al salir, aparte.) ¡Ay, este almuerzo me va a costar un ojo de la cara!

## ESCENA X

GUILLERMO, luego KETTY, después JUAN y MARY.

GUILLER. (Mientras coge papeles del cajón y los guarda en el bolsillo.) Tiene que hacer un pago y se le olvida el dinero... (En este momento abre la puerta del primer término izquierda y Ketty saca la cabeza sin atreverse a entrar y sin ser vista por Guillermo. Este mira la manga de su americana y pasa al centro de la escena.) Sin duda la maleta me ha manchado de polvo. (Saca un pañuelo del bolsillo y se da unos golpecitos en la manga para quitarse el polvo. Ketty desaparece un instante y luego vuelve a entrar con un cepillo de ropa. Se acerca cautelosamente y le cepilla el cuello de la americana. Guillermo se vuelve con rabia y lanza un grito.) ¡Qué!

KETTY (Con un gesto encantador y suplicante.) ¡Guillermo! (Guillermo la mira furioso, le quita el cepillo de las manos, va y abre la puerta de la izquierda, desaparece un instante para dejar el cepillo entre bastidores. Durante este juego escénico Ketty ve el sombrero de Guillermo, que se halla sobre la chimenea, lo coge vivamente y lo oculta detrás de la espalda, subiéndolo luego al foro. Guillermo sale de nuevo, va al sitio en que había dejado su sombrero en la escena tercera, y no hallándole allí, busca en diferentes sitios.) ¿Buscabas algo, cielo mío?  
GUILLER. ¡Ya no soy tu cielo! ¿Dónde está mi sombrero?

KETTY (Con inocencia.) No sé. ¿Quieres que vaya a ver?...

GUILLER. ¡Déjame en paz!

KETTY (Con semblante de sufrir con resignación injustos agravios.) Pero mi Guillermito...

GUILLER. ¡Ya no soy tu Guillermito, y te repito que me dejes en paz! (Llama varias veces rabiosamente.)

KETTY Pero, Guillermo...

GUILLER. ¡Todas tus hipocresías son inútiles, lo único que pido al cielo es mi sombrero!...

(Juan en el foro y Mary por la izquierda. A. Juan.)

¡Mi sombrero! ¿Dónde está mi sombrero?

JUAN (Turbado.) No sé... señor.

GUILLER. (A Mary.) ¿Y usted, Mary?

MARY ¿Yo?... ¡Tampoco!

GUILLER. (Exasperado.) ¡Búsquenlo! (Juan y Mary desaparecen. Mientras estas réplicas, Ketty ha puesto el sombrero en la butaca y luego saca un cepillito de la cintura o de un bolsillito y se aproxima a Guillermo.) ¡Es inaudito! ¡No puedo irme sin sombrero! (Ketty se ha puesto de rodillas y cepilla suavemente el pantalón de Guillermo. Este se vuelve furioso.) ¡Otra vez!

KETTY (Con la más seductora de las sonrisas mostrando el cepillo.) Te había traído dos... (Guillermo cierra las manos con rabia.) ¡Algunas veces te pones tan nervioso!

GUILLER. (Exasperado.) ¡¡Tán nervioso!! (Quiere coger el cepillo, para hacerle seguir el mismo camino que el anterior, pero Ketty no le deja tiempo.)

KETTY (Acercándose graciosamente.) Yo te ruego, déjame que te cepille... Quiero que vayas irreprochable. (Guillermo se muerde los labios furiosamente. Ella se levanta.) ¿Te acuerdas de aquella levita que tenías cuando nos casamos? No éramos ricos entonces, y tu pobre levita estaba tan estropeada que la tenía que teñir con tinta todas las mañanas. ¡Lo que nos reíamos!...

GUILLER. ¡Sí, pero ya hemos terminado de reir! Hasta ahora siempre has sabido halagar-



me con lo de la levita ; pero te prevengo que ya está fuera de uso.

KETTY. (Sin prestar atención a lo que dice Guillermo y lanzando un grito al ver sus botas.) ¡Guillermo!

GUILLER. Qué.

KETTY. Se te han olvidado los chanclos y va a llover.

GUILLER. (Conteniéndose difícilmente.) Te ruego de una vez para siempre que no te ocupes de mí.

KETTY. El deber de toda buena esposa... (Disponiéndose a llamar.)

GUILLER. (Exaltado.) ¡Yo te aconsejo que no me hables de deberes!

KETTY. (Atemorizada.) ¡Me das miedo! ¡No grites de ese modo que vas a alborotar toda la casa.

GUILLER. ¡Me tiene sin cuidado!

KETTY. (Con gran acento de sinceridad.) ¿Qué te he hecho yo?

GUILLER. ¿Qué? (Dominándose.) ¡Bah, es preferible que me vaya!

KETTY. Al menos es más cómodo que formular una queja.

GUILLER. (Sube, va a irse bruscamente, después, y de pronto, se aproxima a Ketty mirándose fijamente ambos.) ¿Con quién has almorzado ayer?

KETTY. (Como si estuviera atónita.) ¿Aun sigues con la misma cantinela?

GUILLER. ¿Con quién almorzaste?...

KETTY. Si te lo he dicho mil veces... Con nadie; entré en una pastelería...

GUILLER. ¿Con quién?

JUAN. (Por el foro.) Dispense usted, señor.

GUILLER. (Nervioso porque le interrumpen y no acordándose ya del sombrero.) ¿Qué quiere usted?

JUAN. No lo he encontrado.

GUILLER. ¿Qué no ha encontrado usted?

JUAN. El sombrero.

GUILLER. ¿Qué sombrero?

JUAN. El del señor.

GUILLER. (Furioso.) ¿Y por eso viene usted a molestarte?

- JUAN Pero señor...
- GUILLER. ¡Váyase usted al diablo! (Juan vase vivamente. A Ketty.) ¿Luego te empeñas en sostener esa mentira?
- KETTY (Con aire de mártir.) Guillermo...
- GUILLER. ¡Sea, pero no te asombre que después de esta aventura haya resuelto marcharme de Nueva York.
- KETTY ¿Irte de aquí? (Alegremente.) ¿Dónde vamos?
- GUILLER. Nosotros no; ¡quien se va soy yo!
- KETTY (Vivamente.) ¡No te irás solo!
- GUILLER. ¡Ya lo verás!
- KETTY (Desesperada, asiéndose a él.) Ríñeme cuanto quieras. ¡Pégame si quieres; pero no tienes derecho para abandonarme!
- GUILLER. ¿Que no tengo derecho?
- MARY (Por la izquierda.) No sé dónde está, señor.
- GUILLER. (No sabiendo ya de qué se trata.) ¿Qué?
- MARY El sombrero.
- GUILLER. ¿Qué sombrero?
- MARY El del señor.
- GUILLER. (Furioso por haber sido interrumpido.) ¿Otra vez? ¿Es que se han puesto ustedes todos de acuerdo para fastidiarme con lo del sombrero?
- KETTY ¡Si le preguntaste por él hace un instante, lo mismo que a Juan!
- GUILLER. ¡Es cierto! (A Mary.) Bueno; retírese usted. (Mary vase.) ¿Luego no tengo derecho para abandonarte y tú sí para ir a almorzar con el primer cretino que quieras?
- KETTY (Desesperada.) ¡Siempre tus eternos celos! Bien sabes que yo no quiero en el mundo a nadie más que a ti.
- GUILLER. En otro tiempo, quizás; pero hoy...
- KETTY ¡Hoy también; hoy más que nunca!
- GUILLER. (Furioso.) ¡Falso! ¡Falso!
- KETTY Además, supongamos que yo hubiera almorzado en el Saboya...
- GUILLER. ¿Luego lo confiesas?
- KETTY (Vivamente.) He dicho supongamos... ¿Tú

nunca has almorzado con otra mujer desde que nos casamos?

GUILLER. ¡Jamás!

KETTY (Con un gesto de orgullo y de alegría.) ¿De veras? (Después en tono de sincero arrepentimiento.) Pues, lamento sinceramente lo que he hecho y te prometo no volverlo a hacer.

GUILLER. (Triunfalmente.) ¿Lo confiesas?

KETTY Sólo por complacerte.

GUILLER. (Furioso.) ¿Por complacerme?... ¿Luego te imaginas que es agradable para mí saber que me pones en ridículo? ¿Su nombre?... ¿Su nombre?...

KETTY (Encogiéndose de hombros.) ¿Para ir a buscarle y dar a esta historia una importancia de que carece? ¿Para qué?

GUILLER. ¡Tienes razón! Que le conozca o no, poco importa; después de todo nuestra felicidad está completamente destruída. (A un gesto de Ketty.) ¡Sí, destruída para siempre; ni siquiera hay entre nosotros, para reunir los pedazos dispersos, las manitas inocentes y amorosas de un hijo.

KETTY (Enternecida.) ¡Guillermo!

GUILLER. ¿Me hubieras mentido como lo has hecho constantemente? ¿Cuántas veces, antes de nuestro matrimonio, me dijiste que te gustaban los niños, porque sabías que yo los adoraba?... En aquel tiempo besabas en las calles a los golfillos más desarraigados, a los más andrajosos, creyendo complacerme, pero una vez casados...

KETTY ¡Guillermo!

GUILLER. (Prosiguiendo.) Me declaraste fríamente que te causaban «horror».

KETTY (Absorta y abriendo desmesuradamente los ojos.) ¿Que yo he dicho semejante cosa?

GUILLER. (Sin escucharla, siguiendo su pensamiento.) ¡Afortunadamente, es mejor! Si tuviéramos un hijo, me creería quizás obligado a continuar esta vida de querellas y mentiras, y

puesto que no lo tenemos, ambos somos libres.

KETTY (Mostrándose agresiva.) ¡No digas más! ¡Tu libertad es lo que deseas! ¿Por qué no empezaste por ahí? ¡Tú amas a otra mujer!

GUILLER. (Dirigiéndose a ella y con rabia.) ¡No! ¡Bien sabes que no es verdad!

KETTY (Con alegría.) ¿Luego no quieres a nadie más que a mí?

GUILLER. ¡No he dicho semejante cosa!

KETTY (Arrojándose al cuello.) ¡Amor mío! (Se agarra a él y hace esfuerzos para lograr alcanzarle.) ¡Si todavía me quieres un poquitín no te vayas!...

GUILLER. Desde que nos casamos no ha habido un día sin que mi alma haya sufrido una cruel desilusión.

KETTY Nunca te mentiré en lo porvenir... Yo te juró que me enmendaré.

GUILLER. (Encogiéndose de hombros.) ¿Tú? ¡Ja, ja, ja!... (Se deja caer riendo burlonamente en la butaca sobre la cual está el sombrero.)

KETTY ¡¡Te lo juro!!

GUILLER. (Levantándose de un salto y mirando sobre lo que se ha sentado.) ¿Qué es esto? (Cogiendo el sombrero.) ¿Mi sombrero? ¿Y eres tú quién lo había ocultado?

KETTY (Protestando.) ¿Yo? ¡Si ni siquiera lo he visto! ¡Guillermo, no mentiré jamás, y prueba de ello es que te voy a decir toda la verdad!...

GUILLER. (Levantando los brazos al cielo en una explosión de rabia.) ¡Toda la verdad! ¡¡Toda la verdad!! ¡Ya esperaba yo esas malditas palabras! (Se encasqueta violentamente el sombrero hasta las orejas y vase precipitadamente por el fondo, dando un portazo.)



## ESCENA XI

KETTY, luego MARY, después MARGARITA.

KETTY (Con un grito desesperado.) ¡Guillermo! (Pero su llamada no tiene respuesta.) ¡Guillermo! ¡Se ha ido!... ¡Se ha ido! (Hace ademán de irse, pero indicando la bata que lleva.) ¡No, no puedo salir así! (Ve el teléfono a la derecha, se acerca a la chimenea y se dirige al aparato. Llama nerviosamente, suena el timbre.) ¡Oiga... oiga... con el 53-86; es muy urgente!... (Pausa.) ¡Dios mío, cuánto tardan!... (Timbre. Hablando en el receptor.) ¿Es Hárrison y Compañía?... Aquí la señora de Hárrison... Haga usted el favor de telefonarme en cuanto llegue ahí mi marido... (Escuchando con gran ansiedad.) ¿Qué?... ¿Que sale a las once y media para San Francisco donde embarcará?... (Pausa. Solloza silenciosamente.) ¡Adiós! (Cuelga el receptor y se echa a llorar.)

MARY (Por el foro.) Señora, es... (Pero al ver llorar a Ketty comienza a llorar ruidosamente sacando el pañuelo.)

KETTY (Volviéndose al ruido que hace Mary.) ¿Qué pasa, Mary?

MARY (A quien las lágrimas le impiden hablar.) Es... es... es...

MARGARI. (Por el foro.) ¡Soy yo!

KETTY (Arrojándose en los brazos de Margarita.) ¡Margarita!... ¡¡Margarita!!

MARY (Haciendo mutis llorando.) ¡Así lloraré todo el santo día!

KETTY ¡Si supieras!

MARGARI. ¡Lo sé!... ¡Jimmy me lo ha contado todo!

KETTY (Vivamente inquieta.) ¿Todo?

MARGARI. Sí, que has tenido una cuestión con tu marido. ¿Qué le has hecho?

KETTY ¡Absolutamente nada! ¡Y se va y me abandona!

MARGARI. ¿Por qué?

KETTY ¡Porque dice que su alma ha sufrido una cruel desilusión! (Sentándose en la butaca, rabiosa.) ¡Pretextos y nada más para abandonar a su mujer!

MARGARI. ¿Y esa cruel desilusión a qué obedece?

KETTY ¡A nada! A que almorcé ayer en el Saboya con un caballero.

MARGARI. (Escandalizada.) ¿Y a eso le llamas nada?

KETTY (Encogiéndose de hombros.) ¡Si yo te dijera con quién! (Con desdén.) ¡Pero ese me tiene completamente sin cuidado!

MARGARI. Es igual, querida; has cometido una ligereza... En cuanto al caballero que te invitó...

KETTY (Levantándose vivamente.) Es el verdadero culpable, estoy conforme contigo... ¡Mi acción es excusable, porque no pensé en las consecuencias! Me he arrojado a los pies de Guillermo jurándole que no lo volveré a hacer más. ¿Y sabes por qué se niega a perdonarme? ¡Porque no hemos tenido hijos!

MARGARI. Sí... es una queja que tu marido tiene de ti...

KETTY (Suspirando.) ¡Ay, cuánto lo deploro! ¡Yo no pensaba más que en salir, en ir al teatro!... ¡Si las cosas se pudieran hacer dos veces, todos los años le hubiera dado dos!

MARGARI. ¿Dos hijos anualmente?

KETTY ¡Dos gemelos!

MARGARI. ¡Ah, vamos!

KETTY ¡Ahora es demasiado tarde!

MARGARI. ¡Nunca es demasiado tarde!

KETTY Habiéndose ido...

MARGARI. Verdad...

KETTY (Sentándose en el canapé.) No se pueden tener hijos así, a distancia...

MARGARI. En resumen, el problema es hallar el medio de obligar a tu marido a que regrese...

KETTY Sí, pero sería necesario que tuviese un



hijo, y como no es posible, el problema es insoluble. (Sollozando.) ¡No volverá jamás!

MARGARI. ¿Y si adoptases uno... para obligarle a regresar?

KETTY (Moviendo la cabeza negativamente.) ¿Adoptar un hijo? ¡Bah, yo conozco a Guillermo, le gustan los propios, no los ajenos.

MARGARI. Oyeme; hace tres años, en los baños de mar, tuve de vecina en el hotel a una joven cuyo marido, oficial de marina, estaba ansioso de tener un hijo... Era en él una idea fija. Hasta el punto que se volvió neurasténico y temían por su salud, ¿y sabes lo que ella hizo? Aprovechando un largo viaje de su marido se dirigió a una casa-cuna, adoptó un recién nacido y cuando su marido volvió...

KETTY (Interrumpiéndola con alegría.) ¡Comprendo! ¿Y no dudó nunca?...

MARGARI. No le dijo la verdad hasta tres meses después de ser padre verdadero de otro niño.

KETTY (Entusiasmada.) ¡Margarita, tu recurso es admirable! ¡Me salvas la vida! ¡Voy a adoptarle hoy mismo! (Se levanta y va al foro centro.)

MARGARI. (Asoinbrada.) ¿Estás loca? (Levantándose.)

KETTY (Ingenua.) ¿Por qué?

MARGARI. Reflexiona que tu marido te ha abandonado hace diez minutos.

KETTY Es cierto.

MARGARI. Necesitas esperar algunos meses.

KETTY (Suspirando.) ¡Algunos meses!

MARGARI. Pasado ese tiempo, su cólera le habrá aplacado; entonces le envías un telegrama...

KETTY (Tristemente.) Una ausencia tan larga.

MARGARI. El tiempo pasa pronto... Nos ocuparemos de la cuna.

KETTY (Entusiasmada nuevamente.) ¡Sí! ¡Y de la canastilla!... ¡Lo que nos vamos a divertir!

MARGARI. Escribes de vez en cuando a Guillermo,

teniendo buen cuidado de deslizar en tus cartas ciertas alusiones para prepararle gradualmente a que trague la píldora.

KETTY (Con admiración.) ¡Empiezo a creer que mientes mejor que yo!

MARGARI. (Con sincera indignación.) ¡Esto no es una mentira, sino un subterfugio!

KETTY (Vivamente.) ¡Tienes razón! ¡Además, he jurado que no volveré a mentir en la vida!

MARGARI. ¡Yo nunca le he mentado a Jimmy desde que nos casamos, como debo reconocer que él siempre me ha dicho la verdad!

KETTY (Turbada.) ¡Sois muy buenos los dos!

MARGARI. (Mirando la hora en la pulsera-reloj.) ¡Las doce menos diez!... ¡Me voy!... Jimmy almuerza en casa... dice que le sienta muy mal almorzar en el restaurant...

KETTY (Con fingido asombro.) ¡Cree siempre a tu marido!

MARGARI. Pero lo que me parece es que se vale de este pretexto para estar más tiempo junto a mí.

KETTY (Sonriendo.) ¡Eso es evidente!

MARGARI. ¡Hasta luego, Ketty, hasta luego! ¡Anda, anda, sonríe, que ya es hora! (Ketty sonríe, se abrazan y besan.) Enhorabuena y adiós. (Vase foro.)

KETTY (Sola.) ¡Adiós! (Suspirando.) ¡Algunos meses!... ¡Me van a parecer una eternidad!

(Dirige una mirada indecisa por la habitación sin saber qué hacer y sintiéndose cada vez más sola.) Voy a escribirle... con su retrato ante mis ojos...

(Coge el retrato de Guillermo, que se encuentra en un marco sobre la chimenea y lo coloca sobre la mesa.)

¡Así!... (Se sienta ante él; después empieza a hacer pucheros; luego saca fuerzas de flaqueza, coge una hoja de papel secante, papel de cartas y sobre, y mientras moja la pluma en el tintero, exclama como si hablase con el retrato.) ¡Yo te juro, Guillermo mío, que no te mentaré nunca en la vida! (Escribiendo emocionadísima y con voz llo-

rosa.) «Mi adorado Guillermo : Desde que te fuiste me encuentro muy mal. Te escribo desde la cama...» (Continúa escribiendo mientras el telón cae lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO

---

La alcoba de Ketty. Una noche de invierno, seis meses después. Habitación muy bonita en la que predomina el color rosa. Paredes tapizadas, en tono rosa pálido, con flores blancas. Primera derecha, una cama de matrimonio, con la cabecera hacia la pared y los pies hacia la parte del público. Segunda derecha, una puerta; entre esta puerta y el lecho un armario ropero de pared. En el foro una amplia y hermosa ventana moderna, por la que se ve a lo lejos las luces de la ciudad de Nueva York y uno o dos de esos grandes edificios llamados rascacielos en los Estados Unidos. Esta ventana está medio oculta por unos cortinajes de seda rosa que sirven de viso á otros de muselina con encajes. En el foro izquierda, puerta que da al recibimiento; entre esta puerta y la ventana, un precioso tocador, con accesorios y una silla. Primera y segunda izquierda, dos puertas. Entre ambas puertas, una chimenea. Un canapé cerca de la chimenea: a la derecha del canapé una mesita y una silla. Al pie de la cama, sobre la parte delantera, una butaca. Una mesita «etagere» con dos tableros; cerca del lecho, y en la primera derecha, libros en la tabla de arriba y en la de abajo. En el techo una araña. En la cabecera de la cama, en la pared, una lámpara eléctrica. Por encima del espejo del tocador otra lámpara eléctrica. A la derecha de la puerta del foro, un teléfono instalado en la pared: se deben ver los hilos perfectamente; los dos hilos suben á lo largo del muro. En medio de la escena, una cuna adornada de seda rosa con lazos y puntillas y cerca de ella una canastilla con ropa de niño. Delante de la ventana, una banquetita. Entre la ventana y la puerta de la derecha, un mueble elegante. La cubierta de la cama, el canapé, la banquetita de la ventana, son de igual estilo que las cortinas de la ventana.



## ESCENA PRIMERA

MARGARITA y KETTY.

Al levantarse el telón, Ketty, sentada en la silla junto a la mesa, se halla ocupada cosiendo un lazo para la cuna. Atrae ésta hacia sí, lo suficiente, para que el público vea que está vacía. Margarita, en el canapé, hilvana una cinta a un traje de niño. Ambas trabajan febrilmente.

KETTY ¡ Margarita !

MARGARI. ¿ Qué ?

KETTY ¿ Qué me dices de este lazo ?

MARGARI. Que no me distraigas a cada momento, porque de lo contrario no acabaré nunca.

KETTY ¡ Tienes razón !... ¡ Ay, he roto el hilo !

MARGARI. ¡ Estás tan nerviosa !

KETTY ¿ No lo estaría's tú en vísperas de volver a ver a tu marido, después de tantos meses de separación ? (Enhebrando la aguja.)

MARGARI. ¡ Ten paciencia ! Mañana por la noche desembarcará y le tendrás aquí.

KETTY ¿ Y decir que debo su regreso a tu admirable subterfugio ?

MARGARI. Era el medio infalible.

KETTY ¡ El único ! Hoy hace ocho días que Jimmy le telegrafió...

MARGARI. (Continuando la frase.) ...« Eres padre de un hermoso niño... »

KETTY (Idem.) ...« La madre y el hijo admirablemente. »

MARGARI. Esta aventura te servirá de lección, y en lo porvenir...

KETTY (Vivamente y yendo a arrodillarse cerca de Margarita.)  
¡ Tranquilízate ! ¡ Desde que se fué mi marido me he impuesto una gimnasia moral : no miento ya ni en las cosas más insignificantes ! Al principio me costó mucho trabajo, pero hoy la más ligera mentira me causa horror y sólo la idea de tener que engañar a Guillermo... (Se levanta y se pone a trabajar en la cuna.)

- MARGARI. ¡ Lo celebro ! (Pausa.) ¿ Cuándo mandará el nene la directora de la Casa-cuna ?
- KETTY ¡ Mañana por la mañana ! (Se levanta y empuja la cuna cerca de la cama.)
- MARGARI. ¿ Qué hermosa es !
- KETTY ¡ Te vas a burlar, pero desde que está aquí esta cuna, no sé lo que me pasa !... A veces permanezco una hora mirándola... sin decir nada... la sonrío, me enternezco y pienso que en la vida hay algo más que los bailes, los banquetes, las modistas y sobre todo el tango.
- MARGARI. (Levantándose.) Opino igual que tú.
- KETTY (Interesada y candorosa.) ¿ Tú crees... ?
- MARGARI. ¡ Estoy completamente convencida ! ¿ Sabes lo que le dije esta mañana a Jimmy ?... ¡ Que me gustaría tener un hijo todos los años.
- KETTY ¿ Y qué te contestó ?...
- MARGARI. Que no estaba conforme.
- KETTY ¡ Ya lo harás cambiar de opinión !
- MARGARI. Así lo espero... (Volviendo a sentarse en el canapé.)
- KETTY ¡ Lo primero que debieras poner en un equipo de boda es una cuna ! (Entra Jimmy por el foro.)

## ESCENA II

Dichos y JIMMY.

- MARGARI. ¡ Hola, Jimmy !
- KETTY ¿ Vienes de la agencia de nodrizas ?
- JIMMY (De mal humor, quitándose el abrigo y el sombrero que deja en la banqueta de la ventana.) ¡ Sí ; pero permitidme que os diga que ese género de comisiones no es para hombres !
- KETTY ¡ Ya empiezas !
- JIMMY Generalmente son las mujeres las que escogen las amas.
- MARGARI. No podíamos ir porque están sin terminar



la canastilla y la cuna, y como mañana traerán el niño...

KETTY (Que se ha sentado a los pies de la cama.) ¿Has elegido ama?

JIMMY Sí, he escogido una entre las ciento noventa y ocho que me presentaron para elegir... ¡Todas querían irse conmigo!

KETTY (Riendo.) ¡Y encima te quejas!

JIMMY ¡Hubieran creído los transeuntes que era una manifestación! Ya supondréis que he elegido una suiza.

MARGARI. ¿Y por qué ya supondréis?

JIMMY Porque siempre he oído decir que la de Suiza es más nutritiva... (Margarita y Ketty sueltan una carcajada. Jimmy sorprendido.) ¿De qué os reís?

MARGARI. (Riendo.) ¡Si te refieres a los pastos!

KETTY ¡Las confundes con las vacas!

JIMMY (Desconcertado.) ¿Y qué más da? (Nuevas risas de Ketty y Margarita.) ¿Es que os vais a burlar de mí?

MARGARI. (Levantándose y poniendo la labor en el canapé.) ¡No! ¡Tú eres un buen marido!

JIMMY (Refunfuñando.) ¡Todo lo bueno que quieras, pero no he cenado todavía y tengo que irme a la ópera para un asunto de negocios!

MARGARI. ¡Pobrecito!

KETTY Creímos que cenarías en el restaurant.

JIMMY (Vivamente.) ¡No voy nunca al Saboya!

KETTY ¿Ni siquiera por casualidad?

JIMMY (Con amargura.) ¡Ni por casualidad siquiera!

MARGARI. La cocina del restaurant no vale nada... ¿verdad, Jimmy?

JIMMY (Con amargura.) ¡Y cuesta un dineral!

KETTY (Con mirada maliciosa.) ¡Dices bien! (Levantándose.) Voy a mandar a Mary que te traiga un tente en pie... (Se dirige para llamar.)

MARGARI. Yo te lo traeré... (Al mismo tiempo de hacer mutis por la segunda izquierda.) ¡El trabajo que me va a costar convencerle!

### ESCENA III

KETTY y JIMMY.

KETTY (Maliciosamente y volviéndose a sentar a los pies de la cama.) No cenarás tan bien como en el Saboya.

JIMMY (Estallando.) ¡No, por favor, no me recuerdes nuestro almuerzo! ¡Me ha costado demasiado caro...!

KETTY (Con fingida ingenuidad.) ¡Cuatro dollars, sin vino!

JIMMY ¡Pero qué vino! ¡Trescientos dollars el Maitre d'hotel y quinientos que el detective ha exigido!

KETTY ¿Es posible?

JIMMY No quería dar al detective más que cuatro cientos, pero me contestó que las conciencias están muy caras este año... ¡Todo ha subido de precio!

KETTY Así aprenderás a no invitar a una mujer casada. (Se levanta.)

JIMMY ¡Te juro que no volverá a ocurrir!

KETTY (Vivamente.) ¡No jures jamás! ¡Lo que la mujer quiere, Dios también!

JIMMY (Con arrogancia.) ¡Sí; pero yo no soy Dios, yo soy un hombre!

### ESCENA IV

Dichos y MARGARITA, después MARY.

MARGARI. (Entrando con una bandeja con fiambres, a Jimmy.) ¿Tienes buen apetito? (Dejando la bandeja en la mesa.)

JIMMY He estado a punto de caerme desmayado de inanición contemplando a la suiza.

MARGARI. ¡Por fortuna, aún quedaba un muslo de pollo!

KETTY (Que se ha vuelto hacia la cuna.) ¡Ea! ¡Ya está terminada la cuna!

- MARY (Por el foro.) Un radiograma para la señora.  
(Vase foro.)
- KETTY (Que ha abierto el radiograma y lanza un grito.)  
¡De Guillermo!
- MARGARI. ¿De tu marido?
- KETTY (Con alegría.) ¡Sí, ha llegado a Nueva York!
- MARGARI. ¡Cómo! ¡Si no debía desembarcar hasta mañana!
- KETTY (Leyendo.) «El vapor no ha hecho escala en Veracruz. Hemos ganado un día. Acabamos de fondear. A las nueve y media estaré en tus brazos...»
- MARGARI. ¿A las nueve y media...?
- KETTY (Continuando.) «...te envía mil besos, así como a mi hijo, tu Guillermo.» (Hablando loca de alegría.) ¡Esta noche estará aquí!
- MARGARI. ¡Pero desgraciada, si todavía no han traído al niño!
- KETTY (Sobrecogida.) ¡Ya no me acordaba...! (Mirando de nuevo el radiograma.) El radiograma está puesto a las seis...
- JIMMY (Que se ha instalado en la mesa y se dispone a comer.)  
¡A las nueve y media y son las nueve y cuarto!
- KETTY ¡Estamos perdidos!
- MARGARI. ¡No hay que aturrullarse!
- JIMMY Tienes razón, no hay que aturrullarse; yo, por lo pronto, voy a tomar un bocadillo...
- MARGARI. (Obligándole a levantarse y quitándole la servilleta de un tirón.) ¡Ca! ¡Lo que vas a tomar inmediatamente es un auto y traerte el niño de la Casa-cuna!
- JIMMY (Protestando.) ¿Yo?
- KETTY ¡Sí, tú!
- JIMMY (De mal humor.) ¿Pero es indispensable que sea yo quien vaya a buscar el rorro? (Margarita va a buscar el sombrero y el abrigo.)
- KETTY ¡Date prisa!
- MARGARI. Aquí tienes tu sombrero y tu abrigo...
- KETTY En auto puedes ir y volver en diez minu-

tos... Le dices a mis Petickton, la directora de la Casa-cuna...

JIMMY

(Con energía.) ¡Que aún no he cenado!

KETTY

(Con indignación.) ¡Y piensas en cenar cuando estamos sin el niño!

JIMMY

(A media voz.) ¡Mal rayo le parta!

MARGARI.

¿Qué dices?

JIMMY

(Exasperado.) ¡Nada! ¡No digo nada! ¡Voy a buscar a ese becerro! (Al hacer mutis por el foro, aparte.) Y me proponía que saliésemos a becerrito por año...

## ESCENA V

KETTY y MARGARITA.

KETTY

(A Margarita.) ¡Llama a Mary! (Se acerca rápidamente al tocador y empieza a arreglarse los cabellos.)

MARGARI.

¿Para qué?

KETTY

Para que me traiga mi sombrero y mi abrigo.

MARGARI.

¿A dónde vas?

KETTY

¡Al muelle, a esperar a Guillermo! ¡Tengo un ansia de verme en sus brazos!

MARGARI.

¿Estás loca? ¿Le haces creer que has dado a luz hace ocho días y quieres salir?

KETTY

(Lanzando un grito.) ¡Verdad! ¡Ya no me acordaba!

MARGARI.

Es preciso que te metas en la cama en seguida. (Se acerca al armario de la pared y saca de él un peinador, que deja sobre la cama.)

KETTY

(Desnudándose vivamente.) ¡Tienes razón!

MARGARI.

(Preparando la cama.) Al verte Guillermo, seguramente desconfiaría...

KETTY

(Poniéndose el peinador.) Y hubiera tenido que lanzarme a una serie de mentiras, ahora que he perdido la costumbre. (Guarda la ropa que se ha quitado en el armario.)

MARGARI.

¿Les has enseñado bien la lección a los criados?



- KETTY (Poniéndose el peinador.) Esta misma mañana... se arrojarían al fuego por mí... Además, les he aumentado el sueldo.
- MARGARI. ¡ Es lo más práctico ! (Indicando la silla junto al tocador.) Siéntate aquí para que te haga un peinado apropiado.
- KETTY ¿ Un peinado apropiado ?
- MARGARI. Hasta que salgas a misa debes peinarte con trenza.
- KETTY (Sentándose.) ¿ Tú crees... ?
- MARGARI. Estoy segura de ello. (La peina.)
- KETTY ¡ Ay, Margarita ; dentro de un instante estará aquí, junto a mí, y podré estrecharle contra mi pecho, pasarle los brazos alrededor del cuello... y cuando una mujer logra poner los brazos alrededor del cuello de su marido, está segura de lograr de él cuanto quiera.
- MARGARI. ¡ Haz el favor de estarte quieta !
- KETTY ¡ No lo puedo remediar ! ¡ Tengo unas ganas de saltar, de bailar... !
- MARGARI. Ya bailarás, cuando yo termine... (Páusa.) ¡ Ajajá ! ¡ Ya está !
- KETTY (Levantándose y mirándose en un espejito y lanzando un grito de horror.) ¿ Qué me has hecho ?
- MARGARI. El peinado que te corresponde.
- KETTY ¡ No quiero que Guillermo me vea con esta cola de gata !
- MARGARI. (Con autoridad.) ¡ Te aseguro que te sienta muy bien !
- KETTY ¿ De veras no estoy ridícula ?
- MARGARI. No, y con este gorrito... Ahora, ponte pálida.
- KETTY ¿ Pálida ?
- MARGARI. Estando convaleciente... debes darte crema y polvos...
- KETTY ¡ Eres una mujer admirable, piensas en todo !
- MARGARI. Naturalmente, puesto que tú no piensas en nada.
- KETTY ¿ Cómo en nada ? ¡ Pienso constantemente en mi marido !

MARGARI. (Mirando detenidamente a su alrededor.) La cuna en su sitio... Sí, todo está perfectamente en orden.

KETTY. ¿Estoy bastante pálida?

MARGARI. ¡No exageres! ¡Espera! (Le frota el rostro con un pañuelo.) ¡Así! Y ahora no se te olvide hablar con voz débil: ¡He sufrido muchísimo, bien mío!

KETTY. (Con vocecita de enferma.) ¡Bien mío, he sufrido muchísimo!

MARGARI. ¡Muy bien!

KETTY. (Con una explosión de alegría.) ¡Qué feliz soy...! (Coge a Margarita por la mano y la lleva, a su pesar, bailando sin dejar de cantar.)

## ESCENA VI

Dichos y MARY, después GUILLERMO.

MARY. (Por el foro.) ¡Señora... el señor acaba de llegar!

KETTY. } ¡Dios mío!

MARGARI. }

KETTY. (Atolondrada.) ¡Y el niño que no está aún aquí! (Se quita el peinador, que deja caer detrás del lecho, y luego se acuesta rápidamente, dejando caer con languidez la cabeza sobre la almohada, con un brazo debajo de la cabeza y el otro sobre la colcha y hacia la parte del público.)

MARGARI. ¡Calla y aparenta que duermes! ¡No se te olvide que estás muy débil! (Margarita se acerca al conmutador eléctrico que está junto al teléfono y hace girar la llave. La araña se apaga, la lámpara que está encima del lecho se enciende, así como la que se encuentra encima del espejo del tocador y finge que trabaja. Mary se ha ido, entra nuevamente y dice dirigiéndose a entre bastidores.)

MARY. (En el dintel de la puerta.) Muy despacito, señor, muy despacito... (Aparece Guillermo excitadísimo, en traje de viaje y con una maleta en la mano. Se detiene muy emocionado.)



MARGARI. (Que se ha puesto de pie, señalando al lecho.) Duerme...

GUILLER. (Con emoción.) ¡Mi querida Margarita...!  
(Guillermo estrecha emocionadísimo la mano de Margarita. Mary hace mutis por segunda izquierda.)

MARGARI. ¿Ha sido bueno el viaje?

GUILLER. (Dejando la maleta detrás del canapé y quitándose después el gabán y el sombrero, que deja en la silla del tocador.) ¡Excelente, pero creí que no llegaba nunca!... ¿Cómo está? (Contemplándola con ternura.)

MARGARI. Todo lo bien que puede estar.

GUILLER. ¿Y mi hijo?

MARGARI. Admirablemente.

GUILLER. (Viendo la cuna, emocionadísimo.) ¡Su cuna!

MARGARI. (Sonriendo para disimular su turbación y llevándole de la mano hacia el lecho.) Sí.

KETTY (Con voz muy débil como si se despertase.) ¿Quién está ahí? (Fingiéndolo ver a su marido.) ¡Guillermo!

GUILLER. (Precipitándose hacia el lecho.) ¡Ketty! ¡Mi tesoro! ¡Amor mío!

KETTY (Olvidándose de su enfermedad le abraza febrilmente. Margarita le hace señas enérgicas de que se acueste. Ketty lo advierte y se deja caer sobre la almohada, murmurando tierna y cariñosamente.) ¡Guillermo!

MARGARI. (Aparte.) ¡Y Jimmy sin volver!

KETTY (Abrazando amorosamente a Guillermo.) ¿Tú? ¿Eres tú?... ¡Por fin!...

GUILLER. ¡Sí, yo soy, esposa mía! (Volviéndose hacia Margarita y señalando a Ketty.) ¡Qué pálida está!

MARGARI. ¡La infeliz se halla tan débil!

KETTY ¡He sufrido mucho, Guillermo!

GUILLER. ¡Bien de mi vida!

KETTY (Vivamente.) ¡Abrazame otra vez!

GUILLER. ¡Amor mío! ¡Amor mío! (Nuevo abrazo.)

MARGARI. (Aparte.) ¡Y hace veinte minutos que se fué!

KETTY (Que tiene entre sus manos las de Guillermo.) Como Margarita es tan buena no me ha aban-

donado un segundo desde hace ocho días.

GUILLER. ¡No lo olvidaré nunca !...

MARGARI. (A Guillermo.) ¡Por Dios !

GUILLER. (De repente, prestando atención.) ¡Pst !... ¡Callaos ! (Se levanta.)

KETTY (Inquieta soltándole las manos a Guillermo.) ¿Qué pasa ?

GUILLER. El niño se ha movido en la cuna.

KETTY (Atolondrada queriéndole volver a coger.) ¡Guillermo !

MARGARI. (Aparte aterrada.) ¡Dios santo !

GUILLER. (Acercándose a la cuna y levantando las cortinas.)  
¡Hijo de mi alma ! (Las dos mujeres se miran aterradas. Se dirige ansioso hacia la cuna. Ketty se incorpora y cambia miradas alarmadas y de inteligencia con Margarita. Guillermo, al ver que no hay nadie en la cuna, se vuelve hacia ellas nervioso.) ¿Dónde está ? ¡La cuna vacía !... (Las mira aterrado creyendo que el niño ha muerto.) ¿Acaso ?... (Le es imposible pronunciar la palabra.)

KETTY Es que...

MARGARI. Sí, es que...

KETTY (Rápida, fuerte y atolondradamente.) Ha salido.

GUILLER. ¿Salido ? (Asombrado.)

MARGARI. (Vivamente.) ¡Con Jimmy !

GUILLER. (Estupefacto.) ¿Salido con Jimmy ?

MARGARI. Sí... a tomar un poco el aire...

GUILLER. ¿Y no os parece demasiado pequeño para salir de noche ?

KETTY ¡Es lo moderno ! ¡Los niños deben estar al aire todo el tiempo posible !

MARGARI. El doctor lo ha recomendado mucho.

GUILLER. Si el doctor lo ha recomendado... ¿Y por qué le pasea Jimmy y no el ama ?

KETTY Porque el ama no llegará hasta mañana.

GUILLER. ¿Cómo ? ¿El pequeño no tiene nodriza aún ?

MARGARI. (Vivamente.) La tenía.

KETTY Pero se sintió algo mala...

MARGARI. ¡Y se ha vuelto loca de repente !

GUILLER. ¡Pobre mujer !

- KETTY Y entonces Jimmy se ofreció a sacar al niño...
- GUILLER. ¡ El, que les tenía horror !
- KETTY ¡ A este le quiere con locura !
- MARGARI. ¡ Es tan hermoso !
- KETTY ¡ Y tan inteligente para su edad !
- MARGARI. ¡ Todo el mundo le adora !
- GUILLER. Tengo ansias de verle. ¿ Hacia qué parte se fué Jimmy ? (Cogiendo el sombrero.)
- KETTY Hacia la plaza seguramente.
- GUILLER. (Acercándose a Ketty.) Voy a buscarle. (Ketty le agarra de la americana.)
- MARGARI. (Aparte.) ¡ Ay !
- KETTY (Con reproche a Guillermo.) ¿ Me abandonas ya ?
- GUILLER. (Cariñoso.) ¡ Comprenderás fácilmente el ansia que tengo de besar a mi hijo ! ¡ Vuelvo en seguida ! (Besa a Ketty.)
- KETTY (Lanzando un grito de dolor.) ¡ Ay !
- GUILLER. ¿ Qué te pasa ?
- KETTY ¡ Me has hecho daño con la barba !
- GUILLER. No tuve tiempo de afeitarme esta mañana...
- KETTY (Mimosa.) Pues no quiero que beses al nene sin afeitarte.
- MARGARI. ¡ El pequeñito tiene la piel tan tierna !
- KETTY ¡ Tan delicada !
- MARGARI. ¡ Y tan sensible !...
- KETTY ¡ Que le haríás daño ! ¡ Anda, a afeitarte !...
- MARGARI. ¡ Si, afeítese usted ! (Confidencialmente a Guillermo y dirigiéndole una mirada significativa a Ketty.)
- GUILLER. ¡ Bueno ! ¡ Me afeitaré !... No quiero que la primera entrevista con su padre le produzca una impresión desagradable... (Asintiendo a las señas de Margarita se acerca a Ketty, la obliga a acostarse, pasando cariñosamente la mano por la frente de ella.) ¡ Vamos, querida Ketty, acuéstate y ten tranquilidad ! ¡ Vuelvo en seguida ! (Al hacer mutis.) ¡ Un hijo ! ¡ Tengo un hijo ! (Vase primera izquierda.)
- KETTY (Sentada en la cama.) ¿ Qué hará Jimmy que

no viene? (Sacando los pies del lecho y disponiéndose a levantarse.)

MARGARI. Quizás no haya encontrado auto.

GUILLER. (Dentro.) ¡Margarita! (Ketty lanza un grito y se mete en la cama. La puerta de la izquierda se abre y aparece Guillermo.)

GUILLER. (En voz baja. Con precaución a Margarita.) Mi maleta.

MARGARI. (Cogiendo la maleta y dándosela afectuosamente a Guillermo.) Tome usted.

GUILLER. (Mirando a Ketty, que finge dormir, en voz baja.) ¡Se ha vuelto a dormir!

MARGARI. La emoción y la alegría de volverle a ver la han rendido.

GUILLER. ¡Pobrecilla! Llámeme en cuanto vuelva Jimmy.

MARGARI. (Carñosamente.) ¡Descuide usted! (Guillermo vase por la primera izquierda, con precaución, y cierra despacito la puerta.)

## ESCENA VII

KETTY, MARGARITA, luego JIMMY, después MARY.

KETTY (Sacando los pies para levantarse, impaciente y golpeando en la cama con las dos manos.) ¡Ese Jimmy me va a matar!

MARGARI. Voy a telefonar a la Casa-cuna.

KETTY ¡Sí!

MARGARI. (Prestando atención.) ¡Alguien viene!

KETTY ¡Ay! (Volviéndose a meterse en la cama.)

MARGARI. (Idem.) Pero que esta vez es por el recibimiento.

KETTY (Con ansiedad.) ¿Será Jimmy? (Ambas miran al foro esperando que entre Jimmy y luego a la puerta por donde hizo mutis Guillermo, temiendo que entre. La puerta del foro se abre y aparece Jimmy con el sombrero echado a un lado, algo despeinado, la respiración anhelante y el rostro sudoroso. Las mantillas de un niño se ven colgar por debajo de su abrigo. Ketty, poniéndose de rodillas y llamándole desde los pies de la cama.) ¡Jimmy!



- MARGARI. ¡ Pues no has tardado que digamos ! (Acercándose á él.)
- KETTY (Saltando del lecho.) ¡ Es imposible que no te hayas entretenido en el camino !
- JIMMY (Indignado, con voz estentórea.) ¡ Para entretenimientos estoy, yo !
- MARGARI. ¡ No grites así, que está ahí Guillermo !  
(Dirigiendo miradas inquietas a la habitación.)
- JIMMY (Alto.) ¿ Ha llegado?... (Ambas le imponen silencio.)
- KETTY Hace rato.
- MARGARI. ¿ Cómo has tardado tanto?
- JIMMY (En voz baja sacando al niño de debajo del abrigo.) No querían dármelo.
- KETTY ¿ Por qué?
- JIMMY Porque no se habían cumplido todas las formalidades.
- MARGARI. ¿ Las formalidades?
- JIMMY La madre no ha dado su consentimiento, por escrito. Han ido a buscarla, pero yo no he querido esperar.
- KETTY ¡ Por fin el niño está aquí ; nos hemos salvado ! (Contemplando al nene, que ha cogido de los brazos de Jimmy.) ¡ Duerme el angelito !... ¡ Mira qué monín es !
- MARGARI. ¡ Una preciosidad !
- JIMMY (Con disgusto y pasando a la izquierda.) ¡ Un embudo precioso !
- KETTY Ponle en su cunita antes que entre Guillermo. (Ketty y Margarita instalan al niño en la cuna.)
- JIMMY ¿ Qué hace ahí?
- KETTY ¡ Se hace la barba !
- JIMMY ¿ Qué?
- KETTY ¡ La barba !
- JIMMY (Disgustado, a media voz.) ¡ Vaya un modo de contestar ! ¡ La barba ! ¡ Sacrifíquese usted para esto !
- MARGARI. ¿ Por qué gruñes de nuevo?
- JIMMY (Amargamente.) ¡ Yo no gruño ! Lo que voy es a comerme el muslo...
- KETTY No piensas más que en tragar.

JIMMY (Sentándose a la mesa.) ¡ Ingratitud, ¿tienes nombre de mujer!

MARY (Por la izquierda.) Señora, ahí está la directora de la Casa-cuna.

KETTY ¿Miss Petickton?

MARGARI. Traerá sin duda el consentimiento de la madre.

KETTY ¿Le has dicho que lo traiga aquí y lo están esperando en la Casa-cuna?

JIMMY (Asombrado.) ¡ Yo no he dicho una palabra!

KETTY ¡ Por eso te reñimos!

MARGARI. ¡ Si se hubiera encontrado la directora de manos a boca con Guillermo!

JIMMY Os repito una vez más...

KETTY ¡ Sí, que no has pensado en nada! El día en que pienses en algo... Pero, ¿a qué esperas? ¡ Sal a recibirla! ¡ Sé útil siquiera una vez!

JIMMY (Conteniéndose difícilmente.) ¡ Ya voy! (Se levanta furioso. Aparte.) ¡ Me hacen andar de coronilla, no me dejan cenar y además me contestan se hace la barba! (Vase foro.)

MARGARI. (A Ketty.) ¡ Está precioso en su cunita!

MARY (Que ha ido junto a la cunita.) ¡ Parece un niño Jesús!...

KETTY (Suspirando.) ¡ Ay! ¡ Tengo unas ganas de tener uno como ese!

MARGARI. (Idem.) ¡ Ay! ¡ Y yo!

MARY (Idem.) ¡ Y yo también!

KETTY ¡ Ay! ¿También usted, Mary?

MARY Sí, señora, desde que la cuna está aquí sólo pienso en eso!... (Vase por la segunda izquierda.)

MARGARI. Decididamente todas las mujeres somos iguales.

KETTY (Dirigiéndose al niño mientras lo mece.) ¡ Duerme, hijito, duerme tranquilo; te querré y te miraré como si fueses realmente mío, puesto que eres quien has traído la felicidad a esta casa! (Las dos mujeres permanecen inclinadas sobre la cuna.)



## ESCENA VIII

KETTY, MARGARITA, JIMMY, después GUILLERMO.

JIMMY (Por el foro, aterrado, aparte.) ¡Catástrofo! ¡La madre ha cambiado de opinión, niega su consentimiento y reclama a ese monigote!

KETTY (Sin levantar la cabeza.) ¿Tienes ya el consentimiento? (La puerta de la izquierda se abre muy despacito.)

GUILLER. (Dentro.) ¿No ha vuelto aún Jimmy?

MARGARI. (Señalando a la puerta.) ¡Pst!... ¡Guillermó! (Ketty de un brinco salta a la cama. Guillermo aparece por la primera izquierda con la cara llena de jabón y una brocha en la mano.)

GUILLER. ¡Jimmy! (Viéndole.)

JIMMY (Muy turbado.) Querido Guillermo...

GUILLER. ¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?

KETTY ¡En su cuna!

JIMMY ¡Y yo en mi panteón!

GUILLER. (Precipitándose hacia la cuna y contemplándole amorosamente.) ¡Es monísimo!

MARGARI. ¿Verdad?

GUILLER. Ha abierto los ojos... me mira... me sonríe... (Le coge en brazos.) ¡Sí, hijito de mi alma, soy yo, tu papá! ¡Ketty, tiene un hoyuelo en la barbilla como yo!

KETTY ¡Sí, se te parece mucho!

GUILLER. ¿De veras?

MARGARI. ¡Es su mismo retrato!

GUILLER. (A Jimmy.) Y tú, ¿le encuentras parecido?

JIMMY (Turbado.) ¡Sí, mucho... tiene tu misma nariz... reducida a una berruga!

GUILLER. ¿Qué nombre le habéis puesto?

KETTY (Aparte.) ¡Caramba! ¡Se me ha olvidado preguntarlo!

GUILLER. ¿Cómo se llama?

KETTY (Ocurriéndosele una idea, vivamente.) ¡Ah! ¡Jimmy!

JIMMY (Que se ha sentado en el canapé y cree que le llaman.) ¿Qué?

GUILLER. ¡ Jimmy ! (Sin entusiasmo.)

JIMMY ¿ Qué ?

MARGARI. (A Guillermo.) ¡ Jimmy !

JIMMY ¿ Qué queréis los tres ?

GUILLER. Nada.

MARGARI. (Haciendo señas a Jimmy.) Ya sabes que el niño se llama Jimmy.

JIMMY (Asombrado.) ¡ Eh ! ¿ Jimmy ? ¡ Ah, sí ! (A Guillermo.) ¡ Creí que me llamabas !

GUILLER. (A Ketty, sentándose en el lecho visiblemente contrariado.) Ya ves, se confundirá constantemente. Has hecho mal en ponerle ese nombre. Además no es bonito.

JIMMY (Incomodado.) Gracias.

MARGARI. Fuí yo quien me permití rogar a Ketty...

KETTY Sí.

GUILLER. (Calmado.) Bueno, que se llame Jimmy, pero entre nosotros le llamaremos Mimi.

JIMMY (Aparte.) Como al gato.

GUILLER. (Acariciándole.) Cuando seas mayorcito, ¿ qué quieres ser ? ¿ Abogado ? ¿ Ingeniero ? ¿ Almirante ?...

KETTY ¡ Almirante !

JIMMY (Que se ha sentado en la butaca.) ¡ O conductor de tranvía !

GUILLER. (Al nene.) ¡ Pobrecito mío ! (Va a besarle.)

KETTY (Vivamente.) ¡ Guillermo ! ¡ Le vas a poner perdido de jabón !

GUILLER. Es verdad, después le besaré. (Dirigiéndose a dejarle en la cuna.)

MARGARI. ¡ Démelo !

GUILLER. No, quiero acostarlo yo. (Mientras deja el niño en la cuna, dirigiéndose alegremente y orgulloso a Jimmy.) Oye, Jimmy... (Jimmy no responde.)

¿ Jimmy ?

MARGARI. ¿ Jimmy ?

JIMMY ¡ Ah ! ¿ Es a mí ahora ? ¿ Qué ?

GUILLER. ¿ Cuando tendrás tú uno como éste ?

JIMMY (Aparte.) ¡ Como ese no es difícil !

GUILLER. (Acercándose a Jimmy.) Dispénsame que no haya estrechado tu mano aún, comprenderás el ansia que yo tenía...

JIMMY ¡ Sí, sí !...

GUILLER. ¿ Es cierto que estás loco por él ?

JIMMY ¿ Por quién ?

GUILLER. ¿ Por quién ha de ser ? ¡ Por mi hijo !

JIMMY (Se queda atónito.)

GUILLER. Ketty y Margarita me han contado...

JIMMY (Vivamente.) ¡ Ah ! ¿ Han sido Ketty y Margarita ?... ¡ Sí, sí ; estoy loco... loco perdido !

GUILLER. ¡ Y también que te has prestado a reemplazar a la nodriza !

JIMMY (Atónito.) ¿ Reemplazar a la nodriza ?... ¿ Yo ?

KETTY (Vivamente y haciendo señas a Jimmy.) ¡ Para llevar de paseo al nene !

JIMMY (Vivamente.) ¡ Sí, sí !

GUILLER. (Sonriente.) ¿ Para qué otra cosa iba a ser ?

JIMMY (Esforzándose por reír.) ¡ Naturalmente !

GUILLER. (Entrando en la izquierda, después de haber recogido su brocha, que había dejado en la chimenea.) ¡ Este Jimmy siempre tan atontado !

## ESCENA IX

Dichos, menos GUILLERMO.

KETTY (Riñendo a Jimmy.) ¡ No comprendes nunca a medias palabras !

MARGARI. (Idem.) ¡ Te quedas hecho un papanatás !

JIMMY ¡ Quisiera veros en mi lugar ! ¡ Si supierais lo que ocurre !

KETTY } (Inquietas.) ¿ Qué ?

MARGARI. }

JIMMY ¡ Que la madre se ha vuelto atrás y reclama su hijo !

KETTY (Incorporándose en el lecho.) ¿ Qué ?

JIMMY (Dirigiéndose a la cama.) Dice que si no le devolvemos a la Casa-cuna, antes de una hora, vendrá a buscarle.

MARGARI. (Asustada.) ¡ Dios de mi vida !

KETTY (Cogiendo de un brazo a Jimmy y sacudiéndolo.) ¡ Falso ! ¡ Dime que es falso !

JIMMY ¡ Es la pura verdad !

KETTY ¿ Y no le has dicho a miss Petickton que no tiene derecho a volverse atrás ?

JIMMY ¡ Le he dicho todo cuanto le podía decir, pero como la madre no quiere firmar !...

KETTY (Saltando del lecho.) ¡ Y en vez de advertirnoslo, no nos dices nada !

JIMMY ¿ Cómo, estando presente Guillermo ?

MARGARI. ¡ Se hacen señas !

KETTY ¡ Es natural !

JIMMY ¿ Señas ?

KETTY ¡ Sí ! ¿ No sabes hacer señas ?

JIMMY ¡ Ya lo creo que sé ! ¡ Pero no creáis que es fácil explicar por señas que la madre se niega a firmar !

KETTY ¡ Y no solamente nos dejas contradecirnos delante de Guillermo, sino que le dices que su hijo se le parece !

JIMMY (Indignado de tanta injusticia.) ¡ Pero si habéis sido vosotras !...

KETTY (Disgustada.)- Bien dice el refrán : « Cada minuto nace un tonto. »

JIMMY (Vivamente y encolerizado.) ¡ Pero yo nací entre dos minutos !

KETTY (Sentándose en la butaca.) ¡ Estoy perdida ! ¡ Si se entera Guillermo de esta farsa, me tiro por la ventana !

MARGARI. ¡ No digas semejante cosa !

JIMMY Me veo en trabajos más forzados.

KETTY ¿ Qué voy a hacer si se lo llevan ?

MARGARI. ¡ Nos procuraremos otro !

JIMMY ¡ Preparémonos a bien morir !

KETTY Pero mi marido verá que hemos cambiado de niño...

MARGARI. ¡ A esa edad todos los niños se parecen !  
¡ Tenemos una hora para ello !

KETTY ¡ Tienes razón !

MARGARI. (A Jimmy, que se ha sentado a la mesa y se ha puesto a comer.) Vas inmediatamente a tomar un auto. (Quitándole la servilleta de un tirón.)

JIMMY (Levantándose.) ¿ Otro ?

KETTY Y a recorrer todas las Casa-cunas de



Nueva York hasta que encuentres un niño.

JIMMY (Incomodándose gradualmente.) ¿Pero creéis que están abiertas toda la noche como las farmacias?

MARGARI. Las abrirán en un caso tan excepcional.

JIMMY ¡Estás en un error!

KETTY ¡Sin contar con que hay recién nacidos en otros sitios!

MARGARI. ¡Evidentemente!

JIMMY ¡Qué cosas se os ocurren! ¿Queréis que me lance en medio de la noche a llamar de puerta en puerta preguntando: «Dispense, ¿tiene usted un rorro disponible?»

KETTY ¡Jimmy!

JIMMY ¡Un niño no se alquila por temporadas como una estufa de gas!

KETTY ¡Compóntelas como puedas! ¡Tú que me has puesto en este compromiso, debes sacarme de él.

JIMMY ¿Cómo? ¿Yo? (Margarita va y coge el sombrero y el abrigo de Jimmy.)

KETTY ¿No fuiste tú quien telegrafió a Guillermo diciéndole que era padre?

JIMMY ¡Esto es el colmo! Lo que hice fué llevar el telegrama a la Central...

KETTY Cuando se da una palabra a una señora, se la mantiene...

JIMMY ¿A la señora?

KETTY ¡No, la palabra!

MARGARI. (Interrumpiéndoles.) Vamos, no disputéis; toma tu sombrero y tu abrigo.

JIMMY ¡Esta no te la perdono! (Llaman dentro.)

KETTY (Atemorizada.) ¡Han llamado! (Todos temblando miran a la izquierda.)

MARGARI. ¿Vendrán a buscar al niño? (Poniéndose delante y tapando la cuna.)

KETTY (A Jimmy.) Vete y dile que espere en la cocina, que vas a buscar otro.

ESCENA X

Dichos, luego MARY y después MAGDALENA.

MARY (Por segunda izquierda.) Dispense usted, señora, es la chica de la lavandera que trae la ropa.

JIMMY  
KETTY } (Dando con alegría un suspiro.) ¡La lavandera!

MARGARI.  
MARY } Generalmente la trae por la mañana, pero anda todo tan revuelto en aquella casa... Como el ama ha dado a luz dos gemelos...

MARGARI.  
KETTY } ¿Dos gemelos?

MARY Hace una semana. (Las dos miran a Jimmy, que se halla en el centro del foro. Este, adivinando la intención, trata de escabullirse, pero Margarita le impide que se escape.)

MARGARI. (Agarrándole de un brazo.) ¡Jimmy! (Aparece Magdalena en la segunda izquierda. Es una joven gorda y coloradota, pobremente vestida y con una cara de tonta que tira de espaldas. Lleva un cesto de ropa.)

KETTY (Recobrando su sangre fría.) ¡Mary, llévase ese cesto al cuarto de costura! (Mary coge el cesto y vase por la derecha. Magdalena intenta seguirla.) ¡No, usted quédese aquí! (Magdalena mira con aspecto temeroso.) ¿Su ama acaba de tener dos nenes?

MAGDALE. ¡Señora!... (Se echa a reir estúpidamente.)

KETTY ¿Cree usted que se negaría si una familia rica se ofreciese a criarle uno?

MAGDALE. ¡Señora! (Como antes.)

KETTY (Exasperada.) ¿Qué señora?...

JIMMY (Aparte.) ¡Es idiota!

MARGARI. ¿Comprende usted lo que la preguntan?

MAGDALE. ¡Señora! (Idem.)

KETTY ¿Aceptaría o no?

MAGDALE. ¡Señora!... (Idem.)

MARGARI. No conteste usted siempre «señora».

MAGDALE. ¡Señora!...



- KETTY (Furiosa.) ¿Otra vez?
- JIMMY (Aparte.) ¡Esta mujer es una codorniz!
- MARGARI. (A Jimmy.) Te la vas a llevar...
- JIMMY (Asustado.) ¿A dónde?
- MARGARI. A casa de su ama.
- JIMMY (A Margarita.) ¿Acompañar yo por esas calles a semejante lechuza? (Moviendo negativamente la cabeza.)
- MARGARI. Llevándola en auto no te verán.
- KETTY. Es un niño que nos depara la Providencia.
- JIMMY. ¡Si os lo depara la Providencia, es inútil que vaya yo a buscarle; ella lo traerá hasta aquí!
- MARGARI. ¡Vamos, Jimmy, no seas malo!
- KETTY. ¡Es cuestión de unos minutos; ni siquiera tienes tiempo de pensarlo!
- JIMMY. ¡Disponéis de mí como de un monigote: pero esta vez lo he pensado y no quiero aceptar! (Sentándose en la butaca.)
- KETTY. ¿Serías capaz? ¡Bueno! ¡Tú tendrás la culpa de mi muerte!
- MARGARI. ¡Y yo, no solamente me moriré de dolor, sino que me iré a casa de mi madre y jamás me volverás a ver!
- JIMMY (Levantándose resignado y dirigiendo una mirada al cielo.) ¡Cielos! ¿por qué habré nacido yo tan tonto? ¡Vamos allá!
- KETTY (Alegremente.) ¡Aceptas! ¡Gracias! ¡Date prisa!
- MARGARI. Y sé elocuente, ¿eh?
- JIMMY (A Magdalena, bruscamente.) ¡Pase usted delante! (Magdalena lo mira con terror.) ¡Señora, le repito que pase usted delante! (La empuja. Magdalena se va por la segunda izquierda.)
- KETTY. No empujes a la chica.
- JIMMY. ¡Lo que siento es ganas de estrangularla! (A punto de hacer mutis.)
- MARGARI. ¡Jimmy!
- JIMMY (Medio mutis.) ¿Qué?
- MARGARI. Como Guillermo podría estar en esta ha-

bitación cuando vuelvas, te esperas en la calle y silbas para avisarnos.

JIMMY ¿Silbar?

KETTY ¿Sabes?

JIMMY ¡ Sé muchas cosas ! (Tratando de silbar.) ¡ pero no sé silbar !

KETTY ¿Qué demonios sabes?

JIMMY Si lo hubiera previsto hubiera tomado lecciones, pero no sé !

MARGARI. ¡ Imita el chillido de cualquier animal !  
(Jimmy imita al pato.) ¿ Vas a hacer el pato a las nueve y media de la noche ?

KETTY ¿No sabes maullar?

JIMMY (Maullando rabiosamente.) ¡ Miau !... ¡ Miau !...  
¡ Miau !...

KETTY Por fortuna, admirablemente.

MARGARI. Si Guillermo no está en la habitación, levantaré el visillo de la ventana y puedes subir.

KETTY ¿No te equivocarás? Si el visillo está levantado te quedas en la calle.

MARGARI. ¡ No, al contrario !

JIMMY ¡ Si la calle está levantada me quedo en el visillo !

KETTY ¡ Ah, sí !

JIMMY (Disgustado. Girando los ojos en las órbitas.) ¡ Vaya, poneos de acuerdo !

MARGARI. No subas hasta que esté levantado.

JIMMY ¿Guillermo?

MARGARI. No. El visillo.

JIMMY ¡ Bueno !

MARY (Por la derecha con el cesto.) ¡ Ya he puesto la ropa sucia en el cesto !

KETTY (Señalando el cesto.) Dáselo al señor Scott.

JIMMY (Exasperado.) ¿ También tengo que llevar la ropa sucia ?

KETTY Y se la entregas a la lavandera. (Mary entrega el cesto a Jimmy y luego vase por la segunda izquierda.)

MARGARI. ¡ Date prisa !

JIMMY Si... (Medio mutis, acercándose a Ketty.) Oye,

¿quieres que lleve la ropa limpia a la planchadora?

KETTY ¡Anda, date prisa!

JIMMY

(Exasperado al hacer mutis por la segunda izquierda.)

¡Y sin poderme comer el muslo!...

## ESCENA XI

KETTY, MARGARITA, después GUILLERMO.

KETTY ¡Dios quiera que acepte!

GUILLER. (Por la primera izquierda y afeitado entra con precaución y frotándose las manos satisfecho. Ketty no tiene tiempo de meterse en la cama y se queda indecisa en el centro de la habitación. El se detiene y la mira asombrado.) ¿Tú levantada?

KETTY (Sobrecogida.) ¡Guillermo!

GUILLER. ¿Qué haces ahí?

KETTY Yo... yo... quise ver al nene... (Se lleva las manos a la cabeza fingiendo un desvanecimiento.)

GUILLER. (Afable y cariñoso.) Haz el favor de acostarte... ¡Qué imprudencia! (La coge en sus brazos y la conduce al lecho.)

MARGARI. ¡Ríñala usted; nunca me quiere hacer caso!

KETTY ¡He sufrido mucho, bien mío!

GUILLER. Si deseas ver a tu hijo yo te lo llevaré...

MARGARI. ¡No! Duerme y el doctor ha recomendado mucho que no se le despierte.

GUILLER. Y yo que me he afeitado para besarlo.

KETTY Ya le besarás mañana.

GUILLER. Al menos déjame que le vea.

MARGARI. ¡Mañana le verá usted!

GUILLER. ¿También me lo vais a impedir?

MARGARI. Cuando una criatura duerme, nadie se debe acercar a su cuna.

KETTY El médico lo ha recomendado muchísimo.

MARGARI. ¿Usted no querrá que caiga malito?

GUILLER. ¡Qué he de querer!... Y a propósito: ¿qué médico te ha asistido?

KETTY (Sobrecogida.) ¿Qué médico?

GUILLER. ¡Sí!

- MARGARI. El primer tócolo de Nueva York.  
GUILLER. ¿El doctor Spickler?  
KETTY }  
MARGARI. } ¡ El mismo !  
GUILLER. (Sentándose en la cama, frente al público.) Es muy hábil, según dicen.  
MARGARI. De una habilidad extraordinaria.  
KETTY ¡ Oh ! ¡ Extraordinaria !  
GUILLER. ¡ Y pensar que en la oficina le he mandado varias veces al diablo !  
KETTY (Asustada.) ¿ Le conoces ?  
GUILLER. De nombre solamente... Tenemos el número del teléfono muy parecido y constantemente nos hablábamos por equivocación. ¿ A qué hora vendrá mañana ?  
MARGARI. (Vivamente.) Hoy vino por última vez.  
GUILLER. ¿ Cómo ?  
MARGARI. Vió que Ketty y el niño estaban divinamente y se despidió considerando inútiles sus visitas.  
GUILLER. Mañana iré a verle.  
KETTY ¿ Para qué ?  
GUILLER. Para darle las gracias y decirle cómo sigue mi hijo.  
KETTY ¡ No piensas más que en tu hijo !  
GUILLER. ¿ Estás celosa por ventura ?  
KETTY (Mimosa.) ¡ Desde que llegaste sólo te ocupas de él !  
GUILLER. ¡ Bah !  
KETTY ¡ Y apenas me has hecho una caricia !  
GUILLER. ¡ Bah !  
KETTY Ni siquiera me has dicho una vez que me quieres. ¿ Verdad, Margarita ?  
MARGARI. Yo no se lo he oído  
KETTY ¿ Lo ves ?  
GUILLER. ¡ Te adoro, amor mío ! (Acariciándola.)  
KETTY Estréchame contra tu corazón y repítelo de nuevo...  
GUILLER. ¡ Te adoro... te adoro !...  
KETTY Y... lo pasado... pasado... ¿ verdad ?  
GUILLER. (Muy emocionado.) No hablemos del pasado,



cielo mío ; una nueva vida comienza para nosotros dos...

KETTY Ahora no somos dos, sino tres... y quién sabe...

GUILLER. ¡ Ay, Ketty, Ketty !... (Largo abrazo.)

MARGARI. (Viendo que el tiempo pasa. Con un gran bostezo.)  
¡ Ah !

GUILLER. Dispense usted, mi querida Margarita...  
(Levantándose.)

MARGARI. (A Guillermo.) Se va haciendo tarde y debe estar usted muy cansado.

KETTY Sí. Has pasado todo el día de viaje...  
Vete a dormir a tu cuarto.

GUILLER. No ; pasaré la noche en ese canapé.

KETTY ¡ Imposible ! (Vivamente.)

GUILLER. ¿ Por qué ?

MARGARI. Porque quien duerme aquí soy yo, y así velo al niño.

KETTY Y comprenderás...

GUILLER. Margarita será quien duerma en mi cama y yo velaré esta noche a mi hijito. (Se oye maullar.)

MARGARI. }  
KETTY } (Sobrecogidas.) ¡ Jimmy !

GUILLER. (Viendo la bandeja.) ¡ Pollo frío ! ¡ Qué buena idea habéis tenido de prepararme este bocadillo !

KETTY Creímos que tal vez tendrías debilidad...

MARGARI. (Que se ha sentado en el canapé.) ¡ Se come tan mal en los barcos !

GUILLER. ¡ Cierto ! (Se oye de nuevo el maullido.)

MARGARI. (Levantándose, a Guillermo.) Pero aquí está usted mal. Voy a llevárselo todo al comedor. (Queriendo llevarse la bandeja.)

GUILLER. (Impidiéndolo.) ¡ No !

KETTY ¡ Allí estarás mejor !

GUILLER. Os aseguro que estoy bien aquí. (Se oye maullar de nuevo.)

KETTY (Aparte.) ¡ Se va a impacientar ! (Nuevos maullidos.)

GUILLER. (Mientras come, con la boca llena.) ¿ Eh ? ¿ Hay gato en la casa ?

MARGARI. (Que se ha sentado en el canapé: vivamente.) ¡No, en la casa no!

KETTY ¡Alguno de la vecindad que anda por el tejado! (Nuevos maullidos.)

GUILLER. ¡Algún minino que llama a su amada!

KETTY ¿Tú crees?...

GUILLER. Sabido es que cuando un gato se pasea de noche es que está enamorado... (Nuevos maullidos.) ¡Pero la novia debe ser sorda!

MARGARI. ¡Quizás esté flirteando en otra parte! (Nuevos maullidos, gradualmente más rabiosos.)

GUILLER. ¡Ya escampa! (Maullidos.) ¿Es que va a maullar así toda la noche?

KETTY (Aparte.) ¿Cuándo se callará? (Maullidos.)

GUILLER. ¡Ya me está fastidiando ese animal! Levantándose.) ¡Espera un poco!

MARGARI. ¿Qué va usted a hacer?

GUILLER. A mandarle maullar a otra parte.

KETTY ¡Está en el tejado!

GUILLER. Debe estar en el balcón o en la calle y desde la ventana...

KETTY (Vivamente.) ¡No levantes el visillo!

GUILLER. (Creyendo que se niega por pudor.) ¡Nadie te verá!

KETTY ¡Yo te ruego!...

MARGARI. ¡No la contraríe usted! (Nuevos maullidos.)

GUILLER. ¡Es intolerable! ¡Acabaría por despertar al niño! (Levanta el visillo.)

MARGARI. (Lanzando un grito y haciendo señas a Ketty.) ¡Dios mío! ¡Le ha dado un ataque nervioso!

KETTY (Lanzando un grito y simulando un ataque.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (Se agita en el lecho.)

GUILLER. ¡Diablo!

MARGARI. ¡Ha hecho usted mal en contrariarla!

GUILLER. (Precipitándose hacia el lecho.) ¡Ketty! ¡Esposa mía!...

(En vez de responder Ketty lanza gritos inarticulados.)

MARGARI. (Que ha cogido del mueblecito de la derecha de la ventana un frasco de sales y se lo ha metido en el bolsillo, sin ser vista de Guillermo.) ¡Vaya usted



corriendo por el frasco de sales ; debe estar en el gabinete de toilette !

GUILLER. Sí, ya sé...

MARGARI. Desde que dió a luz está muy nerviosa, y la menor contrariedad...

GUILLER. ¡ Ketty, tranquilízate ! ¡ Voy a telefonar al doctor Spickler que venga inmediatamente !... (Se precipita hacia el teléfono.)

KETTY ¿ Eh ?

GUILLER. ...La recetará un calmante...

MARGARI. ¡ Es inútil que telefonee ; el doctor está de viaje !

GUILLER. ¡ Me darán las señas del 'sustituto ! (Llamando en el teléfono. Timbre.) Oiga... 53-90 !... ¡ No !! ¡ No ! ¡ Señorita ! 86-90.

KETTY (Aterrada, en voz baja a Margarita.) ¡ Impídelo !

MARGARI. (Idem.) Pero, ¿ cómo ?

KETTY ¡ No sé ! ¡ Inventa algo !

GUILLER. (Al teléfono.) ¿ El doctor Spickler ?

MARGARI. (Ocurriéndosele una idea genial.) ¡ Oh ! (Va rápidamente y coge las tijeras que están encima del tocador y corta los hilos del teléfono, que van pegados a la pared, durante las frases siguientes.)

GUILLER. (En el teléfono.) ¿ Es usted, doctor ? ¿ Luego no está usted de viaje ?... ¿ Quién soy ?... Pues el papá... (En este preciso momento Margarita corta los hilos.) ¿ Eh ? ¿ Eh ?... ¡ Han cortado !... ¡ Oiga... oiga !... ¡ Señorita !... ¡ No contesta !

MARGARI. (A Guillermo.) Traiga usted el frasco de sales, yo no me moveré de su lado.

GUILLER. Voy... ¡ Si llaman es el 86-90 ! ¡ Acuérdese usted !

MARGARI. Descuide.

GUILLER. ¡ Estas telefonistas !... (Vase rápidamente por la derecha.)

## ESCENA XII

KETTY, MARGARITA, después JIMMY.

KETTY (Saltando abajo del lecho.) ¡ Creí que no se iba nunca !

MARGARI. (Enseñando el frasco de sales, que saca del bolsillo.)  
¡Trabajo te mandó para que lo encuentres!

JIMMY (Por el foro, ocultando un niño bajo el abrigo.) ¿Se puede?

MARGARI. ¡Jimmy! ¡Ya era hora!

KETTY ¿Ha aceptado?

JIMMY A condición de que le críes hasta que sea mayor de edad.

KETTY (Con energía.) ¡Nos hemos salvado!

MARGARI. (Cogiendo al niño.) ¡Dame, pronto!

JIMMY (Desabotonándose el abrigo.) ¿Pero no me oíais?

KETTY Has estado a punto de comprometernos.

JIMMY ¿Yo?

KETTY En vez de maullar una vez... lo hacías como si cantara una señorita cursi. ¡Cuándo será el día que hagas algo bien!

JIMMY (Indignado de tanta ingratitud.) ¡Gracias!

MARGARI. (Que ha cogido el niño y dándoselo a Ketty.) ¿Tenía yo razón al decir que a esta edad todos los niños se parecen?... Tenlo un momento mientras cojo el otro.

KETTY Es igual, aunque éste es algo más gordito.

MARGARI. (Cogiendo al otro niño de la cuna.) Diremos que ha engordado durante la noche.

JIMMY ¡Justo! ¡Como los hongos! (Sacando un biberón del bolsillo.) ¡Toma el biberón de la pequeña!

KETTY } ¿De la pequeña?

MARGARI. }  
KETTY ¿Es una niña

JIMMY Sí.

KETTY (Exasperada.) ¿Y te has traído una niña?

JIMMY ¡Puesto que eran gemelas no podía traer un niño!

KETTY ¿Y crees que Guillermo no verá que su hijo ha cambiado de sexo? ¡Eres idiota!

JIMMY (Indignado.) ¡El colmo de la injusticia! Me dices: «¡vete a buscar al nene de la lavandera; es la Providencia quien nos lo

- envía...» ¿Es culpa mía si la Providencia se ha equivocado de sexo?
- MARGARI. ¡Pst! ¡Más bajo! Le dejaremos aquí esta noche...
- KETTY ¡Sí, y mañana buscaremos otro! (Deja el segundo recién nacido en la cuna y luego se mete en la cama.)
- JIMMY (Exasperado.) ¡No seré yo quien lo busque!
- MARGARI. Mientras tanto, vete a devolver éste a la Casa-cuna.
- JIMMY (Con los dientes apretados.) Siento tener que deciros...
- MARGARI. ¡Lárgate pronto!
- JIMMY (Con rabia, aparte, mientras coge el niño, que oculta bajo su abrigo, y subiendo.) ¡Y yo sin haber cenado aún! (Bajando.) ¡Me comeré el muslo durante el camino!... (Viendo que el plato está vacío y lanzando un grito.) ¡Ah!
- KETTY } (A la vez, asustadas.) ¿Qué?
- MARGARI. }
- JIMMY (Con cómica desesperación.) ¡Me han comido el muslo!

### ESCENA XIII

Dichos y GUILLERMO.

- GUILLER. (Por la derecha.) No puedo encontrar el frasco.
- KETTY } (A la vez aparte.) ¡Guillermo!
- MARGARI. }
- JIMMY }
- GUILLER. (Viendo a Jimmy, que trata de irse sin ser visto.) ¿Dónde vas?
- JIMMY (Turbado.) A ninguna parte... es que vuelvo.
- GUILLER. (Poniendo la mano en el hombro de Jimmy y mirando el bulto que está oculto bajo el abrigo.) ¿Qué ocultas ahí?
- JIMMY (Mirando al techo.) ¿Dónde?
- GUILLER. No arriba, bajo el abrigo.
- JIMMY (Mirando turbado el bulto.) Nada...

KETTY (Aparte.) ¡ Dios santo !

GUILLER. (Dándose cuenta de lo que oculta.) ¡¡ Si es mi hijo !!

JIMMY Voy a llevarle a tomar un poco el aire.

GUILLER. (Furioso.) ¿ Te has vuelto loco ? ¿ A las diez de la noche ? (Quitándole el niño.) Dámelo en seguida y le pondré en su cunita. (Meciéndole cariñosamente le lleva a la cunita.)

KETTY (Aparte.) ¡ Estoy perdida !

GUILLER. (Lanzando un grito al ver otro niño en la cuna.) ¿ Qué es esto ? (Mirando alternativamente a los tres.)

MARGARI. (Vivamente y muy nerviosa.) ¡ El otro !

GUILLER. ¿ Qué otro ? (Asaltándole una idea repentina y con indescriptible alegría marcada en su rostro.) ¡ Ah ! ¿ Luego son gemelos ?

KETTY  
MARGARI. } (A la vez, insistiendo.) ¡ Sí !

JIMMY  
GUILLER. (Radiante de alegría cogiendo al otro niño que está en la cuna.) ¡ Hijos de mi corazón ! (Bajando al centro con un niño en cada brazo y dirigiéndose a Ketty.) ¿ Por qué no lo dijiste antes ?

KETTY (Turbada y ruborosa.) ¡ Me dió vergüenza ! (Se oculta rápidamente bajo las ropas de la cama.)

MARGARI. ¡ Era una sorpresa !

GUILLER. ¡ Este es el colmo de la felicidad !

JIMMY ¡ El colmo ! ¡ El colmo ! ¡ El colmo ! ! !

(Guillermo, loco de alegría, se sienta en la silla y les hace saltar en sus rodillas, cantando una canción infantil. Ketty se deja caer sobre la almohada. Margarita, no pudiendo soportar este cuadro, se vuelve de espaldas levantando los brazos al cielo ; mientras que Jimmy, de reojo, contempla atontado a Guillermo. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





## ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Algunos minutos después.

### ESCENA PRIMERA

KETTY, MARGARITA, JIMMY y GUILLERMO. Al levantar el telón, Guillermo está sentado, con los dos niños sobre sus rodillas. Ketty y Margarita cambian miradas de angustia. A la derecha de Guillermo se halla de pie Jimmy, balanceando su reloj por un extremo de la cadena ante el rostro de los niños.

GUILLER. Más bajo, Jimmy, más bajo... (Jimmy baja su reloj.)

JIMMY Si no he abierto la boca.

GUILLER. Mírales... Tienen los ojos fijos en tu reloj.

JIMMY Para ver la hora que es.

GUILLER. ¿A su edad?... ¡Qué tonto eres!

JIMMY (Disgustado.) ¡Gracias!

GUILLER. ¿Qué nombre le habéis puesto?

JIMMY ¿A quién?...

GUILLER. ¿Cómo a quién?... ¡Al segundo niño!

JIMMY Pregúntale a tu mujer... Yo tengo tan mala memoria para los nombres...

GUILLER. (Sorprendido.) ¿No te acuerdas?...

KETTY (Vivamente.) ¡Se llama Guillermo!

JIMMY Como Shakespeare, como el Kaiser...

GUILLER. Y como yo... ¡Excelente idea!... Así, cuando el papá falte, siempre habrá un Guillermo.

JIMMY (Aparte.) Y cuando el hijo falte también lo habrá.

GUILLER. (A Jimmy.) ¿Quién me había de decir que

al volver a Nueva York me encontraría con dos niños?...

JIMMY (Aparte.) ¡Uno de ellos es niña!

GUILLER. (Levantándose.) ¡Tengo unas ganas de verlos desnuditos!

KETTY (Idem.) ¿A estas horas?... ¿No comprendes?...

JIMMY (Púdico.) ¡Que estoy aquí yo!

KETTY Están fajados para la noche.

GUILLER. (A Ketty.) ¡Ah, entonces!...

MARGARI. (Acercándose a Guillermo.) Bastante ha jugado usted con ellos; ya es hora de acostarles.

GUILLER. (A Margarita.) Bueno... ¿dónde está la cuna del otro?

KETTY (Sobrecogida.) ¿La cuna... del otro?

GUILLER. (Como si estuviera en autos.) La habéis oculto para que yo no la viera al llegar.

KETTY No... la traerán mañana.

GUILLER. ¿Cómo?...

KETTY Cuando encargamos ésta, no podíamos preveer...

GUILLER. (Alegremente.) ¡Naturalmente! Esperabas sólo un heredero y han venido dos.

JIMMY (Aparte, indicando a Ketty.) ¡Nunca ha dicho tantas mentiras seguidas como desde que no miente!

MARGARI. Mientras tanto, duermen los dos en la habitación de los huéspedes, junto a mí; y así no les pierdo de vista. Démelos. (A Guillermo.)

GUILLER. No, yo los llevaré.

KETTY (Impaciente.) ¡Y dale!...

MARGARI. Pues déjelos usted en la cama, en seguida voy.

GUILLER. (A Ketty.) Guillermito es más pesado que Jimmy.

JIMMY Allá se van.

GUILLER. ¡Lo menos pesa una libra más! ¡Voy a tener que ganar mucho dinero para criar a mis nenes! (A los niños.) ¿Verdad, bribones? (Vase por la derecha con los niños.)



ESCENA II

Dichos, menos GUILLERMO, después, MARY.

- KETTY (A Margarita.) ¡Cierra la puerta!
- JIMMY ¡Ahora me van a poner verde!
- KETTY (Saltando del lecho, a Jimmy.) ¡Puedes vanagloriarte de habernos puesto en este compromiso!...
- JIMMY (A media voz.) No te decía yo...
- KETTY ¿Qué?
- JIMMY ¡Nada, nada! Continúa.
- KETTY ¡Tuviste tiempo sobrado para escapar con el niño, pero no; tú no pensabas más que en el muslo del pollo!
- JIMMY ¡Quisiera veros en mi lugar y sin comer desde esta mañana!
- MARGARI. Ketty tiene razón. Lo has tomado con mucha tranquilidad.
- KETTY ¡Le tiene sin cuidado el apuro en que nos encontramos!
- JIMMY (Rabioso.) ¡Cierto! ¡Estoy tan satisfecho como si me hubiera comido a mí mismo!
- MARGARI. (A Jimmy a media voz.) ¡Jimmy!...
- JIMMY (Rabioso.) ¡Mal rayo me parta!
- MARGARI. (A Jimmy.) ¡Es la primera vez que te oigo jurar!
- JIMMY ¡Y no será la última si esto continúa!...
- (Timbre dentro.)
- KETTY ¡Han llamado!
- MARGARI. ¿Será Miss Petickton?
- KETTY (Enloquecida.) ¡Vendrá por el niño! (A Margarita.) ¿Qué hacemos?
- JIMMY ¡Devolvérselo y que la ahorquen!
- KETTY ¿Estás loco? ¿Y Guillermo?
- JIMMY ¡Le quedará su Guillermina!
- KETTY ¿Ahora que le has dado dos gemelos?
- JIMMY ¿Yo?
- KETTY ¿No dirás que se los he dado yo?
- MARGARI. Si te hubieras largado a tiempo, no estaríamos como estamos.

JIMMY ¡ Naturalmente ! ¡ Yo soy el asno de la fábula, yo soy el asno !  
KETTY ¡ Para ser un asno no te falta nada !  
MARY (Por el foro.) Es Miss Petickton... viene furiosa y dice que no se irá sin el niño.  
KETTY ¡ Dios mío !...  
MARGARI. Rúégale que espere...  
MARY Bueno, señora. (Mutis por foro izquierda.)

### ESCENA III

Dichos, menos MARY, después, GUILLERMO dentro.

JIMMY ¿ Pero se esperará hasta que el niño sepa leer?  
KETTY (Encogiéndose de hombros.) No se trata de que espere tanto, sino hasta que dispongamos de otro.  
JIMMY (Levantándose.) ¿ Pero te figuras que se fabrican niños al por mayor, como se sacan circulares en las máquinas de escribir?  
KETTY Tú ya has sacado dos.  
JIMMY Y no sacaré el tercero ; la máquina se ha estropeado. (Gira los ojos en las órbitas mirándolas y refunfuñando.)  
MARGARI. (A Jimmy.) Vamos, no empieces de nuevo ; ve a casa de la lavandera.  
KETTY ¡ Sí, vete a buscar el otro gemelo !  
JIMMY ¡ Y tendréis dos niñas !  
KETTY ¡ Mañana encontraremos dos niños !  
JIMMY (Exasperado.) ¡ Sería el cuento de nunca acabar ! ¿ Creéis que voy a pasarme la vida en este género de comisiones ? ¡ No ! ¡ Suceda lo que suceda no vuelvo a casa de la lavandera !  
KETTY }  
MARGARI. } (Suplicantes.) ¡ Jimmy !...  
JIMMY (Sentándose en la silla.) ¡ Soy un asno y no podéis figuraros lo testarudos que son !  
KETTY (Muy zalamera.) ¡ Jimmy !... ¡ Mi querido Jimmy ! Te he agraviado injustamente y te pido perdón.

- JIMMY ¡ No admito tus excusas !  
KETTY (Idem.) En el fondo, no eres malo ; tienes buen corazón...
- JIMMY ¡ No !  
MARGARI. ¡ Sí ! ¡ Tú eres muy bueno, muy cariñoso !  
JIMMY (Moviendo la cabeza negativamente.) Ya pasó ese tiempo !
- KETTY Somos amigos desde la niñez... Cuando éramos chiquitines, jugábamos juntos... ¿ te acuerdas ?
- JIMMY (Levantándose.) Sí, me pegabas siempre y me echabas acíbar en los caramelos...
- KETTY ¡ Son cosas que se recuerdan siempre con placer !
- JIMMY (Sentándose en la butaca.) ¡ El acíbar, no !  
MARGARI. (Suplicante.) ¡ Mi querido maridito !  
JIMMY Es inútil que tratéis de convencerme. He cedido una vez a vuestras súplicas y me he cansado...
- MARGARI. (Llorosa.) ¡ Jimmy !  
KETTY (Levantándose muy indignada.) ¡ No insistas más, puesto que nada le conmueve, tanto peor !  
¡ Se lo confesaré todo a Guillermo !
- JIMMY ¡ Es la primera cosa razonable que te oigo decir !
- KETTY (Con intención.) Le confesaré con quién almorcé en el Saboya...
- JIMMY (Aparte, muy inquieto.) ¿ Eh ?  
KETTY Y como es violento y celoso, seguramente nos matará a los dos.
- JIMMY (Aparte, levantándose.) ¡ Maldito almuerzo !  
KETTY ¡ Qué me importa ya la vida !  
MARGARI. (A Jimmy.) ¿ Y podrías vivir con dos cadáveres sobre tu conciencia?...
- JIMMY (Con rabia contenida.) ¡ Tienes razón ; no podría vivir con dos cadáveres sobre mi conciencia... (sobre todo si uno de ellos era el mío !)
- MARGARI. (Con alegría.) ¡ Estaba segura !  
GUILLER. (Dentro.) ¡ Margarita !... (Ketty se precipita en el lecho.)

KETTY }  
MARGARI. } ¡Guillermo !...  
JIMMY      Esta sarta de mentiras es insoportable.

#### ESCENA IV

KETTY, MARGARITA, JIMMY, GUILLERMO, después MISS PETICKTON, dentro.

GUILLER. (Entrando por la derecha.) ¿Quién ha venido?

MARGARI. }  
KETTY } ¡¡Nadie !!  
JIMMY }

GUILLER. ¿Cómo? ¡ Si han llamado hace un instante !...

KETTY (A Margarita.) ¿Tú has oído llamar?

MARGARI. ¡ No !

KETTY (A Jimmy.) ¿Y tú?

JIMMY ¡ Si hubieran llamado lo hubiera oído !

KETTY ¿Lo ves? (A Guillermo.)

GUILLER. Pues yo hubiera apostado... Puesto que los niños duermen, voy a charlar un rato con Jimmy.

MARGARI. (Vivamente.) ¡ Imposible, porque se va ahora precisamente !

KETTY Sí, precisamente.

JIMMY. Précisamente.

GUILLER. ¿A dónde vas a estas horas?

JIMMY A tomar el aire.

GUILLER. ¿No lo tomaste hace poco con tu tocayo?

JIMMY Yo gozo de buena salud por la costumbre de tomar el aire con frecuencia.

KETTY No insistas, puesto que se quiere ir.

GUILLER. Ya tomará el aire después. (A Jimmy.) Ahora vas a quedarte un rato y jugaremos una partida de dominó.

JIMMY ¡ No juego ya al dominó !

GUILLER. ¿Por qué?

JIMMY Es un voto que hice desde que te fuiste.

GUILLER. ¿Un voto?

PETICK. (Desde dentro.) No, joven ; es inútil...



KETTY  
MARGARI. } ¡ Miss Petickton !  
JIMMY  
GUILLER. ¡ Bien decía yo que alguien había llama-  
do !...

PETICK. ¡ No puedo esperar más !  
GUILLER. ¿ Quién es esa mujer ?...  
MARGARI. (Con súbita inspiración.) ¡ El ama !  
JIMMY }  
KETTY } ¡ El ama !  
GUILLER. (A Jimmy.) ¿ La que se volvió loca ?...  
JIMMY (Estupefacto.) ¿ Eh ?  
MARGARI. (Haciendo señas a Jimmy.) Ya sabes que por  
eso tuvimos que despedirla...  
KETTY (Idem.) Empezó con rarezas...  
MARGARI. Y se volvió loca de repente...  
JIMMY. (Vivamente.) ¡ Ah, sí... sí !... ¡ Loca de re-  
mate !  
MARGARI. ¡ Se pasaba el tiempo tocando el timbre !  
KETTY. Creía que le habían robado una criatura...  
MARGARI. (Continuando.) ¡ Que era la directora de una  
Casa-cuna y un sin fin de extravagancias  
por el estilo...  
GUILLER. ¡ Pobrecita !  
JIMMY. (¡ Por lo menos debieran avisarme !...)

## ESCENA V

Dichos y MISS PETICKTON.

PETICK. (Dentro.) Déjeme usted pasar... quiero ha-  
blar con el señor Hárrison... (Entrando por  
el foro.) ¿ Dónde está el niño ? Devuélva-  
mente inmediatamente.

GUILLER. Cálmese, cálmese. Tenemos mucho inte-  
rés por usted, pero no venga aquí a ar-  
mar escándalo.

PETICK. ¿ Escándalos ? ¡ Soy la directora de la Ca-  
sa-cuna !

GUILLER. Sí, ya lo sabemos...

PETICK. Y no es culpa mía que la madre quiera  
que la devuelvan su hijo...

GUILLER. ¡ Es evidente !

KETTY

MARGARI. } ¡ Evidentísimo !

JIMMY

GUILLER. (Bajo a Jimmy.) ¡ Está completamente loca !

JIMMY (Bajo a Guillermo.) ¡ Rematada !

PETICK. ¿ Dónde está ?

GUILLER. ¡ Tranquilícese usted, que se lo vamos a devolver ! (A Jimmy en voz baja.) ¡ Llévatela a un Asilo !

JIMMY (Idem a Guillermo.) ¡ Buena idea !

GUILLER. (A Miss Petickton.) Va usted a ir con mi amigo el señor Scott que se lo entregará...

PETICK. ¿ No está aquí ?

GUILLER. ¡ No !

KETTY

MARGARI. } ¡ ¡ No !!

JIMMY

PETICK. ¿ A dónde le ha llevado usted ? (A Jimmy.)

JIMMY Se lo diré por el camino. ¿ Vamos ?

KETTY

MARGARI. } ¡ Ande, váyase usted !

GUILLER.

PETICK. (A Ketty.) Dispénsenme por haber entrado tan bruscamente...

GUILLER. ¡ Está usted dispensada !

KETTY

MARGARI. } Sí, sí...

JIMMY ¿ Vamos ya ?

PETICK. (Dirigiéndose a Ketty.) Yo buscaré otro niño que pueda usted adoptar.

GUILLER. ¿ Adoptar un niño cuando tenemos dos gemelos ?

PETICK. (Estupefacta.) ¿ Dos gemelos ?

JIMMY (Llevándosela a la fuerza.) ¡ Pero ande usted !

PETICK. (A Jimmy.) ¿ Tiene dos gemelos ?...

JIMMY ¡ Sí !... ¡ Sí !... (Aparte, al hacer mutis con Miss Petickton.) ¡ A esta sí que la estrangulo !

(Hacen mutis.)



ESCENA VI

Dichos, menos JIMMY y MISS PÉTICKTON.

- GUILLER. ¡ La infeliz no tiene cura ; está en un estado lamentable !
- MARGARI. ¡ Lamentable !
- KETTY ¡ Lamentabilísimo !
- GUILLER. Hasta se le ha olvidado que tienes dos gemelos.
- KETTY ¡ Infeliz !
- MARGARI. ¡ Pobre mujer !
- GUILLER. ¿ Cómo se llama esa desgraciada ?
- KETTY Se llama... Julia.
- MARGARI. ¡ Julia Jinck !
- GUILLER. ¿ Julia Jinck ?
- KETTY ¡ Sí !
- GUILLER. (Que se aproxima al lecho.) ¡ Qué pálida estás !
- KETTY Al ver a esa pobre mujer...
- MARGARI. Es tan nerviosa...
- GUILLER. Estas emociones son malas para ti... (Y ahora que caigo, ¿ querrán admitirla en un Asilo sin una orden del jefe de policía ? Voy a la Dirección...
- MARGARI. (Con espanto.) ¿ A la Dirección ?
- GUILLER. No estaré tranquilo mientras que Julia Jinck esté en libertad.
- KETTY (Sentándose en la cama.) ¡ No vayas a ver a la policía !
- GUILLER. ¿ Por qué ?
- KETTY Porque esa mujer no merece que te ocupes de ella.
- MARGARI. ¡ Su locura es debida al alcoholismo !
- KETTY Al alcoholismo.
- GUILLER. ¡ Razón de más ; es una mujer peligrosa ! No tengo ganas de volverla a ver. Voy a la Dirección, que está en la esquina de esta calle y hablaré con el jefe de policía.
- KETTY (Bajo a Margarita.) Impídele que se vaya.
- MARGARI. Quédese usted ; yo iré a la Dirección.
- KETTY (Suplicante.) ¡ Sí, ella irá !...

GUILLER. ¡No! (A Margarita.) Su presencia aquí es más útil que la mía. ¡Cálmela, Margarita, vuelvo en seguida!

KETTY ¡Yo te ruego!...

GUILLER. ¡Vuelvo en seguida, Ketty, vuelvo en seguida! (Vase foro.)

## ESCENA VII

Dichos menos GUILLERMO, luego JIMMY.

KETTY (Desesperada, sentándose en la cama.) ¡A ver al Director de policía! ¡Esta vez sí que estamos perdidos!

MARGARI. Tranquilízate; yo le visitaré mañana, es íntimo amigo nuestro y no nos traicionará.

KETTY ¡Cuán agradecida te estoy, querida Margarita!

MARGARI. ¿No harías tú lo mismo en mi lugar? Y además, pensándolo bien, es preferible que no esté aquí Guillermo cuando Jimmy vuelva con la otra nena.

KETTY ¡Sí, es verdad! (En este mismo instante se abre la puerta de la segunda izquierda y aparece Jimmy, el vestido destrozado, el sombrero apabullado y llevando en la mano roto en dos el paraguas que llevaba miss Petickton.) ¿Quién?

JIMMY (Con voz entrecortada.) ¡Soy yo! ¡O al menos lo que resta de mí y de un paraguas!

KETTY }  
MARGARI. } ¡Jimmy!

JIMMY ¡Me ha molido a golpes!

MARGARI. ¿Quién?

JIMMY ¡Esa bruja!

KETTY ¿Qué bruja?

JIMMY ¡Esa histérica, la Petickton! ¡Al llegar a la esquina de esta calle la dejé plantada y eché a correr a casa de la lavandera... me siguió y logró darme alcance!

KETTY ¡Debiste correr más de prisa!

- JIMMY (Con naturalidad cómica.) Mira, no se me había ocurrido.
- MARGARI. (Impaciente.) ¿Y después?...
- KETTY (Idem.) ¿Y después?...
- JIMMY Me echó mano, quise rechazarla... y gritando como una furia me rompió el paraguas en la cabeza. Entonces, para librarme de ella, la solté unos cuantos puñetazos y rodamos ambos hechos una pelota hasta el borde de la acera. (Se sienta en la silla junto a la mesa.)
- KETTY (Ansiosa.) ¿Y ahora, dónde está?
- JIMMY (Con mucha flemma.) Debe estar muerta.
- KETTY } ¿Muerta?...
- MARGARI. }
- JIMMY ¡Al menos así lo creo!
- MARGARI. ¡Oh!
- JIMMY La he dejado inerte. Su cuerpo formaba una barrera y el agua ha debido empujarla poco a poco hasta la boca de la alcantarilla... Con tal que la boca sea bastante grande para que se la trague...
- MARGARI. ¡Jimmy!
- JIMMY Creerán que se trata de un suicidio.
- KETTY ¿Y no has ido a casa de la lavandera?
- JIMMY (Levantándose y mostrando el traje.) ¿Cómo presentarme así?
- KETTY ¡Ay, qué hombre!
- JIMMY He vuelto corriendo y he subido por la escalera de servicio.
- MARGARI. Pues ahora voy a ir yo.
- KETTY ¡Sí, sí, vete!
- JIMMY ¡Ha llegado la ocasión de que me reemplaces! (Se oye dentro llorar a los niños.)
- MARGARI. ¡Se han despertado los niños!
- KETTY Vete; yo me ocuparé de ellos. (Se levanta.)
- JIMMY (Llamándola.) ¡Margarita!
- MARGARI. ¿Qué?
- JIMMY ¡Si pasas por alguna salchichería, cómprame un jamón!
- MARGARI. (Despectivamente.) ¡Bah! (Vase indignada por el foro.) Buenas estamos para bromas.

JIMMY      Pues no conozco nada más serio para la vida... ¡Tengo una bulimia !...

KETTY      (Sin comprender.) ¿Eh?

JIMMY      ¡Hambre canina !

KETTY      ¡Qué hombre !

JIMMY      (Sentándose en la silla con amargura.) ¡No, qué hambre ! ¡Puedes quejarte ; ayer tenía yo un nombre honorable en la fabricación de neumáticos antiestallables, y tú has hecho de mí un asesino ! (Cogiendo un pedazo de pan.) Como Macbeth, cada vez que me mire al espejo veré á miss Petickton... (Trágico.) ¡Vete, maldita mancha... vete !... Todos los perfumes de Arabia no lograrán desinfectar estas pequeñas manos homicidas...

KETTY      ¡Si he hecho de ti un asesino, al menos no has perdido el apetito !

JIMMY      ¡Porque soy un criminal hambriento !

KETTY      Di mejor un pobre diablo. (Vase por la segunda derecha.)

### ESCENA VIII

JIMMY, después MISS PETICKTON.

JIMMY      (Solo, indignado.) ¡Así es el mundo.) ¡Mate usted a alguien para obtener esta recompensa !

PETICK.      (Dentro.) ¿Dónde está ese miserable?...

JIMMY      (Levantándose con espanto.) ¡Miss Petickton ! ¡La boca de la alcantarilla era demasiado estrecha !

PETICK.      (Dentro.) ¿Dónde está?...

JIMMY      (Ocurriéndosele una idea.) ¡Me ha seguido ! (Salta rápidamente a la cama y se oculta debajo de la colcha. Miss Petickton entra, la manteleta destrozada, el sombrero de medio lado, desgrefiada y llevando en la mano el resto del paraguas.)

PETICK.      ¡Se me ha escapado, pero ha entrado aquí ! (Aproximándose al lecho.) ¡Ah, la seño-



ra Harrison; hace usted bien en ocultarse bajo las sábanas! ¿Dónde está el señor Scott? ¿Y el niño?... ¿No contesta usted?... Duerme... Bueno, me dirigiré a la policía. ¿Por dónde se habrá escapado ese bandido?... (Viendo la puerta de la izquierda.) ¡Ah, por aquí!... (Vase furiosa por la primera izquierda).

JIMMY (Sacando la cabeza.) ¿Se ha ido?... ¡Por fin! (Levantándose.) ¿Es que esta histérica me va a perseguir?...

PETICK. (Dentro.) ¿Dónde está ese miserable?  
JIMMY ¡Aquí viene! (Al irse a subir a la cama, se detiene.) ¡No; es muy capaz de levantar las sábanas!... (Asaltándole una idea.) ¡Ah!... (Se oculta rápidamente debajo del lecho.)

PETICK. (Por la primera izquierda.) ¡No está aquí!... (Aproximándose a la cama.) ¡Ah! ¡También ha huído!... (Mirando a la puerta de la segunda izquierda.) ¡Veamos por esta parte!...

JIMMY (Sacando la cabeza de debajo del lecho y viéndola irse.) ¡He hecho bien en bajarme de piso!

## ESCENA IX

JIMMY, KETTY, después GUILLERMO.

KETTY (Apareciendo en la puerta de la derecha.) Los niños se han dormido.

GUILLER. (Dentro.) ¡Bueno, perfectamente!

KETTY ¡Guillermo!

JIMMY (Aparte.) ¡Cáspita! (Ketty salta al lecho mientras que Jimmy desaparece debajo.)

GUILLER. (Por el foro.) Ya ves que no he tardado. El jefe de policía ha telefoneado al Asilo para anunciar la llegada de esa desgraciada y del amigo Jimmy... ¿Dónde está Margarita?

KETTY (Desconcertada.) Se ha ido a su casa.

GUILLER. ¿A qué?

KETTY A buscar ropa para mudarse.

- GUILLER. (Inquieto.) ¿Y los niños están solos?
- KETTY ¡Duermen!
- GUILLER. Voy con ellos mientras vuelve Margarita.
- KETTY ¡Les vas a despertar!
- GUILLER. ¡No meteré ruido!
- KETTY (Suplicante.) ¡Guillermo!
- GUILLER. Te lo aseguro...
- KETTY (Interrumpiéndole imperiosamente.) Parece que te complaces contrariándome. Acabaré por caer enferma.
- GUILLER. ¡Oh! ¿Qué sería de esos angelitos si su mamáita cayera enferma? Me estaré contigo: ¿estás contenta? (Se sienta en la butaca.) Vamos, procura descansar un poquito.
- KETTY (Inquieta.) ¿Y tú vas a pasar la noche con ese traje? Cámbiate de ropa.
- GUILLER. ¡Sí!... (Se levanta.) Haré cuanto tú quieras...
- KETTY (Protestando.) ¿Todo?
- GUILLER. ¡Todo! (Cariñoso.) ¡Duerme, hijita, duerme! (Vase por primera izquierda, después de hacer girar el conmutador eléctrico que se encuentra junto a la primera derecha. La araña se apaga.)
- KETTY ¿Y esa Margarita sin volver? (Callándose, con espanto.) ¡Dios mío! ¡Se ha movido la cama! (Gritando.) ¡Socorro! ¡Socorro!
- JIMMY (Sacando la cabeza.) ¡Cállate, mujer, soy yo!...
- KETTY (Estupefacta, inclinándose.) ¡Jimmy!
- GUILLER. (Dentro.) ¡Ya voy, querida!
- KETTY }  
JIMMY } ¡Guillermo! (La cabeza de Jimmy desaparece.)
- GUILLER. (Entrando rápidamente y dando vuelta al conmutador eléctrico. La araña vuelve a encenderse.) ¿Qué te pasa?
- KETTY ¿A mí? ¡Nada! (Con aire inocente.)
- GUILLER. Como has gritado socorro...
- KETTY (Vivamente.) ¡No he sido yo, ha sido en la calle!
- GUILLER. (Aproximándose a la ventana.) ¿En la calle?
- KETTY ¡Sí! Dos borrachos que reñían.



GUILLER. ¡Qué susto me has dado! Hubiera jurado que era tu voz!

KETTY No.

GUILLER. (Inquieto.) Con tal de que no hayan despertado a los niños.

KETTY Si estuvieran despiertos llorarían.

GUILLER. (Escuchando en la puerta de la derecha.) ¡Duermen!... (Se ve aparecer la cabeza de Jimmy por debajo de la cama, coge un libro de la tabla de abajo de la mesita-etagere y se pone a leer tranquilamente. Guillermo se sienta en el lecho, pero de frente al público.) ¡Dime, Ketty!

KETTY ¿Qué, amor mío?

GUILLER. ¿Qué haremos del segundo?

KETTY ¿Del segundo?

GUILLER. ¡De Guillermito! El primero será almirante.

KETTY Comprenderás que no es hora de hablar del porvenir de Guillermito; van a dar las once.

GUILLER. Sí, mañana hablaremos. (Abraza a Ketty, después se levanta y se dirige hacia la puerta izquierda. Jimmy desaparece bajo el lecho.) Ya veo a Jimmy mandando un acorazado. ¡Qué guapo estará de almirante! (Vase primera izquierda.)

## ESCENA X

JIMMY y KETTY.

KETTY (Inclinándose y dando golpes sobre el lecho.) ¿Qué haces ahí?

JIMMY (Sacando la cabeza.) ¡Mecachis! ¡Qué bajo está el techo!

KETTY (Impaciente.) ¡Contesta!

JIMMY ¡Deja primero que salga!... (Sale de debajo del lecho.)

KETTY Vamos, habla.

JIMMY La Petickton no ha muerto. Me ha seguido hecha una furia y...

KETTY (Saltando de la cama.) ¿Está aquí?

JIMMY ¡Tranquilízate, se ha ido!  
KETTY ¡Y no le has dicho que le devolveremos el niño!

JIMMY ¿Hablar a esa fiera? ¡Dios me libre!  
KETTY (Irónica.) ¡No has oído más que a tu valor y te has ocultado! ¿Por qué no esperaste cinco minutos más, cobarde?

JIMMY ¡Porque es preferible ser cobarde cinco minutos, que no ser cadáver el resto de mi vida! ¡Como no me vieses hecho pedazos como un rompecabezas, no estarías satisfecha!

KETTY ¡No sería yo quien reuniese los pedazos!  
JIMMY (Rabioso.) ¡Oh, si no me contuviera!...  
KETTY (Desafiándole.) ¿Qué?...  
JIMMY Le diría a Guillermo... ¡yo fui... yo fui quien almorzó con tu mujer en el Saboya; mátanos si quieres, pero que esto acabe! Yo estoy hartos.

KETTY Tengo la seguridad de que no lo harás.  
JIMMY (Con energía.) No... porque soy un hombre galante...  
KETTY Y porque tienes miedo por tu piel.  
JIMMY ¡Justo! Y porque tengo miedo por mi piel.

## ESCENA XI

Dichos y MARGARITA.

MARGARI. (Por el foro con un niño envuelto en un chal.) Aquí estoy.

KETTY ¡Por fin!

MARGARI. Traigo la nena.

KETTY (Yendo rápidamente a correr el pestillo de la puerta de la primera izquierda.) Ha vuelto Guillermo y, para mayor seguridad, le encierro.

MARGARI. ¡Lo que he corrido... imposible encontrar un auto!

KETTY ¡Pronto, dámelo, voy a buscar el otro!  
(Coge la nena.) ¡Ay, Margarita; no eres una amiga, sino una hermana!

MARGARI. ¡ Bueno, date prisa !

KETTY (Yéndose por segunda derecha con la nena.) ¡ Nos hemos salvado !

MARGARI. (A Jimmy, que se ha sentado en la butaca.) ¿ Y no dices nada ?

JIMMY (Rabioso.) ¡ No digo nada porque pienso ; nunca he podido hacer dos cosas al mismo tiempo !

MARGARI. ¿ Y en qué piensas ?

JIMMY En que las gentes que sostienen que el continente debe ser más grande que el contenido, son unos imbéciles ; porque si fuera verdad, el corazón de una mujer no podría contener tanta ingratitud.

MARGARI. ¿ Qué te pasa ?

JIMMY (Levantándose.) ¿ A mí ? ... ¡ Nada ! Todo lo que aquí ocurre es tan encantador, que desde hace dos horas nado en un mar de felicidad. Y ahí te quedas. Yo necesito reponer mis fuerzas.

KETTY (Entrando con el primer niño.) ¡ Si supieseis la pena que me cuesta separarme de él ! ...

(A Jimmy.) ¡ Toma, Jimmy !

JIMMY (Fríamente.) Gracias. ¡ No tomo nada entre horas !

KETTY ¿ Te niegas a llevarle a la Casa-cuna ?

MARGARI. ¿ Te niegas ?

JIMMY (Feroz y cogiendo al nene.) ¡ No ! Cargaré con él. Quiero apurar el cáliz hasta las heces !

(Vase por el foro.)

KETTY ¡ Ahora ya puede entrar Guillermo !

MARGARI. ¡ Yo me voy con los niños ! (Vase segunda derecha.)

## ESCENA XII

KETTY, después GUILLERMO.

KETTY (Volviéndose a acostar.) Ya estamos tranquilos hasta mañana.

GUILLER. (Por la primera izquierda. Se ha puesto una camisa de seda.) ¿ Con quién hablabas ?

KETTY Con Margarita, que acaba de regresar.  
GUILLER. Y Jimmy, ¿no ha vuelto todavía?  
KETTY No.  
GUILLER. Con tal de que el ama no se le haya escapado...  
KETTY No me hables de esa desgraciada.  
GUILLER. Afortunadamente, nada tenemos que temer; la casa está vigilada.  
KETTY (Inquieta.) ¿Eh?  
GUILLER. El jefe ha puesto un policía en la puerta, y si tratase de robarnos nuestros hijitos...  
KETTY (Lanzando un grito.) ¡Dios mío!  
GUILLER. (Asustado.) ¡Ketty!  
KETTY (Aterrada, poniéndose de rodillas en la cama.) ¿Un guardia abajo?  
GUILLER. Para vigilar la casa.  
KETTY (Retorciéndose las manos.) ¡Dios Santo!  
GUILLER. ¿Qué te pasa? (Ruido de voces y disputa dentro.)  
¿Qué ocurre? (Aparece en la segunda un Policía, llevando por el brazo a Jimmy, que lleva un niño.)

### ESCENA XIII

Dichos, JIMMY y el POLICÍA.

POLICÍA Tendrá usted razón, sígame usted.  
GUILLER. (Lanzando un grito de estupefacción.) ¡Ah!  
KETTY (Desesperada, aparte, indicando a Jimmy.) ¡Qué torpeza!...  
JIMMY (Gritando.) ¡Suélteme! ¿Sabe usted quién soy? ¡Formularé una queja!  
GUILLER. ¡El Policía y Jimmy!  
POLICÍA. Dispensen ustedes si molestamos...  
GUILLER. (Viendo el niño.) ¡Mi hijo!... (Cogiéndole.) ¡Hijo mío!...  
POLICÍA Se lo traigo a usted, caballero.  
GUILLER. ¿Dónde lo ha encontrado usted?  
POLICÍA En los brazos de ese individuo, que se escapaba con él. (Señalando a Jimmy.)  
JIMMY (Furioso.) Yo no soy un «individuo»...  
GUILLER. ¿Te escapabas con mi hijo?



- JIMMY ¡Qué me había de escapar! ¡No sabe lo que se dice!
- POLICÍA (Furioso.) ¿Que no sé lo qué me digo?
- JIMMY (Sin hacerle caso, a Guillermo.) Yo salía tranquilamente...
- POLICÍA (Rectificando.) Usted corría.
- JIMMY (Prosiguiendo.) Yo salía tranquilamente corriendo. ¿Está usted satisfecho?
- GUILLER. ¿Y por qué corrías?
- JIMMY (Señalando al niño.) Para hacerle tomar un poco de aire.
- GUILLER. ¿Otra vez?
- KETTY (A Guillermo.) Oyeme...
- GUILLER. (A Ketty.) Deja que me entienda con Jimmy.
- KETTY (Llorando.) ¡Margarita! ¡Margarita!
- GUILLER. ¿Pero estás loco? ¿Hacerle tomar el aire a las once de la noche?

## ESCENA XIV

Dichos y MARGARITA.

- MARGARI. (Por la derecha, entrando sonriente con los dos niños en los brazos.) ¿Llamabas, Ketty?
- GUILLER. (Volviéndose y lanzando un grito de estupefacción.) ¡Ah!
- MARGARI. (Aparte.) ¡Plancha! (Al ver al otro niño.)
- JIMMY (Aparte.) ¡Siempre fui admirador de Herodes!
- GUILLER. (Permanece estupefacto, su mirada ya del niño que tiene a los que Margarita lleva en los brazos. Se frota los ojos, después se pasa la mano por la frente como preso de un vértigo, tratando de articular un sonido que no logra emitir. Ketty permanece ansiosa y muda.) Pero... pero... ¿son míos esos dos?
- MARGARI. (Tranquilamente y con voz dulce.) ¡Claro está!
- GUILLER. (A Ketty.) ¿Son míos, Ketty?
- KETTY (Esforzándose por sonreír.) Nuestros.
- GUILLER. (Mostrando al que tiene en los brazos.) ¿Y éste?
- MARGARI. (A Guillermo.) ¿No le ha dicho a usted Jimmy...?

JIMMY (Vivamente.) ¡Yo no he dicho nada!  
MARGARI. Comprenderá usted que era preciso prepararle...

GUILLER. (Comenzando a comprender.) ¿Prepararme?

KETTY Sí.

MARGARI. Y por eso le rogamos a Jimmy que se fuera con ese.

GUILLER. (Lanzando un grito de alegría.) ¡Tengo tres hijos!

MARGARI. }  
KETTY } ¡Sí, sí!

JIMMY }  
JIMMY } ¡Un tresillo!

GUILLER. (Con alegría loca.) ¡Tres hijos!

POLICÍA (Estrechando efusivamente la mano de Guillermo.)  
¡Eso se llama trabajar por la patria!

GUILLER. (Precipitándose hacia el lecho y abrazando a Ketty.)  
¡Tesoro mío! (Abrazando a Margarita.) ¡Querida Margarita! (Acercándose a Jimmy.) ¡Querido Jimmy! (Le abraza.) ¡Tres gemelos.  
(Parándose.) ¿Supongo que no habrá más?

KETTY }  
MARGARI. } ¡Sí, sí!

JIMMY }  
GUILLER. } ¿Un cuarto?

KETTY }  
MARGARI. } ¡No, no!

JIMMY }  
POLICÍA (Sentenciosamente.) ¡Vaya un individuo con progenie!

GUILLER. (A Margarita.) Démelos. (Coge los tres niños.)  
¡Hijitos de mi alma! (Se sienta en la silla junto a la mesa.)

POLICÍA ¿Luego no tengo que detenerle? (Señalando a Jimmy.)

GUILLER. (Indignado.) ¿Detener al excelente Jimmy?  
(Moviendo negativamente la cabeza.)

JIMMY ¡Detenga usted a quien quiera, a mí no!

POLICÍA ¿Bajo de nuevo al portal?

GUILLER. Sí, y de paso diga usted en la cocina que le den un vaso de whisky.



POLICÍA. ¡ Gracias ! (Saludando.) ¡ Señoras y la compañía !  
GUILLER. ¡ Hasta la vista !  
KETTY }  
MARGARI. } ¡ Adiós !  
(Vase el Policía por el foro.)  
JIMMY (Aparte.) ¿ Preso yo? Preso es poco. ¿ Y por qué no electrocutado?

## ESCENA XV

Dichos menos el POLICÍA.

GUILLER. Quisiera besar los tres a la vez.  
MARGARI. ¡ Tenga cuidado, que los va usted a ahogar !  
KETTY Por Dios, Guillermo.  
GUILLER. No, Ketty, cálmate. Voy a repartirlos. Tome usted a Jimmy (A Margarita.) y tú, (A Jimmy.) coge a Guillermo. (Margarita coge un rorro y Jimmy otro. A Jimmy.) No se te vaya a caer, ¿ eh?   
JIMMY ¡ Descuida ! ¡ Soy una perfecta ama seca !  
GUILLER. (A Jimmy.) ¡ Ahora comprendo todo lo que has hecho por nosotros !  
JIMMY ¡ Yo soy así !  
GUILLER. Habéis hecho muy bien en prepararme gradualmente...  
JIMMY Cuántas veces he estado a punto de gritar... « Guillermo, tienes tres hijos... » Pero me he contenido.  
GUILLER. (A Jimmy.) ¡ Eres un águila, como Napoleón. (A las señoras.) ¡ Es un águila !  
KETTY (Aparte.) ¡ Un aguilucho !  
GUILLER. ¿ Y éste, cómo se llama? (Por el niño que tiene en los brazos.)  
KETTY ¡ Napoleón !  
GUILLER. (Asombrado.) ¿ Napoleón?  
KETTY }  
MARGARI. } ¡ Napoleón !  
JIMMY

GUILLER. ¡ Lo celebro ! ¿ A quién se le ocurrió la idea ?

MARGARI. ¡ A Jimmy !

GUILLER. ¿ A tí ? ...

JIMMY (Sonriente.) Así parece.

GUILLER. ¿ Cómo, así parece ?

MARGARI. Mi marido es un gran entusiasta del gran hombre ; sueña siempre con batallas.

GUILLER. ¡ Jimmy ! ¡ Guerrero ! ¡ Nunca me has hablado ! ...

JIMMY Soy modesto y no me gusta vanagloriarme.

KETTY (A Guillermo.) Pero si prefieres otro nombre aún se le puede cambiar.

GUILLER. (Vivamente.) ¡ No, es glorioso, y puesto que se llama Napoleón, ya sabemos la carrera que tendrá ! ¡ Será general ! (Al niño.) ¡ Adelante ! ¡ March ! (El nene empieza a llorar.) ¡ Napoleón está disgustado ! ¡ Europa va a temblar !

JIMMY (Lanzando un grito.) ¡ Ah !

KETTY

MARGARI. } ¿ Qué ?

GUILLER. }

JIMMY ¡ Este niño se derrite !

GUILLER. ¡ Guillermin !

JIMMY Guillermin, que es un copito de nieve, puesto al sol...

KETTY ¿ Y gritas por tan poca cosa ?

JIMMY Poca cosa por ti, que no sufres el deshelo.

MARGARI. (A Jimmy.) ¡ Dámelo !

JIMMY (Dándole el niño.) ¡ Ahí va ! Es un bizcocho borracho.

GUILLER. (A Margarita.) ¡ Tome usted también a Napoleón.

KETTY ¡ Acuéstales, Margarita !

MARGARI. En seguida... (Haciendo mutis por segunda derecha.) ¡ Ahora sí que estamos divertidos !

## ESCENA XVI

Dichos menos MARGARITA; después MISS PETICKTON.

GUILLER. No ceso de acordarme de esa desgraciada de Julia Jinck.

JIMMY ¿Julia Jinck? No la conozco.

KETTY (Vivamente.) ¡Sí, hombre, el ama!

JIMMY ¡Verdad...! Es que tengo tan mala memoria para los nombres...

GUILLER. ¿La dejaste encerrada en el asilo?

JIMMY ¿Que si la dejé encerrada? ¡Y hasta con camisa de fuerza!

PETICK. (Por segunda izquierda.) Lo he buscado por todas partes...

KETTY

JIMMY

GUILLER.

} ¡¡¡ Ah !!!

PETICK. (Viendo a Jimmy.) ¡Por fin le encuentro!

GUILLER. (Aparte a Jimmy.) ¡Se ha evadido!

JIMMY (Idem.) ¡Ha roto la camisa!

PETICK. ¡No me iré de aquí sin el niño!

GUILLER. (A Jimmy.) ¡Me está fastidiando esta mujer!

JIMMY (Aparte.) ¡Y a mí también!

PETICK. (A Guillermo.) Dijo usted que me lo entregaría el señor Scott, ¿y sabe usted lo que ha hecho el señor Scott?

GUILLER. (Vivamente.) ¡Lo sé!

PETICK. ¿Y aprueba usted su conducta?

GUILLER. Tranquílcese, por favor; en efecto, mi amigo Scott se ha conducido como un miserable, y puesto que insiste usted en llevarse al niño, siéntese, que yo mismo voy a buscarle. (La hace sentar en la banqueta delante de la ventana. Bajo a Jimmy.) ¡Vigílala, que voy a mandar subir al Policía. (Vase foro.)

## ESCENA XVII

KETTY, JIMMY, MISS PETICKTON; después GUILLERMO,  
dentro.

KETTY (Saltando del lecho, a Miss Petickton.) ¡Yo le suplico que tenga usted paciencia hasta mañana!

PETICK. ¡No, señora!

KETTY ¡No me pierda usted! ¡He hecho creer a mi marido que es usted el ama!

PETICK. (Indignada, levantándose.) ¿Ama yo? ¡Si soy soltera!

JIMMY ¡Eso no es obstáculo!

KETTY Sálveme usted.

PETICK. Pero, señora, yo...

JIMMY (Enérgico.) ¡Sálvenos usted!

KETTY ¡Cree que ese niño es nuestro!

JIMMY (Continuando con volubilidad.) ¡Y que usted está algo mal de la cabeza; mejor dicho, que está usted loca de remate.

PETICK. (Sobresaltada.) ¿Qué dice este hombre?

KETTY ¡Por Dios, no me desmienta usted!

JIMMY ¡Déjese usted llevar a un asilo!

PETICK. ¿A un asilo?

JIMMY A su edad y soltera, ¿dónde mejor?

KETTY ¡De lo contrario se irá para siempre!

JIMMY ¡Y no volverá!

GUILLER. (Dentro.) ¡Sígame usted!

KETTY }  
JIMMY } ¡Guillermo! (Ketty se precipita rápidamente en la cama.)

PETICK. (Asustada, aparte.) ¡No cabe duda, están locos!

## ESCENA XVIII

Dichos, GUILLERMO y el POLICÍA; después MARY y  
MAGDALENA.

GUILLER. (Por el foro seguido del agente e indicándole a Miss Petickton.) ¡Ahí tiene usted a esa desgraciada de Julia Jinck!



- PETICK. (Atónita.) ¿Julia Jinck?  
 POLICÍA Usted, dispense, pero esta señorita es Miss Petickton, la Directora de la Casa-cuna. La conozco.
- KETTY (Aparte, aterrada.) ¡Dios mío!  
 JIMMY (Aparte.) ¡Abrete, tierra!  
 GUILLER. (Estupefacto.) ¿Miss Petickton?
- PETICK. ¡Sí!  
 GUILLER. ¿No es usted la nodriza?
- PETICK. ¡No, señor; no soy ni nodriza ni loca!  
 GUILLER. (A Ketty.) ¿Pero por qué no me dijiste...?  
 KETTY (Turbada.) Pregúntaselo a Jimmy...  
 JIMMY ¡A mí no me preguntes nada! (Tratando de escabullirse.)
- GUILLER. (Viendo el movimiento de Jimmy.) ¡No, no te irás!
- JIMMY ¡Si no me voy...!  
 GUILLER. Responde.  
 JIMMY Yo no sé nada; pregunta a Margarita.  
 GUILLER. ¿A tu mujer?
- PETICK. Lo diré yo. Su esposa de usted quería adoptar un niño, y el señor (Por Jimmy.) fué a buscarle a la Casa-cuna, pero la madre lo reclama.
- GUILLER. ¿Eh?
- KETTY (Suplicante.) Escucha, Guillermo...  
 MARY (Por el foro.) Señora, la criada de la lavandera.
- KETTY (Viendo entrar a Magdalena por el foro y dejándose caer desesperada en el lecho.) ¡Oh!
- MAGDALE. Traigo un *recao* pa la señora de parte de mi amo.
- JIMMY (Aparte, viendo a Magdalena.) ¡La otra ahora!  
 GUILLER. (Disgustado.) ¿Qué amo?
- MAGDALE. ¿Qué amo ha de ser? ¡El marido de la lavandera que desea saber si puede venir todos los días a ver a sus hijos!
- GUILLER. ¿Qué hijos?
- MAGDALE. ¡Los dos gemelos que ha prestado a la señora de Hárrison!
- GUILLER. ¿A mi mujer?... (A Ketty.) ¿Luego... Jimmy, Guillermo y Napoleón?...

- KETTY. (Agotada, incapaz de mentir más largo tiempo.) ¡ Los busqué para obligarte a regresar !
- GUILLER. (Indignado.) ¿ Luego yo ? ...
- JIMMY. ¡ Eres un padre... huérfano !
- PETICK. ¡ Pronto, el niño ! No aguardo más.
- GUILLER. ¡ Un instante ! (A Mary.) Acompañe usted a Miss Petickton y a esta muchacha a la habitación en donde está la señora Scott y que les devuelvan los niños.
- PETICK. ¡ Por fin !
- MAGDALE. Pero...
- GUILLER. Y digan ustedes a sus padres que yo me encargo del porvenir de esas criaturas.
- PETICK. Gracias, señor Hárison...
- MAGDALE. ¡ Mil gracias !
- (Mary, Miss Petickton y Magdalena se van por la derecha.)
- POLICÍA. ¿ Y yo, sigo de guardia abajo ?
- GUILLER. (Con amargura.) ¿ Para qué ? ¡ Ya no puedo temer que me los roben ! Gracias por sus servicios.
- POLICÍA. Cumpló con mi deber. (Vase foro, aparte indicando a Jimmy.) ¡ Me hubiera gustado prenderle !

## ESCENA XIX.

KETTY, JIMMY, GUILLERMO y MARGARITA.

- MARGARI. (Que acaba de entrar por la derecha.) ¡ Guillermo !
- JIMMY. Amigo mío...
- GUILLER. (A Margarita y Jimmy.) ¿ Y vosotros dos, vosotros a quienes creía buenos amigos, os habéis prestado a esta mentira ?
- MARGARI. (Dulcemente.) ¡ La última, Guillermo !
- GUILLER. ¡ ¡ La última ! ! (Dejándose caer en la butaca.)
- JIMMY. (¡ Pongamos la penúltima !)
- KETTY. (Que se levanta después de salir el Policía y se ha puesto rápidamente el peinador, poniéndose de rodillas ante Guillermo, suplicante.) ¡ Guillermo !
- GUILLER. ¡ Oh, vete, vete !



- KETTY Guillermo, la mujer que abandonaste, frívola, ligera y no pensando sino en divertirse, no es la misma que está a tus pies.
- GUILLER. (Levantándose.) ¡Vete!
- KETTY ¡La de ahora también ama a los niños, y también, como tú, los quiere... pero era preciso emplear una mentira para hacerte regresar y, una vez junto a ti, implorar tu perdón!
- GUILLER. ¡No te perdono! ¡Y ya que no quieres irte, me iré yo, pero esta vez para siempre!
- KETTY (Suplicante.) ¡Guillermo!
- GUILLER. ¡Ya te consolará el que almorzó contigo en el Saboya! ¡Adiós!
- JIMMY. (Cortándole el paso y en tono decidido.) ¡No te irás!
- GUILLER. ¡Jimmy!
- JIMMY ¡Si no perdonas a tu mujer es porque sigues pensando en el desconocido, cuya piel querías!
- GUILLER. ¡Métete en lo que te importe!
- JIMMY ¡Por eso me meto! ¡El zascandil y el imbécil era yo!
- GUILLER. } ¿Tú? (Rápidamente.)
- MARGARI. }
- JIMMY ¡Sí, yo! Ketty no te dijo la verdad por miedo de que la riñeses. Eso es todo. No se lo perdonaré nunca, pues por vez primera en mi vida, me ha obligado a mentir a mi mujer. (Cayendo de rodillas a los pies de Margarita.)
- GUILLER. ¡Júrame, sobre la cabeza de tu mujer, que eras el imbécil!
- JIMMY (Levantándose.) ¡Te lo juro!
- KETTY ¡Esposo mío! ¿Me perdonas?
- GUILLER. (Alegremente.) Buena broma me habéis jugado con los tres niños.
- JIMMY ¡No lo sientas! ¡Napoleón era niña!
- GUILLER. ¡Ketty!... (Ketty se arroja en los brazos de Guillermo.)

MARGARI. (Cariñosamente a Jimmy, haciendo gestos de reñirle.)  
¿Con... qué?...

JIMMY (Interrumpiéndola.) ¡Pst! (Señalando a Guillermo y Ketty que están abrazados.) ¡Vámonos!  
¡Pues bien dice el proverbio latino: *Conjugium sine prole, est mundus sine sole.*

MARGARI. (Sin comprender.) ¡No entiendo una palabra!

JIMMY ¡Que un matrimonio sin hijos, es el mundo sin sol!...

TELÓN

FIN DE LA OBRA



OBRAS DRAMATICAS

DE

FEDERICO REPARAZ

publicadas por TEATRO MUNDIAL

LA DONCELLA DE MI MUJER (1)

Comedia en tres actos

LOS HIJOS ARTIFICIALES (2)

Comedia en tres actos

LA LLAMARADA

Drama en tres actos

LLUVIA DE HIJOS

Comedia en tres actos

---

(1) Colaboración de TOMAS LUCENO.

(2) » » JOAQUÍN ABATI.





**LA DONCELLA DE MI MUJER**



---

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

---

# LA DONCELLA DE MI MUJER

Comedia en tres actos y en prosa

Escrita sobre el pensamiento de una obra francesa

por

**Tomás Luceño y Federico Reparaz**

---

Estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid, y en el teatro Principal,  
de Zaragoza, el 24 de Diciembre de 1904



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1914

# REPARTO

---

## PERSONAJES

## ACTORES

|                                    | <u>EN MADRID</u>          | <u>EN ZARAGOZA</u> |
|------------------------------------|---------------------------|--------------------|
| <i>Alberto Lebrunois</i> . . . .   | Sr. Thuillier. . . .      | Sr. Morano.        |
| <i>Legrís</i> . . . . .            | » Manso . . . . .         | » Vázquez.         |
| <i>Lavirette</i> . . . . .         | » Pastor . . . . .        | » Ruiz-Tatay.      |
| <i>Francisco</i> . . . . .         | » Díaz . . . . .          | » Florit.          |
| <i>Augusto</i> . . . . .           | » Aguirre . . . . .       | » Norro.           |
| <i>Juan</i> . . . . .              | » Torrent . . . . .       | » San Juan.        |
| <i>Nelly Rozier</i> . . . . .      | Sra. Ferri . . . . .      | Sta. Moreno.       |
| <i>Clemencia Lebrunois</i> . . . . | » Badillo . . . . .       | Sra. Martínez.     |
| <i>Valentina Grisolles</i> . . . . | » Jiménez de Lera . . . . | Sta. Gómez.        |
| <i>Luisa</i> . . . . .             | Sta. Díaz . . . . .       | » Nieves.          |
| <i>Catalina</i> . . . . .          | » Cuzzani . . . . .       | Sra. Fernández.    |

---

La acción, en París. — Epoca actual

---

Derecha e izquierda, las del espectador



## ACTO PRIMERO

---

Un gabinete muy elegante en casa de Nelly Rozier. Un balcón en el foro, y a derecha e izquierda del mismo, dos vitrinas con "bibelots". Segunda izquierda, puerta que da al recibimiento. Primera izquierda, otra puerta. Segunda derecha, un piano. Primera derecha, una puerta. Una mesa a la izquierda; a la derecha de la misma, una butaca. A la izquierda, una "chaise-longue" y un velador a la izquierda de la "chaise-longue". Sillas junto al velador. Un jarrón sobre el piano.

### ESCENA PRIMERA

AUGUSTO, después FRANCISCO.

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Augusto entra por la segunda izquierda, llevando en una bandeja un servicio de té con pastas. Le deja sobre el velador, que está junto a la "chaise-longue". Se abre la puerta de la segunda izquierda y Francisco asoma la cabeza con precaución.

FRANCIS. ¡Pst!... ¡Pst!... ¡Augusto!

AUGUSTO ¡Señorito!...

FRANCIS. ¿No está aquí mi hermana?

AUGUSTO ¡No!

FRANCIS. Entonces puedo entrar. (Entra con una cartera debajo del brazo.)

AUGUSTO Me parece que hoy no viene usted muy contento.

FRANCIS. (Colocando la cartera sobre la mesa de la izquierda.) No tengo motivos... (Mirando la hora.) ¿Se ha levantado mi hermana?

AUGUSTO Está arreglándose en su gabinete. (Con misterio.) Y hoy tardará más en su tocado, porque desde anoche no tiene doncella...



FRANCIS. ¡ Ya lo sé, por mi desgracia ! ¡ Y cuando pienso que por causa mía ha despedido a Ernestina ! ¡ Pero en el acto, en el acto ; negándole todo derecho de defensa ! Pobre Ernestina ! (Suspirando.)

AUGUSTO (Con gravedad.) En cuestiones de moral, la señorita no transige ; es una Magdalena...

FRANCIS. (Interrumpiéndole.) ¡ Después de arrepentida !... Pero lo que me da más rabia, no es que me haya sorprendido, porque eso lo tenía ya descontado : lo terrible es que haya sido el primer día, cuando aún no me había llevado la miel a la boca...

AUGUSTO ¿Cómo?

FRANCIS. (Después de un momento de vacilación.) Ernestina era mi primera aventura amorosa.

AUGUSTO (Estupefacto.) ¡ No mientas, hombre ! (Rectificando.) Dispense usted, señorito, quise decir...

FRANCIS. Es lo mismo, Augusto, no provoquemos cuestiones que autorizan cierta familiaridad entre amo y criado. Tú opinas, y yo también, que ando bastante retrasado en materia de conquistas doncelliles... ¡ Pero vete a convencer de ello a mi hermana.

AUGUSTO Perdone usted, señorito ; pero yo no puedo encargarme de eso.

FRANCIS. Es un decir.

AUGUSTO Entonces ya varía la cuestión... Pero vamos a ver : ¿fué la misma señorita la que le sorprendió...?

FRANCIS. ¡ La misma, Augusto, la misma !... Ernestina me abrazaba... o yo la abrazaba a ella, de eso no me acuerdo bien. Lo que sí te aseguro, es que estábamos abrazados... pero de buena fe, por supuesto.

AUGUSTO Sí, como dos hermanitos. ¿Y qué dijo la señorita?

FRANCIS. ¡ Ni una palabra ! Levantó la mano únicamente.

AUGUSTO ¿De asombro?

FRANCIS. ¡Ca, hombre! Con el noble propósito de volverme la cara del revés. Ante la idea de ser abofeteado por una mujer, aun siendo ésta mi hermana, toda la sangre se me subió a la cabeza, eché a correr... ¡y me encerré en mi habitación!

AUGUSTO ¡Buena filípica le habrá echado a usted!

FRANCIS. No, porque como la conozco, me encerré con llave.

AUGUSTO ¿Y no ha visto usted a Ernestina antes de que se fuera?

FRANCIS. Cuando me levanté esta mañana para ir a la academia, ya se había marchado... ¿Hablaste tú con ella?

AUGUSTO Sí.

FRANCIS. ¿Y no te dijo nada para mí?

AUGUSTO Sí, me dijo...

FRANCIS. ¡Dios le conserve su hermosura y me conserve a mí para conservarla!

AUGUSTO Me dijo: «¡Valiente *lila* está el señorito!» (Sorpresa de Francisco.) Le conoció a usted desde las primeras expansiones.

## ESCENA II

Dichos y NELLY.

NELLY (Que ha entrado al final del diálogo por la primera derecha.) Augusto, ¿qué hace usted aquí?

FRANCIS. (¡Mi hermana!) (Se aproxima a la mesa, sobre la cual ha puesto la cartera, y coge un libro de ella.)

AUGUSTO Traía el desayuno de la señorita.

NELLY En vez de estar de charla, mejor fuera que estuviese usted cumpliendo con su obligación. Ya sabe usted que con Ernestina no puede contar, porque la he despedido.

AUGUSTO (A ti te lo digo, suegra...)

NELLY ¿Se ha informado usted en la tienda de comestibles de si conocen alguna doncella?

AUGUSTO La cocinera ha preguntado a todos en la plaza.



NELLY ¿Y aun no ha venido ninguna?

AUGUSTO Ninguna.

NELLY Bueno, no se olvide usted de sacar a *Medoro*, que el pobre animalito necesita que le dé el aire. (Ademán de que se vaya. Augusto vase segunda izquierda.)

FRANCIS: (Ocurriéndosele una idea.) (¡ Oh ! ) (Se dirige vivamente hacia la primera izquierda, como tratando de evadirse.)

NELLY (Llamándole.) ¡ Francisco !

FRANCIS. ¿ Hermanita ?

NELLY ¿ Dónde vas ?

FRANCIS. (Con fingida candidez.) Como has hecho señas de que me fuera... al menos esto te he entendido.

NELLY ¡ No te hagas el tonto !

FRANCIS. (Resignado.) ( ¡ El único papel en que soy eminente ! ) (Abre el libro y comienza a pasear, aparentando que aprende una lección de memoria.)

« El que del mar enfrena los furores... »

NELLY (Sentándose en la "chaise-longue", comenzando a desayunarse y hablando en un tono, algo severo.) ¿ No has ido hoy a la academia ?

FRANCIS. Sí.

NELLY ¿ Y por qué no has entrado a darme un beso antes de irte ?

FRANCIS. Temí llegar retrasado... (Recitando.)

« El que del mar enfrena los furores... »

(Hablando.) Este verso ya me lo sé : vamos con el otro.

NELLY No, vamos con la otra, que aun es más importante. ¿ No te da vergüenza de haberte propasado ?...

FRANCIS. ¿ Propasado ? ¿ Pero te ha dicho ella que yo me he propasado ? Si ha sido ella quien...

NELLY ¿ De veras ?

FRANCIS. ¡ Sí, ella ha sido !... Ayer, cuando me cosía un botón del chaleco, me dijo : « ¡ Qué guapito eres, Francisco !... Si fuéramos hermanitos, yo te abrazaría así—y me

abrazó.—¡ Y yo así ! » le contesté ; ¡ y nos abrazamos !

NELLY ¡ Muy bonito ! ¡ En casa de tu hermana y a tu edad !

FRANCIS. (Vivamente.) ¡ A mi edad ! ¡ Si estoy la mar de retrasado !

NELLY (Estupefacta.) ¿ Eh ?

FRANCIS. Pregúntaselo a Augusto... ¡ Un criado que está más adelantado que su amo ! ¡ Y luego nos llaman las clases directoras !

NELLY ¡ Si no te callas, me voy !

FRANCIS. ¡ No te vayas ! Me callaré... Pero eso no obsta para que yo esté muy retrasado. (Nelly llama al timbre.)

FRANCIS. (Recitando de nuevo.)

« El que del mar enfrena los furioses,  
del malo sabe destruir consejos... »

NELLY (A Augusto, que entra por la segunda izquierda, indicándole la bandeja.) ¡ Llévese usted eso !... (Acercándose al balcón.) ¡ Alberto ! ¡ Gracias a Dios ! ¡ Con qué impaciencia le esperaba ! (Contemplándose en el espejo.) ¡ Qué mal peinada ! ¡ Esto de no tener doncella !...

AUGUSTO (Bajo a Francisco.) ¿ Qué tal ha sido la reprimenda ?

FRANCIS. (En voz baja también.) ¡ Ahora empezaba la sinfonía ! (Continúa recitando.)

« Sabe del malo destruir consejos... »

(Augusto vase por la primera izquierda.)

### ESCENA III

NELLY, FRANCISCO y ALBERTO, que entra por la segunda izquierda con un gran manojo de flores en la mano, que entrega a Nelly.

NELLY (Saliendo a su encuentro.) ¡ Alberto mío !

ALBERTO ¡ Nelly adorada ! (A Francisco, con severidad.) ¡ Ah ! ¿ Está usted aquí ? (Bajo a Nelly.) ¿ Le has reñido ?

NELLY Ahora principiaba...

ALBERTO (A Francisco.) ¡ Hace usted bien en bajar los

ojos !... ¡ Es vergonzoso lo que usted ha hecho !

NELLY (Bajo a Alberto.) ¡ Se lo he dicho ya !

ALBERTO (A Francisco.) ¡ Semejante conducta a su edad !

NELLY (Idem.) Eso mismo le he dicho yo.

ALBERTO (Idem.) ¡ Aquí ! ¡ En casa de su hermana !

NELLY (Idem.) ¡ También le he dicho eso !

ALBERTO (Bajo a Nelly.) Pues entonces, hija mía, no me queda nada que decirle. (Alto, a Francisco.) Vamos a ver las notas de esta mañana. (Nelly coloca las flores en el jarrón.)

FRANCIS. (Sacando un cuaderno del bolsillo.) Tome usted.

ALBERTO (Tomando el cuaderno.) ¡ Deben ser peores aún que sus costumbres ! (Leyendo.) «Aplicación, poca...» (Hablando.) ¡ Naturalmente ! (Leyendo.) «Conducta...» (A Francisco.) No necesito ver cuál será la nota de conducta, ya me la figuro... (Leyendo.) «Conducta... muy buena...»

FRANCIS. (¡ Plancha ! ¡ Chúpate esa !)

ALBERTO ¡ Su profesor toma por buena conducta lo que probablemente será cansancio !

FRANCIS. (¡ Es posible !)

ALBERTO (Serio de nuevo y mirando el cuaderno.) ¿ Y qué número tiene usted en la clase?... (Leyendo.) El treinta y uno... (A Francisco.) ¿ Cuántos discípulos son ustedes?

FRANCIS. ¡ Pues treinta... y un servidor de usted !

ALBERTO (Devolviéndole el cuaderno.) Me parece muy bien... Retírese usted a estudiar y luego hablaremos.

FRANCIS. (¡ Con qué delicadeza me dice que estorbo ! (Haciendo mutis.) ¡ Ay, Ernestina, Ernestina, por qué me coserías el botón !)

ALBERTO (Severamente.) ¿ Qué dice usted?

FRANCIS. ¿ Yo? Nada... Que... (Gritando y con entonación de escolar.)

«El que del mar enfrena los furors,  
sabe del malo destruir consejos.»

(Vase primera izquierda.)

## ESCENA IV

NELLY y ALBERTO.

ALBERTO (Nelly, sonriendo, se sienta en la "chaise-longue".)  
¿Sabes que el niño es una buena pieza?...

(Se sienta al lado de Nelly.)

NELLY (Ufana.) Y tú, Alberto mío, eres muy bueno para él. Por supuesto, que tú eres bueno con todo el mundo; conmigo, con los criados, hasta con *Medoro*.

ALBERTO (Alegremente.) ¡Soy como el Sumo Hacedor: mi bondad se extiende sobre todos los seres de la creación universal!

NELLY ¡Por qué estarás casado! (Con tristeza.)

ALBERTO Alguna falta había de tener. Pero eso no impide que nos amemos, que nos veamos todos los días...

NELLY (Gozosa.) Y que yo sea tu... palomita.

ALBERTO Y yo tu palomo, que vuelve al nido batiendo sus alas, atraído por tus deliciosos arrullos.

NELLY No me abandonarás nunca, ¿verdad, pichoncito?

ALBERTO (Levantándose.) ¡Qué cosas se te ocurren! Es como si le preguntasen al papa si alguna vez se hará protestante.

NELLY ¡No, contéstame seriamente! ¡Júramelo!

ALBERTO ¡Lo juro!... Y puedes confiar en el juramento de Alberto Lebrunois, abogado, natural de París, departamento del Sena, Francia, Europa, antiguo continente, el único hombre, quizás, que no ha mentado nunca, y que, ciertamente, no principiará a hacerlo con su queridísima Nelly Rozier.

NELLY ¡Qué bien sabes engatusarme! (Le echa los brazos al cuello y se dispone a besarle en la frente, cuando Augusto aparece por la segunda izquierda, los ve y tose discretamente para advertirles su presencia.)



NELLY (Viéndole y bajo a Alberto.) Sóplame en este ojo. (Alberto sopla. Alto.) Gracias, ya estoy bien. (A Augusto.) ¿Qué quiere usted?

## ESCENA V

Dichos y AUGUSTO.

AUGUSTO Ahí está una doncella que viene de parte del confitero.

NELLY (Levantándose, a Alberto.) Vuelvo en seguida. (Desde la puerta.) Pero, ¡qué bien sabes engatusarme! (Vase Nelly seguida de Augusto por la segunda izquierda.)

## ESCENA VI

ALBERTO. Después, NELLY.

ALBERTO Pues, señor, esto tiene que acabar hoy mismo... Yo sé que hago muy mal, pero muy mal en engañar a mi esposa... Es decir... en engañarla siempre con una misma, porque variando, no me apasionaría de ninguna, seguiría amando a la madre legítima de mis hijos—cuando los tuviéramos—y la fidelidad conyugal permanecería inquebrantable. Por lo que ahora veo, y por lo que me dice una larga y escandalosa práctica en estos no menos escandalosos negocios, lo difícil no es conquistar una mujer; lo grave, lo imposible, a veces, es abandonarla. Y eso que el recurso que voy a emplear, con respecto a Nelly, indudablemente me ha de dar un gran resultado. (Mirando el reloj.) Las once menos cinco... Dentro de cinco minutos ya habré puesto el primer jalón.

NELLY (Entrando por la segunda derecha.) ¡Estos criados son notables! ¿Sabes por qué no ha

querido quedarse en mi casa? ¡ Porque la cocina da al patio !

ALBERTO ¿ De veras? ¿ Pues, qué quería? ¿ que diera a los Campos Elíseos?

NELLY (Riendo.) ¡ Sin duda ! (Cambiando de tono.) ¡ Ah ! Oye, a propósito de los Campos Elíseos ; ayer te vi paseando en coche por aquellos sitios.

ALBERTO (¡ Caracoles !)

NELLY Es una tontería, pero, ¡ si supieras qué impresión sentí al verte con tu mujer !

ALBERTO ¿ Con mi mujer?

NELLY ¿ Pero no era ella?...

ALBERTO (Vivamente.) ¡ Sí !... ¡ Sí !... En efecto... ¿ Y cómo sabes tú que era mi mujer?

NELLY ¡ En coche y con una mujer !... Desde el momento en que no era yo, no podía ser otra sino tu esposa.

ALBERTO Cierto.

NELLY Es rubia.

ALBERTO (Turbado.) ¿ Rubia?...

NELLY ¡ Sí !

ALBERTO Es decir... no ; comparada con una morena, es más bien rubia ; pero al lado de una rubia, parece más bien morena.

NELLY ¿ Es elegante, bonita?...

ALBERTO ¡ Pst !... ¡ Bonita !... No soy yo quien debe apreciarlo ; es mi mujer...

NELLY Yo no soy celosa : cuanto más la quieras, tanto más me lisonjeará.

ALBERTO (Asombrado.) ¿ Eh?

NELLY Naturalmente ; puesto que me prefieres, eso prueba que me quieres más. ¿ No es cierto?

ALBERTO Es como si le preguntases al papa...

NELLY (Acabando la frase y dándole una palmadita cariñosa en la mejilla.) ¡ Si se hará alguna vez protestante ! (Abriendo los brazos.) ¡ Ahora, tortolito mío, abraza a tu palomita !

ALBERTO ¡ Ya estamos en pleno palomar ! (Se abrazan.)



## ESCENA VII

Dichos y AUGUSTO. Augusto aparece por la segunda izquierda con una bandeja que contiene una carta.

AUGUSTO (Deteniéndose sobresaltado.) (¡ Eh ! ) (Tose discretamente.)

NELLY (Viendo a Augusto, bajo a Alberto.) Sóplame. (Le sopla en el ojo.) ¡ Ya estoy bien, gracias ! (Durante este juego escénico, Augusto, que estará en el foro, los contempla con aire de lástima, y se encoge de hombros. A Augusto.) ¿Alguna nueva doncella?

AUGUSTO No, señorita ; es esta carta que acaban de traer. (Se la da.)

ALBERTO (Mirando su reloj.) (Las once. ¡ Ha sido exacto ! )

NELLY (Cogiendo la carta.) ¿ Espera contestación ?

ALBERTO (No.)

AUGUSTO No, señorita. (Vase segunda izquierda.)

## ESCENA VIII

NELLY y ALBERTO.

NELLY (Mirando la letra del sobre.) No conozco esta letra... ¿ Me permites ?...

ALBERTO Sí... sí... (¡ Ya lo creo que te lo permito ! )

NELLY (Que ha abierto la carta.) ¡ Calle, es un anónimo !

ALBERTO (Es mi recurso mágico.) (Alto, fingiendo gran indignación.) ¿ Un anónimo ?

NELLY Mejor será no leerlo... (Se dispone a romperlo.)

ALBERTO (Vivamente.) ¡ Espera !... Quizás sea preferible que te enteres, porque pudiera ser una buena noticia.

NELLY (Vacilando.) Las buenas noticias no vienen nunca en esta forma. (Mirando maquinalmente la carta.) ¡ Ah !

- ALBERTO ¿Qué?
- NELLY Se trata de tu mujer. (Leyendo la carta.)
- ALBERTO (Con fingido asombro.) ¿De mi mujer? Lee, por Dios...
- NELLY (Leyendo.) «Mucho cuidado con la señora de Alberto Lebrunois, es de Bayona.»
- ALBERTO ¡Es verdad!
- NELLY (Leyendo.) «...Población situada en la frontera de España.»
- ALBERTO ¡También es verdad!
- NELLY (Leyendo.) «...Pero, como usted sabe, ya no hay Pirineos, y, por consiguiente, es como si fuera española; tiene el carácter violento, es terriblemente celosa y capaz de cometer con usted...»
- ALBERTO (Terminando la frase.) Un desaguisado.
- NELLY (Leyendo.) «Un desaguisado...» ¿Qué significa esto?
- ALBERTO (Con fingida aflicción.) ¿Qué significa?... (Vamos allá.) (Alto, con voz entrecortada, fingiendo gran desesperación.) ¡Qué quieres que signifique, luz de mis ojos! (Se deja caer sobre la "chaise-longue".) ¡Ya sabía yo que nuestra felicidad duraría poco tiempo!
- NELLY ¿Qué dices?
- ALBERTO (Conmovido cómicamente.) Lo que no hubiera querido decirte; pero después de esta carta me es imposible guardar silencio. Si tú no eres celosa...
- NELLY ¿Cómo? ¿Tu mujer lo es?...
- ALBERTO (Levantándose.) Coge a Otelo, ponle unas enaguas... y ya sabes cómo es mi mujer.
- NELLY ¿Pero como es posible que nunca me hayas contado?...
- ALBERTO Es que cuando vengo aquí, no es para hablarte de ella. Y además, en un principio todo iba perfectamente... Ha sido después de lo que me ocurrió con *Medoro*...
- NELLY ¿Con *Medoro*?
- ALBERTO Hace unos quince días pasaba con mi mujer por este barrio, cuando *Medoro*, a quien Augusto acababa de bajar a la ca-

lle, se precipitó sobre mí y comenzó a hacerme caricias.

NELLY

¿Sí?

ALBERTO

Entonces, naturalmente, me dijo mi mujer: «¿Oye, tú conoces a este animalito?—¿Yo? No tengo el honor de que me hayan presentado a él, respondí.—Pues él te conoce, porque te lame.»

NELLY

¿Y qué le respondiste?

ALBERTO

Que sin duda el animalito sabría que formo parte de la Sociedad Protectora de Animales. En esos casos dice uno lo primero que se le ocurre.

NELLY

¡Claro!

ALBERTO

Desde entonces mi mujer no se fía de mí, me dirige continuas alusiones...

NELLY

¡Ay, pobrecito mío!

ALBERTO

Esta misma mañana, al tiempo de salir le dije: «¡Creo que va a hacer un día perro!—Pues que sea enhorabuena—me replicó irónicamente,—porque te lamerá.»

NELLY

¡Y yo que estaba tan confiada!

ALBERTO

(¡Cayó en el garlito!) ¡Si vieras qué vida estoy pasando entre mi mujer y el perro!

NELLY

(Sentándose en la "chaise-longue".) Pues, hijo, mío, es preciso proceder con cautela. Dime, ¿qué pretextos das a tu mujer para poder venir aquí todos los días?

ALBERTO

(Sentándose junto a Nelly.) Negocios, ocupaciones urgentes. Como soy abogado, no me cuesta trabajo elegir. Esta mañana le dije que iba a casa del procurador Barbotin y que me quedaría con él a almorzar.

NELLY

(Riendo.) ¡Y el procurador... soy yo!

ALBERTO

Ayer fuiste notario, antes de ayer escribano y el martes último te hice de un golpe presidente del Supremo. En fin, cada día te confiero un nuevo cargo. (¡Esto marcha perfectamente!)

NELLY

¿Pero tú, al menos, les advertirás?...

ALBERTO

(Con aire de ingenuidad.) ¿A quiénes?

NELLY ¿Al procurador, al notario, al escribano, al presidente?...

ALBERTO (Idem.) ¿Advertirles? ¿De qué?

NELLY De que digan que has estado a almorzar con ellos.

ALBERTO Tienes razón. (Levantándose.) Pues mira, eso no se me había ocurrido nunca.

NELLY ¿No? ¡Y con una mujer tan celosa! De suerte que si en este momento se le ocurriese ir a ver si estabas en casa de Barbotin...

ALBERTO (Lanzando un grito.) ¡Es verdad!

NELLY ¡Es preciso que vayas allí inmediatamente!

ALBERTO Sin duda alguna.

NELLY Entre hombres es un favor muy santo y muy natural.

ALBERTO (Vivamente.) Natural, sí... pero santo... ¡Corro en seguida!... ¿Mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero?

NELLY (Señalando a la mesa.) Ahí le tienes.

ALBERTO ¿Mi bastón?

NELLY ¿No le has dejado en el recibimiento?

ALBERTO Sí, es verdad.

NELLY Vete y vuelve pronto.

ALBERTO (Subiendo hacia la segunda izquierda.) Sí. (¡Ya está puesto el primer jalón!

NELLY (Acompañándole.) Y sobre todo, sé muy prudente. Comprende, Alberto mío, que si nos viésemos obligados a separarnos...

ALBERTO ¡No me hables de ello! No me hables de ello, por Dios... Prefiero mil veces la muerte. (Vase apresuradamente por la segunda izquierda, después de abrazar a Nelly, fingiéndose entristecido.)

## ESCENA IX

NELLY. Después AUGUSTO y a poco LAVIRETTE.

NELLY Por fortuna no ocurrirá tal cosa. (Se sienta en la "chaise-longue".)



- AUGUSTO (Entrando por la segunda izquierda.) Señorita...
- NELLY ¿Qué pasa?
- AUGUSTO (Algo turbado.) Usted me dispensará, pero no es culpa mía... acababa de bajar a *Medoro*...
- NELLY (Impaciente.) Bueno, ¿y qué?
- AUGUSTO Cuando de repente se lanzó sobre un caballero que pasaba.
- NELLY ¿Y le mordió?
- AUGUSTO Por el contrario, comenzó a lamerle.
- NELLY Pero este perro parece un diputado ministerial. ¿Y luego?
- AUGUSTO El caballero exclamó: «¡Calle, es el perro de la señora Legris!»
- NELLY (Levantándose rápidamente.) (¿La señora Legris?)
- AUGUSTO A lo cual yo contesté: «Caballero, usted se equivoca; el ama de este animal tiene otro nombre.» No me hizo caso, me ha seguido y ahora insiste en querer hablar con la señorita.
- NELLY (Cogiendo la tarjeta que le presenta Augusto en una bandeja.) ¿Y está ahí?
- AUGUSTO En la antesala.
- NELLY (Vivamente.) Yo no puedo recibir a quien no conozco. (Leyendo maquinalmente en la tarjeta y lanzando un grito.) ¡Lavirette! ¡Augusto, Augusto, que pase en seguida! ¡Lavirette en París! (A Lavirette, que aparece en la primera derecha, acompañado de Augusto, que se retira.) ¿Usted aquí?
- LAVIRETTE (Lanzando un grito.) ¡Ella! ¡Es ella! ¡Oh, estaba muy seguro!
- NELLY ¡Lavirette!

## ESCENA X

NELLY y LAVIRETTE.

- LAVIRETTE ¡Por fin la encuentro! Y ese imbécil de criado que pretendía...

NELLY (Sorprendida agradablemente.) Pero, ¿cuándo ha regresado usted, amigo mío?

LAVIRETTE Hace cuarenta y ocho horas. Al bajar del tren, mi primer cuidado fué dirigirme inmediatamente a su antiguo domicilio.

NELLY ¡Oh!

LAVIRETTE Y el portero me dijo que hacía tres años que se había usted mudado y que ignoraba sus señas.

NELLY (Sentándose junto a la mesa.) Es cierto.

LAVIRETTE (Sentándose frente a Nelly.) Y si no hubiera sido por *Medoro*... (Cogiendo su mano.) ¡Ah! Si usted supiera lo feliz que me siento al volverla a ver después de tan larga ausencia...

NELLY Y yo también, amigo Lavirette.

LAVIRETTE ¿Y su esposo, mi excelente amigo Legris, está bueno?

NELLY Lo supongo.

LAVIRETTE ¿No está? ¿Ha salido?

NELLY Ha salido... hace tres años, y no ha vuelto todavía.

LAVIRETTE (Estupefacto.) ¿Qué me cuenta usted?

NELLY ¡Ya sabe usted lo celoso que era!

LAVIRETTE Siendo usted tan bonita, nada más natural que todos sus amigos le hiciésemos la corte, aunque yo, guardando siempre todos los respetos... ¿Y Santiago Thomerel, aquel joven tan antipático como atrevido?

NELLY Precisamente ese fué la causa de todo.

LAVIRETTE ¿Sí?

NELLY Un día, cansada de las insinuantes atenciones de aquel necio, y no pudiendo tener con él una explicación en mi casa, resolví escribirle para hacerle comprender que no tenía nada que esperar de mí.

LAVIRETTE ¡Así me gusta! (Entusiasmándose por momentos y acercándose a Nelly.)

NELLY Pero no había hecho más que poner: «Señor de Thomerel, mi muy querido amigo», cuando se presentó mi esposo, me



arrebató la carta, y partiendo el tablero de la mesa de un puñetazo, salió diciendo : «Thomerel y tú moriréis de una estocada.»

LAVIRETTE ¡Qué barbaridad !

NELLY La vida se nos hizo imposible... los celos que le inspiraba Thomerel fueron aumentando, y sin embargo... (Con mucha coquetería y bajando los ojos.) no era Thomerel de quien debía estar celoso, sino de otra persona mucho más agradable y más simpática que me guardaba toda clase de cortesías y de respetos...

LAVIRETTE ¿Cómo? ¿De veras? ¿Era yo, acaso, esa persona?

NELLY (Bajando los ojos tímidamente.) Ahora puedo confesárselo sin reparo ninguno.

LAVIRETTE (Levantándose.) ¡Y pensar que me ausenté de París persuadido de que usted no me quería !... ¡Ah, qué tonto es uno... hasta cuando no es joven !

NELLY ¡Pobre Lavirette ! (Dulcemente.)

LAVIRETTE (Volviendo a sentarse.) ¿Y después se divorció usted?

NELLY Ni divorciada... ni separada... Mi marido huyó de casa y no he vuelto a verle. (Transición.) ¿Quiere usted que no hablemos más de él?

LAVIRETTE Sí ; hablemos de usted, de mí, de nosotros... (Suspirando.) ¡Ay, mi querida Gilberta !

NELLY ¡No, ya no soy Gilberta !... ¡Soy Nelly !

LAVIRETTE ¿Nelly?

NELLY La fuga original de mi marido me creó una situación algo especial, casi ridícula, y he preferido cambiar de nombre. Ahora me llamo Nelly Rozier.

LAVIRETTE ¿Nelly Rozier?... Pues bien, mi querida Nelly Rozier, necesito saber si es usted dichosa en la anómala situación a que la han traído las circunstancias.

NELLY Ya lo creo... completamente dichosa...

Comparto mi felicidad (Con fingido rubor.) con una persona a quien amo de todo corazón, y de la cual soy correspondida y estimada en la forma que más pudiera ambicionar.

LAVIRETTE ¡Y yo que he pensado constantemente en usted!...

NELLY (Interrumpiéndole, pero afectuosamente.) ¿Constantemente?... ¡No lo creo!

LAVIRETTE ¡Constantemente! y cada vez que la olvidaba... me acordaba más de usted.

NELLY (Sonriendo.) ¡Siempre tan galante! Pues bien, en lo futuro, es necesario que me olvide usted por completo y que piense usted en otra.

LAVIRETTE (Melancólico.) ¡Sí! (De repente, cogiendo su sombrero, que había dejado sobre el velador.) ¡Voy a dar de nuevo la vuelta al mundo!

NELLY ¿Otra vez?

LAVIRETTE Sí, y a pie, para tardar más.

NELLY ¿No quiere usted que comamos juntos?

LAVIRETTE Señora, yo no me siento a la mesa con mis enemigos; volveré a despedirme. Ahora, si usted me lo permite, voy a saludar a Francisco y a dar un puntapié a Medoro por haberme traído a esta casa.

NELLY (Señalando la primera izquierda.) Aquel es su cuarto. (Vase Lavirette por donde Nelly le indicó.)

## ESCENA XI

NELLY; después ALBERTO.

NELLY (Viendo salir a Lavirette.) ¡Pobre Lavirette!... ¡Hace tres años se fué demasiado pronto, y hoy vuelve demasiado tarde!... (En este momento se abre la puerta de la segunda izquierda y Alberto entra agitadamente con el sombrero abollado y despeinado y la corbata deshecha.)

ALBERTO (Con voz ahogada.) ¡Soy yo!

NELLY ¡Alberto! (Lanzando un grito al verle.) ¡Ay, Dios mío!

ALBERTO (Anonadado, dejándose caer sobre la silla que está junto a la mesa de la izquierda.) ¡Agua! ¡Un vaso de agua!...

NELLY ¿Qué tienes?... ¡Habla!...

ALBERTO ¡Agua... agua!...

NELLY (Cogiendo una botella y un vaso que hay sobre un mueblecito.) ¡Sí, sí! (¿Qué le habrá sucedido?)

ALBERTO (¡Me parece que la entrada ha sido buena!) (Alberto se aprovecha de que Nelly está vuelta de espaldas para despeinarse aun más y deshacerse completamente el nudo de la corbata.)

NELLY (Ofreciéndole un vaso de agua.) ¡Toma, Alberto mío! (Mientras bebe.) ¡Y en qué estado!

ALBERTO ¡Gracias, muchas gracias! (Bebe.)

NELLY (Dejando en su sitio la botella.) Y ahora explícame...

ALBERTO ¡Sí! Oye... (Mirando a todas partes y con voz ahogada.) ¡Llegué a casa de Barbotín!...

NELLY ¿Y qué?

ALBERTO ¡Mi mujer estaba allí!

NELLY (Lanzando un grito.) ¡Ay, Dios mío! ¿Y Barbotín le habrá dicho que no te esperaba?

ALBERTO Sí.

NELLY ¿Y te ha armado un escándalo?

ALBERTO Sí.

NELLY ¿Pero es cierto lo que me dices?

ALBERTO No... (De repente.) Digo, sí.

NELLY ¿Y tú qué has hecho?

ALBERTO Tomar la puerta, coger un coche y venir aquí. (Dirigiéndose al balcón.) ¿Me habrá seguido?

NELLY (Calmándole.) ¡Vamos, hombre, no te apures!

ALBERTO ¡Yo soy así, en seguida me apuro!

NELLY En resumen, nada se ha perdido... Tu mujer no tiene más que sospechas... Ahora mismo te vas a tu casa.

ALBERTO Bueno.

NELLY Y dices a tu mujer que habías escrito a Barbotín... que la carta se ha perdido.

ALBERTO (Con voz sollozante.) Bueno. ¡ Pero echar una mentira !... Ya sabes que yo no sé mentir.

NELLY Pues haces un esfuerquito, siquiera por nuestro amor.

ALBERTO Lo haré.

NELLY Y después, no vuelves por aquí en quince días.

ALBERTO (Con voz sollozante.) ¡ Quince días sin ver a mi palomita !...

NELLY ¡ Lo exijo !

ALBERTO ¡ Jamás ! ¡ Eso jamás !

NELLY ¿ Prefieres comprometer nuestra felicidad ?

ALBERTO No. Pero, ¿ qué voy a hacer durante ese tiempo ?

NELLY Pensar en mí, y ser muy cariñoso con tu mujer (Gesto cómico de Alberto.), a fin de que ella recobre más pronto la confianza y podamos reanudar nuestra tranquila existencia.

ALBERTO (Sollozando.) ¡ Pero qué desgraciado soy !

NELLY Espera, hay que adoptar precauciones por si te hubiera seguido. (Vase por la primera izquierda.)

## ESCENA XII

ALBERTO solo, alegremente.

ALBERTO Este es... el recurso infalible, maravilloso, de la mujer celosa. (Señalando a la puerta por donde se fué Nelly.) Y ella misma es la que me despide de su casa... Dentro de media hora recibirá la carta número dos, que es ésta y dice así : (Sacando una carta del bolsillo y leyendo.) « Con los ojos llenos de lágrimas... » (Parándose.) Se me han olvidado las lágrimas... (Se aproxima rápidamente al vaso de agua que está sobre la mesa, mete los dedos dentro y lanza gotitas sobre la carta.) Siempre hay me-



dios de abandonar cortesmente a una mujer, pero es preciso hacerlo con ingenio. (Viendo a Nelly que entra.) ¡Oh! (Se guarda rápidamente la carta en el bolsillo.)

### ESCENA XIII

ALBERTO y NELLY.

NELLY (Por la primera izquierda, llevando un objeto y cogiendo a Alberto de la mano.) Ven aquí... ¡Oh, qué mojado estás!

ALBERTO (Vivamente.) Mis lágrimas.

NELLY Ten valor... y pónelas. (Poniéndole unas gafas de chauffeur.)

ALBERTO ¿Qué es esto?

NELLY Las gafas de chauffeur de Francisco.

ALBERTO ¿Pero qué quieres?... (Se quita las gafas.)

NELLY Por si tu mujer te esperase en la calle... Más vale pecar por carta de más... Pero antes... (Abriendo sus brazos.) ¡Tortolito mío!...

ALBERTO (Abrazándola.) ¡Golondrina de mi corazón! (Llorando.) ¡Nelly!... ¡Mi Nelly!...

NELLY (Muy satisfecha.) No, nada de tristezas, nada de despedida... No nos separamos... la distancia nos aparta, pero el pensamiento nos une.

ALBERTO Tienes razón. (¡Que no sea más que el pensamiento el que nos una!)

NELLY (Algo emocionada y haciendo esfuerzos para contenerse.) Aprende de mí a tener fuerza de voluntad. ¡Ya ves, no estoy triste!... En cuanto te marches, me sentaré al piano y, como si tal cosa, cantaré:

«¡Mambrú se fué a la guerra!»

ALBERTO (Haciendo como que llora románticamente.) Y yo entraré en casa diciendo:

«Mirandón, mirandón, mirandela.»

NELLY (Abrazándole.) ¡Que vuelvas pronto, Alberto mío!

ALBERTO (Conmovido.) Volveré... (por la Pascua, o por la Trinidad.) (Vase por la segunda izquierda, despidiéndose trágicamente de Nelly varias veces, como si le costara trabajo separarse de ella.)

## ESCENA XIV

NELLY; después AUGUSTO.

NELLY (Volviéndose.) ¡Ya se ha ido!... (Acercándose al balcón para verle marchar.) ¡Pobre Alberto! ¡La verdad es que para estar del todo tranquila con los hombres casados, es necesario que sean viudos!

AUGUSTO (Por la segunda izquierda.) Señorita, ahí está otra doncella.

NELLY Que pase... (Vase Augusto y vuelve en seguida.)

AUGUSTO (Haciendo pasar a Luisa.) ¡Por aquí! (Luisa entra y saluda con cierta timidez a Nelly, guardando una prudente distancia. Augusto desaparece por la segunda izquierda.)

## ESCENA XV

NELLY y LUISA.

NELLY Acérquese. ¿Cómo se llama usted?

LUISA (Bajando al centro.) Luisa Godín.

NELLY ¿Cuánto quiere usted ganar?

LUISA He ganado siempre cincuenta francos.

NELLY ¿Qué edad tiene usted?

LUISA Veintiséis años.

NELLY ¿Conoce usted el servicio?

LUISA Sí, señorita; coso, sé algo de bordar, repaso muy bien la ropa y sirvo bien a la mesa.

NELLY ¿Tiene usted informes?

LUISA Sí, señorita. (Alargándole la cartilla.)

NELLY ¿Incluso el de la última casa en que ha servido usted?

LUISA Aquí le tiene, señorita.

NELLY (Leyendo.) «Certifico: Que he tenido a mi servicio durante dos meses...» (Hablado.) (Dos meses es muy poco...) (Leyendo.)



«como doncella a Luisa Godín, y puedo dar informes excelentes acerca de sus servicios y de su conducta... Clemencia (leyendo mal.) Laber... Lebre...»

LUISA

(Rectificando.) Lebrunois.

NELLY

(Asombrada.) ¿Lebrunois? ¿La esposa del abogado Alberto Lebrunois?

LUISA

¿La conoce la señorita?

NELLY

De nombre únicamente. (Mirando la cartilla.)

(«Chaussée d'Antin, 23.» ¡La misma!)

¿Y por qué no ha continuado usted al servicio de la señora Lebrunois? (Luisa no responde.)

¿Ha habido algún motivo serio para que la hayan despedido a usted?

LUISA

No me han despedido, señorita; he sido yo quien se ha marchado.

NELLY

¿Por qué?

LUISA

(Ruborosa.) Los pasantes del señor...

NELLY

¿Son muy atrevidos?

LUISA

(Idem.) Sí.

NELLY

(Sonriendo.) Pero el señor Lebrunois...

LUISA

¡Oh!...

NELLY

Según me han informado es un buen marido; en cambio su mujer dicen que es exageradamente celosa.

LUISA

¿Celosa? ¿La señora de Lebrunois celosa? ¡Bien se ve que la señorita no la conoce!

NELLY

(Asombrada.) ¿Eh? Sin embargo, me han asegurado... ¿Usted se refiere a la esposa del abogado Alberto Lebrunois?

LUISA

Precisamente, señorita.

NELLY

¿Y no es celosa?

LUISA

Ni siquiera sabe lo que es eso.

NELLY

(Estupefacta.) ¿Que no?

LUISA

(Animándose.) ¡Anda, anda! Pues si fuera celosa, ¿dejaría que el señorito almorzase todos los días fuera de casa? Mire usted, hace una hora, cuando salí de casa de la señora de Lebrunois...

NELLY

(Con creciente curiosidad.) ¿Hace una hora?

- LUISA      Sí; el señorito había salido, y su esposa  
              estaba tranquilamente haciendo dulces...
- NELLY      (Levantándose, cada vez más estupefacta.) ¿Hace  
              una hora?... ¿Qué hacía?...
- LUISA      Sí, señorita; dulces. ¡Oh, no es celosa,  
              ni poco ni mucho! ¡Y qué equivocada  
              está!... ¡Si abriese un poco los ojos, en su  
              propia casa vería!...
- NELLY      ¿Eh?
- LUISA      (Queriendo recoger las frases dichas.) No sé por  
              qué le cuento a la señorita nada de esto,  
              porque maldito si le interesará...
- NELLY      (Cada vez más inquieta.) Sí, hija, sí; crea us-  
              ted, por el contrario, que me interesa mu-  
              cho. Continúe usted.
- LUISA      (Hablando muy deprisa.) Pues mire usted: hay  
              una rubia, buena moza, por la que el se-  
              ñorito está chiflado. ¿Querrá usted creer  
              que tiene la poca vergüenza de hacerle el  
              amor delante de su misma esposa?
- NELLY      ¿Una rubia?
- LUISA      Que vale muchísimo menos que su mu-  
              jer, una morenita muy graciosa, y peina-  
              da con cocas.
- NELLY      (¿Morena y con cocas?... Luego enton-  
              ces, la rubia de ayer del coche era...)
- LUISA      (Lanzando un grito.) ¡Ah, miserable!
- LUISA      ¡Sí, señorita! ¡Ese es el calificativo que  
              merece!
- NELLY      (Agitada.) (De modo que lo que me ha con-  
              tado aquí, hace un instante... (Comprendien-  
              do.) ¡¡Ah!!)
- LUISA      ¡Señorita, es lo que se llama un buen  
              punto!
- NELLY      (Sin oír a Luisa.) (¡Ama a otra!)

## ESCENA XVI

Dichas y AUGUSTO.

- AUGUSTO      (Por la segunda izquierda, con una bandeja en la ma-  
              no.) Una carta para la señorita.

NELLY ¿Una carta?... (Cogiéndola maquinalmente.)  
 (¡ Oh, no sé dónde tengo la cabeza !...  
 (Nerviosa, mirando el sobre.) ¡ Es de él ! (Rompe  
 el sobre muy agitada. Augusto vase segunda izquierda.  
 Nelly, que ha abierto la carta, leyendo.) « Pobreci-  
 ta de mi alma : Con los ojos llenos de lá-  
 grimas, te envío estas líneas apresurada-  
 mente. ¡ Mi mujer lo sabe todo !... » (Ha-  
 blado.) ¡ Ah ! ¿ tu mujer lo sabe todo?...  
 ¡ Pues yo también !... (Leyendo.) « ¡ Me ha-  
 bía seguido en coche !... ¡ Qué escena !...  
 ¡ La de casa de Barbotín no ha sido nada  
 comparada con ésta !... » (Hablado.) ¡ Oh,  
 qué sinvergüenza ! (Leyendo.) « ¡ Quería ir  
 a matarte ! » (Hablado.) ¡ Sí, sí ! (Leyendo.)  
 ¡ Para salvarte, me ha obligado a jurar-  
 le que todo ha terminado entre nosotros ! »  
 (Hablado.) ¡ Qué equivocado estás ! (Leyendo.)  
 « ¡ Te amaré siempre ! ¡ Adiós ! Termina...  
 las lágrimas me ahogan... Tu palomo... »  
 (Irónica y enseñando la carta.) ¡ Y está chorrean-  
 do ! )

LUISA (Cariñosamente, señalando la carta.) ¿ Quizás al-  
 guna mala noticia ?

NELLY (Sumamente nerviosa.) No, no ; nada de eso.

LUISA ¿ Le convengo, pues, a la señora ?

NELLY Veremos, ya lo pensaré. Déjeme usted  
 sus señas, y en caso necesario, la avisaré.

LUISA A las órdenes de la señorita. (Vase segunda  
 izquierda.)

## ESCENA XVII

NELLY. En seguida LAVIRETTE.

NELLY (Sola.) ¡ Oh, no, no ! ¡ Yo soy muy buena !  
 ¡ Me habría sacrificado por su mujer !  
 ¿ Pero por otra ? ¡ Eso sí que no ! (Laviret-  
 te por la primera izquierda.) ¡ Lavirette !

LAVIRETTE Vengo a despedirme de usted.

NELLY (Muy agitada y pascándose nerviosamente de un lado  
 a otro de la escena.) ¡ Ay, amigo mío, todos

los hombres son unos pillos y unos embusteros !

LAVIRETTE ¿Todos? Usted dispense, hay excepciones.

NELLY (Irritada.) ¡ Y pensar que hace cinco minutos estaba yo tan confiada, tan ciega !

LAVIRETTE Pero, ¿qué ha pasado en tan poco tiempo?

NELLY (Casi fuera de sí.) ¡ Que voló !

LAVIRETTE (Estupefacto.) ¿Que voló? (Con resolución.) Pues entonces, ya no me voy. (Deja su sombrero sobre una silla y se muestra muy complacido por la noticia.)

NELLY (Con rabia.) (¡ Ah, ya le veo desde aquí con sus ojillos relucientes y frotándose las manos de satisfacción, como diciendo : «¡ Se la he pegado como a un chino !» ) (Continúa paseándose.)

LAVIRETTE (Siguiéndola.) Señora Legris... (Rectificando.) Digo, Nelly... ¡ que estoy yo aquí !

NELLY Después, amigo mío, después.

LAVIRETTE Sí, sí, esperaré. ¡ Ay, Nelly, qué dichoso soy ! (Cogiéndole una mano con entusiasmo.)

NELLY (Sin ocuparse de él.) (¿Qué podría yo hacer para vengarme?)

LAVIRETTE (Besando la mano a Nelly.) ¡ Oh, muy dichoso !

NELLY (Ocurriéndosele una idea y lanzando un grito.) ¡ Ah ! (Suelta su mano.)

LAVIRETTE ¿Qué?

NELLY (¡ Sí, sí... eso es, eso es !)

## ESCENA XVIII

Dichos y FRANCISCO.

FRANCIS. (Por la primera izquierda) ¿Pero no se almuerza en esta casa?

NELLY (Siempre muy agitada.) Almorzad sin mí.

FRANCIS. ¿Dónde vas?

LAVIRETTE ¿Dónde va usted?



NELLY

( Burlona, y riéndose histéricamente. ) ¿Qué a dónde voy? ¡Ja, ja, ja! ¿Qué a dónde voy? ¡Qué sé yo! ¡Cuando lo sepa, vendré a decírselo a ustedes! (Váse rápidamente por la primera derecha. Lavirette y Francisco se miran estupefactos dando a entender que Nelly está chiflada.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO

---

Habitación en casa de Lebrunois. Puerta al foro que da al recibimiento. Dos puertas laterales a la derecha y otras dos a la izquierda. Chimenea entre las dos puertas de la izquierda. Una consola entre las dos puertas de la derecha. Por cima de la consola, un espejo. A la izquierda, un canapé. A la derecha, una mesa. Una butaca a cada lado de la mesa. Sobre la mesa, una carpeta para escribir, tintero, etc., etc. La puerta de la primera izquierda, que es de una sola hoja, se abre hacia la escena. Muebles en el foro a cada lado de la puerta, sillas, etc. Dos timbres, uno a la izquierda de la chimenea, el otro a la derecha de la consola.

### ESCENA PRIMERA

CATALINA, sola; después CLEMENCIA.

(Al levantarse el telón Catalina se ocupa en buscar algo sobre la mesa.)

CATALINA (Refunfuñando.) ¿Papel blanco?... ¿Y dónde estará el papel blanco?... ¡Como si no sirviese el que hay en la cocina! ¡Ay, qué plaga son las señoras que se ocupan de la casa! ¡Bah, no encuentro nada! ¡Lo voy a llevar de cualquier clase! (Coge papel de cartas que está sobre la mesa, y sube hacia la izquierda en el momento en que Clemencia aparece por el segundo término. Clemencia viene vestida de casa con traje sencillo, sin elegancia. Está peinada con cocas.)

CLEMEN. ¡Ande usted, Catalina, que la estoy esperando!

CATALINA (Dándole el papel de cartas.) Tome usted, señorita.

CLEMEN. Pero hija, ¿está usted loca? ¿Papel de cartas para tapar los tarros de compota? Le dije que trajese papel blanco.

CATALINA Si no lo encuentro, señora.

CLEMEN. (¡Qué torpe es esta mujer!) (Abriendo la carpeta que está sobre la mesa y cogiendo un cuadernillo de papel ministro.) Tome; si hubiera usted abierto la carpeta... ¿Sabrá usted recortar también el papel?

CATALINA (Con vanidad.) ¡Y hasta trinchar un pollo, si es preciso!

CLEMEN. Eso no tiene nada que ver. Yo misma lo cortaré. Lo prefiero. (Cogiéndole el papel.)

CATALINA (Y yo también.)

CLEMEN. Ponga usted azúcar en la cacerola.

CATALINA Bueno, señora.

CLEMEN. Y en cuanto a la cantidad, siga usted la receta que me ha enviado mi madre.

CATALINA Está bien, señora. (Al tiempo de irse por la segunda izquierda.) (¡La receta de su madre!... ¡Cualquier cosa!) (Como haciendo burla. Vase.)

## ESCENA II

CLEMENCIA; después ALBERTO.

CLEMEN. (Sentándose a la izquierda de la mesa.) ¡Nada, que hay que ocuparse de todo!... ¡Y esa doncella que me abandona precisamente el día de la compota! (Alberto entra por el foro.) Veamos: (Como echando cuentas.) hay ocho tarros de dulce de grosella, cinco botes de mermelada de albaricoques y cuatro de ciruelas claudias.

ALBERTO (Que ha entrado algunos momentos antes con un ramo pequeño de flores en la mano y ha contemplado a Clemencia.) (¡Esta es la mujer celosa! ¡Esta es la española furiosísima de Bayona!)



CLEMEN. (Siempre sin ver a Alberto.) ¡Y seis tarros de melocotones !...

ALBERTO (Acercándose cariñosamente a Clemencia.) ¡Y seis tarros de melocotones !

CLEMEN. (Volviéndose.) Como, ¿eres tú?

ALBERTO (Ocultando las flores detrás de la espalda.) ¡Sí, Clemencia mía, yo soy ! ¡Yo mismo ! Alberto Lebrunois, abogado, natural de París, departamento del Sena, Francia, Europa, antiguo continente. ¡Adelante la música ! ¡Ta-ra-la-ra-rá, ta-ra-la-ra ! (Bailando de alegría.)

CLEMEN. (Asombrada.) ¿Qué te pasa?

ALBERTO Que estoy muy contento. Clemencia, ¿quieres ver a un hombre contento ? ¡Mírame ! (Adopta una postura.)

CLEMEN. Verdaderamente, no te he visto nunca como hoy.

ALBERTO (Ofreciéndole el ramo.) Porque no me has mirado jamás.

CLEMEN. ¡Oh, qué flores tan bonitas ! ¿Son para mí ? (Se levanta.)

ALBERTO ¿Y para quién quieres que sean, sino para mi mujercita, para mi vida rica ? (Abrazándola.) ¡Palomita mía ! (Rectificando.) ¡No, gloria mía !

CLEMEN. Eso ya es otra cosa ; no me gusta que me llames palomita.

ALBERTO ¡Conformes ; no te lo volveré a llamar ! ¡Se acabó la palomita ! ¡Voló la palomita ! (Señalando al ramo que Clemencia va a colocar sobre la consola.) (¡Ese ramo es más pequeño que el otro, pero es el ramo de la esposa fiel y cariñosa !) (Comienza a tararear y bailar como antes.)

CLEMEN. ¡Cómo ! ¿Bailas ahora?

ALBERTO Sí ; bailo, canto, y si conociese otro modo de expresar la alegría...

CLEMEN. ¡A tí te pasa algo ! (De repente, ocurriéndosele una idea.) Ya lo adivino. ¿Acabas de ganar un pleito?

ALBERTO ¡Eso es ! ¿Pero, mujer, que no te pueda

- ocultar nada? ¡ Un asunto muy delicado y que podía haber llegado a ser sumamente fastidioso !
- CLEMEN. ¡ Qué suerte !
- ALBERTO ¡ Esa es la palabra !
- CLEMEN. Es probable que ese asunto te traiga otros...
- ALBERTO ¡ Precisamente ! Y por eso soy tan feliz.
- CLEMEN. Y yo también, Alberto mío. (Sentándose a la izquierda de la mesa.) ¿ Me permites que acabe de cortar estas rodajas de papel para los tarros de compota?... Valentina va a venir a las tres...
- ALBERTO (Con alegría.) (Valentina... a las tres... ¡ Divinamente !)
- CLEMEN. Y quisiera haber terminado.
- ALBERTO ¡ Sí, sí !... Ya sabes que quiero mucho a tu amiga Valentina.
- CLEMEN. Y haces muy bien, es encantadora.
- ALBERTO (Pasando detrás de la mesa.) Debías decirle que viniera más a menudo... es viuda... está, la pobre, sola...
- CLEMEN. ¡ Qué bueno eres, Alberto mío ! Eres bueno para mí, eres bueno con Valentina, eres bueno...
- ALBERTO (Interrumpiéndola.) Con tu hermano Francisco... ¡ Ya lo sé !
- CLEMEN. ¿ Qué dices? ¡ Si no tengo hermanos !
- ALBERTO He querido decir con tu padrino... A propósito : he pensado en un asunto... ¿ Está en su cuarto? (Señalando a la puerta de la primera izquierda.)
- CLEMEN. No... ha salido esta mañana, como de costumbre.
- ALBERTO ¡ Qué tipo más célebre !
- CLEMEN. ¡ Verdaderamente es muy original !... ¡ Cuando se casó aquí, hace cinco años, ni siquiera fué a Bayona a presentarnos a su mujer, y eso que mi padre era su mejor amigo !
- ALBERTO Y cuando le escribiste, hace tres años, anunciándole nuestro matrimonio, devol-

CLEMEN. vieron la carta a Bayona, con una nota que decía : «Ha partido sin dejar señas.» No esperaba volverle a ver, cuando hace tres días, al sentarnos a la mesa, ¿a quien anuncian?

ALBERTO. Al señor Legris.

CLEMEN. ¡Procedente nada menos que del Congo !

ALBERTO. Al pasar por Bayona, tu madre le había dicho nuestras señas.

CLEMEN. ¡ Es notable que no pueda averiguar qué ha sido de su esposa !

ALBERTO. (Viendo entrar por el foro a Legris.) ¡ Ah, aquí está !

### ESCENA III

Dichos y LEGRIS.

LEGRIS. (Entrando muy agitado.) ¡ Ay, amigos míos, he creído que había encontrado a mi mujer !

ALBERTO. (Tranquilamente.) ¡ Pero no era ella !

LEGRIS. No, era una...

ALBERTO. (Acabando la frase.) ...que se le parecía enormemente.

LEGRIS. ¿ Cómo sabe usted eso ?

CLEMEN. (Sonriendo.) Cuantas veces sale usted, encuentra a alguien que se parece a su esposa, y en cuanto regresa, nos lo cuenta.

LEGRIS. Sí, pero esta vez era...

ALBERTO. (Riendo y acabando la frase.) ...una equivocación, como las veces anteriores.

LEGRIS. (Con rabia.) ¡ Mil bombas ! ¿ Quién me había de decir que algún día correría detrás de mi mujer ? ¿ Y para qué ? ¡ Para obtener su firma ! (Se sienta en el canapé.)

ALBERTO. ¡ La ley es la ley !

LEGRIS. Pero ¡ la ley de ustedes es idiota, es estúpida !...

CLEMEN. (Rápidamente, como saliendo a la defensa de su esposo.) Alberto no la ha hecho.

ALBERTO Según su contrato de matrimonio, usted no puede vender los terrenos de Auteuil sin la firma de su esposa.

LEGRIS (Sarcástico.) ¡Su firma!... ¿Tuvo ella necesidad de la mía para corresponder a las galanterías de Thomerel?

CLEMEN. (Queriendo calmarle.) Padrino...

ALBERTO Vaya, no piense usted más.

LEGRIS ¡Y aun se empeñó en probarme que escribía a aquel mozalbete para decirle que era una mujer honrada! ¡Para rogarle que la dejara tranquila!... ¡Ja, ja, ja!

CLEMEN. (Sentándose a la derecha de la mesa.) ¡Y quizás fuese verdad!

LEGRIS ¡A otro perro con ese hueso! Por evitar una desgracia, por no teñir mis manos con su sangre, abandoné mi casa; llegué a la estación de Lyon, y once horas después estaba en Marsella.

ALBERTO ¿Y allí se embarcó usted para el Congo?

LEGRIS Sí, estaba harto de París, de las parisienses, de mi mujer y de todo el género humano. Llegué al Congo, obtuve una concesión de terrenos, y compré dos docenas de mujeres.

CLEMEN. ¿Veinticuatro?

LEGRIS No, veintiséis. Allí usamos la docena del fraile.

ALBERTO ¡Vaya un serrallo!

CLEMEN. ¡Padrino!

LEGRIS ¡Esa es la verdadera vida! En cuanto logre la firma de mi mujer, volveré al estado salvaje. Antes de dos años no seré más que un bruto.

ALBERTO (Con ingenuidad.) Quizás no tenga usted que esperar tanto.

LEGRIS Lo mismo creo. Por eso tengo prisa en arreglar mis asuntos. Pero, ¿dónde está mi mujer? ¿Dónde se oculta?

ALBERTO En vez de pasarse todo el día corriendo tras ella, fuera mejor que se dirigiese us-



ted a una agencia de informaciones, y antes de cuarenta y ocho horas...

CLEMEN. Es una buena idea.

LEGRIS ¡Excelente!... No se me había ocurrido.

ALBERTO (Cogiendo una tarjeta de la mesa y entregándosela.) Aquí tiene usted las señas de una de las más acreditadas.

LEGRIS (Cogiendo la tarjeta y leyendo.) «Chambardet y Compañía, calle de Richelieu, 55. Investigaciones relativas a asuntos de familia.»

ALBERTO ¿Quiere usted que telefoneemos?

LEGRIS No; prefiero ir yo mismo.

ALBERTO Como a usted le plazca.

LEGRIS Hasta ahora. (Al tiempo de irse por el foro.) ¡Calle de Richelieu, 55...!

#### ESCENA IV

Dichos y JUAN.

ALBERTO ¡Qué tipo más extraordinario!

CLEMEN. En el fondo es un buen hombre.

JUAN (Entrando por la segunda izquierda.) Señora, ahí está una doncella que viene de parte de la frutera.

CLEMEN. ¡Por fin!

ALBERTO (Asombrado.) ¿Una doncella?

CLEMEN. ¡Ah, verdad que tú no lo sabes! Ya no tengo doncella.

ALBERTO (Sin reflexionar.) ¿Tú tampoco?

CLEMEN. ¿Cómo yo tampoco?

ALBERTO (Vivamente.) Quise decir... ¿y Luisa?

CLEMEN. Me ha dejado plantada hace dos horas.

JUAN ¿La mando pasar aquí?

ALBERTO (Subiendo hacia la segunda derecha.) Sí, que pase.

CLEMEN. ¿No quieres verla?

ALBERTO Ya sabes que en estas cuestiones no me mezclo nunca, porque corresponden a tu acertada dirección. Además, voy a preparar la cuenta trimestral de Lavirette;

ya sabes que soy su administrador judicial. Hasta ahora. (Vase segunda derecha.)

JUAN (Haciendo entrar a Nelly.) Pase usted por aquí. (Vase segunda izquierda.)

## ESCENA V

CLEMENCIA y NELLY, que aparece en traje muy sencillo de doncella. Se para, algo emocionada, en el dintel de la puerta de la segunda izquierda.

CLEMEN. (Sentada a la izquierda de la mesa.) Aproxímese usted, joven.

NELLY (Tímidamente.) Gracias, señora.

CLEMEN. ¿Cómo se llama usted?

NELLY Antonia... Pommier.

CLEMEN. ¿Y cuánto quiere usted ganar?

NELLY He ganado siempre cincuenta francos.

CLEMEN. Precisamente eso acostumbro a dar... ¿Qué edad tiene usted?

NELLY Veintiséis años.

CLEMEN. ¿Conoce usted el servicio?

NELLY Sí, señora; coso, sé algo de bordar, repaso muy bien la ropa y sirvo bien a la mesa.

CLEMEN. ¿Tiene usted informes?

NELLY (Sacando un papel del bolsillo.) Aquí tiene la señora los de la última casa en que he servido.

CLEMEN. (Cogiéndolo.) ¡Veamos! (Leyendo.) «Certifico: Que he tenido a mi servicio durante dos meses...» (Hablando.) ¿Dos meses únicamente?... (Leyendo.) «a Antonia Pommier, y puedo dar excelentes informes acerca de sus servicios, su inteligencia, su discreción, su fidelidad y su honradez.» (Hablando y sonriendo.) ¡El certificado no puede ser más lisonjero para usted!... (Viendo que Nelly baja los ojos.) (Tiene un tipo distinguido y además es modesta... ¡Me agrada esta muchacha!) (Rea-

nudando la lectura.) «Se la puede tomar con toda confianza y a ojos cerrados... Nelly Ro... Re...»

NELLY (Rectificando.) Rozier.

CLEMEN. (Acabando de leer.) «Rozier, calle Monceau, veintiséis...» (Hablado.) ¿Y por qué se ha ido usted de la casa?

NELLY ¿La señorita no conoce a la señora Nelly Rozier?

CLEMEN. No. ¿Quién es esa señora?

NELLY (Algo cortada.) Una señora... sola...

CLEMEN. ¡Ah, una...!

NELLY Dispense usted, señora; pero no soy yo quien debe calificar a mi antigua ama.

CLEMEN. (Asombrada.) (¡Qué delicadeza de sentimientos!)

NELLY Y habiendo servido siempre a otra clase de personas, he preferido...

CLEMEN. (Mostrándose muy complacida.) Muy bien. Si entra usted en mi casa, puede estar segura, tranquila, de que sirve en un hogar honrado; el puesto quizás sea menos ventajoso que en casa de la señora Rozier, pues, además de no haber propinas, tendrá usted más trabajo.

NELLY ¡Oh, eso poco importa!

CLEMEN. Bueno. Y en cuanto a los días de salir...

NELLY No los pido.

CLEMEN. Sin embargo...

NELLY No saldré. No salgo nunca.

CLEMEN. (¡Es una alhaja!) Pues bien, joven, me conviene usted. Luego... (Recordando el nombre.) ¿Cómo?...

NELLY Antonia.

CLEMEN. Antonia. ¿Cuándo puede usted venir?

NELLY ¡Ahora mismo, si usted lo quiere!

CLEMEN. Ya lo creo. Pero, ¿y el baúl?

NELLY Iré a buscarlo esta noche, cuando haya acabado mi tarea.

CLEMEN. Pues estamos de acuerdo. Queda usted admitida desde ahora mismo.



NELLY (Con alegría.) ¡Cuánto se lo agradezco, señora!

CLEMEN. Ahora tengo que decirle cual es su obligación.

NELLY Por la mañana, vestir y peinar a la señora...

CLEMEN. No, yo me visto y me peino sola.

NELLY (¡Ya se conoce!)

CLEMEN. Tiene usted que colocar todo en su sitio... Le recomiendo mucho mi ropa blanca... Hago que la laven en casa de mi madre, en Bayona, y cada quince días me la devuelven en un cesto... (Se levanta y hace el movimiento de una mujer que se ha pisado el volante de su enagua.) Me parece que me he roto el volante de la enagua. (Se levanta la falda y enseña una enagua de hilo muy sencilla, blanca.)

NELLY (Aproximándose a ella con rapidez.) Si me permite la señora... (Con cierta piedad.) (¡¡ Oh, qué enagua!!) El volante no está más que descosido, es cuestión de un minuto.

CLEMEN. (Indicándole un cestito de costura que hay encima de la consola.) En ese cestito tiene usted aguja e hilo.

NELLY Bueno, señora.

CLEMEN. (Mirándola.) (¡Qué simpática es esta muchacha!)

## ESCENA VI

Dichas, JUAN y VALENTINA.

JUAN (Por el foro, anunciando.) La señora de Grissoles.

CLEMEN. ¡Valentina! (Juan deja paso a Valentina y vase por el foro.)

VALENTI. Muy buenos días, mi querida Clemencia... ¿Vengo a molestarla?

CLEMEN. ¿Molestarme usted?

NELLY (Lanzando un grito al ver a Valentina.) (¡Ella!  
¡¡ Es ella !!)

CLEMEN. Le suplico únicamente... (Volviéndose y viendo a Nelly con los ojos fijos en Valentina, teniendo en una mano la aguja y en la otra una hebra de hilo.)  
Vamos, Antonia...

NELLY (Screnándose.) En seguida, señora... voy a enhebrar la aguja.

CLEMEN. (A Valentina, indicando a Nelly.) Es una nueva doncella... Luisa me ha dejado plantada esta mañana y acabo de admitir a ésta hace un instante. (Bajo.) Creo que he encontrado una perla.

VALENTI. (Bajo, sonriendo.) ¿Y tan pronto lo ha podido usted apreciar? (Sin dejar de mirar a Nelly.) ¿Luego es una perla rara?

NELLY (Mientras enhebra la aguja.) (¡Mírame, anda, mírame!)

VALENTI. (Bajo a Clemencia.) ¡Oh, es muy bonita!

CLEMEN. (Bajo a Valentina, sentándose con ella en el canapé de la izquierda.) Estaba sirviendo en casa de una...

VALENTI. (Bajo.) ¿Sí?

CLEMEN. (Idem.) Llamada Nelly Rozier.

VALENTI. (Idem.) ¿Y no ha tenido usted reparo en tomar a su servicio una doncella que ha estado en esa casa?

CLEMEN. (Idem.) Es una chica excelente, que no ha querido permanecer allí más tiempo.

NELLY (Que ha terminado de enhebrar la aguja.) Si la señora me permite...

CLEMEN. (A Valentina, excusándose.) Me he descosido el volante de la enagua; con su permiso... (Clemencia se sienta en el canapé, así como Valentina, que lo hace colocada a la izquierda.)

VALENTI. Usted lo tiene. (Nelly se pone de rodillas y cose el volante de la enagua de Clemencia. Esta última se encuentra entre Valentina y Nelly.) ¿Y cómo está su esposo?

CLEMEN. Divinamente, gracias. (Indicando la puerta de la segunda derecha.) Está en su despacho. (Nelly sigue el gesto y parece que dice "¡Ah! ¿Está

- ahí? ¡ Bueno! ) Hace media hora que acaba de regresar y está tan alegre...
- NELLY (Con rabia.) ( ¡ Alegre, eh! )
- CLEMEN. ¡ Cantaba, bailaba !
- NELLY (Conteniéndose.) ( ¡ Bailaba ! )
- VALENTI. ¿ Y a qué se debe su buen humor?
- CLEMEN. Según creo, ha ganado un pleito.
- NELLY (Conteniéndose.) ( ¡ La que lo ha ganado he sido yo ! )
- CLEMEN. En fin, un asunto que le preocupaba mucho y del que ha logrado deshacerse esta mañana.
- NELLY (Con voz sofocada.) ( ¡ Deshacerse !... ) ( No pudiendo contener un grito. ) ¡ Ay !
- CLEMEN. ¿ Qué le ha pasado, Antonia?
- NELLY ¡ Nada, señora, que me he pinchado !
- CLEMEN. (A Valentina.) Crea usted que nunca le he visto más contento.
- VALENTI. ¡ Es natural !
- NELLY (Mirando la puerta del despacho como si se dirigiese a Alberto.) ( ¡ Tú no sospechas, infame, que lo estoy oyendo todo ! ) ( Tose con rabia. )
- VALENTI. ¿ Y qué piensa usted hacer esta tarde?
- CLEMEN. ¿ Esta tarde?
- VALENTI. ¿ Quiere usted venir conmigo a las carreras de caballos? Tengo dos entradas.
- CLEMEN. Es usted muy amable, pero ya sabe usted que yo soy muy casera ; además, estoy acabando mi compota, y después tengo que arreglar la ropa que llegará hoy de Bayona.
- VALENTI. Entonces tampoco iré yo.
- CLEMEN. No, por mí no lo haga usted.
- VALENTI. Una señora sola... en estos sitios...
- CLEMEN. Pídale usted a mi marido que la acompañe.
- NELLY ( ¿ Eh? )
- VALENTI. (Sonriendo.) ¿ Con el señor Lebrunois? De ninguna manera ; eso no estaría bien visto.
- CLEMEN. No lo estaría si yo lo ignorase, pero puesto que soy yo quien se lo ruega...

- NELLY (¿Será necia esta buena señora?)  
VALENTI. Ya lo sé, pero...  
CLEMEN. A menos que no la moleste.  
VALENTI. ¡Nada de eso! ¡A quien quizás moleste será a su esposo.  
CLEMEN. ¿Alberto? Estará contentísimo yendo con usted. (Gesto de Valentina.) Sí, sí. (A Nelly.) ¿Ha terminado, Antonia?  
NELLY Falta todavía una puntada.  
CLEMEN. (A Valentina.) No hablemos más; irá con usted.  
NELLY (Está visto, ¡tonta de remate!) (Levantándose.) Ya está, señora.  
CLEMEN. (Levantándose.) Gracias.  
VALENTI. (Levantándose también.) Es usted un ángel encantador. Otra, en su caso, sentiría unos celos terribles.  
CLEMEN. De usted jamás los tendría yo.  
VALENTI. ¡Calle! ¿y por qué?  
CLEMEN. Porque mi marido me dice a menudo: «Quiero mucho a tu amiga Valentina.» Luego, usted comprenderá que puedo estar tranquila, pues si la quisiera de otro modo, tendría buen cuidado de ocultarme sus simpatías por usted.  
VALENTI. Tiene usted razón.  
NELLY (Que ha subido hacia la mesa, ha dejado la aguja en el cestillo.) (¡Oh, es un tipo muy provocativo!)

## ESCENA VII

Dichas y JUAN.

- JUAN (Entrando por la segunda izquierda.) Señora, acaban de traer el cesto de Bayona.  
CLEMEN. Voy en seguida. (Juan vase. A Valentina.) Con su permiso; el tiempo necesario para indicar a esta muchacha... (Señalando a Nelly.)  
VALENTI. Conmigo está usted cumplida.  
CLEMEN. Avisaré a mi marido para que le haga entretanto la visita.



NELLY (¡ Oh, es el colmo ! ) (Examinando disimuladamente a Valentina.) (¡ No se tiñe ! ¡ Es una rubia auténtica ! )

CLEMEN. (Abriendo la puerta de la segunda derecha y dirigiéndose al bastidor.) ¡ Alberto ! ¡ Ven ! ¡ La señora de Grisolles está aquí ! ¡ Vamos, Antonia ! (Vase segunda izquierda.)

NELLY (Siguiendo a Clemencia.) (¡ Y ella misma les prepara las entrevistas !... (Con energía.) ¡ Ah, pero no, estoy yo aquí y sabré estorbarlo ! ) (Apenas ha desaparecido Nelly, cuando Alberto entra por la segunda derecha.)

### ESCENA VIII

VALENTINA y ALBERTO ; después NELLY.

ALBERTO (Entrando y saludando ceremoniosamente.) Mi querida Valentina... tengo muchísimo gusto... (Mirando a su alrededor.) ¿ No está aquí mi mujer ?...

VALENTI. Ha ido a recibir el cesto de Bayona...

ALBERTO (Con naturalidad.) ¡ Ah ! ¿ Está con el cesto ? ¿ Luego nos encontramos solos ?... ¡ Por consiguiente !... (Avanza hacia Valentina y quiere abrazarla al tiempo de sentarse ella a la izquierda de la mesa.)

VALENTI. ¿ Pero qué le pasa a usted ?

ALBERTO Lo ofrecido es deuda. Acuérdesse usted de lo que me prometió ayer, cuando la invité a entrar en mi coche para librarla de aquel chaparrón en los Campos Elíseos. (Alberto permanece de pie a la derecha de la mesa.)

VALENTI. ¡ Vea usted una aventura a la cual no volveré a exponerme ! ¡ Es usted muy atrevido !

ALBERTO En esos casos, si los hombres no pecamos de atrevidos, las mujeres opinan que no somos galantes.

VALENTI. ¡ Es que usted llevó su cortesía hasta el punto de quererme abrazar !

ALBERTO Y en aquel momento fué cuando usted me dijo, con una vocecita muy dulce: «No abuse usted de la situación, amigo mío, mañana...» ¡Pues bien, mañana es hoy!

VALENTI. (Sonriendo.) ¡No; mañana... es mañana!

ALBERTO ¿Pero ignora usted que la amo?

VALENTI. ¿Y su mujer, amigo mío?

ALBERTO ¡Pero qué mala es usted! Cada vez que le hablo de mi amor me responde usted lo mismo: «¿Y su mujer, amigo mío?» ¡Eso no tiene nada que ver!

VALENTI. Tan cariñosa, tan encantadora, tan angelical...

ALBERTO ¡Sí, ya sé que sabe hacer compota y que se cose ella misma las enaguas!... ¡Todas las buenas cualidades de las provincianas; conformes!... ¡Pero, Valentina, usted es una parisiense provocativa, embriagadora!... ¡Ella es un buen vino de mesa, que se bebe mezclado con agua, mientras que usted es el vino espumoso!

VALENTI. (Riendo.) *El Chateau Laffitte.*

ALBERTO (Riendo.) ¡Eso es! (¡Ya se ríe; esto va como una seda!)

VALENTI. (Riendo cada vez más.) ¡Tiene usted un modo de presentar las cosas!...

ALBERTO (Alegremente.) ¡Ría, ría usted! ¡No tenga usted inconveniente! (¡Cuando las mujeres ríen, se defienden menos!)

VALENTI. (Imitando a Alberto.) ¡Usted sí que es el vino espumoso! (Soltando una carcajada.) ¡Ja, ja, ja!...

ALBERTO (Soltando una carcajada.) ¡Ja, ja, ja!

VALENTI. ¡Ja, ja, ja!

ALBERTO (Idem.) ¡Ja, ja, ja! (A la última frase de Valentina, se abre la puerta de la segunda izquierda. Nelly aparece y se dirige tranquilamente hacia la mesa de la derecha. Alberto, al oír andar, se vuelve maquinalmente, y al ver a Nelly junto a la mesa lanza un grito de estupefacción. ¡¡Ah!! (Se levanta en el

acto y sigue absorto a Nelly maquinalmente con los ojos.)

NELLY

(Después de haber cogido un objeto cualquiera de la mesa, sube hacia la puerta por la cual ha entrado y dice sencillamente al pasar junto a Alberto.) ¡Ustedes dispensen!... (Desaparece por la segunda izquierda.)

## ESCENA IX

VALENTINA y ALBERTO.

ALBERTO

(Cada vez más estupefacto, señalando hacia Nelly, que ha desaparecido.) ¿Quién es ésa?

VALENTI.

(Levantándose.) ¿Ésa? La nueva doncella de su esposa.

ALBERTO

¿Qué dice usted?

VALENTI.

Pues digo, que es la nueva doncella de su esposa. Acaba de admitirla.

ALBERTO

(Mirando a la puerta.) (Pero, ¿yo estoy despierto o soñando?)

VALENTI.

(Que viene tras de él.) Oiga usted una cosa, amigo Alberto: si usted me jura no volver a hablarme de su amor...

ALBERTO

(Sin apartar la mirada de la puerta, muy preocupado.) Sí, sí, lo juro, si...

VALENTI.

Le llevo en mi compañía a las carreras de caballos...

ALBERTO

(Sin darse cuenta.) ¿A las carreras de caballos? ¡Ja, ja! ¿De veras?

VALENTI.

(Asombrada.) ¿Cómo? ¿Y no se le ocurre a usted contestarme nada más?

ALBERTO

(Siempre preocupado.) Dispénsame usted... Es la alegría... la emoción... no podía presumir... (¡Ah, es preciso que yo sepa la verdad!) (Toca el timbre de la chimenea.)

VALENTI.

¿Qué le pasa a usted?

ALBERTO

(Aproximándose a ella.) Le repito que es la alegría... (Esforzándose por reír.) ¡Ja, ja!... (En este momento se abre la puerta de la segunda izquierda, ve a Nelly y lanza un nuevo grito de estupefacción.) ¡Ah!



## ESCENA X

Dichos y NELLY.

NELLY (Con calma.) ¿Ha llamado el señor?  
ALBERTO (En el colmo de la confusión.) (¡ Es ella ! ¡ Ya lo creo que es ella !)  
NELLY ¿Qué desea el señor?  
ALBERTO (Balbuciente.) No lo sé... ¡ Ah, sí !... Mi sombrero... mis guantes... mi bastón...  
NELLY El señor será servido al instante. (Vase, siempre con mucha calma, por la segunda derecha.)

## ESCENA XI

VALENTINA y ALBERTO.

VALENTI. (Apercibiéndose vagamente de lo que ocurre.) ¡ Hola, hola, hola !  
ALBERTO (En el colmo de la agitación.) (¡ Ella aquí ! ¡ ¡ En mi casa ! ! ¡ ¡ ¡ Y de doncella de mi mujer ! ! ! )  
VALENTI. (Aproximándose a Alberto, con convicción.) ¡ Usted conoce a Nelly Rozier !  
ALBERTO (Vivamente.) ¿ Nelly Rozier ? No sé a quién se refiere...  
VALENTI. ¡ Y usted ha estado en su casa !  
ALBERTO ¿ Yo ?  
VALENTI. Y la prueba de ello es que se ha turbado usted en cuanto ha visto aquí a la que ha sido doncella de Nelly.  
ALBERTO (Asombrado.) ¡ Ah ! ¿ Pero esa es la doncella de... ?  
VALENTI. ¡ Señor Lebrunois !... ¡ Usted, que ayer mismo me juraba que no había engañado nunca a su mujer !  
ALBERTO (Obstinadamente.) ¡ Y lo sigo jurando !  
VALENTI. ¡ Y sigue usted jurando en falso !

## ESCENA XII

Dichos y NELLY, entrando por la segunda izquierda, con el sombrero, los guantes y el bastón de Lebrunois.

NELLY (A Valentina.) De parte de la señora, que tenga usted la bondad de ir a probar los dulces que acaba de hacer.

VALENTI. Con mucho gusto... (A Alberto.) Y a la vez me despediré de ella... Adiós...

ALBERTO (Pensando en otra cosa.) ¡Sí... eso es... sí!

VALENTI. (Mirando a Nelly.) (Esta doncella me hace sospechar...) (Vase segunda izquierda.)

## ESCENA XIII

ALBERTO y NELLY.

ALBERTO ¡Tú!

NELLY (Con mucha calma, sonriente y bajando hacia Alberto, ofreciéndole los objetos.) Señor, aquí tiene usted su sombrero, sus guantes y su bastón. (Alberto coge maquinalmente los objetos que le tiende Nelly. Va a hablar, pero ella le corta la palabra.) Creo que el señor quedará contento de mis servicios. Antes de entrar en su casa serví a la señora Nelly Rozier... ¿La conoce usted?... ¿No?... Tanto peor para usted, pues conocería a una persona muy simpática, linda, y sobre todo, confiada... ¡Ah, sobre todo, confiada! ¡Demasiado! Pero no sé a qué le cuento a usted todo esto, porque nada puede interesarle; ya sé que el señor es bueno, muy bueno, luego, bien podrá dispensar a su humilde servidora. (Le hace una reverencia.)

ALBERTO (Dejando sobre la mesa su sombrero, sus guantes y su bastón.) ¡Todo eso es muy bonito, pero no me explico el por qué te encuentro aquí; en mi casa y en calidad de doncella!

NELLY (Muy dulce.) Necesitaba verte.

ALBERTO ¡Pero aquí no; ya sabes lo celosa que es mi mujer!

NELLY ¿Celosa tu mujer?

ALBERTO Sí...

NELLY (Avanzando hacia él.) ¡Mentira!... ¿Barbotín?... ¡Mentira!... ¿Medoro? ¡Mentira!... Todas y cada una de tus palabras, ¡mentira, mentira, mentira!

ALBERTO Te aseguro...

NELLY (Vivamente.) ¡Cállate, que eres el prototipo de la mentira! ¡Lo sé todo, óyelo bien, absolutamente todo!

ALBERTO (Estupefacto.) (¡Cáspita!)

NELLY A mí, tan sincera y tan buena, en vez de decirme francamente: «Mi querida Nelly, ya no te amo, separémonos», has sentido la necesidad de engañarme, representando toda una comedia, con protestas, juramentos, desesperación y lágrimas. ¡Sí, has querido hacerme creer que llorabas! ¡Y te he creído! ¡Eres un cómico completo! ¡Y no te reprendo por lo que has hecho; al fin y al cabo eres hombre y debía esperármelo; lo que no te perdonaré nunca es la forma, es que hayas sido más embustero que una mujer!

ALBERTO (Asustado.) ¡Oyeme!

NELLY (Dulcemente.) ¡Oh, tranquilízate; no he venido a armarte un escándalo, ni a suplicarte que vuelvas!

ALBERTO (Asombrado.) ¿No?... ¿Pues entonces... a qué?

NELLY (Sonriente.) A decirte esto: Probablemente habrás tenido en tu vida muchas amantes; cuando abandonabas una, sería para coger otra, y así has llegado hasta mí... Pues bien, en mí concluye la serie, da por completa la colección... después de mí has terminado la lista.

ALBERTO No comprendo.

NELLY (Dulcemente irónica.) Vas a comprenderlo en

seguida. A partir de hoy... ¿me comprendes? a partir de hoy... y esa es mi venganza... no engañarás más a tu mujer. Se acabaron los placeres para el Tenorio de Alberto, y hoy comienzan los deberes. En adelante, no quiero que te diviertas, sino que te aburras.

ALBERTO (Completamente tranquilizado.) ¿Qué?

NELLY Sí, quiero que te citen en lo porvenir como modelo de maridos y que lo debas a mí, a mí únicamente. ¡Tú-no-volverás-a-en-ga-ñar-a-tu-mu-je-r! ¡Jamás! ¡¡Jamás!! ¡¡¡Jamás!!!

ALBERTO (Con un gesto muy expresivo.) ¿Engañar a mi mujer? ¡Eso nunca! He sufrido tales remordimientos, que prefiero la insípida honradez al alborozado libertinaje. Puedes estar tranquila, te lo juro por...

NELLY Cada vez que haces un juramento es para mentir. (Cruzándose de brazos.) ¿Y la señora de Grisolles?

ALBERTO (Pasmado.) ¿La señora?...

NELLY Sí, la amiga de tu mujer, la que estaba aquí hace un instante y a quien estabas haciendo la corte.

ALBERTO (Aturdido.) ¿Sabes también?...

NELLY ¡Todo!

ALBERTO (¡Estoy estupefacto!)

NELLY Y ahora, basta de conversación: vas a decirle a esa señora que no la acompañarás a las carreras de caballos.

ALBERTO Pero si le he prometido...

NELLY (Con mucha calma y sonriente.) No saldrás.

ALBERTO ¡Nelly!

NELLY ¡No saldrás!

ALBERTO ¡Pero, por Dios! ¿Con qué pretexto?

NELLY ¡Inventa, busca, halla! Se trata de mentir; para eso no tienes rival.

ALBERTO (Con ingenuidad.) ¡Sin embargo, necesito tiempo!...

VALENTI. (Aparece por la segunda derecha, figurando que se des-



pide de Clemencia.) ¡Hasta la vista, mi querida amiga!

NELLY (Viéndola.) ¡Ella! ¡Aquí tienes el pretexto! (Nelly se arroja al cuello de Alberto y le abraza estrechamente. Valentina lanza un: ¡Oh! Nelly finge haberla visto, y se escapa rápidamente por el foro, como si la hubieran sorprendido cometiendo una falta. Cara cómica de Alberto.)

## ESCENA XIV

ALBERTO y VALENTINA. Después NELLY.

ALBERTO (Furioso.) (Por vida de...)

VALENTI. (Irónicamente.) Perdón por haber venido a molestar.

ALBERTO (Reponiéndose.) ¿Molestar?

VALENTI. Confieso que estaba muy lejos de suponer que tenía por rival a su doncella.

ALBERTO ¿Cómo? ¿Usted ha visto?...

VALENTI. Lo he visto, sí. El abrazo no ha podido ser más efusivo.

ALBERTO ¿Y usted se ha figurado, quizás?...

(Riendo.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Tiene gracia!

¡Ja, ja, ja!... ¡Tiene gracia!

VALENTI. ¿Cómo?

ALBERTO ¡Pero si ese abrazo no era para mí!

VALENTI. ¿No? ¿Pues para quién?

ALBERTO ¡No iba dirigido al hombre, (Con gravedad cómica.) iba dirigido al abogado.

VALENTI. ¿Al abogado?

ALBERTO Acaba de hacerme una consulta en nombre de una tía suya, que tiene un pleito...

¡Oh! un pleito muy difícil, perdido en primera instancia... Después, como...

como una gracia, como una recompensa, y para mostrarme su gratitud...

VALENTI. (No muy convencida.) ¿Le estrechó en sus brazos?

ALBERTO ¡Mi doncella no me iba a pagar veinte francos; no los hubiera yo aceptado!

VALENTI. No acabo de convencerme... pero reconozco que la disculpa no es del todo inverosímil. (Disponiéndose a marchar.) Cuando usted guste.

ALBERTO (Cogiendo su sombrero, su bastón y sus guantes; deteniéndose después indeciso.) ¡Virgen Santísima! ¡Y Nelly está aquí! (Mirando a Valentina.) ¡Ah, no! ¡Perder una ocasión semejante sería demasiado tonto!) (Se pone su sombrero y prepárase a salir. Mientras tanto, Valentina ha ido a mirarse al espejo para ver si el sombrero está bien puesto. Alberto abre la puerta del foro y se encuentra cara a cara con Nelly, que está inmóvil en el umbral de la puerta y con los brazos cruzados. Alberto lanza un grito y cierra apresuradamente la puerta.)

VALENT. (Que ha visto el juego escénico en el espejo.) ¡Oh! ¡Hola! ¡Hola! (A Alberto, con solicitud cómica.) ¿Pero qué le pasa a usted, querido Lebrunois? ¡Me parece que está usted inquieto!

ALBERTO (Balbuceando.) En efecto... no sé lo que tengo, no me siento bien.

VALENT. (Con intención.) ¿Quiere usted que llame?

ALBERTO (Vivamente, con espanto.) ¡No, no llame usted, no es necesario!

## ESCENA XV

Dichos y CLEMENCIA.

CLEMEN. (Por la segunda derecha.) Pero, ¿no se han ido ustedes todavía?

VALENTI. No, su esposo de usted se ha sentido un poco indispuesto.

CLEMEN. ¿Alberto? ¿Qué tienes, hijo mío?

ALBERTO Nada, un ligero desvanecimiento... Ya estoy mejor. Yo creo que sería más conveniente quedarme en casa.

VALENTI. (Con ironía.) Lo mismo opino yo.

CLEMEN. (A Valentina.) Trabaja tanto, que cuando llega esta hora está rendido.

VALENTI. Hay consultas que son muy penosas.  
ALBERTO. (¡ Se está burlando de mí !)  
VALENTI. (Muy dulce.) Con permiso de ustedes yo me retiro. Adiós. (Con ironía disimulada.) Cúidese usted mucho, amigo Lebrunois...  
CLEMEN. Yo la acompañaré.  
VALENTI. No, no se moleste usted.  
CLEMEN. No es molestia. (Clementina y Valentina vansen por el foro. Se las ve despedirse en el recibimiento. Valentina desaparece.)  
ALBERTO. (Solo, yendo a dejar su sombrero y su bastón junto a la chimenea.) ¡ Es imposible, esto no puede continuar así ! (Ocurriéndoséle una idea.) ¡ Voy a hacer que la ponga de patistas en la calle !

## ESCENA XVI

ALBERTO y CLEMENCIA; después, NELLY.

CLEMEN. (Entrando nuevamente por el foro.) Oye, Alberto, deseaba hablarte de la nueva doncella.  
ALBERTO. Y yo también.  
CLEMEN. ¿ La has visto ?  
ALBERTO. ¡ Ya lo creo que la he visto !  
CLEMEN. ¿ Y qué ?  
ALBERTO. (Furioso.) Que en lo sucesivo, cuando necesites una doncella, te librarás muy bien de admitirla sin consultarme previamente.  
CLEMEN. (Estupefacta.) Siempre me has dicho que no querías ocuparte en cuestiones de criados.  
ALBERTO. He hecho mal. De hoy en adelante quiero ocuparme...  
CLEMEN. (Cariñosamente.) Está bien, Alberto, está bien.  
ALBERTO. Si crees que es agradable lo que me sucede...  
CLEMEN. ¿ Qué ?  
ALBERTO. Salgo esta mañana, regreso a mi casa... (Cambiano de tono.) En fin, ¿ quién te la ha recomendado ?  
CLEMEN. La frutera.



ALBERTO ¡ Muy bien ! ¿ Te parece bien eso de encargar doncellas a las fruterías ?

CLEMEN. ¡ No se la iba a encargar al presidente de la República ! Además, me parece una criada perfecta.

ALBERTO ¿ Tú crees eso ?

CLEMEN. Informes excelentes...

ALBERTO ¡ Vaya una razón ! ¡ Hoy todas se fabrican informes excelentes !

CLEMEN. ¡ Antonia me parece incapaz !...

ALBERTO (Sin comprender.) ¿ Antonia ?

CLEMEN. Sí, se llama Antonia.

ALBERTO Pero, ¿ también crees tú eso ?

CLEMEN. Ella así me lo ha dicho.

ALBERTO ¡ Estás fresca ! ¿ Es decir, que si te hubiera dicho que era Juana de Arco o madama Pompadur, también la hubieras creído ?

CLEMEN. ¡ No me explico tu animosidad contra esa joven ! ¿ No te gusta ?

ALBERTO ¡ Absolutamente nada ! (En esta parte de la escena Clemencia está de espaldas a la puerta de la primera izquierda, y Alberto frente a dicha puerta. Se ve abrir la citada puerta despacito. Nelly aparece y escucha.)

CLEMEN. ¿ Qué tienes que echarle en cara ?

ALBERTO (Sin ver a Nelly.) ¡ Que no me es simpática !... Además, mira de un modo... (Levanta la cabeza y se queda estupefacto al ver a Nelly que le hace signos de amenaza con la mano.)

CLEMEN. (Mirando fijamente a Alberto, el cual permanece con ojos desencajados.) ¿ Pero mira así ?... ¡ Pues no me he fijado !

ALBERTO (¡ Estaba escuchando !) (Nelly desaparece.)

CLEMEN. (Admirada.) Bueno, Alberto, si no te gusta... la despediré. (Nelly aparece nuevamente y da a entender a Alberto: « ¡ Ah, no, eso no ! »)

ALBERTO (Tratando de enmendar lo dicho.) ¿ Despedirla ? ¿ Pero quién te ha hablado de despedirla ?

CLEMEN. Puesto que no te gusta... (Nelly desaparece de nuevo.)

ALBERTO (Aparentemente contrariado.) ¡Y dale con que no me gusta!

CLEMEN. Eso decías hace un instante.

ALBERTO ¡Vaya, no hay medio, de entenderse contigo! Todo lo exageras.

CLEMEN. ¿Yo? Si hasta me has dicho que te era antipática.

ALBERTO ¿Eso qué tiene que ver? ¡Con tal de que sea buena criada!... (Nelly reaparece de nuevo. En este momento los personajes deben estar colocados de manera que Clemencia no pueda ver a Nelly, quien permanece solamente visible para Alberto.)

CLEMEN. ¡Pues hijo, no te comprendo! ¿Te gusta o no?

ALBERTO (Viendo a Nelly.) ¡Muchísimo... gustándote a ti!... (Signo de satisfacción de Nelly.)

CLEMEN. ¿Entonces nos quedamos con ella?

ALBERTO (Con rabia reconcentrada.) Sí. (¡Ella es la que se queda con nosotros!) (Nuevo signo de satisfacción de Nelly, quien cierra la puerta y desaparece. Alberto se sienta, rendido de padecer, a la izquierda de la mesa.)

CLEMEN. (Dirigiéndose a la segunda izquierda.) Pues voy a anunciarle que se queda en la casa. (Vase segunda izquierda.)

## ESCENA XVII

ALBERTO; después, NELLY; luego, CLEMENCIA, y a poco, JUAN.

ALBERTO (Levantándose, exasperado.) ¡Ni un día más esta situación!... ¡No poder abrir una puerta sin exponermé a encontrármela cara a cara! (Dirigiéndose hacia la primera izquierda.) ¡Es indispensable que yo invente algo! (En el momento en que va a abrir la puerta, ésta se abre y aparece Nelly.) ¡Ya está aquí!... ¡Todavía!... ¡Siempre! ¡Siempre!

NELLY (Avanzando y sonriéndose.) ¡Tú-no-en-ga-ña-rás-a-tu-mu-jer!

ALBERTO (Volviendo a bajar.) ¡Al que no quiere caldo, tres tazas llenas!

- NELLY ¡ Y no te canses, porque vamos de pillo a pillo ! ¡ Si insistes en aconsejarle que me despida, le digo por qué estoy aquí !
- CLEMEN. (Entrando por el foro.) ¡ Ah, la buscaba a usted, Antonia !
- NELLY Aquí me tiene la señora.
- CLEMEN. Tengo el gusto de decirle que acabamos de resolver que se quede usted en casa.
- NELLY Precisamente eso mismo me estaba diciendo el señorito.
- CLEMEN. Lo mismo que a mí, le agrada usted mucho.
- NELLY (A Alberto.) Muchas gracias, señorito... Crea usted...
- ALBERTO (Aparte, furioso.) ¡ Y no poder decir nada ! ¡ Nada ! ¡ ¡ Nada ! !
- JUAN (Entrando por la segunda derecha.) El pasante del señor está esperando ; dice que tiene usted que firmar unos documentos.
- ALBERTO (De mal humor y gritando, como satisfecho de poder descargar su ira contra alguien.) ¡ Está bien ! ¡ Ya voy ! ¡ Le repito que ya voy !... ¿ Pero qué espera usted ?
- JUAN (Asombrado.) Nada, señor.
- ALBERTO (Echándole fuera.) ¡ Pues largo ! (Juan desaparece.)
- CLEMEN. (Asombrada por el tono de su marido.) ¿ Pero qué te pasa, Alberto ?
- ALBERTO ¡ Nada ! ¿ Qué quieres que tenga ?
- CLEMEN. ¡ Estabas tan alegre hace poco !
- ALBERTO ¡ Y no he cambiado ! ¡ Jé, jé ! (Abriendo rabiosamente la puerta de la segunda derecha. (¡ Por lo menos ahora no me la encontraré detrás de la puerta !) (Vase.)

## ESCENA XVIII

NELLY y CLEMENCIA.

- CLEMEN. (Excusando a Alberto.) Está hoy algo nervioso.
- NELLY El tiempo, sin duda.
- CLEMEN. (Sentándose a la izquierda de la mesa.) Voy a dar-

le la lista de lo que tenemos que enviar a Bayona.

NELLY (Mirándola, aparte.) ¡ Vaya una manera de peinarse !

CLEMEN. (Cogiendo de sobre la mesa un cuadernito.) Tome usted.

NELLY ¿Me permite la señora una pregunta?

CLEMEN. Usted dirá.

NELLY ¿Se le ha ocurrido a la señora peinarse de ese modo?

CLEMEN. No, ha sido a mi madre.

NELLY ¡ Ah, vamos !

CLEMEN. (Algo sorprendida.) Pues, ¿qué tiene mi tocado?

NELLY (Sonriendo.) Tiene... cuarenta años más que la señora. (Resueltamente.) Si la señora me autoriza, yo le enseñaré algunos peinados... pero sobre todo, nada de cocas... Afean el rostro e impiden ver la oreja... y estoy segura de que tiene usted una oreja... (Se le aproxima para levantar un poco el pelo a Clemencia.) ¿Me permite la señora? (Levantando los cabellos de Clemencia.) ¡ Preciosa ! ¡ Ya me lo figuraba ! ¡ Tal vez ni el señorito se habrá fijado !... Bien se conoce que la señora no es presumida, ni mucho menos coqueta.

CLEMEN. ¡ Oh, nada de eso !

NELLY ¡ Qué equivocada está !

CLEMEN. ¿Y para qué he de ser coqueta?... Una mujer casada...

NELLY ¿Pero no le gusta a la señora agradar a su marido?

CLEMEN. Mi marido no repara en estos detalles. Si yo fuera coqueta, ni siquiera lo notaría.

NELLY Razón de más para serlo... Si no se fija su marido, se fijará otro.

CLEMEN. ¿Otro?

NELLY Y cuando una mujer comienza a agradar a los demás, le gusta en el acto mucho más a su marido.

CLEMEN. (Sonriendo.) ¡ Vaya, vaya, niña ! ¿ Ha apren-



dido usted eso en la última casa en que ha servido?

NELLY Observando... aquí y allí... Cuidado, que las indicaciones que yo me permito hacer no se refieren personalmente a usted; pueden aplicarse a todos los matrimonios.

CLEMEN. (Sonriendo.) Continúe usted; quizás me sea de alguna utilidad.

NELLY (Así lo espero.)

CLEMEN. ¿Usted me aconseja que cambie de peinado?

NELLY De peinado... y de lo demás. Hace un instante colocaba su ropa blanca, y vi unas enaguas...

CLEMEN. ¡Son de una tela excelente!

NELLY ¡Bah, parecen de viuda!

CLEMEN. (Interesada.) Pues, ¿cómo deben ser?

NELLY Flexibles, coquetas, alegres, delicadas, como ésta. (Levanta su falda y enseña una enagua preciosa.)

CLEMEN. (Admirada.) ¡Oh!... No necesito preguntar si procede de casa de Nelly Rozier.

NELLY Precisamente, señora... ella misma me la ha dado.

CLEMEN. (Rechazando la idea ruborosamente.) ¡Nunca me pondré yo una enagua semejante!

NELLY ¿Cree usted que no le gustaría al señorito?

CLEMEN. ¿A mi marido? ¡Oh, no! ¡Eso le haría formar otro concepto!

NELLY ¡Quién sabe! Quizás eso fuera un bien.

CLEMEN. ¿Usted opina?...

NELLY No me refiero precisamente al señorito, hablo en general.

CLEMEN. (Tranquilizada.) ¡Ah, vamos!

NELLY (Muy insinuante y hablando muy cerca de Clemencia.)

Señorita: los hombres son, poco más o menos, todos iguales... Les gusta la variedad, lo nuevo... como a nosotras... Por esta razón puede ser de gran interés, para una mujer inteligente, el transformarse, el renovarse constantemente a los ojos de

su marido, quien, a su vez, se encuentra renovado. Entonces le parece que no tiene siempre la misma mujer, que es otra, y esta otra, como ya no tiene que buscarla en otro sitio, la encuentra en su casa, y se queda allí con mayor gusto.

CLEMEN. (Que ha escuchado todo lo anterior con atención y reflexionado sobre ello.) ¡Es posible!

NELLY (¡Ya tragó el anzuelo!) No sé si habré hecho mal en decir todo eso a la señora, por si pudiera imaginarse que el señorito...

CLEMEN. ¡Oh, no; afortunadamente mi marido no es de esos!

NELLY Además, los hombres no cambian de repente. (Pausa.) ¿Cuánto tiempo lleva usted de casada?

CLEMEN. Tres años y medio.

NELLY Entonces, señora, aun tiene usted seis meses para defenderse.

CLEMEN. (Pensativa y aparte.) No va descaminada esa muchacha.

NELLY (Cambiando de tono, intencionadamente, como para estimular más a Clemencia.) Señora: ¿quiere usted que nos ocupemos de enviar el cesto a Bayona?

CLEMEN. (No acordándose ya de él.) ¡Ah, sí! ¡Es verdad! Me olvidaba.

NELLY (Viendo la actitud de Clemencia.) (¡Ya está preocupada!)

CLEMEN. Y diga usted, Antonia. ¿Usted sabe dónde se venden esas enaguas?

NELLY Precisamente yo misma he comprado ésta.

CLEMEN. Pues bien... comprendo que es una niñería... Casi siento ganas de que vaya usted a... comprarme una parecida.

NELLY (Tranquilamente.) Bueno, señora. (Quiere irse.)

CLEMEN. (Deteniéndola suavemente.) Puesto que va usted... cómprame dos. (Medio mutis de Nelly.) Antonia... cómprame usted tres...

NELLY (Marchándose.) (¡Ya eres mía!)

## ESCENA XIX

CLEMENCIA y ALBERTO.

ALBERTO (Entrando por la segunda derecha y viendo salir a Nelly por la primera izquierda.) (Estaban juntas; algo ha debido maquinarse.)

CLEMEN. (Arrojándose al cuello de Alberto y acariciándole.) ¡Alberto de mi vida!

ALBERTO (Asombrado.) ¿Qué te pasa?

CLEMEN. Cuanto más la trato, más contenta estoy con Antonia... ¡Si supieras... acaba de darme unos consejos!...

ALBERTO (Inquieto.) ¿Consejos?... ¿Qué consejos? ¿Qué es lo que te ha dicho? ¿Qué? ¿Qué?

CLEMEN. No. Eso queda entre nosotras.

ALBERTO ¿Entre vosotras?

CLEMEN. Es una sorpresa.

ALBERTO (Aterrorizado.) ¿Una sorpresa?

CLEMEN. ¡Ya verás!... ¡Ya verás una sorpresa... que no te la esperabas!... (Con coquetería.) ¡Por eso va a ser una sorpresa! (Vase precipitadamente, figurando que lanza besos a Alberto.) ¡Adiós, rico!

## ESCENA XX

ALBERTO. Después JUAN.

ALBERTO (Muy agitado.) ¿Una sorpresa?... ¡Qué poco me gustan a mí las sorpresas que no conozco!

JUAN (Entrando por el foro.) Señorito.

ALBERTO (Dé mal humor.) ¿Qué?

JUAN (Algo temeroso.) Ese caballero que vino ayer... y a quien citó usted para hoy.

ALBERTO (Mal humorado.) ¿Qué caballero?

JUAN El señor Lavirette.

ALBERTO ¡Ah! Sí, Lavirette... Que pase. (Juan vase. Ocurriéndosele de pronto una idea.) ¡Lavi-



rette !... He aquí el medio de librarme de ella... Un amigo de hace veinte años... soltero, calavera... ¡Ni pintado !

JUAN

(Reapareciendo en el foro y anunciando.) El señor Lavirette. (Deja pasar a Lavirette y vase.)

## ESCENA XXI

ALBERTO y LAVIRETTE.

ALBERTO ¡ Cuánto celebro verte, amigo Lavirette !

LAVIRETTE Vengo a cobrar mi paga.

ALBERTO ¡ Tu paga ! ¡ Ah, se trata de tu paga !

LAVIRETTE (Asombrado.) ¿ Cómo que si se trata de mi paga ?...

ALBERTO (Bruscamente.) ¡ Lavirette, me encuentro en un compromiso espantoso !

LAVIRETTE ¿ Te has comido mi trimestre ?

ALBERTO ¿ Tu trimestre ?... ¡ Está en mi despacho, lo cobrarás en seguida, no te apures !

LAVIRETTE (Alegremente.) ¡ Ah, bueno !... ¿ Luego estás en un compromiso espantoso ?

ALBERTO ¡ Sí ; únicamente tú me puedes sacar de él !... Tengo una amante.

LAVIRETTE ¿ Tú ?... ¿ Un hombre casado ? ¡ No tienes sentido moral !

ALBERTO ¡ Tengo muchos sentidos, pero ese no !

LAVIRETTE Bueno, quedamos en que tienes una amante y en que no tienes sentido moral.

ALBERTO No ; he debido decir tenía una amante, puesto que he roto con ella esta misma mañana, y ella, para vengarse, ¿ sabes lo que ha hecho ?

LAVIRETTE Le ha escrito a tu mujer, como si lo viese.

ALBERTO No ; se ha presentado aquí en calidad de doncella y mi mujer la ha admitido.

LAVIRETTE (Desternillándose de risa.) ¡ Ja, ja, ja ! ¡ Tiene muchísima gracia !

ALBERTO Si te hallaras en mi lugar no pensarías así.

LAVIRETTE Pero, amiguito, no veo en qué puedo servirte...

ALBERTO Escucha: tú eres libre, guapo y tienes mucho partido con las mujeres.

LAVIRETTE ¿No me exigirás que conquiste a tu amante?

ALBERTO No se trata de conquistarla, sino de que te la lleves de aquí, que me libres de ella... Ofrécele, por ejemplo, que la llevarás a Italia, a España... en fin, adonde te ocurra.

LAVIRETTE Alberto...

ALBERTO (Con solemnidad.) Y ya sabes: si algún día necesitas un anticipo, aunque tu administrador judicial, no soy de piedra.

LAVIRETTE Te voy a ser franco. Si me hubieses pedido ese favor hace dos horas, te hubiera complacido; pero en este momento me es completamente imposible.

ALBERTO ¿Eh?

LAVIRETTE Amo, desde hace tres años, a una mujer encantadora... ¡Por fin va a ser mía! ¡Comprenderás que no es este el momento de proponerme que me vaya al extranjero con otra!

ALBERTO (Con amargura.) ¡Bah, estos son los amigos!... ¡Valientes amigos! (Gesto de indiferencia en Lavirette.) ¡Está bien! ¡Buscaré otro medio, no te necesito! ¡Desde hoy seré tu administrador judicial a secas, no tu amigo... eres un ingrato! Voy a buscar tu trimestre.

LAVIRETTE (Deteniéndole.) ¡Espera!... Necesito un anticipo.

ALBERTO ¿Un anticipo?

LAVIRETTE Sí, unos diez mil francos.

ALBERTO (Irónico.) ¡Para derrocharlos con mujeres!... (Con gravedad cómica.) ¡Nunca, caballero!

LAVIRETTE Pero, hombre, si acabas de ofrecérme hace un instante...

ALBERTO Es inútil que insista usted.

LAVIRETTE (Irónico.) Bueno. Es decir, que si yo hubiese aceptado el viajecito con...

ALBERTO (Con dignidad.) ¡No es la misma cosa! Al ayudar a un hombre a deshacerse de una mujer prestaba usted un servicio a la sociedad. (Cambiando de tono; de buen humor.) ¡Llévatela y te adelanto quince mil francos!

LAVIRETTE (Rehusando.) Cuando yo te digo que estoy enamorado...

ALBERTO (Secamente.) ¡Está bien!... ¡Voy por su paga a secas!

LAVIRETTE (Suplicante.) ¡Lebrunois!...

ALBERTO ¡Qué pesadez! (En son de amenaza.) ¡Ni un céntimo adelantado! (Vase segunda derecha.)

## ESCENA XXII

LAVIRETTE solo; después NELLY.

LAVIRETTE ¡Qué contrariedad!... ¡Voy a tener que recurrir a un usurero!

CLEMEN. (Dentro.) ¡Antonia!

NELLY (Entrando por la primera izquierda y dirigiéndose a la segunda, sin ver a Lavirette.) ¡En seguida, señora, en seguida!

LAVIRETTE (Lanzando un grito al ver a Nelly.) ¡Nelly!

NELLY (Lo mismo al ver a Lavirette.) ¡Lavirette!

LAVIRETTE ¡Mi querida Nelly!

NELLY (Vivamente.) ¡Más bajo, por Dios!

LAVIRETTE (Bajando cómicamente la voz.) ¿Qué hace usted aquí?

NELLY ¡Estoy de doncella! (Coge un cuadernito que hay sobre la mesa.)

LAVIRETTE (Comprendiéndolo todo y mirando hacia la puerta por donde se fué Alberto.) ¿De doncella?... ¡Ay, Dios mío! Luego entonces...

NELLY ¡Si es verdad que usted me ama, como si no me hubiera visto nunca!

CLEMEN. (Dentro.) ¡Antonia!

NELLY (Yendo hacia la segunda izquierda.) ¡Ya voy, señora, ya voy!

LAVIRETTE (Asombrado.) ¿Antonia?

NELLY (En el dintel de la puerta, a Lavirette, haciéndole señas de que se calle.) ¡Silencio!... ¡Ya voy, señora! (Vase segunda izquierda.)

## ESCENA XXIII

LAVIRETTE; después LEGRIS.

LAVIRETTE (Solo, estupefacto.) ¡La doncella es Nelly!...  
¡Y Alberto es él!...

LEGRIS (Entrando por el foro.) (¡Dichosa agencia; pues no está lejos que digamos!)

LAVIRETTE (Viendo a Legris y lanzando un grito de estupefacción.) ¡Legris!

LEGRIS (Lanzando un grito.) ¡Lavirette!

LAVIRETTE (Atontado.) (¡Buen lío se va a armar ahora!)

LEGRIS (Abrazándole.) Aquí me tienes de vuelta del Congo.

LAVIRETTE (Aun no repuesto de su asombro.) ¿Conoces a Lebrunois?

LEGRIS Está casado con mi ahijada.

LAVIRETTE ¿Con tu ahijada?

LEGRIS Sí. Vivo aquí con ellos, y desde que llegué no he podido averiguar qué ha sido de mi mujer.

LAVIRETTE (Absorto, con los ojos fijos en la puerta por donde salió Nelly.) ¡Ah! ¿De veras?... ¿No has podido?...

LEGRIS He recorrido París en todas direcciones.

LAVIRETTE ¿Que has recorrido?...

LEGRIS ¿Por casualidad sabrás tú qué ha sido de ella?

LAVIRETTE ¿Yo?... No. Acabo de llegar de América.

LEGRIS Estoy desesperado. He recurrido a una agencia de informaciones, por consejo de Alberto, y no sé si obtendré las noticias que me hacen falta.



LAVIRETTE (Sin salir de su estupefacción.) ¿Y ha sido Lebrunois quien te ha aconsejado?...

## ESCENA XXIV

Dichos y ALBERTO, entrando por la segunda derecha, con unos billetes de banco en la mano.

LAVIRETTE (¡ Es preciso que yo le prevenga !)

ALBERTO ¡ Hola ! ¿ Se conocen ustedes ?

LEGRIS Hace muchos años. (Señal de asentimiento en Lavirette.)

ALBERTO (Entregando a Lavirette los billetes de banco. Alberto se coloca entre los dos; Legris está a la derecha de aquél.) ¡ Aquí tiene usted su trimestre a secas !

LAVIRETTE (Alto.) Necesito hablarte.

ALBERTO Es inútil. Ya te he dicho que ni un céntimo... (A Legris.) ¿ Y qué ?

LEGRIS Me han prometido, mediante quince luisas, que antes de veinticuatro horas sabré de mi mujer.

ALBERTO ¡ Me parece difícil !

LEGRIS ¿ Eh ?

LAVIRETTE (A Legris.) ¡ No lo dude usted, tiene razón !

ALBERTO Se estará divirtiendo con un nombre supuesto.

LAVIRETTE No digas eso, hombre.

LEGRIS (Furioso.) ¡ Soy capaz de hacerla polvo !

ALBERTO (Sin escuchar a Legris.) Yo, en el caso de usted, trataría de averiguar, sobre todo, el nombre de su amante y... me divorciaría.

LAVIRETTE Es un consejo de amigo.

ALBERTO ¿ Cómo no, si soy su abogado ? (Señalando a Legris.)

LAVIRETTE ¡ Su abogado !... (¡ Oh, es el colmo !...)

(A Alberto.) Pero...

ALBERTO (Incomodándose.) A firmar el recibito y a no mezclarse en lo que nó le incumbe.

LEGRIS (A Lavirette.) Eso es lo más derecho.

LAVIRETTE ¡ Allá voy ! ( ¡ No he visto descaro semejante ! ) ( Vase segunda derecha. )

## ESCENA XXV

ALBERTO y LEGRIS.

ALBERTO (Continuando la conversación.) Y una vez divorciado, se puede usted volver al Congo más que a paso y libre para toda su vida.

LEGRIS (Suspirando.) ¡ Ay, cuando caerá esa breva !

ALBERTO Voy ahora mismo a telefonar a la agencia, para que averigüen el nombre del amante. (Al tiempo de irse por la segunda izquierda.) (Si no fuera por mí, ¿qué sería de este pobre señor?) (Vase.)

## ESCENA XXVI

LEGRIS; después, NELLY.

LEGRIS (Sentándose a la derecha con satisfacción.) La verdad es que este muchacho me va a resolver el asunto. ¡ Se le ocurren unas ideas que ni al mismísimo demonio ! (En este momento aparece Nelly por la segunda izquierda. Lleva en la mano una lista que repite en alta voz. Atraviésala así la escena para desaparecer por el foro sin mirar a su alrededor. Al ruido de la puerta que han abierto, vuelve Legris maquinalmente la cabeza. Al ver a Nelly permanece estupefacto, no creyendo lo que está viendo, y la mira lleno de asombro.)

NELLY (Leyendo la lista en alta voz.) Dos enaguas... dos pantalones... tres camisas... (Desaparece por el foro. Entonces Legris se pasa la mano por los ojos.)

## ESCENA XXVII

LEGRIS, después ALBERTO; luego LAVIRETTE.

LEGRIS (Con voz entrecortada.) ¿ Pero qué es esto?... ¿ Estoy soñando?... ¿ Es cierto lo que han

visto mis ojos?... ¡No cabe duda!... ¡Mi mujer!... ¡Alberto!... ¡Alberto!...

ALBERTO (Entrando por la segunda izquierda.) ¿Qué le sucede a usted? ¿Por qué grita de ese modo?

LEGRIS (Subiendo hacia el foro.) ¡Mi mujer!

ALBERTO ¿Dónde va usted? (Agarrándole.)

LEGRIS (Queriendo desprenderse.) ¡Mi mujer! ¡Es mi mujer, sí, señor!... ¡La misma!

ALBERTO ¿Su mujer?

LEGRIS Acaba de salir de aquí.

ALBERTO (Tomándolo a broma.) ¿Pero está usted loco?

LEGRIS ¡He reconocido su voz!... Iba hablando sola... «Pantalones... camisas... enaguas...» (Lavirette aparece por la segunda derecha.)

ALBERTO Cálmese usted... Será una alucinación de la vista, alucinación del oído...

LEGRIS ¡Alucinación de las narices!... ¡Cuando yo digo que he visto a mi mujer!...

LAVIRETTE (¡Diantre!)

LEGRIS (Gritando.) ¡Gilberta, Gilberta!... ¡Soy tu marido, tu legítimo marido! (Va a desaparecer por el foro, y Alberto le sigue, tratando de detenerle.)

LAVIRETTE (Rápidamente a Alberto.) ¡Imbécil, no le sueltes, que Nelly es su mujer!

ALBERTO (Aterrorizado.) ¡Ah! (Cogiendo nuevamente por el faldón de la americana a Legris, que trata de irse rápidamente por el foro, y forcejeando con él.) ¿Dónde va usted?... ¡Le juro que no es ella!

LAVIRETTE ¡Yo también se lo juro!... (Agarrándole de un brazo y zarandeándole en unión de Alberto.)

LEGRIS ¡Pero!...

ALBERTO ¡No hay pero que valga!... ¿Soy su abogado o no lo soy? ¿Sí? ¡Pues a obedecerme! ¡Salga usted de mi casa inmediatamente! ¡Usted no puede permanecer aquí!

LEGRIS ¿Por qué?... ¡Gilberta! ¡Gilberta! (Gritando.)



ALBERTO Un abogado no puede albergar a su cliente : lo prohíbe la ley.

LAVIRETTE (Rápidamente.) ¡ Comprometería usted su causa !

ALBERTO ¡ Ya lo oye usted !

## ESCENA XXVIII

Dichos y CLEMENCIA.

CLEMEN. (Que ha entrado por la primera izquierda. Toda esta escena ha de llevarse con vertiginosa rapidez.) ¿ Pero qué es esto?... ¿ Qué sucede?

ALBERTO (Vivamente.) ¡ Que nos vamos !

CLEMEN. ¿ A dónde, si es la hora de comer?

ALBERTO ¡ No comemos en casa ! ¡ Los llevo a la fonda !

CLEMEN. ¿ Por qué razón, Alberto?... ¡ Eso es una descortesía !

ALBERTO (Completamente enloquecido.) ¡ Porque estoy contentísimo, porque mis negocios marchan perfectamente y quiero celebrarlo !... ¡ Hasta luego, esposa mía ! (Van a salir, cuando aparece Nelly en el foro.)

## ESCENA XXIX

Dichos y NELLY.

NELLY (Entrando por la segunda izquierda.) ¡ La señora está servida !

LEGRIS (Lanzando un grito.) ¡ Ella es !... ¿ Lo duda usted ahora? (A Alberto.)

NELLY (Reconociéndole.) ¡ Mi marido !

CLEMEN. ¿ Su marido?

LAVIRETTE ¡ *Tableau* !

ALBERTO (Anonadado y tirándose de golpe en una butaca.) (¡ Perdido para siempre ; no tengo salvación ! ) (Todos los personajes se miran con asombro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



## ACTO TERCERO

---

La misma decoración del acto segundo.

### ESCENA PRIMERA

JUAN. Después ALBERTO.

(Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Entra Juan por la primera derecha; sube hacia la puerta del foro, cuando Alberto entra por la segunda izquierda.)

ALBERTO

¿Se ha levantado el señor Legris?

JUAN

Sí, señor; acabo de llevarle agua caliente para afeitarse.

ALBERTO

¿Y cómo está hoy?

JUAN

Muy bien; está alegre, canta.

ALBERTO

(¡Está alegre, canta!...) Juan, ¿llevaste la carta que te di para la agencia Chambardet?

JUAN

Sí, señorito.

ALBERTO

Bueno. Cuando traigan la contestación me avisas.

JUAN

Está bien, señorito.

ALBERTO

Dile al señor Legris que cuando acabe de arreglarse me busque, porque deseo hablar con él.

JUAN

Ahora voy. (Vase primera derecha.)

### ESCENA II

ALBERTO. Después CLEMENCIA.

ALBERTO

(Impaciente y malhumorado.) ¡Está alegre, canta!

- CLEMEN. (Por la segunda izquierda.) ¿Qué? ¿Has visto a mi padrino?
- ALBERTO. Aun no ; se está vistiendo.
- CLEMEN. ¡ Debe estar de un humor !...
- ALBERTO. ¿ Legris ? ¡ Si está cantando !
- CLEMEN. ¿ Cantando ?
- ALBERTO. ¡ No le importa más que una cosa : obtener la firma de su mujer para vender los terrenos de Auteuil !
- CLEMEN. ¡ Y pensar que mientras la buscaba por todas partes ella se encontraba en nuestra casa !
- ALBERTO. ¿ Y Antonia, qué dice ?
- CLEMEN. ¿ Antonia ?... Es decir, la señora de Legris... o Gilberta, porque se llama Gilberta.
- ALBERTO. (Excitado.) ¡ Si acabaremos de saber cómo se llama !
- CLEMEN. Después de encontrar ayer a su marido, se retiró a su cuarto...
- ALBERTO. Y esta mañana, ¿ qué ha dicho, qué ha hecho ?
- CLEMEN. Aviar la casa.
- ALBERTO. ¿ La casa ?
- CLEMEN. Sí. Hace un instante estaba arreglando tu despacho.
- ALBERTO. Comprenderás que no podemos tener como doncella a la mujer de tu padrino.
- CLEMEN. Ya se lo he dicho, pero no quiere que se le hable del asunto.
- ALBERTO. ¡ Pues, hija, querrá o no querrá, pero tendrá que irse de todos modos !
- CLEMEN. ¿ Vas a despedirla ?
- ALBERTO. (Con decisión.) De ninguna manera ; no se trata de una doncella ordinaria... ¡ Porque ordinaria no es !
- CLEMEN. ¿ Entonces ?
- ALBERTO. Puesto que su marido la ha encontrado, que hagan las paces y se la lleve.
- CLEMEN. ¿ Una reconciliación ?... ¡ Sí ! ¡ Sí ! ¡ Eso es lo más acertado ! ¡ Es una buena obra !

ALBERTO ¡ Una acción meritoria... y que lo arregla todo !

CLEMEN. ( Enternecida. ) ¡ Qué bueno eres, Alberto mío ! ( De repente. ) ¡ Voy a contarle tu proyecto ! ( Sube. )

ALBERTO ( Deteniéndola. ) ¿ A quién ?

CLEMEN. A la señora de Legris.

ALBERTO Mira, me vas a hacer el favor de no mezclarle en nada.

CLEMEN. ( Asombrada. ) Pero...

ALBERTO Es preciso que antes hable yo a tu padrino.

CLEMEN. ¡ Bueno ! Dile que en todas las casas en que ha servido su mujer, han quedado muy satisfechos de ella ; que trajo, además, unos informes excelentes...

ALBERTO Bien, bien ; vete tranquila. ( Se oye dentro cantar a Legris. )

CLEMEN. Ahí viene.

ALBERTO ( Exasperado. ) ( ¡ Y sigue cantando ! ¡ Qué salvaje ! ) ( Entra Legris por la primera izquierda. )

### ESCENA III

Dichos y Legris. Después, JUAN.

CLEMEN. Buenos días, padrino.

LEGRIS ¡ Hola, Clemencia ! ( A Alberto. ) ¿ También está usted aquí ?

ALBERTO ( Señor Legris : he reflexionado durante la noche sobre su asunto... )

LEGRIS Ahora, que por fin he encontrado a mi mujer, todo marchará divinamente... nos divorciaremos, venderé mis terrenos...

ALBERTO ¡ Divorciarse !... No piensa usted más que en divorciarse.

LEGRIS ¡ Pero si usted mismo me lo aconsejó ayer !...

ALBERTO ¡ Ayer, sí ; pero lo he pensado mejor, y usted no se puede divorciar !

LEGRIS ¿ Por qué no ?



- ALBERTO ¿No le dice nada su conciencia?  
LEGRIS ¡Sí! Me ha dicho muchas veces que mi mujer...
- ALBERTO (Con energía, interrumpiéndole.) ¡Nada de eso, caballero! ¡Su mujer no es culpable!
- LEGRIS ¿No es culpable?  
CLEMEN. Padrino: yo también estoy convencida de ello.
- LEGRIS (Irónicamente.) ¿De veras?  
ALBERTO (Casi perorando.) ¡En las condiciones en que usted la abandonó, si ella fuera culpable, dónde hubiera ido a parar! ¡Y en vez de eso, cuando regresa usted al cabo de tres años, sin prevenir a nadie, ¿dónde la ha encontrado? ¿En la opulencia, sin duda? ¿En la miseria quizás? ¡No; aquí, en mi casa, en una casa honrada! ¿En calidad de qué? ¡En calidad de doncella!
- CLEMEN. (Repitiendo.) ¡De doncella!  
ALBERTO ¡Y con cincuenta francos mensuales, llevando su delicadeza hasta el punto de servir bajo el nombre supuesto de Nelly Rozier, por no comprometer el de usted!
- CLEMEN. (Rectificando.) Nelly Rozier, no: Antonia Pommier.
- ALBERTO (Vivamente.) ¡Es verdad, sí; me he equivocado!
- CLEMEN. Nelly Rozier es el nombre de su antigua ama.
- ALBERTO ¡Es cierto! ¡Y si viera usted qué informes!
- LEGRIS ¡Bah! ¿Quién hace caso de los informes?  
JUAN (Entrando por el foro.) Esta carta de la agencia Chambardet para el señor Legris.
- LEGRIS ¡Los informes sobre mi mujer! ¡Ahora vamos a verlos! (Coge la carta y quiere abrirla apresuradamente.)
- ALBERTO (Deteniéndole.) Mi querido Legris: no conozco los datos que le envían, pero antes de que abra, usted esta carta debo advertirle que la agencia Chambardet es la

más acreditada de París, por la exactitud de sus informaciones.

LEGRIS (Abriendo la carta y leyendo.) «Caballero: su esposa es la más noble, la más digna y la más virtuosa de las mujeres...» (Parándose, algo asombrado.)

ALBERTO (¡ Eso me ha costado mil francos !)

LEGRIS (Leyendo.) «Usted se marchó hace tres años, abandonando a su mujer, quien, además, tenía un hermano a su cargo... reducida muy pronto a la miseria...»

CLEMEN. (Emocionada.) ¡ Oh !

ALBERTO (Con fingida emoción.) ¡ Oh !

LEGRIS (Leyendo y emocionándose a su vez.) «...sin pan... sin abrigo...»

CLEMEN. (Idem.) ¡ Pobre mujer !

ALBERTO ¡ Oh, es horrible !

LEGRIS (Leyendo.) «...la sublime criatura, para ganarse la vida y poder mantener a su hermano, no vaciló en entrar de doncella, bajo el nombre de Antonia Pommier, en casa de un rico matrimonio americano, hoy difunto.»

ALBERTO (Alegremente.) (¡ La cosa no puede ser más verosímil !)

LEGRIS (Leyendo.) «Después de brevísima estancia en casa de una *cocotte* llamada Nelly Rozier, donde no quiso permanecer por virtud...»

ALBERTO ¡ Por virtud ! ¡ Ya lo ve usted, Legris, por virtud !

LEGRIS (Leyendo.) «...está hoy sirviendo en casa del abogado Alberto Lebrunois, una de las glorias del foro.»

ALBERTO (Triunfante.) ¡ Vaya ! ¿ Qué dice usted ahora ?

CLEMEN. (Sollozando.) ¡ Pobre mujer ! ¡ Pobre mujer !

LEGRIS (Conmovido.) ¡ Sin embargo !...

ALBERTO ¿ Y durante estos años de martirio para la pobrecita Nelly, digo... para la pobrecita Antonia, ¿ cuál ha sido la conducta de

usted? ¡ Vivir a lo turco, en medio del harem !...

LEGRIS ¡ Es verdad !

CLEMEN. (Reprendiéndole.) ¡ Veintiséis mujeres !

ALBERTO ¡ Negras la mayor parte ! ¿ Hay cosa más... negra ?

LEGRIS (Tristemente.) ¡ Es verdad !

ALBERTO (Indignado.) ¿ Y aun se atreve usted a hablarme de divorcio ? ¡ Vamos, Legris, por Dios !

CLEMEN. (Reconviniéndole.) ¡ Padrino !...

LEGRIS (Cogiendo a ambos de la mano.) Amigos míos, con franqueza : ¿ qué haríais en mi lugar ?

CLEMEN. Yo, arrojarme a los pies de mi mujer, y decirle : « ¡ Perdóname ! »

ALBERTO (Vivamente.) Y yo añadiría : « ¡ Haz el equipaje y vámonos... al Congo ! »

LEGRIS ¿ Pero me seguiría ?

ALBERTO ¡ Es su obligación ! ¡ Y yo me iría, no mañana, sino hoy mismo, en seguida !

LEGRIS (Conmovido.) ¡ Oh !

CLEMEN. En vez de llevársela tan lejos, ¿ por qué no se quedan aquí, junto a nosotros, en París ?

ALBERTO ¡ Oh, no ! (Si ellos se quedan en París, nos vamos nosotros al Congo.)

#### ESCENA IV

Dichos y JUAN:

JUAN (Entrando por el foro con grandes cajas de cartón planas.) Estas cajas han traído para la señora.

CLEMEN. (Aproximándose a Juan rápidamente.) Ya sé lo que es. Déjelas usted en mi cuarto... (Juan vase primera izquierda.

ALBERTO (Bajo, señalando a Legris, que ha ido a sentarse en el canapé de la izquierda y que reflexiona.) ¡ Mírale, ya está indeciso !



CLEMEN. (Bajo.) ¡No hay nadie que no se rinda a tu elocuencia! (Se dirige hacia la primera izquierda.)  
LEGRIS (Resuelto, levantándose.) ¿Dónde está mi mujer?  
ALBERTO ¿Está usted decidido?  
LEGRIS ¡Sí!  
CLEMEN. (Alegre.) (¡Gracias a Dios! Voy a prevenirla.) (Vase primera izquierda.)

## ESCENA V

ALBERTO y LEGRIS.

ALBERTO Pero emocionése usted, lllore usted si es necesario; eso impresiona siempre al auditorio.  
LEGRIS (Bruscamente.) ¡Yo no sé llorar!... ¡En Africa no lloramos!  
ALBERTO ¡Yo le indicaré a usted un medio!  
LEGRIS ¿Para llorar?  
ALBERTO ¡Sí! (Hace lo que indica la frase.) Saca usted su pañuelo, aparenta que se seca los ojos... y se tira usted fuertemente de la punta de la nariz... Eso hace que acudan las lágrimas...  
LEGRIS ¿De veras?  
ALBERTO Es un medio infalible. Yo lo he empleado más de mil veces.  
LEGRIS ¿Con las mujeres?  
ALBERTO No, en la Audiencia... Eso es lo que los abogados llamamos una defensa acuática... ¿Se ha enterado usted bien?  
LEGRIS Sí... sí...  
ALBERTO (¡Dios mío, que se la lleve al Congo!) (Al tiempo de salir.) No se olvide usted, ¿eh? ¡La defensa acuática! (Vase segunda derecha.)

## ESCENA VI

LEGRIS. Después NELLY.

LEGRIS (Tocando el timbre de la izquierda.) ¡Qué divertida es la vida! ¡Llamo a la criada, y la

que viene es mi mujer ! (Aparece Nelly por el foro. Al ver a su marido no puede reprimir un movimiento.) ( ¡ Ella ! )

NELLY ( ¡ El ! ) ¿ Ha sido usted quien ha llamado ?

LEGRIS ¡ Sí !... Oye, Gilberta...

NELLY (Interrumpiéndole y fríamente.) ¿ Gilberta ? ¡ No la conozco !

LEGRIS Pues oye : señora de Legris...

NELLY Tampoco la conozco.

LEGRIS ¿ Pero mujer de Dios, cómo quieres que te llame ?

NELLY Antonia... como todo el mundo...

LEGRIS (Con amabilidad.) ¿ A qué viene eso, si lo sé todo ?

NELLY ( ¿ Eh ? )

LEGRIS ¡ Sí ; conozco cuanto has hecho desde nuestra separación ! (Con dulzura.) Y hasta lo agradezco...

NELLY (Muy confusa.) ( ¡ Madre mía ! )

LEGRIS (Continuando.) Sí ; sé que, reducida a la miseria... sin pan... sin abrigo... (Sacando un papel del bolsillo de la americana y leyéndolo a escondidas de Nelly.)

NELLY (Estupefacta, sin comprender tampoco.) ( ¿ Eh ? )

LEGRIS (Prosiguiendo.) ...entraste como doncella en casa de un rico matrimonio americano, del cual ya no existe ni él ni ella.

NELLY (Que se ha ido volviendo poco a poco, mirándole asombrada.) ¿ Quién se lo ha dicho a usted ?

LEGRIS (Enseñándole la carta.) Una agencia de informaciones... la mejor de París...

NELLY ¿ Sí ?

LEGRIS Y la cual me ha dirigido esta carta.

NELLY (Cogiendo la carta y leyéndola rápidamente.) ( ¡ Otro enredo de Alberto ! )

LEGRIS ¿ Comprendes ahora por qué no quiero que sigas siendo doncella ?

NELLY ¿ Pues qué quiere usted ?

LEGRIS ¿ Qué quiero ? Que me perdones por haber sospechado injustamente de ti, y en

seguida que reanudemos nuestra vida matrimonial.

NELLY

¿Nuestra vida matrimonial? (Mirando hacia la puerta del despacho de Alberto.) ¡Eso quisieras, infame; pero no te saldrán las cuentas!...

LEGRIS

¿Qué respondes?

NELLY

(Con resolución, devolviéndole la carta.) ¡Que me niego!

LEGRIS

¿Te niegas?

NELLY

(Poniéndose a sacudir el polvo a los muebles.) Quiero permanecer siendo doncella.

LEGRIS

¡Valiente majadería!

NELLY

(Aviando la habitación, pasando un paño a un mueble, arreglando los papeles, las flores, etc.) Jamás he sido tan dichosa ni gozado de tanta tranquilidad. Sin escándalos, sin cuestiones... guardándome todos los respetos que usted me negaba.

LEGRIS

(Con emoción.) ¡Te juro que jamás volveré a ser celoso!

NELLY

¡Bah!

LEGRIS

¡Nunca! Vamos, Antonia... no, Gilberta... (Cogiéndola por la cintura.)

NELLY

(Dándole un manotón en los dedos.) Caballero, haga usted el favor de no tomarse esas libertades con las doncellas.

LEGRIS

¡Puesto que reconozco mi falta, sé generosa!

NELLY

¿Después de la forma en que fui abandonada por usted?... ¡Nunca!

LEGRIS

(Enterneciéndose.) ¿De modo que no me perdonas?

NELLY

Cuando haya usted expiado sus culpas, cuando me haya usted dado una prueba palpable de humildad y de mansedumbre.

LEGRIS

(Muy emocionado, cogiendo las manos de Nelly.) ¡Y tendrás tan mal corazón qué me dejes volver al Congo... en medio de tanta negra... (Rectificando.) de aquellos salvajes que llevan los pendientes en la nariz y las pulseras en los tobillos!

- NELLY (Soltándose de él.) (¡ Oh, si se enternece estoy perdida !)
- LEGRIS (Secándose los ojos con la mano y cada vez más emocionado.) ¿ Eh ? ¡ Pero qué es esto, si estoy llorando de verdad !
- NELLY (Muy emocionada y después de una pausa.) ¡ No, no es preciso que te aflijas de ese modo, esposo mío !
- LEGRIS Estoy llorando en serio... Créelo, Gilberta... No he tenido necesidad de pellizcarme las narices.
- NELLY ¿ Pero estás loco ?... ¿ Qué estás diciendo ?
- LEGRIS Es que Alberto me aconsejó que me pellizcara las narices, porque esto me promovería el llanto, con el cual seguramente habría de ablandar tu corazón. Y ya lo ves, estoy llorando porque me sale de dentro. (Llora.)
- NELLY ¡ Ah, infame !... ¡ Las lágrimas del cocodrilo !
- LEGRIS (Suplicante.) ¡ Gilberta !
- NELLY Caballero, todo ha terminado entre nosotros, puede usted volverse al Congo.
- LEGRIS (Aproximándose rápidamente a la puerta de la segunda derecha. Llamando.) ¡ Alberto, venga usted !... ¡ Ayúdeme usted a conmoverme !

## ESCENA VII

Dichos y ALBERTO.

- ALBERTO (Entrando rápidamente por la segunda derecha.) ¿ Qué pasa ?
- LEGRIS ¡ Se niega !
- ALBERTO ¿ Se niega ? (A Legris.) (No habrá usted llorado bastante.)
- LEGRIS Háblele usted, tóquele usted el corazón.
- ALBERTO ¡ Sí !... (A Nelly.) Señora ; este bellissimo sujeto es el padrino de mi mujer, casi mi padrino ; (Señalando a Legris y enterneciéndose.)



y con este motivo me asocio a sus sentimientos, a sus ruegos, a su desesperación... ¿Qué digo?... ¡A sus lágrimas, sí, a sus lágrimas!

LEGRIS (Emocionado.) (¡Bien, muy bien, gloria del foro!)

ALBERTO (Sacando un pañuelo.) ¡Sólo al verle llorar, las lágrimas acuden a mis ojos!

NELLY (¡Tírate bien de las narices hasta que te quedes con ellas entre las manos!)

LEGRIS (Viendo el juego escénico de Alberto.) (¡Oh, magnífico!...)

ALBERTO Sí, me ahogan... (Hace como si se secase las lágrimas y se tira de la punta de la nariz.)

NELLY (Quitándole el pañuelo rápidamente y dejando a Alberto con sus narices entre los dedos.) ¡Es inútil; conozco el sistema!

ALBERTO (Con ingenuidad y encarándose con Legris.) ¿Se lo ha confesado usted?... (Asentimiento en Legris.) (¡Qué estúpido!)

NELLY ¡Hemos terminado! (Se dirige hacia la segunda izquierda.)

LEGRIS (Suplicante.) Gilberta: ¿es cierto que si te doy una prueba de humildad me concedes tu perdón?

NELLY Tengo que vestir a la señora... déjeme usted...

ALBERTO Una palabra...

NELLY Es inútil, caballero. (A Alberto.) (Yo he venido a esta casa a realizar una misión... de moralidad.)

ALBERTO (Con extrañeza.) (¿Una misión de moralidad?... ¡Imposible!)

NELLY (Saliendo por la segunda izquierda y desde el dintel de la puerta, dirigiéndose a Alberto.) ¿Lo ha oído usted bien?... ¡A realizar una misión de moralidad. (Vase.)

## ESCENA VIII

ALBERTO, LEGRIS y LAVIRETTE.

LAVIRETTE (Entrando por el foro.) Aquí me tienen ustedes. Vengo a saber noticias.

ALBERTO (Con rabia.) ¡Se niega a irse!

LEGRIS ¡Dice que no he expiado bastante!

LAVIRETTE (Asombrado.) ¿Expiado?

LEGRIS (De repente.) ¡Oh, qué idea!

ALBERTO ¿Qué va usted a hacer?

LEGRIS (¡Sí, eso es!)

ALBERTO (Inquieto.) ¡Legrís!

LEGRIS No, hasta ahora... No tengo tiempo.  
(Llamando.) ¡Juan! ¡Juan!... (Vase primera izquierda.)

## ESCENA IX

ALBERTO y LAVIRETTE

ALBERTO En cuanto se le ocurre a alguien una idea en esta casa, ya no estoy tranquilo.  
(Corriendo en persecución de Legris.) ¡Legrís!  
¡Legrís!

LAVIRETTE (Deteniéndole.) ¡Oye!... ¡Oye una cosa muy importante!

ALBERTO (Muy inquieto.) ¿Otra novedad?

LAVIRETTE Desde que supe que has sido amante de Nelly todo ha acabado para mí. ¡No la volveré a ver!

ALBERTO ¿Y eso es todo lo que tenías que decirme? (Quiere irse.)

LAVIRETTE (Deteniéndole.) ¡No!... Estoy decidido a aturdirme, a correrla en grande.

ALBERTO ¡Sí, chico; por mí diviértete cuanto puedas! (Idem.)

LAVIRETTE (Deteniéndole.) ¡Préstame diez mil francos! (Alberto le mira sin comprender.) Para correrla en grande... Ya verás.

ALBERTO (Burlándose de él.) ¿Diez mil francos?...  
¡Ja, ja, ja!... (Cruzándose de brazos.) Ya te  
lo he dicho ayer. ¡Ni un céntimo!

LAVIRETTE Bueno, no discutamos. Voy a pedirselos  
a tu mujer, explicándole a la par... (Quiere  
subir hacia la izquierda.)

ALBERTO (Deteniéndole bruscamente.) ¡No hagas seme-  
jante desatino!

LAVIRETTE (Fríamente.) No tengas miedo, hombre... te  
obedeceré... (De pronto.) Voy a pedirselos  
a Legris, exponiéndole a la vez... (Quiere  
dirigirse hacia la primera derecha.)

ALBERTO (Suplicante.) ¡Pero hombre, ten en cuenta  
mi situación!

LAVIRETTE ¡Ten en cuenta la mía!

ALBERTO ¡Pero eso es un *chantage*!

LAVIRETTE Tú lo has dicho... Y si dentro de cinco  
minutos no me los has dado, entonces te  
pediré quince mil.

ALBERTO (¡Nada, entre la espada y la pared!)  
(Con resolución.) Sígueme, te los voy a ade-  
lantar. (Se dirige hacia la segunda derecha.)

LAVIRETTE (Rectificando.) Adelantar, no; prestar.

ALBERTO Es lo mismo.

LAVIRETTE ¡Estás equivocado! El adelanto podrías  
cobrártelo de mi paga, y el préstamo tie-  
nes que esperar a que yo te lo restituya  
voluntariamente... (Marcando la frase.) Vo-  
luntariamente... ¿lo oyes?

ALBERTO ¡Sí, hombre, sí; el día del juicio! (Vanse  
segunda derecha.)

## ESCENA X

VALENTINA. Después NELLY.

VALENTI. (Por el foro.) Me han dicho que Clemencia  
se está vistiendo... Es el momento opor-  
tuno para volver a ver a la doncella...  
(Hace sonar el timbre.) ¡Estoy convencida de



que es la propia Nelly Rozier ! (Pausa. Después Nelly aparece por la segunda izquierda.)

NELLY (Entrando. Al ver a Valentina.) ( ¡ Ella ! ) ¿ Ha llamado la señorita ?

NELLY Se está vistiendo. (Picarescamente.) ¿ Si entre tanto quiere usted ver al señor ? ...

VALENTI. (Con gravedad.) Me extraña mucho esa pregunta.

NELLY ¿ Por qué, señora ?

VALENTI. En la última casa en que sirvió, cuando iban a ver a la señora, ¿ proponía usted que vieran al señorito ?

NELLY (Con ironía.) En la mayor parte de las casas—cuidado que no digo en todas—cuando se pregunta por la señora, es que sé quiere ver al señor y... viceversa.

VALENTI. ¡ Oh, es usted una joya !

NELLY Y usted demasiado amable. ¿ Aviso a la señora o al señor ?

VALENTI. A la señora.

NELLY Está bien. (Se dirige hacia la primera izquierda.)

VALENTI. (En el momento en que Nelly va a irse y alzando mucho la voz.) ¡ Nelly !

NELLY (Volviéndose maquinalmente.) ¿ Qué ? (Se detiene suspensa y hace un gesto de contrariedad.)

VALENTI. (Con aire de triunfo.) ¡ Ah ! ... (Pausa. Sonriendo.) Es un recurso viejo, pero siempre de resultado.

NELLY (Con resolución.) ¡ Pues bien, señora ; soy Nelly Rozier !

VALENTI. (Con satisfacción.) ¡ Ah, ya lo había adivinado !

NELLY ¿ Tiene usted algo que decirme ?

VALENTI. ¡ Quizás !

NELLY (Muy amable.) Y yo también ; precisamente he entrado a servir en esta casa por conocerla a usted : era mi mayor deseo.

VALENTI. ¿ A mí ?

NELLY Sí.

VALENTI. Pues bien, ya me conoce... pero no olvide usted que yo también la conozco.

NELLY Entonces, hablemos como dos buenas

amigas que se odian, pero que se necesitan. Saldremos ganando las dos.

VALENTI. (Después de una ligera vacilación.) ¡Sea!

NELLY Si ya le demostrase que el hombre que le hace el amor se burla de usted...

VALENTI. (Interrumpiéndola.) Es inútil que se tome usted esa molestia, puesto que ayer la sorprendí abrazando al señor de Lebrunois.

NELLY (Sonriendo.) ¿Sorprenderme? ¡Nada de eso! Le abrazaba, precisamente, porque entraba usted.

VALENTI. ¡Ah! ¿Luego fué por mí?... Entonces debo exigirle gratitud, puesto que a mí me debe esos abrazos.

NELLY Ese lazo, tendido por mí, fué para que usted supiera a qué atenerse con respecto a su falso adorador...

VALENTI. Me abrió usted los ojos; se lo agradezco y estoy dispuesta a pagarla.

NELLY (Con satisfacción.) ¡Ah! ¡No esperaba menos de su talento y de su bondad!

VALENTI. ¿Pero qué podríamos hacer para vengarnos?

NELLY Lo que le sea más sensible: evitar, por todo género de medios, que, en lo futuro, pueda engañar a su mujer.

VALENTI. Me parece de perlas, aunque lo creo difícil.

NELLY (Meditando.) Si consiguiéramos una prueba indiscutible de su infidelidad, habríamos logrado tenerle siempre en nuestro poder.

VALENTI. (Después de un breve pausa.) ¿Tiene usted alguna carta que le comprometa?

NELLY Sí... pero sin firma... (Reflexionando.) ¿Cómo podríamos obtenerla?

VALENTI. (De repente.) ¡Ah! ¡Ya está aquí! Yo me encargo. Créalo usted, amiga Nelly: el demonio, discurriendo, es inferior a nosotras... Déjeme usted sola...

NELLY (Subiendo hacia la segunda izquierda.) En usted confío...

VALENTI. En absoluto.

NELLY (Yéndose.) No olvide usted que la venganza es el placer de los dioses...

VALENTI. ¡Y de las mujeres! (Vase Nelly segunda izquierda. Toca el timbre y se queda un instante reflexionando sobre lo que debe hacer. Juan aparece en el foro.) Diga usted al señor de Lebrunois que deseo hablarle. (Juan vase segunda derecha. Valentina vuélvese a bajar reflexionando.)

## ESCENA XI

VALENTINA; a poco, ALBERTO; después, NELLY.

ALBERTO ¿Me llamaba usted, hermosísima Valentina?

VALENTI. Le llamaba y le anhelaba, simpático Alberto... (Sentándose en el canapé.)

ALBERTO ¿Es posible? (Cogiéndole la mano.)

VALENTI. Como ayer le dejé a usted enfermo, mi inquietud, durante la pasada noche, ha sido horrible...

ALBERTO (Aproximándose a ella con mucha dulzura.) ¡Lo agradezco con toda mi alma!

VALENTI. He soñado con usted.

ALBERTO Y yo con usted. (Cada vez más insinuante.)

VALENTI. (Durante esta escena ha de mostrarse muy sagaz y muy coqueta.) Yo, que me amaba usted de veras...

ALBERTO Y yo, que usted no era indiferente a mi cariño.

VALENTI. Que se arrodillaba usted ante mí, que pretendía abrazarme y que yo echaba a correr agitadísima.

ALBERTO Pues yo, que la estrechaba entre mis brazos de esta manera... (La abraza.) y que no echaba usted a correr.

VALENTI. De pronto, como inflamado mi espíritu por un sentimiento de compasión, volvía al lado de usted, y dejándome besar la mano... (Viendo que Alberto permanece impasible.) Y dejándome besar la mano, repito... (Marcándolo mucho.)

- ALBERTO (Entusiasmado.) ¿Cómo, así? (Besándosela.)  
VALENTI. ¡Con un poco más de vehemencia!  
ALBERTO (Besándosela ruidosamente.) De este modo, ¿verdad?  
VALENTI. (Retirándola.) ¡Ay, por Dios, no tan fuerte!  
ALBERTO ¡Ah, vamos, ni como antes ni como ahora, un término medio... así... (Vuelve a cogérsela y se la besa.)  
VALENTI. ¡Exactamente!  
ALBERTO (Creciendo en entusiasmo.) ¿Y qué más, adorable Valentina, y qué más?  
VALENTI. Para el primer sueño era bastante. Veremos al segundo.  
ALBERTO Por Dios, acuéstese usted temprano.  
VALENTI. Y, sin embargo (Con fingida tristeza.), al despertar, todo mentira, todo ilusión de un alma que padece.  
ALBERTO (Cogiéndola por la cintura y con entusiasmo. ¡Oh! No lo crea usted... al despertar, todo realidad, todo ventura, todo amor... (Persiste en sus caricias y Valentina se levanta con fingido enojo.)  
VALENTI. ¡Basta, caballero! Otra vez, cuando esté usted durmiendo, sea más respetuoso conmigo... Ni en sueños le permito a usted la menor de las libertades.  
ALBERTO Pero, Valentina, está usted destrozando mi corazón. Tiene usted entrañas de tigre... Aprenda usted de mí, que soy...  
VALENTI. (Sin dejarle acabar.) Ya lo sé: un tortolito, un inocente palomo... Nelly me lo ha dicho hace un instante.  
ALBERTO ¿Nelly? ¿Y qué tengo yo que ver con Nelly? No la conozco, no la he visto en mi vida.  
VALENTI. Ni la volverá usted a ver.  
ALBERTO (Muy alegre.) ¿De veras?  
VALENTI. Quiero confesárselo todo, para que vea usted los sacrificios que hago en su favor... ¿Es usted un caballero?  
ALBERTO Desde el día antes de nacer.  
VALENTI. Pues bien, ha logrado usted rendirme...



Le amaré hasta el día de mi muerte. Dispénseme usted que no sea más...

ALBERTO (Gravemente.) ¡Está usted dispensada!  
VALENTI. Con la venia de su esposa, he despedido a Nelly.

ALBERTO (Gozoso.) ¿Y se ha ido ya?  
VALENTI. Sí, pero volverá si no le cumplo mi palabra.

ALBERTO ¿Qué palabra?  
VALENTI. «Alberto no la ama a usted—le dije.—  
«¡Mentira!» — me contestó furiosa. —  
«Verdad»—le respondí, arrogante.—«Que me lo diga él mismo por escrito bajo su firma y lo creeré entonces»—replicó.

ALBERTO ¡Oh, sí, se lo diré! Y le llevaré la carta yo mismo.

VALENTI. No, amigo Alberto, entonces la sencilla paloma sería esta infeliz, que... (Señalándose a sí misma.) sépalo de una vez, aunque le cueste rubor el decirlo, se ha rendido ante sus encantos personales.

ALBERTO (Orgulloso.) ¡Realmente, soy un buen mozo!

VALENTI. ¡La carta he de llevársela yo misma!

ALBERTO ¿Usted?

VALENTI. Le he dado mi palabra. Escriba usted... o renuncie para siempre a mi cariño.

ALBERTO (Resueltamente y sentándose a escribir.) Escribo, y más que con la pluma, con el alma y con la vida, porque de esta carta depende mi felicidad.

VALENTI. (Paseándose y dictando con solemnidad.) Nelly...

ALBERTO (Escribiendo.) Nelly.

VALENTI. Te aborrezco tanto como a mi mujer...

ALBERTO ¡Por Dios, Valentina... dejemos a la pobre Clemencia, que es una santa!... Modifiquemos esto.

VALENTI. Vamos a modificarlo... (Dicta.) Te aborrezco tanto como a la santa de mi mujer... Ya está modificado. (Manifestación de Alberto de que no está conforme.) Si replica usted, me ausento.

- ALBERTO (Resignado.) ¡ Sea ! ¡ Ya está !
- VALENTI. (Dicta.) Mi corazón—para que lo sepas—ama y eternamente amará a Valentina Grisolles.
- ALBERTO (Acabando de escribir.) Grisolles. (Firmando.) Albertó Lebrunois.
- VALENTI. (Como rectificando.) Alberto Lebrunois, abogado, natural de París, departamento del Sena, etc., etc.
- ALBERTO (Terminando la carta, levantándose y entregándosela a Valentina.) ¡ *Consumatum est!*... Bien reflexionado, esta carta podrá ser mi felicidad, pero también mi perdición... Conozco a Nelly y seguramente se la enviará a mi mujer.
- VALENTI. Si conoce usted a Nelly, no me conoce usted a mí... Esta carta, después de leída por Nelly, volverá a mi poder... Este ha sido el trato.
- ALBERTO ¡ Ah ! Ya comprendo.
- VALENTI. (Sonriéndose.) ¡ Cuatro mil francos tienen mucha fuerza !
- ALBERTO ¡ Me hace usted el más dichoso de los hombres ! (La acaricia efusivamente.)
- VALENTI. No transcurrirá un minuto sin que llegue a sus manos.
- ALBERTO ¿ Un minuto ?
- VALENTI. O menos. (Se aproxima a la segunda izquierda, descorre el portier y aparece Nelly. Dando a Nelly la carta y riéndose.) Ya llegó.
- ALBERTO (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡ Traición !... ¡ Estaban de acuerdo ! (Cae sobre el canapé y queda muy abatido.)
- LAS DOS Tú-no-en-ga-ña-rás-a-tu-mu-jer o le entregaremos esta carta.
- ALBERTO ¡ Prisionero, y condenado, de por vida, a las compotas conyugales y a las enaguas de Bayona !
- NELLY (A Valentina.) ¡ Ahora, busquemos a la interfecta ! (Nelly y Valentina se quedan un momento contemplando, gozosas, a Alberto, y se dirigen a la puerta del foro, en donde aparece Clemencia. Nelly y

Valentina cogen de la mano a Clemencia y haciendo que contemple a Alberto, quien no se apercibe de nada, dice:)

NELLY

(Con coquetería y señalando a Alberto.) La obra que hemos tenido el honor de representar, es original de Valentina y Nelly... Volveremos luego, si es que llaman a los autores. (Clemencia, conmovida, besa las manos de Nelly y Valentina. Estas desaparecen.)

## ESCENA XII

ALBERTO y CLEMENCIA.

CLEMEN.

(Avanza. Está transformada por completo. Viste una bata elegantísima, dejando ver las espaldas. Ha suprimido las cocas, reemplazándolas por un peinado de moda que modifica completamente su fisonomía. Se aproxima, cautelosamente, a Alberto por detrás del canapé, le pone las manos sobre los ojos y le besa en la frente diciéndole: ¡«Cúcu!» Alberto se desprende rápidamente y se vuelve.)

ALBERTO

(Sorprendido.) ¿Eh?... ¿Quién es usted?

CLEMEN.

(Riéndose.) ¿Tan desconocida estoy, Alberto mío?

ALBERTO

(Asombrado.) ¡Mi mujer!

CLEMEN.

Tu mujer.

ALBERTO

Pero, ¿eres tú mi mujer?... ¿No estás equivocada?

CLEMEN.

(Coquetamente.) ¿Qué te parece esta bata?

ALBERTO

(Cada vez más admirado.) ¡Si no es posible!

CLEMEN.

¿Y esta enagua? (Enseñándosela.) ¿Y mi peinado?

ALBERTO

(Idem.) ¡Precioso! Pero, ¿qué significa? (Cogiéndola de las manos y acariciándola amorosamente.)

CLEMEN.

Significa, que una mujer que ama a su marido y desea ser amada por él, debe, de vez en cuando, renovarse.

ALBERTO

(Entusiasmándose.) ¡Sí, sí, tienes razón!

CLEMEN.

¿Luego no me censuras?

ALBERTO

¿Censurarte? ¡Mira cómo te censuro!

(La abraza cariñosamente.)



CLEMEN. (Defendiéndose débilmente.) ¡Alberto!... No abuses... soy otra... me he transformado.

ALBERTO (Con pasión.) ¡Y yo también, Clemencia mía, te juro que me he transformado por completo!

### ESCENA XIII

Dichos, VALENTINA y NELLY.

Se abre la puerta del foro y aparecen Valentina y Nelly.

NELLY (En alta voz y con coquetería.) ¿Llaman a los autores?

ALBERTO (Alegremente.) ¡Oh, sí, que salgan, que salgan!

CLEMEN. (Se aproxima a Nelly y a Valentina y estrecha sus manos.) ¡Os viviré eternamente agradecida!

### ESCENA ÚLTIMA

Dichos y LEGRIS.

LEGRIS (Aparece por el foro, lleva el chaleco del criado Juan y en la mano una bota de señora y un cepillo. Muy contento.) ¡Gilberta, Gilberta, mírame!... ¿Quieres más humildad, más mansedumbre?... ¡Te estoy limpiando las botas!

ALBERTO ¿Pero qué hace usted?

LEGRIS ¡Expiar mis pecados y hacerme digno de Gilberta!

NELLY (Sin hacerle caso y conteniendo su emoción.) Y ahora, señores, Antonia Pommier se despide de ustedes para buscar nueva colocación...

ALBERTO (Cogiendo afectuosamente de la mano a Nelly y entregándosela a Legris.) Esta es la mejor... En casa de este caballero; es de buenas costumbres y de paga segura...

LEGRIS (Abrazándola.) Y yo te admito con todo mi corazón.

NELLY (Con coquetería.) ¿Sin informes?

LEGRIS (Resueltamente.) Sin informes... Tu conducta pasada es para mí una garantía de tu conducta futura... (Se abrazan amorosamente y formando con Valentina un grupo separado, y otro, en la misma forma, Clemencia y Alberto.)

CLEMEN. Y tú, Alberto mío, ¿no me engañarás nunca?

ALBERTO (Abrazándola cada vez con más ternura.) ¡ En todos los días de mi vida ! (¡ Ni siquiera... con *la doncella de mi mujer!*) (Cuadro.)

FIN DE LA OBRA

# BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

DIRECCIÓN: SAN PABLO 21.—BARCELONA

## OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del Dollar
2. La ola gigante.
3. El señor conde de Luxemburgo.
4. La captura de Raffles, o el triunfo de Sherlock Holmes.
5. El sol de la Humanidad.
6. Zazá.
7. Mujeres vienesas.
8. Hamlet.
9. Giordano Bruno.
10. El nido ajeno.
11. El rey.
12. Prisionero de Estado, o la corte de Luis XIV.
13. Fantina, o los miserables.
14. La ladrona de niños.
15. Los dioses de la mentira.
16. Cristo contra Mahoma.
17. Juventud de príncipe.
18. Juan José.
19. La sociedad ideal.
20. La cizaña.
21. Entre ruinas.
22. La vida es sueño.
23. Sabotage.—Pasa la ronda.
24. Magda.
25. El papá del regimiento.
26. El alcalde de Zalamea.
27. Los dos pilletes.
28. Don Juan de Serrallonga.
29. El rey Lear.
30. Espectros.
31. Las cigarras hormigas.
32. El registro de la policía.
33. El vergonzoso en palacio.
34. La fuerza de la conciencia.
35. Aurora.
36. Eva.
37. El bufón.
38. El cuchillo de plata.
39. Nick Carter.
40. La cena de los cardenales.  
¡Justicia humana!
41. El señor feudal.
42. El veranillo de San Martín.
43. El desdén con el desdén.
44. Amor de amar.—Cuento inmoral.
45. La dama de las camelias.
46. La domadora de leones.
47. El capitán cajero, o los dos sargentos franceses.
48. El místico.
49. García del Castañar, o del rey abajo ninguno.
50. La fierecilla domada.
51. El honor.
52. El sí de las niñas.
53. María Antonieta.
54. La viuda alegre.
55. El abate Faria y Edmundo Dantés, o el Conde de Montecristo
56. Otelo.
57. El barbero de Sevilla.
58. Daniel.
59. Pecado de juventud.

- |                                                |                                                  |
|------------------------------------------------|--------------------------------------------------|
| 60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes.      | 74. El héroe vencido, o el soldado de chocolate. |
| 61. La muerte civil.                           | 75. La máquina humana.                           |
| 62. La apuesta de don Juan Tenorio.            | 76. El ladrón.                                   |
| 63. Sor Teresa, o el claustro y el mundo.      | 77. El judío errante.                            |
| 64. La niña boba, o buen maestro es amor.      | 78. La Nazarena.                                 |
| 65. El pan de piedra (El carbón).              | 79. Las máscaras.                                |
| 66. Romeo y Julieta.                           | 80. El difunto Toupinel.                         |
| 67. Los reyes ante la Inquisición.             | 81. El hijo del milagro.                         |
| 68. Felipe Derblay.                            | 82. Entre bobos anda el juego.                   |
| 69. Los malos pastores.                        | 83. ¡El!—En flagrante delito.                    |
| 70. Huyendo del nido.                          | 84. Fualdés.                                     |
| 71. Claudio Frollo, o Nuestra Señora de París. | 85. El adversario.                               |
| 72. Pasión fatal, o Ana Karenine.              | 86. La portera de la fábrica.                    |
| 73. Margarita de Borgoña.                      | 87. Bernardo del Carpio.                         |
|                                                | 88. La verdad sospechosa.                        |
|                                                | 89. El alcázar de las perlas.                    |
|                                                | 90. El lobo.                                     |
|                                                | 91. Carceleras.—Rejas y votos.                   |
|                                                | 92. Amor de madre.—¡Guerra a la guerra!          |
|                                                | 93. La neña.                                     |
| 94. Doña María de Padilla.                     |                                                  |



# LOS HIJOS ARTIFICIALES

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

Edición autorizada por sus autores para TEATRO MUNDIAL.

---

# LOS HIJOS ARTIFICIALES

Juguete cómico en tres actos y en prosa

escrito sobre el pensamiento de una obra alemana

por

JOAQUÍN ABATI Y FEDERICO REPARAZ

Estrenado en el teatro de la Comedia, de Madrid,  
el 24 de Diciembre de 1902



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915



# REPARTO

---

| Personajes                    | Actores         |
|-------------------------------|-----------------|
| RAFAELA . . . . .             | Sra. Rodríguez. |
| ÁNGELA . . . . .              | Srta. Bremón.   |
| CATALINA . . . . .            | Sra. Caro.      |
| MERCEDES . . . . .            | » Domínguez.    |
| EUGENIA. . . . .              | Srta. Sánchez.  |
| VALENTINA . . . . .           | » Santiago.     |
| RAFAEL MOSQUERA . . . . .     | Sr. Rubio.      |
| SABAS ORTIZ . . . . .         | » Mendiguchía.  |
| FERNANDO PALMERÍN . . . . .   | » González.     |
| BALTASAR PALMERÍN . . . . .   | » Mora.         |
| MELECIO TORDESILLAS . . . . . | » Sepúlveda.    |
| GREGORIO . . . . .            | » Granda.       |

*La acción, en Astorga. Época actual.*

---

*Derecha e izquierda, las del actor.*

---



## ACTO PRIMERO

---

Una habitación en planta baja de una casa de recreo. En el centro del foro, ancha puerta vidriera con una pequeña escalinata que da a un jardín, adornada de macetas y plantas varias. Forillo de jardín. Cuatro puertas laterales. Muebles lujosos. Sillas butacas de mimbre propias de campo. En primer término izquierda, una mesa cuadrada con tapete. En segundo término derecha, un velador redondo como los de café, y sobre él varios ramos de flores, un ramillete de confitería y algunos objetos que simulen regalos. Sobre las sillas, otros objetos. Otra bandeja llena de dulces puesta sobre el velador. Otra bandeja llena de tarjetas. Los demás adornos de la habitación quedan encomendados al buen gusto del director de escena, con arreglo a los medios de que disponga.

### ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, ~~EUGENIA~~ y VALENTINA arreglan los objetos que hay sobre el velador y sobre las sillas.

VALEN. ¡ No podrán quejarse los señores ! ¡ Qué infinidad de regalos ! ¡ Y qué bonitos !... En estos días tan señalados es cuando mejor se ve cuántos amigos tiene una persona. El que regala, amigo. El que no regala, conocido.

EUGENIA (Sacando un reloj de una cajita.) Mira qué reloj tan mono. Vamos a ver quién lo manda. (Sacando una tarjeta de un sobre.) «Antonio Cenagoso, señora, tía, cuñado y primos car-

- nales.» (Deja la tarjeta en el velador.) Mucha gente me parece para un reloj. Habrán tocado a peseta...
- VALEN. ¿Y esta petaca? (Tomando una que hay en el velador y sacando de ella una tarjeta.) «El registrador de la propiedad de Astorga les desea felicidades. De diez a una.»
- EUGENIA ¿Quiere que sean felices de diez a una nada más?
- VALEN. (Riendo.) No, tonta. Serán las horas de oficina. Buen ramillete ha mandado Melecio, el sobrino de los señores.
- EUGENIA Toma, ya puede, como qué tiene confitería.
- VALEN. Y además, está enamoradoísimo de la señorita Angela. Ya, ya se conoce en lo fino del bizcocho. (Pellizca en el ramillete y lo prueba.)
- EUGENIA ¿Pero cómo podrá imaginarse el infeliz que con esa figura le va a querer la señorita Angela?
- VALEN. ¡Cuidado que está ridículo!
- EUGENIA Si le coge un carnicero le pone boca abajo en la puerta.
- VALEN. Lo que es yo, ni aunque me lo dieran envuelto en billetes de Banco...

## ESCENA II

Dichas y MELECIO, por el foro. Se oye dentro ladrar a un perro y gritos de hombre que pide socorro.

- MELECIO (Dentro.) ¡Eh... jardinero!... ¡Eh... chucho!... ¡Ay... ay!...
- GREGORIO (Dentro.) ¡Aquí, Garibaldi, aquí!
- EUGENIA } ¿Qué es eso? (Se asoman a la puerta del foro.)
- VALEN. }
- VALEN. El señorito Melecio.
- EUGENIA Le ha mordido Garibaldi.
- VALEN. ¿Y dónde ha ido a morderle?... No habrá cogido hueso... (Aparece Melecio en el foro, muy sofocado y accionando y hablando como disputando

con alguien que está dentro. Este personaje es un joven como de veinticinco años, extraordinariamente grueso; muy colorado y completamente afeitado. La ropa le está estrecha por todas partes, la americana, algo corta, deja ver unas nalgas muy desarrolladas. Los pantalones, algo cortos (sin exageración). Pantorrillas y muslos exuberantes.)

MELECIO (Desde el foro, muy incomodado.) Sí, señor, me los ha hincado, me los ha hincado, sí, señor... aquí... (Señalando una nalga, en la cual lleva un jirón.) Cuando se tiene un perro tan grosero y desconsiderado, se le ata... ¿sabe usted? Y, además, se le da de comer, para que no se le antoje la carne humana... ¿sabe usted?

VALEN. ¿Qué ha sido, señorito Melecio?

MELECIO Ese animalito, que la ha tomado conmigo, y como se trata de un bicho con el cual es inútil discutir...

EUGENIA Si ha venido usted por la huerta, se habrá usted echado encima del perro sin querer.

MELECIO ¡Quiá! El perro es el que se ha echado encima de mí queriendo.

VALEN. Eso no es nada.

MELECIO Con tal de que no esté rabioso...

EUGENIA Pero siéntese usted.

MELECIO No, no; dime, ¿y la tía?

EUGENIA Aun no se ha levantado.

MELECIO ¿Y el tío?

EUGENIA Tampoco.

MELECIO (Tímidamente.) ¿Y mi prima Angelita?

EUGENIA Anda por el jardín, cortando flores para hacerle un ramo a su mamá.

MELECIO Yo también le traía un testimonio débil de mi afecto. (Indicando un paquetito que trae en la mano.)

EUGENIA Si quiere usted esperar...

MELECIO No, no. Dime... ¿mi prima no te habla nunca de mí?

EUGENIA No, señor, nunca. Es decir, el otro día, en la feria, se acordó de usted.



MELECIO (Con ansiedad.) ¿Sí?... ¿Y cómo?... ¿Con qué motivo?

EUGENIA Al pasar delante de una barraca donde vendían botijos.

MELECIO (Desalentado.) Ya... comprendo... Mi precoz desarrollo muscular quizás sea un obstáculo para interesar a Angelita. ¡Dios mío, qué envidia tengo a los fideos!... Pero no importa. ¿Y las cualidades morales? ¿No significan nada, las cualidades morales? ¿No puedo yo tener cualidades morales que compensen mi exceso de materias grasas? La belleza física... ¡Ah!... ¡Qué despreciable es la belleza física! Flor de un día. Castillo de naipes. Mariposa fugaz. Agua en cesto. Juguetes mecánicos en manos de niño. Eso es y eso dura la belleza física. Pero el alma, la virtud, la honradez, la ternura, eso no es deleznable, eso no pasa, eso es eterno, eso lo tenemos también los gordos.

VALEN. Muy bien, señorito.

EUGENIA Muy bien.

MELECIO Además, si es necesario, yo trataré de modificar mi envoltura carnosa. Seguiré un régimen especial. Disminuiré mi alimentación. Comeré solamente cuatro o cinco veces al día... Leeré obras filosóficas o las sesiones de Cortes... En fin, me aligeraré considerablemente, quedaré libre de todo aquello que me sobre, y dentro de poco seré una especie de refundición del teatro antiguo.

EUGENIA ¿Y si mientras tanto se casa la señorita?

MELECIO Entonces resultaré un juguete cómico.

VALEN. ¿Pero de veras la quiere usted?

MELECIO ¡Ah!... Con decirles que por pensar en ella estropecé anoche seis docenas de barbolillos... Mi profesión se resiente de este cariño... Todos los parroquianos se quejan con razón. La yema de coco, que era la especialidad de mi casa, ya no es ni

sombra de lo que fué. Ayer se me ocurrió probar una y me asusté del coco...

VALEN.  
MELECIO

¿Como los niños, pequeños?  
Me asusté del coco que había puesto. Estaba rancio y sabía a bacalao. En los pasteles de hojaldre aparecen a lo mejor papeles con poesías... «A mi Angelita»... «A ella»... *Pensando en ti...*, y pensando en ti no hago cosa a derechas, y con la amargura que rebosa mi alma no me sale un dulce medio decente. Vaya, voy a mudarme de pantalón y volveré más tarde a entregar esta débil muestra de afecto. ¿Habrán atado al perrito? (Asomándose al foro.)

VALEN.

(Idem.) Sí. Salga usted sin cuidado. (Vase Melecio por el foro derecha lanzando fuertes suspiros.)

EUGENIA

Pobre muchacho... En medio de todo, me da lástima...

VALEN.

Y los padres de la señorita parece que están de su parte:

EUGENIA

El dinero, hija, el dinero.

### ESCENA III

EUGENIA, VALENTINA, ANGELA y GREGORIO, por el foro.

ANGELA

(Entrando seguida de Gregorio, que trae un enorme ramo de flores.) Ea, ya tenemos el ramo terminado. Gregorio, colóquelo usted en esa habitación, (La segunda derecha.) para sorprender a mamá en el momento oportuno. (Gregorio entra, y sale de nuevo sin el ramo, volviendo a marcharse por el jardín. A Eugenia y Valentina.) ¿Qué os parece?

VALEN.

Magnífico.

ANGELA

Creo que le gustará.

EUGENIA

Esté usted segura.

ANGELA

Mira, Valentina, ayuda al jardinero a cortar más flores para acabar el ramo de papá. (Vase Valentina por el foro. A Eugenia.) ¿Ha venido alguien?

- EUGENIA      Sí, señorita. Hace cosa de una hora estu-  
vo don Sabas Ortiz. Traía unos regalitos,  
y me parecía que tenía un aire así... como  
atontado.
- ANGELA      Siempre está con ese aire. Su mujer le  
ha embrutecido.
- EUGENIA      Pobre señor. Dijo que volvería. Hace un  
momento estuvo también su primo de as-  
ted, don Melecio...
- ANGELA      ¿El gordinflón ese?
- EUGENIA      Me ha preguntado que si usted hablaba  
de él a menudo.
- ANGELA      ¿Será majadero?
- EUGENIA      Eso mismo pensé yo, pero no me atreví  
a decírselo.
- ANGELA      Pudiste hacerlo.
- EUGENIA      Ha dicho que volverá.
- ANGELA      ¡Maldita la falta que hace!
- EUGENIA      ¡Qué suspiros daba!... Si viera usted...
- ANGELA      Bueno, que suspire deprisa. ¡Si he dicho  
cien veces que no le quiero, que no le  
quiero y que no le quiero! Como que quie-  
ro a otro menos voluminoso y mucho más  
guapo.
- EUGENIA      ¿Sí?... Cuénteme usted, señorita...
- ANGELA      Es un secreto. No puedo decirte más.
- EUGENIA      ¿Y sus papás lo saben?...
- ANGELA      Ni una palabra. Quieren casarme con Me-  
lecio, y yo no me caso con él aunque me  
lleve la guardia civil. Me es muy anti-  
pático. En primer lugar, vaya un porve-  
nir. ¡Confitera!... No es que la profesión  
no sea honrosa, pero yo no me puedo  
figurar a mi marido despachando un real  
de caramelos variados. Luego su figura...  
Si hasta el nombre me disgusta... Mele-  
cio... Tordesillas... En cambio, ¡qué di-  
ferencia! Palmerín, Fernando Palmerín,  
¡eso sí que es sonoro y aristocrático y  
ornamental y decorativo!
- EUGENIA      Sí, Fernando Palmerín es más bonito.



- ANGELA ¿Cómo?... ¿Quién te ha dicho su nombre?
- EUGENIA Pues... usted, señorita..., ahora mismo.
- ANGELA Se me escapó... Bueno, pues cuidadito, ¿eh? Que no sepa nadie...
- EUGENIA Descuide usted. ¿Y dónde se han conocido?
- ANGELA En Madrid, cuando estuve con mi tía Luisa. En un baile.
- EUGENIA ¿Será guapo?
- ANGELA Un cromo. Se parece todo al Cid.
- EUGENIA ¿Sí? ¿Cómo era el Cid?
- ANGELA El Cid era precioso. No sé cómo describírtelo. Yo le he visto pintado en una caja de pasas; sólo que, en lugar de armadura, Fernando lleva macfarlán, y en lugar de ir a caballo, va en bicicleta. ¡Si vieras qué fino y qué cariñoso!... Dos cosas me dijo aquella noche... nada más que dos... pero las llevo aquí grabadas y nunca podré olvidarlas. (Indicando el corazón.)
- EUGENIA ¿A que me las figuro?
- ANGELA ¿A que no?
- EUGENIA Vamos a verlo. La primera sería: «La adoro a usted», y la segunda: «¿Cuándo nos casamos?»
- ANGELA Te has equivocado. Lo primero que me dijo, mientras bailábamos, fué: «¿Ha visto usted cómo se ha metido el tiempo en agua?», y después, al llevarme a mi asiento: «Muchas gracias, señorita.»
- EUGENIA ¿Nada más?
- ANGELA ¿Te parece poco? Repetidas por mí estas palabras parece que no tienen miga, pero dichas por él, con voz velada por la emoción, con acento apasionado, encerraban todo un poema. Luego he sabido que habló de mí a varias personas, se informó de quién era yo, cuál era la posición de mis padres, etc., etc.
- EUGENIA ¿Y cree usted que...?
- ANGELA Que pedirá mi mano de un momento a

otro. Una voz interior me lo dice. ¿Cuándo vendrá? No lo sé. Pero vendrá, estoy segura; vendrá a salvarme de los merengues y los empiñonados que se ciernen sobre mi cabeza; vendrá, como Lohengrin, a poner a mis pies su espada, se batirá con Melecio si es necesario, le hundirá el cortante acero en el crecido abdomen, me redimirá y seré feliz... muy feliz.

EUGENIA

Pero señorita...

ANGELA

Silencio, que viene gente... ¡Ah!... Es don Sabas.

#### ESCENA IV

Dichos y SABAS, por el foro, con dos paquetes envueltos en papel.

SABAS

Buenos días, Angelita.

ANGELA

Hola, don Sabas.

SABAS

¿Se han levantado ya tus padres?

ANGELA

Todavía no. ¿Deseaba usted algo?

SABAS

En primer lugar, felicitarles por su doble fiesta onomástica. En segundo ídem, entregarles dos modestos obsequios que mi mujer y yo les ofrecemos en prueba de cariño invariable y sincero, y en terceró ídem, hablar con tu papá de un asuntillo..., de un asuntillo... (Suspirando.) ¡Ah, si tú supieras!...

ANGELA

¿Algún disgusto?

SABAS

Sí, hija mía, sí. No he podido dormir en toda la noche... Cosas de la vida... ¿sabes?... A veces los hombres... y las mujeres..., a veces... Y yo que no..., que sí... Vamos..., nada, nada.

EUGENIA

(¡ Cuando yo digo que está *viruta* ! ) (Vase foro.)

## ESCENA V

Dichos y RAFAEL, por la primera derecha. Es hombre de unos cincuenta a cincuenta y cinco años, de aspecto jovial, pelo escaso y cuidadosamente peinado.

RAFAEL (Desde la puerta.) Temprano empiezan las visitas.

SABAS ¡Gracias a Dios, perezoso! ¡Vaya unas horas!

RAFAEL Cada cual celebra su santo a su manera. ¿Qué tal? (Estrechándole la mano.)

SABAS Vamos pasando. (Tengo que hablarte. Nos estorba Angelita...)

ANGELA Papaíto, un abrazo. (Se abrazan.) Que Dios derrame sobre tu cabeza todo género de felicidades.

SABAS Me asocio al derrame.

RAFAEL Gracias, gracias.

ANGELA ¿Sabes que te encuentro muy guapo?... Rejuvenecido... ¡Si parece que tienes treinta años!...

RAFAEL ¡Aduladora!... (Le acaricia las mejillas. Sabas se ríe a hurtadillas. Rafael lo nota.) Oye, tú... no te rías... No tengo treinta años, pero me conservo muy bien... Mira..., (Abriendo la boca.) todos los dientes. De pelo, un cinco por ciento.

SABAS Amortizable en cincuenta años.

RAFAEL Y el corazón..., recién nacido.

SABAS Sí, hombre, sí. Ahora, escucha: mi mujer y yo hemos juzgado un deber significaros a ti y a la tuya lo mucho que os queremos, ofreciéndoos en este día de jubilo reconcentrado, de honesta y expansiva alegría, dos humildes presentes que nos asocien, digámoslo así, a la manifestación general de simpatía de que sois objeto.

RAFAEL Oye, la verdad: ¿ese párrafo se te ha ocurrido a ti solo?

SABAS Pues la verdad. Me ha ayudado mi mu-

jer. Todo eso del júbilo reconcentrado es suyo. Toma. (Dándole un paquete.) Este es mi regalo..., para ti... No sabía qué regalarte... Es tan difícil..., y dije, pues algo que pueda serle útil...

RAFAEL (Desenvuelve un paquete y saca un clarinete.) ¿Qué es esto?

SABAS Un clarinete, hombre, ¿no lo ves?... Y que suena, ¿eh?..., que suena. (Sopla en la embocadura y lo hace sonar.) Es melodioso, ¿eh?

RAFAEL Sí... Yo te lo agradezco mucho, pero..., la verdad, no tengo la menor noción de música...

SABAS Eso no importa. Un clarinete siempre adorna en una casa. Bueno, ahora el regalo de mi mujer para Rafaela. (Saca del papel una jaula con un canario. Acercándose a Rafael.) (Tengo que hablarte con urgencia. Nos estorba Angelita.)

ANGELA ¡Ay, qué bonito! ¿Canta mucho?

SABAS ¿Que si canta? De noche y de día. En casa ya no le podíamos aguantar. (Comprendiendo que ha dicho una torpeza.) ¡Uy! ¡Si seré mendrugo!...)

RAFAEL Descuida, que aquí no pasará lo mismo. Le pondremos en el jardín. Os quedamos muy reconocidos. Estas muestras de afecto ensanchan el alma. Decididamente la felicidad se hospeda en esta casa. ¿Qué más puedes pedir? Amigos verdaderos, una hija amante y cariñosa. (Abrazando a Angela.) Una esposa querida y fiel. Un esposo querido y fiel, que soy yo...

SABAS Verdaderamente. Sois un matrimonio modelo.

ANGELA Mira, papá. ¿Sabes tú lo que pediré a mi marido, cuando me case?

RAFAEL No.

ANGELA Pues le pediré que te tome a ti en todo por modelo.

RAFAEL (Algo alarmado.) Sí, ¿eh?

ANGELA Le pediré que me quiera como tú quieres



a mamá, y que me sea tan fiel como tú lo has sido siempre.

RAFAEL (Tosiendo.) ¡Ejem!... ¡ejem!...

ANGELA ¿Qué dices?

RAFAEL No..., nada...

ANGELA Oye, ¿es verdad que hay maridos que engañan a sus mujeres?

RAFAEL ¡Qué ha de haber!... Allá..., en la edad media, creo que alguno que otro, pero en nuestros días no se conoce semejante cosa.

SABAS (Que se ha estado paseando impaciente y haciendo señales a Rafael, no observa que éste muda de sitio, y creyendo dirigirse a él le dice a Angelita:) (Nos estorba Angelita. Tengo que...) (Notando su error.) ¡Atiza..., se lo digo a ella!

ANGELA ¡Ah! ¿Conque les estorbo a ustedes?

SABAS Bueno, pues me voy con mamá.

ANGELA Mujer, escucha.

SABAS No escucho nada. Ustedes tendrán que hablar, pero son tan delicados que no me lo dicen. Ea. Hasta después. (Vase por la primera derecha, llevándose el canario.)

## ESCENA VI

RAFAEL y SABAS.

SABAS Pobrecilla, qué pronto ha comprendido que estaba de más aquí. Es muy listilla.

RAFAEL Vaya, acaba de una vez. Ya estamos solos. Siéntate. (Se sienta.) Toma un purito. (Sacando uno de la caja.)

SABAS (Sin tomarlo.) Gracias..., por las mañanas no acostumbro a fumar. (Rafael va a dejar el puro en la caja; Sabas le detiene cogiéndole el brazo.) Pero por las tardes fumo muchísimo. Dame tres o cuatro. (Rafael se los da sonriendo.)

RAFAEL Vamos, habla. ¿Qué te ocurre?

SABAS (En tono solemne.) Rafael: ¿has visto alguna vez un hombre extraordinariamente apu-

rado?... ¿No? Pues mírame. Tienes delante a un hombre extraordinariamente apurado.

RAFAEL

¿Por qué?

SABAS

Vas a saberlo. Ya conoces a mi mujer.

RAFAEL

Tengo el gusto.

SABAS

Pero no sabes que es horriblemente celosa.

RAFAEL

¿Celosa de ti? No se concibe. Tu figura no es alarmante.

SABAS

¿Verdad que no? Bueno, pues si quieres saber dónde están siempre sirviendo las criadas más viejas, más feas y más repulsivas, pásate por mi casa. Yo creo que mi señora ha encontrado por ahí algún saldo de feas.

RAFAEL

La verdad es que la que tenéis ahora...

SABAS

¿Felisa?... ¿También tú te has fijado?

RAFAEL

Es natural..., uno es hombre al fin.

SABAS

¿Has visto mujer más impracticable y más nociva?

RAFAEL

¡Hórrida!

SABAS

Pues, cómo te decía, mi mujer, bien sea por celos, bien por avaricia, o bien por ambas cosas, tiene en su poder todo el dinero conyugal, y no me da para mis gastos menudos..., ¡y tan menudos!, más que una cantidad relativamente reducida que apenas me alcanza.

RAFAEL

¿Cuánto?

SABAS

Setenta y cinco céntimos cada semana.

RAFAEL

(Riendo.) Pocos milagros se pueden hacer...

SABAS

No... Te diré..., en el invierno tengo bastante, y todavía ahorro..., pero cuando llega la primavera..., cuando el pájaro canta en la enramada, cuando el campo se cubre de verde alformbra y la flor abre su capullo..., mi naturaleza cambia, mi sangre hierve, siento una sed inagotable de placeres, siento renacer en mí las energías juveniles, y siento no disponer más

que de tres reales a la semana para dilapidar.

RAFAEL Lo comprendo. Pero la primavera ya pasó.

SABAS Es que eso del pájaro en la enramada me dura hasta fines de otoño.

RAFAEL ¡Pobre Sabas!

SABAS Ayer necesitaba imprescindiblemente treinta reales. Uno de esos asuntos de honor que no admiten prórroga y que sólo se arreglan a fuerza de oro. Se los pedí a mi criada. No pudo prestarme más que cuatro pesetas. Desesperado y no sabiendo qué hacer, tuve un momento de locura, entré en el Casino Regional y maquinalmente puse las cuatro pesetas a un rey de copas.

RAFAEL ¡Hola, hola!...

SABAS Sí, Rafael. ¡Jugué... y perdí! Ciego ya, borracho ante el sonido del dinero, seguí jugando bajo palabra, y, para no cansarte... ¡Debo una cantidad fabulosa, fantástica, colosal!

RAFAEL ¡Demonio!

SABAS Y vengo a que me la prestes.

RAFAEL ¿A cuánto asciende?...

SABAS Me da vergüenza confesarte... Me falta el valor...

RAFAEL Vamos, dime...

SABAS ¡Mira que es mucho!... (Desesperado.) ¡Dios mío!... ¡A mi edad!

RAFAEL ¿Quieres acabar? ¿Cuánto debes?

SABAS (Vacilante.) Treinta... y... tres pesetas...

RAFAEL (Sonriendo.) ¿Nada más?

SABAS Y las cuatro de Felisa...

RAFAEL Hacen treinta y siete.

SABAS ¡Qué golpe! Estoy aplanado.

RAFAEL ¿Por esa pequeñez? (Saca dinero del bolsillo.)

SABAS ¿Una pequeñez, treinta y siete pesetas?

RAFAEL Tómalas. Ya me las devolverás cuando puedas.

SABAS (Estrechándole la mano.) Gracias, Rafael. Me



- salvas al mismo tiempo el honor y la vida.  
Si mi mujer llega a enterarse...
- RAFAEL Eres un infeliz, amigo Sabas. Has educado mal a tu mujer. Hay que reconquistar los pantalones.
- SABAS Ya es tarde.
- RAFAEL Aprende de mí.
- SABAS Tu mujer es muy diferente.
- RAFAEL Te equivocas. Mi mujer es buena, afable, cariñosa, pero en cuanto al dinero, tiene las mismas mañas que la tuya. Le da por la economía. En los primeros años de nuestra unión apenas podía sacarle un céntimo. Hoy, por el contrario, dispongo de todo cuanto necesito.
- SABAS ¿Y ese cambio a qué se debe?
- RAFAEL A un ingenioso ardid que tuve que inventar para asegurar mi independencia.
- SABAS Hombre, hombre..., yo necesito conocer ese ardid. Supongo que me dirás en qué consiste.
- RAFAEL No, no. Es un secreto...
- SABAS Rafael, me ofendes. Por lo que más quieras..., te ruego que me lo confíes... Pien-  
sa en mi situación..., mira que cuando llega la primavera, cuando el pájaro canta en la enramada..., cuando el verde...
- RAFAEL Bueno, te lo voy a decir... Pero no me hagas traición, ¿eh?
- SABAS Antes le hago el amor a mi criada. Puedes estar tranquilo.
- RAFAEL Bien, pues escucha. Yo soy natural de Madrid.
- SABAS Lo sabía.
- RAFAEL Allí nací, y allí he vivido hasta que me casé, y como Rafaela tenía aquí sus intereses, nos vimos obligados a fijar en este aburridísimo Astorga nuestra residencia.
- SABAS A mí no me parece tan aburrido. Si tuviera dinero... Con cuatro pesetas a la semana me reía yo de Nerón. ¡Qué bacanales !

RAFAEL ¡Inocente!... Porque no conoces Madrid. Aquellos bailes, aquellos teatros, aquellos cafés, aquellos paseos, aquellas mujeres... Chico, eso hay que haberlo visto, hay que haberlo vivido... Yo no he podido nunca renunciar a los placeres de Madrid. A los pocos años de vegetar en este poblacho ya me entró la nostalgia. Necesitaba hacer de vez en cuando alguna escapadita a la corte... *item* más hacerla llevando en el bolsillo el dinero necesario para divertirme.

SABAS Se me hace la boca agua. ¿Y has conseguido?...

RAFAEL Naturalmente. ¿Para qué sirve el ingenio?

SABAS ¿Cómo te has arreglado?

RAFAEL ¿Cómo? Aprovechándome cínicamente de la indulgencia, la credulidad, la sensibilidad y la bondad nativa de mi mujer, a la cual hice creer que yo había cometido una falta en mi juventud, y que de aquella falta había nacido... ¡un niño!

SABAS ¿Un hijo natural?

RAFAEL Más aún. Sobrenatural, puesto que semejante falta y semejante hijo sólo existen en mi imaginación y en la de mi mujer. ¿Qué te parece?

SABAS Atrevidísimo. Per tu mujer, al saberlo, se pondría furiosa, te recriminaría.

RAFAEL Al principio, sí. Después se resignó y, conforme lo tenía yo previsto, acabó por rogarme que no abandonase al fruto de mis culpables amores, que velase porque nada le faltara, que fuera a visitarle a menudo...

SABAS Lo que tú buscabas, ¿eh?

RAFAEL Claro está. El resto es fácil de comprender. Cuanto más crecía el niño, más caro me costaba. Primero quince duros al mes, después treinta, hoy nos sale por más de cuarenta y cinco. Hay épocas en que nos

cuesta un ojo de la cara, por ejemplo, cuando llegan los exámenes. Siempre le dan calabazas.

SABAS  
RAFAEL

¿Y las quintas? (Riéndose.)  
(Idem.) Hace siete años le sortearon. Figúrate. Sacó el número uno; seis mil realitos.

SABAS

(Idem.) ¿Qué edad tiene ahora el muchacho?

RAFAEL

Veintiséis años, poco más o menos. Cuando ya no me haga falta me desharé de él definitivamente. Haré que le coja un tranvía, o le casaré..., eso es, le casaré, dándole una buena dote, y ya no se hablará más de él.

SABAS  
RAFAEL

¿Cuánto piensas darle?  
Psh... diez o doce mil duros. Con eso y lo que llevo ahorrado tengo ya bastante para el porvenir. No soy joven.

SABAS

¿De modo que gracias a ese hijo fingido...?

RAFAEL

Puedo ir a Madrid de vez en cuando, divertirme a mis anchas, tener dinero...

SABAS

Oye, ¿y Rafaela no ha tratado nunca de saber detalles, de tomar informes, de conocer al chico?

RAFAEL

Nunca. Es tan delicada, que después de perdonarme ha evitado siempre recordarme ese enojoso asunto. Unicamente sabe estas tres cosas: primera, que tengo en Madrid un hijo natural; segunda, que el hijo necesita dinero periódicamente, y tercera, la edad y nombre del muchacho.

SABAS

¿Un nombre cualquiera que habrás inventado?

RAFAEL

Nada de eso. No soy tan incauto. El nombre que he dado a mi hijo es el de un ser real, de carne y hueso, que existe verdaderamente. Mi mujer será crédula y confiada, pero no tonta. Sin alguna prueba hábilmente presentada hubiera llegado a sospechar. He tenido que enseñarle, de

vez en cuando, ciertos documentos, como matrículas, papeletas de exámenes, el pase del servicio militar, y otros, cuya falsificación era imposible. Hasta un retrato del chico, que por cierto encontró muy parecido a mí. ¡Ja, ja!... Para todo ello me ha servido divinamente un joven muy calavera que en Madrid era siempre mi compañero obligado de aventuras. Un tal Fernando Palmerín. ¡Buen pez!... El pobre muchacho no supo nunca para qué le pedía yo sus documentos, pero me los dejaba sin inconveniente ni desconfianza, y no se metía en más averiguaciones. Ya hace tiempo que no sé de él.

SABAS

Bueno, ¿y no temes que algún día pudieran encontrarse por el mundo Palmerín y tu mujer?

RAFAEL

¡Qué tontería!... Esas casualidades sólo ocurren en las comedias. Además, también eso lo tengo previsto. Ni Palmerín ni nadie me conoce en Madrid bajo mi nombre. Nada de Rafael Mosquera. Allí soy Arístides Campomanes. Las cartas femeninas que alguna vez recibo aquí, vienen por conducto de un amigo íntimo que vive en León, y que me las reexpide con otro sobre.

SABAS

Chico, es arquitectónico..., es genial. (Si yo me atreviera... Pero ca..., no me atrevo.)

RAFAEL

Para inventar un recurso así no hay que tener nada de tonto.

SABAS

(Cándidamente.) A mí nunca se me hubiera ocurrido.

RAFAEL

Precisamente estos días espero carta de una artista ecuestre, Anita Coral, que me distingue mucho. ¡Si vieras qué mujer, que cuerpo, qué ojos!...

SABAS

Me la figuro. *Bocatto di cardinali*, ¿eh?

RAFAEL

*De cardinali arzobispi* di Toledo.



SABAS ¡Cómo te envidio! (Viendo a Catalina que entra por el foro con un ramo en la mano.) ¡Uy... mi mujer! (Se levantan los dos.)

## ESCENA VII

Dichos y CATALINA.

CATALINA (Bruscamente.) Buenos días.  
RAFAEL Felices, Catálina. ¿Cómo va esa salud?  
CATALINA Muy mal. (Viendo a Sabas.) ¡Ah! ¿Estás aquí?  
SABAS Ya ves... (Tímidamente.) ¿Me buscabas?  
CATALINA Te buscaba, sí. ¿Le parece a usted bien lo que me acaba de decir Felisa?  
SABAS (Me llama de usted... Malo... Rapapolvo seguro.)  
CATALINA Que le ha pedido usted cuatro pesetas.  
SABAS (Se lo ha dicho. ¡Qué idiota!)  
CATALINA ¿Para qué necesita usted ese dinero?  
Para mantener mujeres..., como si lo viera... ¿No tiene usted bastante conmigo?  
SABAS Sí, Catalina, sí..., de sobra...  
CATALINA ¿Entonces, por qué pide usted prestado?  
SABAS (Balbuceando.) Por..., es decir..., por...  
CATALINA (Nerviosamente.) Acaba.  
SABAS (Pero qué bruta de Felisa...)  
CATALINA Responde.  
RAFAEL Es muy sencillo, Catalina. Ayer jugamos Sabas y yo una partida de tresillo. Nos animamos demasiado y Sabas perdió cuatro pesetas.  
CATALINA ¿No les da a ustedes vergüenza jugar cantidades tan crecidas?  
RAFAEL Mírelas usted. (Sacando cuatro pesetas.) Todavía las tengo aquí.  
SABAS (Tomándolas.) ¿Lo ves?  
CATALINA (Quitándoselas a Sabas.) Vengan. Se las devolveré a Felisa. (A Rafael.) ¿Y Rafaela?  
RAFAEL Acabando de vestirse. La espero para el desayuno. (A Sabas.) (Con estas cuatro sube a cuarenta y una.)

SABAS (Idem.) (Eso es. Cuarenta y una. Me planto, digo... me arruino... Por supuesto que a Felisa la estrangulo.)

### ESCENA VIII

Dichos y MELECIO, por el foro. Entra con un ramo de flores y un paquetito.

MELECIO (Desde el foro.) ¿Se puede?

RAFAEL Hola, Melecio. Adelante.

MELECIO Mi querido tío. Quiera Dios que en el día de hoy los hados propicios otorguen a usted todas las felicidades mundanas y de las otras que apetecer pueda cualquier mortal.

RAFAEL (Todos se traen aprendido su parrafito correspondiente.)

MELECIO He tenido el honor de enviar a usted aquel ramillete. Pueden ustedes comerlo con confianza, porque no es de los corrientes que solemos vender en la tienda.

RAFAEL Gracias, hombre.

MELECIO A la tía le traigo también, además de ese ramo, una débil muestra de mi afecto. (Quisiera hablar con usted particularmente, tío.)

RAFAEL (¿De tu prima Angelita?)

MELECIO (Sí, señor.)

RAFAEL (Riendo.) Levanta la voz, hombre. No andes con misterios. Los señores de Ortiz saben perfectamente lo que es el amor.

CATALINA (Con ternura.) El más dulce de los sentimientos.

SABAS (A Catalina.) (Calla, que me pongo colorado.)

MELECIO Yo quisiera que usted me dijera cuándo podríamos contraer matrimonio o cosa análoga.

RAFAEL ¿Cómo cosa análoga?

MELECIO ¡Jesús! No sé lo que me digo...

RAFAEL Qué impaciente eres...

CATALINA (A Sabas.) Como tú en otro tiempo.  
SABAS (Si las cosas se hicieran dos veces.)  
RAFAEL Mira, hijo. Lo mismo tu tía que yo veríamos con gusto vuestra unión, pero todavía sois muy jóvenes, y además, conviene dar a Angelita el tiempo necesario para irse acostumbrando a la idea de..., para establecer cierta tolerancia..., vamos, para resignarse a ser tu mujer.  
MELECIO Mucho, no parece que me quiere.  
RAFAEL Eso vendrá con el trato.  
CATALINA Las mujeres acabamos siempre por amar a quien nos ama.  
SABAS (¡ Y si no, que lo digan mis tres reales semanales !)  
RAFAEL Puedes hablar con tu tía. Ella conocerá mejor que yo las ideas de Angelita sobre el particular.

### ESCENA IX

Dichos. ANGELA, por la primera derecha. Después, RAFAELA, por el mismo sitio. Después VALENTINA, EUGENIA y GREGORIO, por el foro.

ANGELA Ya viene mamá. Voy a buscar mi regalito. (A Catalina.) Doña Catalina, muy buenos días.  
CATALINA Muy buenos, Angelita. (Vase Angelita por la segunda derecha, volviendo a salir con el ramo que entró Gregorio.)  
MELECIO (Y a mí ni una mirada, ni una frase.)  
GREGORIO (Entrando por el foro con un gran ramo y seguido de Eugenia y Valentina, que traen dos ramos pequeños.) Señorita Angela. ¿No está la señorita?  
CATALINA ¡ Hermoso ramo !  
ANGELA (Que sale por segunda derecha con el otro, que oye las palabras de Catalina.) Mandado hacer por mí para ofrecérselo a papá. Gregorio, entrégaselo. (Gregorio se lo entrega a Rafael.)  
RAFAEL (Enternecido.) ¡ Pobre hijita !  
ANGELA Es el único regalo que puedo hacerte. ¡ Como no dispongo de dinero !...



- SABAS (Acercándose a Angelita.) ¡ Ah !... ¿ No dispones ? ¡ Chócala... , compañera de indigencia ! (Estrechando su mano.) La común miseria estrecha nuestra amistad. (Angela se ríe.)
- ANGELA (Mirando por la primera derecha y volviéndose a los demás circunstantes.) Ya sale. Un viva.
- GREGORIO ¡ Viva San Rafael !
- TODOS ¡ Vivaaa ! (Rafaela aparece en la puerta y se queda parada en el dintel, haciendo un gesto de sorpresa.)
- GREGORIO ¡ Viva Santa Rafaela !
- TODOS ¡ Vivaaa !
- GREGORIO ¡ Viva ! (A las criadas.) Anda, que se me ha olvidao el otro viva que tenía pensao.
- RAFAELA (Avanzando.) ¿ Pero qué es esto ? ¡ Qué manifestación !... Yo no merezco... (Saludando a todos.) Mi querida Catalina..., el simpático Sabas..., el buen Melecio..., Valentina, Eugenia, Gregorio... ¡ Qué amables todos, qué amables !
- ANGELA (Entregando el ramo a Rafaela.) ¡ Mi regalo !
- RAFAELA (Abrazándola.) ¡ Hija de mi alma !
- CATALINA (Entregando a Rafaela el ramo.) Un suplemento al canario.
- RAFAELA No sé cómo agradecer...
- MELECIO (Entregando su ramo.) Débil muestra del acendrado afecto que le profesa su seguro servidor, que sus pies besa, Melecio Torde-sillas.
- RAFAELA Gracias, sobrinito.
- SABAS (¡ Sobrinazo !)
- VALEN. (Entregando su ramo.) Felicidades, señora.
- EUGENIA Lo mismo digo.
- RAFAELA Esto es demasiado. Ustedes me confunden. Tanta felicidad es superior a mis fuerzas. (Emocionándose hasta sollozar al final del párrafo.) ¡ Dios, en su infinita bondad, nos permite saborear este día venturoso, en posesión de nuestro mutuo cariño y rodeados de nuestra única y querida hija. (Llora.)
- ANGELA (Enternecida.) ¡ Por Dios, mamá ! (Solloza también.)
- RAFAELA ¡ Un abrazo ! (Deja caer, distraída, todos los ramos

y abraza fuertemente a Angela. Las criadas recogen los ramos, que colocan sobre el velador y las sillas.)

RAFAEL (También enternecido.) ¡Caramba..., sois capaces de enternecer a una mesa de noche! No lloréis en un día como éste. Vamos a ver los regalos... Todos los amigos se han acordado... Mira..., mira...

MELECIO Un momento, tíos. Hagan ustedes el favor. (Saca del paquete un abanico, lo abre y lee.) «A mi tía, en el día de su santo.»

RAFAEL Un abanico con versos.

RAFAELA ¡Ay..., con lo que a mí me gustan! (Todos rodean a Melecio.)

ANGELA (Alguna majadería...)

MELECIO (Leyendo.)

«Ni la yema más dulce, ni el mostachón  
[más suave,  
ni el merengue más tierno, ni el más rico  
[acitrón,  
ni el vaporoso hojaldre, ni el buñuelo de  
[viento,  
ni la aromosa piña, ni el jugoso melón,  
ni el anís variado, ni la fina grajea,  
ni las garrapiñadas almendras de Alcalá,  
ni el bizcocho borracho guadalajaradense,  
el único legítimo que en mi tienda se da,  
ni de ángel el cabello, ni el turrón de  
[Jijona,  
ni los huevos hilados, ni aun el marrón  
[glasé,  
valen, tía, un pimiento si a usted se le  
[comparan.  
Melecio Tordesillas se lo asegura a usted.»

(Cierra el abanico y se lo entrega.)

TODOS (Menos Angela.) ¡Bravo, bravo! (Aplauden.)  
RAFAELA Preciosos. Muy bonitos. Te lo agradezco mucho.

ANGELA (Ya lo decía yo..., una majadería.)

SABAS Hombre, se ha dejado usted lo que más me gusta a mí. Los suspiros de monja.

MELECIO No cabían.

CATALINA (Dándole a Sabas un pellizco.) ¿Los suspiros

de monja, eh? ¿No te basta el suspiro de tu esposa?

SABAS Sí, mujer... sí. (El suspiro del moro.)

GREGORIO Ya me acuerdo, ya me acuerdo. (Gritando.)  
¡Vivan los amos amables y chirigoteros y...

VALEN. ¡Calla, estúpido!

EUGENIA Anda al jardín. (Las dos le empujan hacia el foro. Gregorio y Valentina se van hacia el foro.)

CATALINA Vaya, dejamos a ustedes.

RAFAELA ¿Tan pronto?

ANGELA No tengan ustedes prisa.

RAFAELA Les invitamos a desayunarse con nosotros.

CATALINA Gracias. Ya lo hemos hecho, y además, no he advertido a Felisa que iba a salir.

RAFAELA Por lo menos no olviden ustedes que esta noche cenamos aquí en familia. Supongo que no faltarán.

CATALINA Convenido.

RAFAELA Si quieres venir luego a jugar una partida de billar...

SABAS Sí que vendré, así que deje a Catalina. (Fijándose en Eugenia.) ¡Qué chica tan mona! ¡Ay... si yo tuviera una criadita así, y no el orángután de casa!...)

CATALINA Vamos, Sabas. Dame el brazo.

SABAS Voy, voy. (Le da el brazo.)

CATALINA Hasta luego.

RAFAEL Adiós. (Vanse por el foro Catalina y Sabas, acompañados un momento por Rafael y Angela, que vuelven luego a escena.)

RAFAELA (A Eugenia.) Sirva usted el café. (Vase Eugenia por la segunda izquierda.)

MELECIO (A Rafaela.) Tía, quisiera saber si Angelita me ama o no me ama.

RAFAELA Pues pregúntaselo.

MELECIO Es que no me atrevo.

RAFAELA Parece mentira que un hombre tan ancho sea tan corto. Mira. Vete a pasear por el jardín. Yo mandaré a Angelita a cortar flores, y así puedes hablarle sin testigos.

MELECIO Gracias, tía ; allá voy. (Vase por el foro. Al cruzarse con Angela y Rafael, que vuelven a escena, lanza un ruidoso suspiro.)

ANGELA (Sopla como un cachalote.)

## ESCENA X

RAFAEL, RAFAELA, ANGELA y EUGENIA ; después VALENTINA por el foro.

EUGENIA (Saliendo por la segunda izquierda con una bandeja que contiene servicio completo de café con leche y algunos bollos o panecillos.) Aquí está el desayuno. (Lo coloca sobre la mesa.)

RAFAELA (Sentándose.) Vamos, Angelita. (Eugenia sirve el café.)

ANGELA Voy, mamá.

RAFAEL ¡ Eh... un momentito ! Ahora me toca a mí. (Sacando del bolsillo un estuche y abriéndolo.) ¿ Para quién es esto ? ¿ Para quién he comprado yo esto ? ¿ Quién va a llevar en el cuello esto ? (Con voz melosa y como si hablara con un niño.)

RAFAELA (Tomándolo.) ¿ Un medallón con nuestros dos retratos ? ¿ Qué idea tan delicada ! Gracias, Rafael, ¡ qué bueno eres !...

ANGELA (Levantándose y mirando por encima del hombro de su madre.) ¡ Ay, qué bonito ! (Rafael se sienta y moja pan en el café.) ¿ Y esos sois vosotros ?

RAFAEL (Con la boca llena.) Hace diez y seis.

ANGELA ¡ Pero qué guapa eras, mamá !

RAFAEL Eras... eras... Tu madre es hoy todavía (Sorbiendo en la taza.) guapa.

ANGELA Claro está... ¿ Pues y tú ?... ¿ Qué bigote tan feo !... ¿ Y cuánto pelo !... ¿ Era todo tuyo ?

RAFAEL ¡ Indiscreta !

RAFAELA No te burles de tu padre. Ha sido un hombre muy guapo... (Mirándole.) hace diez y seis años.

RAFAEL Mujer, podías suprimir lo de hace diez y



- seis años. ¿Pero tú no tomas café? (Angela se sienta y toma café.)
- RAFAELA La alegría me quita el apetito.
- RAFAEL (Sirviéndose más café.) A mí viceversa.
- RAFAELA Una emoción más y lloro.
- RAFAEL ¡Caramba con las lágrimas! (Bebe café.)
- Mírame a mí. Una taza más y estallo.
- VALEN. (Por el foro, con varias cartas y periódicos.) El correo.
- RAFAEL Venga. (Recoge el correo y va distribuyéndolo. A Rafaela, dándole varias cartas.) Para ti. (A Angelita, ídem ídem.) Toma, dos cartas y *La Moda Elegante*. Ahí está *El Imparcial*... y éstas para mí. (Abriendo dos cartas sucesivamente.) Felicitaciones... (Pasando a su mujer las cartas después de leerlas.) Mira, de Carrasquilla... de Orejeda... (Leyendo la tercera.) De... de... (Inquieto.) (¡Demonio!... De Anita Coral... En qué ocasión...) (Angela lee con indiferencia una de las cartas.)
- RAFAELA ¿De quién es ésa?
- RAFAEL (¡Qué compromiso!) Esta no tiene importancia... Es insignificante... (Se escapa de la carta, y cae al suelo, un retrato de mujer.) (¡Atiza!)
- RAFAELA Se te ha caído un retrato.
- RAFAEL (Recogiéndolo.) Ah... sí... gracias... Un retrato insignificante. (Mirándolo.) (El suyo.)
- RAFAELA ¿Pero quién te escribe?
- RAFAEL Santoval, un amigo insignificante... El amigo en cuya casa me hospedo cuando voy a Madrid. (Angela se levanta y va hacia el foro, siempre leyendo.)
- RAFAELA (Quitándole la carta de las manos.) Déjame ver...
- RAFAEL (Queriendo recobrarla.) Si no te va a interesar...
- RAFAELA ¿Por qué no?
- RAFAEL (¡Quisiera estar en la Martinica!)
- RAFAELA (Leyendo.) «Querido peloncito. Es inútil que vengas a Madrid este mes. Yo me marchó a provincias contratada para una *tourné* de cinco o seis semanas... No de-

jes de mandarme la cantidad convenida. Siempre tuya. *Coral.*» (Rafaela mira fijamente a Rafael.)

RAFAEL (Aturdido.) Ya lo ves... insignificante...  
(Se limpia el sudor de la frente con el pañuelo.)

RAFAELA (Leyendo.) «Post-data. Adjunto va el retrato que me has pedido.» (Mirando el retrato.) Una mujer con traje de punto... ¡Pero qué poco punto!...

RAFAEL Algún punto veraniego... Traje de... baños de mar.

RAFAELA (Levantándose y con acento severo.) ¿Por qué me has dicho que era de Santoval? ¿Quién es esta mujer?

RAFAEL Rafaela... se trata de... un secreto de familia.

RAFAELA Sabes por experiencia que este género de secretos se me pueden confiar.

RAFAEL (¡ Maldito retrato !)

RAFAELA Habla.

RAFAEL (Sí, habla, habla... ¿Qué digo yo?... ¡ Ah... eso es... se la adjudico !... No veo otra salida...)

RAFAELA ¿Qué secreto es ése?

RAFAEL Un secreto que yo no debía violar, pero tú sospecharías... ¡vaya si sospecharías!...

RAFAELA ¿De ti?... Eso es.

RAFAEL Sí, sí. Prefiero confesártelo. Sabas, ¿sabes? nuestro amigo Sabas... el Sabas ese que estaba aquí hace un momento...

RAFAELA Sí, hombre; Sabas Ortiz.

RAFAEL Bueno; pues Sabas cometió, allá en su juventud, el mismo pecado que yo.

RAFAELA (Asombrada.) ¿Un hijo natural?

RAFAEL No, una hija a quien no pudo dar educación por falta de fondos, y que fué recogida por una familia de saltimbanquis. Catalina no sabe nada, pero Sabas se cartea con su hija por conducto mío. Le manda de cuando en cuando algún dinerillo... muy poco... seis reales... ocho rea-

les... y no pudiendo tener junto a sí a la muchacha, el pobre quiere al menos poseer su retrato.

RAFAELA En eso hace bien. ¿Pero quién podía figurarse que también Sabas?... Me dejas atónita.

RAFAEL Los jóvenes son tan atolondrados... es decir, somos... es decir, fuímos...

RAFAELA Dispénsame que haya insistido...

RAFAEL No, no, si has hecho bien. Podías sospechar... (Sigue hablando en voz baja.)

ANGELA (En el foro, leyendo la segunda carta.) (No me engañaba mi corazón. (Leyendo.) «Señorita, acabo de llegar a Astorga. La adoro a usted... Pronto sabrá usted de mí, *Fernando Palmerín*...» (Radiante.) Está en Astorga... Ya sabía yo que me quería...) (Guarda la carta y vuelve al proscenio.)

## ESCENA XI

Dichos y MELECIO, por el foro.

MELECIO (Tímidamente.) Tía... vuelvo, porque van a soltar a Garibaldi... y me tiene tirria...

RAFAELA (Sonriendo.) ¡Ay!... se me había olvidado... Angelita, Melecio quiere hablar contigo.

ANGELA Para pedirme relaciones, ¿verdad? Vaya, pues se acabó. Te digo que no, que no, y que no. Así, clarito.

RAFAELA (Asombrada.) ¡Angela!... (Rafael y Rafaela se levantan.)

ANGELA Que mi corazón pertenece a otro. A un joven que conocí en Madrid, en un baile, y a quien adoro con frenesí.

RAFAELA ¡Se ha vuelto loca!

RAFAEL ¡Completamente!

MELECIO (Y dice el tío que el amor viene con el trato...)

ANGELA Tú eres un buen muchacho, y si adelgazaras estarías hasta tolerable, pero no



puedes ser buen marido porque eres demasiado inocente, no conoces la vida, no has hecho locuras, calaveradas, barbaridades...

RAFAEL

(Furioso.) ¡Ah!... ¿y el otro joven?

ANGELA

Es un hombre verdadero, un hombre corrido, elegante, guapo... con unos ojos, y una boca, y una nariz...

MELECIO

Todo eso lo tengo yo, prima.

RAFAEL

¿Y cómo no nos has dicho hasta ahora?...

ANGELA

Porque no estaba segura de si me quería, pero ahora lo estoy... y si queréis saber su nombre...

RAFAEL

(Incomodándose.) Te prohibo que lo pronuncies delante de mí.

ANGELA

(Insubordinándose.) Es una tiranía.

RAFAELA

(Con dulzura.) Obedece a tu padre.

RAFAEL

¡Pues hombre... está bueno... un hombre corrido, un calavera. Te casarás con Melecio o serás monja.

RAFAELA

(Interviniendo.) ¡Rafael, por Dios!

ANGELA

(Con firmeza.) Pues seré monja.

RAFAELA

(Idem.) ¡Angela, por Dios!

ANGELA

Prefiero el claustro a la confitería.

MELECIO

Las monjas también hacen dulces y natillas.

ANGELA

(Sollozando.) Déjame en paz.

RAFAEL

Silencio.

ANGELA

(Llorando.) Seré monja, seré monja, seré monja. (Vase llorando por la segunda derecha.)

MELECIO

(Llorando.) Tío... tía... ¡Perdida para siempre!

RAFAELA

No te apures, tonto. Ya obedecerá.

RAFAEL

Le impondremos nuestra voluntad soberana.

RAFAELA

Vuelve a la tarde, y quizá te demos algún alegrón.

MELECIO

Bien. Volveré. (Suspirando.) ¡Ah!... (Vase por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA .

RAFAEL y RAFAELA. Luego SABAS por el foro.

RAFAEL (Muy excitado.) ¡Esto es inaudito!

RAFAELA No te sofoques.

RAFAEL ¡Vaya si se casará!... ¡Pues floja herencia le espera al sobrinito! Y que los dulces producen.

RAFAELA Cólicos... los últimos que mandó. Y digo yo... si la chica no le quiere...

RAFAEL Eso no tiene que ver. ¿Somos los padres o no lo somos?

RAFAELA Cálmate, hombre. Angelita es buena, nos quiere mucho, tiene una inteligencia clarísima. Yo le hablaré, y si, como es probable, eso de Madrid no es más que un capricho, propio de los pocos años, reconocerá su error y nos dejará el cuidado de asegurar su felicidad.

RAFAEL Así sea.

RAFAELA (Suspirando.) ¡Ay, si yo pudiera asegurar también la de...

RAFAEL ¿La de quién?

RAFAELA Rafael... aquí falta una persona, que no participa de nuestra felicidad... Una persona que no es responsable de la culpa de aquellos que le dieron el ser.

RAFAEL (Inquieto.) (¡Adiós!)

RAFAELA ¡Qué dichosa sería yo si quisieras satisfacer el deseo más ferviente de mi vida... tener otro hijo... pero el cielo no me lo ha concedido...

RAFAEL Sí, nos lo ha negado... el cielo es así.

RAFAELA Eso no. Si tú quisieras...

RAFAEL (Atónito.) ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

RAFAELA Que en realidad tenemos un niño. Tu hijo.

RAFAEL No hablemos hoy de eso. No me recuerdes... no me amargues...

RAFAELA Sí, por cierto. Precisamente quiero que hablemos hoy. Cuando me confesaste la

existencia de ese pobre ser, me propuse no añadir a tu confusión la vergüenza de tener que contestar a mis preguntas indiscretas. Esta parte de tu vida ha sido para mí un capítulo inédito.

RAFAEL

Que no debes leer. Yo te agradezco esa delicadeza.

RAFAELA

Pero por tu conducta ejemplar...

RAFAEL

(Haciendo un gesto de asombro.) ¿Ejemplar?

RAFAELA

Sí. Por tu conducta modelo, has adquirido toda mi confianza, y creo que ya es hora de que yo sepa detalladamente todo lo ocurrido. No me negarás en el día de hoy la satisfacción de un deseo tan sencillo. No me la puedes negar, esposo mío.

RAFAEL

(Desconfiemos.) Bueno... ¿qué quieres saber? (Rafaela indica a Rafael que se siente. Ambos lo hacen.)

RAFAELA

¿Qué ha sido de la madre?

RAFAEL

¿Qué madre?

RAFAELA

¡La madre de tu hijo!

RAFAEL

Ah, sí... (Efectivamente, ese niño, como todos los niños, necesita tener una madre... no había yo caído...)

RAFAELA

Vamos... domina tu emoción... ¿La madre?

RAFAEL

En el otro mundo. (Así acabo antes.)

RAFAELA

(Énternecida.) ¿Murió?

RAFAEL

Completamente. No quedó ni tanto así. (Señalando con el dedo.)

RAFAELA

¿Era bonita?

RAFAEL

Un prodigio. Con cada ojo... y unas caderas...

RAFAELA

¿Por qué no te casaste con ella?

RAFAEL

Porque te conocí a ti... y se acabó.

RAFAELA

Así sois los hombres. ¿De quién era hija?

RAFAEL

De un fabricante.

RAFAELA

¿De qué?

RAFAEL

De pipas y botones de nácar.

RAFAELA

¿Cómo la conociste?

RAFAEL

Pues... como se conoce a una joven... hija de un fabricante. Yo estaba allí...

ella también estaba allí... y así... llegamos a conocernos...

RAFAELA ¿El apellido del hijo será el de la madre?

RAFAEL Naturalmente... Como comprenderás... no le iba a dar...

RAFAELA Mal te has portado con esa infeliz; pero, en fin, siquiera has velado por tu hijo, y yo, lejos de mirar con malos ojos esa afec- ción, he acabado por compartirla.

RAFAEL (¡Qué malo se pone esto!... ¡Qué malo!...)

RAFAELA Te confieso que una niña me hubiera gustado más.

RAFAEL (Cándidamente.) Pues mira, si lo llego a saber lo arreglo a tu gusto.

RAFAELA No te burles, que esto es muy serio. A juzgar por la alegría que manifestabas siempre que subías al tren para ir a Madrid, he calculado el sufrimiento que debías experimentar por no tener cerca de ti a tu hijo, y hoy, día de nuestro santo, te pido que lo celebremos concediendo un sitio en esta casa, un lugar en esta familia a esa desgraciada criatura.

RAFAEL (¡Cataplum!) ¡Rafaela!... eso es imposible!...

RAFAELA ¿Por qué?

RAFAEL Porque el muchacho es un calavera, un perdido... No se puede hacer carrera de él.

RAFAELA Es muy natural. Abandonado a sí mismo no podía ocurrir otra cosa. La vida de familia, los buenos ejemplos que tú le darás, cambiarán pronto su carácter.

RAFAEL ¿Qué diría Angelita viendo de pronto a un joven desconocido, que ni siquiera lleva mi apellido, instalarse en casa?

RAFAELA Le haremos creer que es un huérfano, un niño perdido que tú has educado... Nada, es cosa hecha. Vas a escribir en seguida a Fernando.



- RAFAEL ¡ Estás loca !
- RAFAELA Rafael. No podría estimarte en lo porvenir si continuases viviendo a mi lado con esa grave falta sobre tu conciencia. ¿Escribes o no?
- RAFAEL (Bueno. Con romper luego la carta...) Escribiré.
- RAFAELA Gracias. Te reconozco. Vamos a tu despacho.
- RAFAEL (Rompo la carta... pero, ¿y después? ¡Qué berengenal!)
- RAFAELA Anda.
- RAFAEL Sí, sí. Vamos al berengenal.
- RAFAELA ¿Al berengenal?
- RAFAEL Digo, al despacho.
- SABAS (Por el foro.) Aquí estoy. Te doy treinta para cincuenta y la salida.
- RAFAELA Amigo Sabas, a propósito. Ahí lo tiene usted. Encima de la mesa. (Riéndose.)
- SABAS (Sin comprender.) ¿Encima de la mesa? Ah, gracias, ¿el café?... Ya he tomado.
- RAFAELA No, no es el café. El retrato.
- RAFAEL Eso es, el retrato. (Aparte a Sabas.) (¡ Psh !... disimula... ya te explicaré... )
- SABAS ¿Pero qué retrato?
- RAFAELA Hombre, el que usted esperaba con tanta impaciencia. El retrato de su hija.
- SABAS (Tomando el retrato.) (Una titiritera... ¿mi hija? )
- RAFAELA Con permiso. Vamos a escribir una carta. Volvemos en seguida.
- RAFAEL ¡ Pobre Sabas ! ¡ Qué cara pone !
- RAFAELA Espérenos aquí, ¿eh? Vamos, Rafael. (Vanse por la primera derecha.)
- SABAS (Asombrado en el centro de la escena mirando el retrato.) ¿El retrato de mi hija? ¡ Pero, caracoles ! ¿Dónde y cuándo la habré tenido yo?

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración del acto anterior. Sobre la mesa no está ya el servicio de café. Los ramos y demás regalos también han desaparecido. Al levantarse el telón Rafaela está sentada a la derecha, Rafael, a la izquierda; ambos en actitud dolorida, como de personas que han sufrido una desgracia.

### ESCENA PRIMERA

RAFAEL, RAFAELA; después EUGENIA por la segunda izquierda.

RAFAELA ¡ Dios mío ! ¿ quién podía figurarse ? ...

RAFAEL ¡ Calla, calla ! Yo estoy desfallecido, insensible, así... como si fuera de corcho...

RAFAELA ¡ Qué golpe tan inesperado !

RAFAEL Como casi todos los golpes... ; no los espera uno y... ¡ pum ! ya los tiene encima.

RAFAELA ¡ Es horroroso !

RAFAEL ¡ Monstruoso !

RAFAELA ¿ Y dices que ha sido de repente ?

RAFAEL Instantáneo... una apoplejía fulminante... y ¡ zas !... Yo lo veía ya venir..., tenía el cogote muy grueso.

RAFAELA Haga usted proyectos para este resultado.

RAFAEL Si no somos nada. *Rara avis... digo, pulvis eris.*

RAFAELA En fin, tendremos que dominarnos.

RAFAEL Es preciso. Hay que sobreponerse...

RAFAELA No ha sido culpa nuestra.

RAFAEL. Claro que no.

RAFAELA. Y como no tiene remedio...

RAFAEL. No tiene.

EUGENIA. (Saliendo por segunda izquierda con ramos de flores.)  
¿Dónde quiere la señora que ponga las flores?

RAFAELA. ¿Flores? En esta casa no puede haber hoy más flores que siemprevivas o crisantemos.

RAFAEL. Y algún ciprés.

EUGENIA. (Hace un gesto de asombro.) (¿Qué pasará?)  
(Vase por el foro.)

RAFAELA. (Se levanta, se acerca a Rafael, le pone la mano en la frente y le pulsa.) Rafael, estás muy destemplado.

RAFAEL. (Rechazándola.) Déjame, déjame. No se me puede tocar hoy.

RAFAELA. ¿Por qué?

RAFAEL. Por eso... porque estoy destemplado.

RAFAELA. Voy a servirte otra taza de tila. ¿Quieres?

RAFAEL. No te molestes.

RAFAELA. Sí, sí... Eso te entonará.

RAFAEL. Bueno. (Destemplado... entonará... parece que estamos arreglando una guitarra.)

RAFAELA. Ahora vuelvo. (Vase por segunda derecha.)

RAFAEL. (Levantándose.) ¡Ay... gracias a Dios! ¡Con este golpe final he salido para siempre de todos mis líos! ¡Qué a gusto se queda uno! (Bailando y castañeteando los dedos.) Tararí, tararí, tararé... tití, to, to... (Con música de la jota aragonesa.)

RAFAELA. (Saliendo de nuevo y viéndole.) ¿Qué es eso?  
¿Estás bailando?

RAFAEL. Sí... la... danza macabra... (Tararea la danza macabra, bailando al mismo tiempo.) Esto es nervioso... Fenómenos nerviosos que produce el exceso de pena comprimida.

RAFAELA. La tila te calmará. Mejor es que la tomes en el comedor.

RAFAEL. Como quieras. (Me va a hacer daño tan-



ta tila. Ya van cuatro tazas.) (Vanse por segunda derecha. Al salir Rafael tararea de nuevo la danza macabra, simulando un ataque de nervios.)

## ESCENA II

ANGELA por la segunda izquierda. Luego, CATALINA por el foro.

ANGELA (Con la carta del primer acto en la mano.) «La adoro a usted...» Esto no puede estar más claro... «Estoy en Astorga...» También es muy claro... «Pronto sabrá usted de mí.» Esto ya no está claro. ¿Cómo?... ¿cuándo?... ¿se atreverá a venir?

CATALINA (Por el foro. Entra muy sofocada y jadeante.) ¡Ay!... (Tomando aliento.) ¡Ay, qué disgusto!... (Cae sentada en una silla.) ¡Hola, Angelita!... ¿No está aquí mi marido?

ANGELA No, señora.

CATALINA En la oficina tampoco está... (Rabiosa.) Se me ha escapado... ¡Ay de él si le vuelvo a echar la vista encima!

ANGELA ¿Pero qué le pasa a usted?

CATALINA ¡El viejo verde, el hipócrita, el trapace-ro! ¡Tantas veces como me ha jurado que yo era su primero y único amor! ¡Ananías!... ¡Judas!... Ocultarme durante diez y siete años los amores criminales que había tenido con una joven... y las consecuencias... ¡qué consecuencias!

ANGELA ¿Es posible?... ¿Don Sabas?

CATALINA ¡Sí, hija, ese pillo!... ¡Y ser él mismo quien me ha comunicado!... Por supuesto, yo siempre tuve mis sospechas. Había un no sé qué en sus costumbres..., el dinero no le duraba apenas..., y la culpa es mía..., nada más que mía..., por haberle concedido demasiada libertad..., por haberle dado más dinero del necesario. Pero lo que es en adelante... la Inquisición se va a quedar tamañita... Vaya,

me voy al Círculo a ver si está. Le daré un escándalo monumental... No creas, que ya se ha llevado en casa su merecido, pero no estoy satisfecha. Quiero sacarle los ojos... Adiós.

ANGELA (Acompañándola.) Vamos, Catalina, tenga usted calma..., reflexione que...

CATALINA No puedo reflexionar..., no puedo ... Me siento feroz..., carnívora.

ANGELA Se va usted a comprometer... (Vanse las dos discutiendo por el foro.)

### ESCENA III

RAFAEL. Luego SABAS.

RAFAEL (Por la segunda derecha.) ¿Quién habrá inventado la tila? Yo creo que me va a hacer daño. Pero no hay más remedio que fingir excitación... Tengo la obligación de estar nervioso unos cuantos días... Al fin y al cabo la pérdida de un hijo siempre es la pérdida de un hijo... (Sabas entra por el foro con aspecto abatido. Lleva el sombrero abollado, la corbata deshecha, el chaleco sin la mayor parte de los botones. Se sienta sin decir una palabra.) ¡Sabas!

SABAS ¿qué es eso? ¿De dónde sales?  
Del jardín. Estaba escondido detrás de una maceta. Cuando venía a tu casa vi entrar a mi mujer; ahora la he visto salir con tu hija.

RAFAEL Estás hecho una lástima. ¿Qué te ha ocurrido?

SABAS Me ha ocurrido que he puesto en ensayo tu ingenioso ardid. ¡Mecachis! ¡Si no llega a ser ingenioso!... ¡Siéndolo, por poco me matan!...

RAFAEL ¿Cómo? ¿Tú has...

SABAS He confesado a mi mujer que antes de casarme había cometido una falta, y que, a consecuencia de esa falta, tenía una hija natural en las islas Canarias.

RAFAEL ¡ Vil imitador ! ¿ Y cómo te has atrevido ? ...

SABAS ¿ Cómo ? ¿ Pues no has sido tú mismo quien me dió los medios ... , quien me incitó ? ...

RAFAEL ¿ Yo ? ¿ Que yo te incité ? ...

SABAS Naturalmente. Cuando me disteis el retrato de la titiritera, diciéndome que era el retrato de mi hija, al principio no comprendí ... , pero después supuse que tú, compadecido de mi situación, querías que yo me aprovechara también del recurso maravilloso, y que para que lo intentase me dabas ese retrato, preparándome ya el terreno delante de tu mujer. Tuve un acceso de heroísmo, llegué a mi casa y ...

RAFAEL ¿ Y se lo dijiste a Catalina ?

SABAS No ; lo que es cara a cara, ni aun con un acceso de heroísmo, nunca me hubiera atrevido. Me come. Le escribí una carta, que coloqué unida al retrato en su cesta de labor, y esperé los acontecimientos. Yo dije : En cuanto lo sepa, le dará un ataque de nervios.

RAFAEL ¿ Y le dió ?

SABAS Le dió por pegárme. El ataque lo sufrí yo. Aquello fué horrible. Se arrojó a mi cuello, me arrancó los botones del chaleco, me abolló el sombrero ... y lo que había debajo, en fin, ya me ves. Vengo a pedirte protección, puesto que tú tienes la culpa. Ahora ya estamos iguales. Tú, padre de un hijo ; y yo, de una hija. Si quieres podemos casarlos a los dos.

RAFAEL Te equivocas. Mi hijo ha subido al cielo.

SABAS (Estupefacto.) ¿ Qué me cuentas ?

RAFAEL Le he matado. Le he asesinado.

SABAS Pero, ¿ por qué ?

RAFAEL Porque mi mujer se empeñó en que viniera a vivir con nosotros. La situación se agravaba ... y no teniendo otra salida,

dije a Rafaela que al ir a echar al correo la carta que llamándole escribí al muchacho, encontré un telegrama urgente dándome la triste noticia de su fallecimiento a consecuencia de una congestión cerebral.

SABAS Eres maquiavélico. ¿Y ahora se acabaron los viajes a Madrid?

RAFAEL ¡Quiá, inventaré otra cosa!

SABAS Me causas una verdadera admiración.

RAFAEL (Con modestia.) Soy muy inteligente, lo confieso. Me salgo de lo vulgar. Me salgo del montón. (Viendo a Rafaela, que entra por la segunda derecha.) ¡Chist!... ¡Rafaela! (Sabas se arregla un poco el traje y la corbata.)

## ESCENA IV

Dichos y RAFAELA. Después, ÁNGELA, por el foro.

RAFAELA ¿Te tomarías otra tacita?

RAFAEL No, no.

RAFAELA (Viendo a Sabas.) ¡Ah!... Sabas... ¿Le ha contado a usted Rafael la desgracia tan horrible?

SABAS. Sí..., es desagradable... ¡Caramba!... Un hijo tan crecido...

RAFAELA Y tan guapo... Tenía un bigotito... y una naricita... Ya verá usted el retrato. (Llorando y abrazando a Rafael.) ¡Ay, pobre Rafael!

RAFAEL (Abrazando a Rafaela.) ¡Pobre Rafaela!

RAFAELA ¡Cuando iba a venir en nuestra compañía!...

SABAS El hombre propone y Rafael dispone... Digo, Dios..., Dios dispone.

RAFAELA Cuando iba a sentarse a nuestra mesa..., a compartir nuestro techo... ¡Ay, Sabas!... ¡Quiera Dios que nunca le ocurra a usted lo mismo con su hija!...

SABAS Por ahora sigue bien..., gracias.

ANGELA (Por el foro.) ¿Qué es esto?... ¿Mamá llorando?



RAFAELA Si tú supieras, Ángela..., si supieras...  
ANGELA ¿Ocurre alguna desgracia?  
RAFAELA Terrible... Acabamos de saber que el hijo de...

RAFAEL (Tapándole la boca. A Rafaela.) (¿Qué vas a hacer, imprudente? Ángela debe ignorar...)

RAFAELA (Tienes razón.)

ANGELA (Con insistencia.) ¿El hijo de quién?...

RAFAEL De Sabas. (Éste lo pagará.)

ANGELA ¿De Sabas?

RAFAEL Sí. Sabas tiene un hijo.

SABAS (¡Qué embustero!)

ANGELA (Con malicia.) ¡Ya! Ya lo sabía.

SABAS (¡Pues sabe más que yo!)

RAFAEL (Asombrado.) ¿Qué tú sabías?...

ANGELA Me lo ha dicho Catalina, que ha estado aquí.

RAFAEL ¡Ah!...

RAFAELA (A Rafael.) (¿Ya se han enterado?)

RAFAEL (A Rafaela.) (Se conoce.)

ANGELA Pero ella dice que es una hija.

RAFAEL Una hija y un hijo... Tiene dos.

SABAS (¡Atiza!... Soy el padre universal.)

RAFAEL Pues el hijo, que ayer estaba sano y bueno, acaba de morir de una apoplejía. (A Sabas.) (¡Llora, hombre, llora, haz el favor! ¡No seas zoquete!)

SABAS (Atontado.) ¡Ah!... ¿También tengo que llorar?

ANGELA ¡Pobrecillo! Lo siento mucho.

RAFAEL (Si no lloras te pido las cuarenta y una pesetas.)

SABAS (¡Bueno! ¡Lo que hace un hombre por ocho duros!) (Finge llorar.)

RAFAEL (A Ángela.) ¿Lo ves?... Mira qué acongojado... ¡Pobre Sabas!... Y como Rafaela y yo somos tan sensibles..., todo nos afecta... (Se limpia los ojos con el pañuelo. A Sabas:) (¡Di algo triste, alcornoque!...)

SABAS (Llorando.) ¡Ay!... ¡Qué tristeza!

RAFAEL Anda, vamos a jugar unas carambolas.

SABAS (Olvidándose de su papel.) Vamos... Te doy treinta para cincuenta y la salida.

ANGELA ¿Pero va a jugar, después de una desgracia tan terrible?

RAFAEL Para aturdirse... Eso le distraerá... ¡Desdichado padre!... Anda, Sabas, anda. Valor. (Ahora te explicaré.)

SABAS (A Rafael.) (Es el último hijo que te aguantó, ¿eh? Que conste.) (Vanse por la primera izquierda.)

## ESCENA V

RAFAELA y ÁNGELA. Después, EUGENIA.

ANGELA ¡Lástima de chico! ¿Y era mayor?

RAFAELA Veintiséis años.

ANGELA ¿Catalina no sabrá nada?

RAFAELA No. Ni se te ocurra decírselo. (¡Es forzoso mentir!) No llevaba su apellido.

ANGELA ¿Cómo se llamaba?

RAFAELA Pues... (No le ha conocido y puedo...) Se llamaba Fernando Palmerín. (Angela lanza un fuerte grito y cae desmayada en brazos de su madre.) Hija mía..., hija de mi alma..., ¿qué te pasa? ¡Ay!... Quizá el disgusto de esta mañana, o el corsé demasiado apretado... (Llamando.) ¡Eugenia! ¡Eugenia! (Entra Eugenia por la segunda derecha.)

EUGENIA Señora... (Viendo a Angela.) ¡Ay!... ¿Qué tiene la señorita?

RAFAELA Un vahído... Trae agua, vinagre, éter... El éter lo tengo yo guardado... Ayúdame. (La sientan en una silla.) Aguarda... (Vase por la primera derecha.)

## ESCENA VI

ANGELA y EUGENIA.

EUGENIA (Abanicando a Angela con el delantal.) Señorita..., señorita Angela... (Pausa.) Ya se le va pasando... Soy yo, señorita..., Eugenia.

ANGELA (Volviendo en sí.) ¿Quién?... ¡Ah!... Eugenia... Sí..., es espantoso.

EUGENIA (Con curiosidad.) ¿Espantoso?... ¿Qué?

ANGELA (Sollozando.) ¿No lo sabes? Fernando..., mi novio..., el que se parecía al Cid...

EUGENIA Sí, ya sé... El de la caja de pasas.

ANGELA No le veré más, Eugenia. Ya no pertenece al mundo de los vivos. Me lo ha dicho mamá.

EUGENIA (Asombrada.) ¿Ha muerto?

ANGELA De repente..., una congestión... Aquí mismo..., en Astorga.

EUGENIA Vamos... ¡Qué mala suerte! Ir a congestionarse tan fuera de cacho...

ANGELA No le sobreviviré. Nos enterrarán juntos.

## ESCENA VII

Dichos. FERNANDO, por el foro; luego, RAFAELA.

FERNANDO (A Valentina, que le sigue.) Bien... esperaré... Anuncia a don Fernando Palmerín. (Rafaela, que sale con un frasquito en la mano, al oír el nombre lanza un grito y huye por la primera derecha, arrojando a Fernando el frasco. Angela, lanza otro grito y huye por segunda izquierda. Eugenia, también gritando, huye por segunda derecha, y Valentina, por el foro.)

## ESCENA VIII

FERNANDO; después, RAFAEL.

FERNANDO El recibimiento no puede ser más chocante. Tres mujeres que echan a correr..., una que me tira un frasco. (Recogiéndolo.) Un frasco de éter...

RAFAEL (Por la primera izquierda, con un taco en la mano.) ¿Qué gritos serán esos?... ¡Virgen santísima! ¡Fernando Palmerín!



FERNANDO (¡ Calla !... Don Arístides Campomanes...)

RAFAEL (¡ Y yo que acabo de comunicar a mi mujer su fallecimiento ! ¡ Dios mío, si le ve !...)

FERNANDO (Saludando.) Señor don Arístides...

RAFAEL Pero, hombre..., ¿ vive usted ?... ¿ Tiene usted el descaro de estar vivo ?

FERNANDO Así parece.

RAFAEL ¡ Cuánto lo siento !

FERNANDO Muchas gracias.

RAFAEL No..., quería decir... vamos, que me hace usted muy mal tercio con no haberse muerto. Me pone usted en un verdadero apuro, y su presencia en esta casa...

FERNANDO ¿ Le desagrada a usted ?

RAFAEL Mucho. Muchísimo.

FERNANDO No acierto a explicarme...

RAFAEL Es largo de contar, y en estos momentos... Ya le explicaré en otra ocasión..., fuera de aquí... Ahora le ruego que me diga el motivo de su venida... Sea usted breve. (Tomando una silla que está próxima a Fernando.) Hágame usted el favor...

FERNANDO (Creyendo que le invita a sentarse.) Gracias. (Va a sentarse.)

RAFAEL (Retirando la silla.) De no tomar asiento. Vamos, pronto. ¿ Qué desea usted ?

FERNANDO No sé con qué derecho me apremia usted de ese modo. Yo deseo hablar con don Ramón Mosquera y su señora, dueños de esta casa, y a usted no le creo pariente ; pero, en fin, su presencia aquí me autoriza a pensar que quizás sea amigo íntimo, y lo celebro, porque así podrá ayudarme en mi pretensión.

RAFAEL Venga la pretensión... ¡ Vivito, vivito !

FERNANDO Cansado de mis locuras, en las que usted ha tomado parte tan activa y principal...

RAFAEL (Mirando a todos lados.) ¡ Pst !... Baje la voz.

FERNANDO He resuelto casarme con una preciosa joven que conocí en Madrid, en un baile.

RAFAEL (Intranquilo.) ¿ En un baile ? (¡ Canastos !)

FERNANDO Sí. La señorita doña Angela Mosquera.

RAFAEL (Dejando caer el taco al suelo y cayendo sentado en una silla.) (Mi hija. Era de este tarambana de quien se enamoró en el baile.)

FERNANDO ¿Qué? ¿Le sorprende?

RAFAEL No..., nada.

FERNANDO ¿Puedo contar con usted?

RAFAEL (Mirando al cielo.) (Señor..., un rasgo de ingenio..., una mentira bien traída.)

FERNANDO ¿Me ayudará?

RAFAEL (Dándose una palmada en la frente, como hombre que ha encontrado una idea.) (¡ Ya está ! ) No, señor. De ninguna manera.

FERNANDO (Con extrañeza.) ¿No?

RAFAEL Voy a decirle por qué. Angela es una muchacha muy bonita, muy elegante..., muy bien educada...

FERNANDO (Con entusiasmo.) Celestial, encantadora.

RAFAEL Su mamá es la mujer más simpática que usted se puede imaginar.

FERNANDO Me alegro, tendré buena suegra.

RAFAEL Pero, desgraciadamente, el padre...

FERNANDO (Con inquietud.) ¡ Ah ! ¿ El padre no ?

RAFAEL Mire usted, Fernando. Al padre de Angela nadie le conoce más a fondo que yo... Es un calavera incorregible, un aventurero, aficionado a las faldas.

FERNANDO Vamos, como usted.

RAFAEL Más que yo. Se ha gastado con las mujeres toda su fortuna.

FERNANDO Siendo suya...

RAFAEL Y la de su mujer y la de su hija. Lo que es la dote no cuente usted con ella.

FERNANDO Me es igual. No me guía el interés.

RAFAEL (Con rabia.) (No muerde... Apretaremos.) ¡ Ay, amigo Fernando !... Lo peor no es lo que le llevo dicho.

FERNANDO ¿ Hay más ?

RAFAEL Ha sufrido una condena por lesiones. Le mordió en una oreja al gobernador civil.

FERNANDO (Tranquilizándose.) Ah, pues si no es más que eso no me sorprende. Tendrá el genio

vivo... temperamento bilioso..., y la bilis...

RAFAEL (La bilis es la que yo estoy tragando... Este tío me desespera... Ahora verás...) Sí, tiene usted razón... Pero todavía falta algo más grave.

FERNANDO ¡Caracoles!... ¿Más grave?

RAFAEL Angelita...

FERNANDO (Alarmado.) ¿Qué?

RAFAEL Tiene un novio constructor de dulces.

FERNANDO ¿Constructor de dulces?

RAFAEL Sí, hombre; lo que llamamos, vulgarmente, confitero. Está loca por él, lo que se dice acaramelada, y hace pocos días...

FERNANDO (Cogiéndole por un brazo y zarandeándole.) ¿Qué pasó hace unos días? ¡Vamos!

RAFAEL Intentó fugarse con su novio..., nada más que un intento... Líbreme Dios de ofender a Angelita, no... Es buena, es honrada..., pero ante la oposición de sus padres..., en un momento de desesperación... Los cogieron en seguida..., a los diez minutos..., en la puerta del jardín... La reputación de la muchacha no ha sufrido en modo alguno, pero se enteró todo el pueblo..., y si ahora usted..., sabiendo que quiere a otro...

FERNANDO (Abatido.) No se esfuerze usted en persuadirme; demasiado comprendo.

RAFAEL Yo he cumplido mi deber de amigo confesándole la verdad. A mí me parece que la boda con el confitero es inevitable. Otro cualquiera se expondría...

FERNANDO Basta, Campomanes. No quiero saber más. Esa revelación me hace muy desgraciado, porque mi cariño era sincero; pero, como hombre de honor que soy, renuncio a ella, abandono esta casa para no volver jamás y hoy mismo regresaré a Madrid.

RAFAEL (Respirando con satisfacción.) ¡Ay! ¡Ya era hora! ¡Trabajo ha costado! Sí, sí.

(Sacando el reloj.) Tiene usted un tren a las cuatro. Es el mejor. Los otros son peligrosos, descarrilan, llegan tarde...

FERNANDO Adiós, Campomanes... Gracias, Campomanes. (Abrazándole.)

RAFAEL Adiós, adiós. (Vase Fernando por el foro, acompañado hasta la puerta por Rafael, y llevándose, distraído, el frasco de éter.)

## ESCENA IX

RAFAEL; después, SABAS, por la primera izquierda.

RAFAEL (Volviendo a escena.) Uno menos. Asunto concluído. Me río yo de Meternich, y de Bismarck, y de León y Castillo.

SABAS (Saliendo con un taco en la mano.) ¡Cuarenta y nueve seguidas!... ¡Chico, qué serie!

RAFAEL (Asombrado.) ¿Cuarenta y nueve? (Nunca ha pasado de seis... Se conoce que jugando solo juega más.)

SABAS Anda, tú tiras.

RAFAEL Sí, sí..., vamos.

SABAS ¿Tenías visitas?

RAFAEL Sí... (No se lo digo... Es muy torpe y podría...) El nuecero... Le estaba comprando nueces... ¡Ea! Voy a hacerte otras cuarenta y nueve si te vuelves de espalda.

(Vanse por la segunda izquierda.)

## ESCENA X

ANGELA, EUGENIA; después, FERNANDO. Angela se asoma con precaución por la segunda izquierda. Eugenia hace lo mismo por la segunda derecha.

ANGELA Eugenia.

EUGENIA Señorita.

ANGELA ¡Vive! ¡Vive!

EUGENIA Sí, señorita. A mí lo que me convence más



de que no está muerto es que se movía... y hablaba...

ANGELA (Entrando en escena.) Debe haberse marchado.

EUGENIA (Idem.) Es natural. Al ver cómo le recibíamos...

ANGELA ¡Yo me he llevado un susto! Al principio creí que era su sombra.

EUGENIA Yo también, y dije: ¡Pues no tiene mala sombra!

ANGELA ¿Verdad que es guapo?

EUGENIA ¡Vaya!... ¿Pero está usted segura de que era él?

ANGELA Segurísima. Lo que no comprendo es cómo decían que se había muerto.

EUGENIA Alguna equivocación.

ANGELA ¿Y no sabes?... ¡Mira qué casualidad! ¿De quién dirás que es hijo?

EUGENIA No caigo.

ANGELA De don Sabas Ortiz.

EUGENIA ¡Qué atrocidad! ¿De don Sabas y de doña Catalina?

ANGELA No. De don Sabas sólo... Es hijo... hijo... de segunda clase. ¿Pero qué habrá dicho de nosotras? ¡Echar a correr y dejarle solo!

EUGENIA Puede que haya creído que aquí en Astorga es costumbre recibir así a las visitas.

ANGELA Calla, simple. Y ahora se me ocurre a mí una idea. ¿Volverá o no volverá?

EUGENIA ¿No ha de volver? Los enamorados, cuando quieren bien, son como las palomas: siempre vuelven al palomar a buscar la comida.

ANGELA Entonces yo vengo a ser... así... como la algarroba. ¡Ay..., quiera Dios que mi Fernando tenga mucho apetito!

FERNANDO (Por el foro.) Me llevaba el frasco de éter... No quiero conservar un éter deshonorado, que ha pertenecido... (Viendo a Angela.) ¡Ella!

EUGENIA (A Angela.) ¡No decía yo!

FERNANDO Siento encontrarla. (Saludando.) Señorita...

ANGELA Caballero...

EUGENIA (Aquí sobra una... ¡Vaya si es guapo!)  
(Vase por segunda derecha.)

FERNANDO Pido a usted mil perdones por...

ANGELA Al contrario. Yo soy quien... le ruego nos dispense, que cuando vino antes... ni mamá ni yo esperábamos tener el gusto...

FERNANDO ¡Ah! ¿Cuándo ustedes no esperan a una persona...?

ANGELA Echamos a correr..., sí, señor.

FERNANDO (Y le tiran a la cabeza cualquier objeto.)  
(Entregando a Angelita el frasco.) Hágame usted el favor de tomar...

ANGELA (¿Será un obsequio?) Muchísimas gracias...; es usted demasiado amable. (Tomándolo.) ¿Para qué se ha molestado?

FERNANDO No es modestia. Era un deber.

ANGELA (Algún perfume...) (Destapando el frasco y oliendo.) ¡Uf!... Esto es éter... ¡Qué obsequio tan extraño!...

FERNANDO ¿La tía, buena?

ANGELA Buena, gracias... Pero siéntese usted.  
(Ofreciéndole una silla.)

FERNANDO (Sentándose.) Gracias. (¡Qué situación tan violenta!...)

ANGELA (Sentándose.) ¿De modo que estaba usted vivo?

FERNANDO (Dale..., todos me preguntan lo mismo...) Sí, señorita... (Suspirando.) ¡Desgraciadamente!...

ANGELA ¿Desgraciadamente? ¿Y por qué? ¿No dice usted que me adora? Supongo que su objeto al venir a Astorga no será otro que... (Ruborizándose.) pedir mi mano.

FERNANDO Ése era, efectivamente.

ANGELA (Asombrada.) ¿Era? ¿De modo que ya...?

FERNANDO Angela, no me obligue a ofenderla, a recordarle ciertas cosas...

ANGELA ¿Ciertas cosas? ¿Qué quiere usted decir? Hable.

FERNANDO Estoy enterado de lo del confitero.

ANGELA ¡ Ah ! ¿ Sí ? ... No haga usted caso ... , eso no tiene importancia ...

FERNANDO ( ¡ Friolera ! ... ¡ Y lo dice con una frescura ! )

ANGELA Es un primo mío.

FERNANDO El parentesco no altera en nada determinados hechos.

ANGELA Son cosas de mis padres. Ellos hubieran visto con mucho gusto que yo me casara con él.

FERNANDO Es natural.

ANGELA Pero esta mañana he declarado formalmente a mis padres que con el único que contraeré matrimonio es con usted. Pida usted más ...

FERNANDO No ... , si no pido más ... ( ¡ Pero qué situación tan violenta ! )

ANGELA ( Parece que no se entusiasma mucho ...  
¡ Ah ! ... ¡ Quizás tema el pobrecillo que yo, al saber su origen ... ) ¿ Ha visto usted ya al señor Ortiz ?

FERNANDO ¿ Al señor Ortiz ? ... No ... ( ¿ Quién será el señor Ortiz ? )

ANGELA A la señora de Ortiz ya comprendo que no podría usted presentarse, porque ella ignora, según me ha dicho, la existencia de usted.

FERNANDO Es muy probable. Como yo la suya.

ANGELA ¡ Ah ! ¿ Tampoco sabía usted ... ? Pues Ortiz es casado ...

FERNANDO ( Impaciente . ) Mire usted, Angela, no he visto a esos señores de Ortiz ... ( Con intención, mirándola fijamente y recalcando las palabras . ) pero he visto a Campomanes.

ANGELA ¿ Campomanes ? ( ¿ Quién será Campomanes ? )

FERNANDO He hablado extensamente con él.

ANGELA ( Con indiferencia . ) Lo celebro mucho. ( ¿ A qué vendrá ? ... )

FERNANDO ( No se turba ... ¿ Y cómo le digo yo ? ...  
¡ Es tan duro ! ... )



ANGELA Ahora quiero decirle una cosa que espero hará variar su actitud... Yo sé quién es usted, Fernando..., conozco la irregularidad que existe en su pasado.

FERNANDO ¡Le han contado mis líos !)

ANGELA Pero no me importa. No tema usted que oponga ningún reparo...

FERNANDO (Lo creo.)

ANGELA Espero que a mis padres les sucederá lo mismo. Por lo tanto, si usted está decidido a pedir mi mano...

FERNANDO (Con desvío.) Su mano...

ANGELA A no ser que prefiera usted que la pida el señor Ortiz.

FERNANDO ¡Dale con Ortiz !)

ANGELA Quizás fuera más correcto. Claro está que la señora de Ortiz tendrá que enterarse más o menos tarde de que usted anda por el mundo, y casi me inclino a creer, Fernando, que usted mismo, y cuanto antes, debía tratar de verla, arrojarse a sus pies, solicitar su perdón.

FERNANDO (No entiendo una jota... Resulta que para andar por el mundo necesito pedirle permiso a la señora de Ortiz... y rogarle que me dispense...)

ANGELA ¿Quedamos de acuerdo? ¿Lo hará usted? Don Sabas es muy apocado y nunca se atrevería...

FERNANDO (¿Don Sabas?... Éste es nuevo...)

ANGELA En seguida puede usted ver a mi padre y convencerle para que consienta... Yo también influiré con él... Es muy bueno... En el fondo, un alma de Dios.

FERNANDO (Con sorna.) Ya..., ya lo sé..., buenísimo.

ANGELA (Levantándose.) No hay más que hablar, ¿eh?

FERNANDO (Levantándose.) Angela... (Tomando una decisión.) Ya he dicho a usted que hablé con Campomanes.

ANGELA ¿Quién es Campomanes?

FERNANDO No se haga usted de nuevas. Este señor

me ha enterado..., (Vacilando.) me ha enterado...

ANGELA ¿De qué?

FERNANDO Primero, de que su papá de usted no reúne las condiciones de moralidad, de respetabilidad... necesarias.

ANGELA ¿Mi padre? (Indignada.) ¿Que mi padre...? Eso es una calumnia... Si precisamente es un modelo...

FERNANDO Bien. Dejemos a su padre... Pero lo otro... es terrible...

ANGELA ¿Lo otro? ¿Quiere usted acabar? ¿Qué es lo otro?

FERNANDO No insista usted.

ANGELA Sí, sí..., necesito saberlo..., hable usted..., (Con imperio.) se lo mando... ¿Qué le han dicho?

FERNANDO Sea. Campomanes me ha dicho que usted intentó fugarse de su casa, hace pocos días, con un confitero.

ANGELA ¡Jesús! ¡Qué infamia! ¿Y usted lo ha creído? Ese Campomanes, a quien no conozco, ni he visto en mi vida, debe ser un miserable..., algún enemigo nuestro. ¿Pero usted no comprende que un hecho semejante, un escándalo tan ruidoso, se sabría en toda la población? Infórmese usted, yo se lo ruego, pregunte usted a unos y a otros..., y verá el concepto que siempre he merecido.

FERNANDO (En eso tiene razón... ¿Si se habrán burlado de mí? Parece que habla con sinceridad.)

ANGELA (Indignada.) No se acusa de ese modo a una señorita... Fernando, le creía a usted más prudente...; pero no importa, ahora soy yo quien exige que usted me pruebe esa criminal calumnia, o, en caso contrario, me dé una satisfacción cumplida. Adiós, Fernando, adiós... (Medio mutis por segunda izquierda.)

FERNANDO (Con resolución.) No, Angelita..., no..., se

acabaron mis dudas. Perdóneme usted... He leído en sus ojos la verdad de cuanto afirmaba... He sido juguete de ese hombre... Ahora veo claro... Campomanes no me inspira confianza..., no he debido darle crédito... Recuerdo que hubo una época en que me pedía mis documentos..., no sé con qué fin... Debe ser un enredador..., ¡y yo le he creído !... ¿Me perdona usted?

ANGELA

Le perdono.

FERNANDO

(Cogiendo una mano de Angela.) Sí, Angelita, pediré su mano.

ANGELA

Prométame usted dos cosas.

FERNANDO

Prometidas. ¿Cuáles son?

ANGELA

La primera, no hablar por ahora a mis padres ni una palabra de este asunto. Se disgustarían atrozmente.

FERNANDO

¿Y la segunda?

ANGELA

Que cuando vuelva a ver a ese embustero de Campomanes...

FERNANDO

Descuide usted..., llevará su merecido... Ahora voy corriendo a buscar a mi madre.

ANGELA

¡ Ah ! ¿ Por fin se decide usted ?

FERNANDO

Ya estaba decidido.

ANGELA

Me alegro..., es lo mejor... ¡ Pero, por Dios, Fernando..., mucha prudencia !... Podría disgustarse.

FERNANDO

¿ Quién ?

ANGELA

La señora de Ortiz.

FERNANDO

Pues con mandarla a paseo... (Dichosa señora de Ortiz.)

ANGELA

No, no..., es muy susceptible y lo estropearía todo.

FERNANDO

(Será alguna parienta próxima..., alguna tía...) Hasta muy pronto, Angela.

ANGELA

Valor, Fernando..., y diplomacia.

FERNANDO

La tendré. (Se estrechan las manos y vase Fernando por el foro, acompañado hasta la puerta por Angela.)

## ESCENA XI

ANGELA. SABAS, por la primera izquierda.

SABAS (Desde la puerta, como hablando con Rafael.) Bueno. Hasta luego. Volveré después de la oficina. Sí, saldré con precaución, no sea que mi mujer... (Se dirige despacio al foro.)

ANGELA (Viéndole.) ¡Ay, don Sabas, querido don Sabas! ¿No sabe usted la gran noticia? Prepárese usted a recibir un alegrón. Vamos..., ¡si no se lo puede usted imaginar!

SABAS ¿Un alegrón..., yo?... ¡Me chocaría!... No tengo costumbre...

ANGELA (Dicen que la alegría mata... Se lo iré contando poco a poco...) Pues... sepa usted, don Sabas, que su hijo..., aquel que se había muerto..., ¿sabe usted?

SABAS Sí. ¿Qué?

ANGELA

Se había muerto, efectivamente, pero no del todo. No era una apoplejía, no: era el tifus, la viruela, el sarampión... Ayer se encontraba gravísimo..., esta mañana estaba más aliviado..., y esta tarde..., hace cinco minutos que acaba de salir de aquí... ¡Ea, ya lo sabe usted!

SABAS

Caramba, caramba. ¿Conque el joven no había liquidado?

ANGELA

Vive, don Sabas, vive... y, además, me ama... Yo también le amo..., nos amamos los dos..., nos queremos casar en seguida.

SABAS

(¡Uy!... Otro lío... Pero, Virgen santa, ¿no se van a acabar estas trapisondas? ¡Y todo me lo cuenta a mí!)

ANGELA

Usted nos ayudará, ¿verdad?

SABAS

(¡Ese Rafael, que me deja solo!...)

ANGELA

No pierda usted tiempo..., ande usted..., pídale mi mano a papá..., se lo ruego.

SABAS

Mira..., Angela..., mi cabeza se... Yo me vuelvo loco... Déjame... (Pies en polvorosa..., es lo mejor.) (Vase corriendo por el foro.)



ANGELA    Póbre hombre..., la emoción le ha trastornado completamente... Irá a buscar a su hijo..., quizás también a su mujer para confesarle el secreto... y volver después, todos juntos, a hablar con mis padres.  
(Permanece un instante en el foro mirando al jardín.)

## ESCENA XII

ANGELA y RAFAELA; después, RAFAEL.

RAFAELA    (Por la primera derecha, sin ver a Angela.) He pasado el miedo más espantoso de toda mi vida. Si estuviéramos todavía en aquellos tiempos en que se creía que existían fantasmas y tragos..., hubiera creído que ese hombre era un fantasma o un trago..., pero como ya no estamos en aquellos tiempos no lo puedo creer.

ANGELA    ¡Mamá, querida mamá!... ¡Qué alegría! Fernando vive.

RAFAELA    Ya lo sé, hija mía, ya lo sé.

ANGELA    ¡Le he visto con mis propios ojos!

RAFAELA    Yo también... ¿Pero tú le conoces?

ANGELA    Voy a contarte..., verás...

RAFAELA    No, ahora no me cuentes nada..., luego... Tengo que hablar con tu padre... ¿Le has visto?... ¿Dónde está?

ANGELA    No lo sé... A ver si en el jardín... (Se asoma al foro. Rafael, con el taco en la mano, sale por la izquierda.)

RAFAELA    No, mírale. Aquí viene.

RAFAEL    (Sonriéndose.) ¡Hola, monina! (Poniéndose muy serio de repente.) ¡Ay, se me olvidaba la tristeza!) (En tono lúgubre.) ¡Hola, monina!

RAFAELA    ¿Quieres tomar...

RAFAEL    ¿Más tila? De ninguna manera.

RAFAELA    ¿Quieres tomar asiento? Necesito hablarte.

RAFAEL    (Le tengo un cerote a estas conferencias.) Estoy... ahí..., ensayando un retroceso

muy difícil..., para aturdirme..., para olvidar..., en estos días de luto...

RAFAELA Ya lo ensayarás luego. Siéntate.  
RAFAEL (Después de todo, como no ha llegado a verle, puedo estar tranquilo.) (Se sientan.)  
¿Es que... quieres hablarme?...

RAFAELA Sí.  
RAFAEL ¿De qué?  
RAFAELA Lo sabrás en seguida. (A Angela.) Angela, vete a tu cuarto. Deseo hablar a solas con tu padre.

ANGELA Está bien, mamá.  
RAFAEL (Con tal de que no le haya visto...)  
ANGELA (Con tal de que no se opongan...) (Vase por la segunda izquierda.)

### ESCENA XIII

RAFAEL y RAFAELA; después, VALENTINA.

RAFAELA (En tono severo.) Rafael.  
RAFAEL Rafaela.  
RAFAELA Me has engañado.  
RAFAEL (Fingiendo sorpresa.) ¿Te diriges a... un servidor, o a... (Mirando al rededor suyo.)

RAFAELA Sí; a un servidor. A ti.  
RAFAEL ¿Y dices...? Me ha parecido comprender que decías... que yo te había...

RAFAELA Engañado miserablemente.  
RAFAEL (Sonriendo.) Me lo dirás en broma, ¿eh?... Por distraerte..., por aturdirte..., en estos días de luto.

RAFAELA No.  
RAFAEL (¿Si le habrá visto?)  
RAFAELA Tu hijo vive. Tu hijo no ha muerto.  
RAFAEL ¿Qué me dices?... ¿Estás segura?  
RAFAEL Completamente. Le acabo de ver aquí mismo, en esta casa.

RAFAEL (Fingiendo alegría.) ¿De veras?... Hombre, pues... mira... me alegro muchísimo..., tengo una satisfacción... Me quitas un peso...

RAFAELA Basta de farsa.

RAFAEL (¿Cómo le habrá visto?)

RAFAELA ¿Por qué me has engañado, Rafael?  
¿Qué móvil te ha sugerido esa mentira?  
Bien sabes que nada puede quebrantar la  
confianza que tengo en ti depositada.  
Aceptaré tus explicaciones; pero si he de  
aceptarlas, es preciso antes, naturalmen-  
te, que me las des.

RAFAEL (Y vamos con el embuste número seis-  
cientos. Un día es un día.) Bueno..., pues  
ya que deseas saberlo..., lo vas a saber...  
Yo no quería decírtelo..., pero... te em-  
peñas..., insistes..., apremias..., interro-  
gas... (No se me acude nada artístico...) Verdaderamente yo no debía..., quizás tú  
sientas después...

RAFAELA Suprime los preámbulos.

RAFAEL (Distraído.) Es que estoy urdiendo. (¡ Uy !)

RAFAELA ¿Urdiendo?

RAFAEL Ardiendo. ardiendo en cólera. Si mi hijo  
no ha muerto para los demás, para mí sí  
que ha muerto.

RAFAELA ¿Para ti? ¿Por qué razón?

RAFAEL Fíjate bien en mis palabras. ¿Te fijas?

RAFAELA Sí. Me fijo.

RAFAEL Hace mucho tiempo que yo había adivi-  
nado tu secreto deseo de ver a mi hijo  
entre nosotros, y queriendo darte una sor-  
presa, escribí antes a Fernando ordenán-  
dole que se pusiera en camino ayer, con  
objeto de que llegase aquí hoy, día de tu  
santo.

RAFAELA ¿Hiciste eso, Rafael? ¡ Qué delicado eres !  
¡ Cómo te reconozco en ese rasgo !

RAFAEL Ya ves, siempre soy el mismo. ¡ El hom-  
bre de los grandes rasgos ! ¡ Poquito que  
me reía yo esta mañana interiormente  
cuando me proponías que trajéramos al  
muchacho !... Y decía, interiormente tam-  
bién : « ¡ Si supiera !... »

RAFAELA (Riendo.) ¡ Es natural : te desternillarías !



RAFAEL Una risa homérica..., la de los mejores tiempos de Homero. (¡ Pero qué cinismo tengo !)

RAFAELA Continúa.

RAFAEL Continúo. En lugar de ir a correos, como tú creías, voy a la estación, llega el tren, se detiene, baja Fernando... ¡ ya comprenderás la escena !... (Simulándola.) ¡ Hijo mío !... ¡ Padre de mi alma !... ¡ A mis brazos !... ¡ Por fin !... ¿ Y mi segunda madre ?... ¡ Buena, gracias !... Lágrimas, sollozos, suspiros entrecortados... (¡ Pues sale artístico, ya lo creo !)

RAFAELA (Impaciente.) Sigue, sigue.

RAFAEL Salimos de la estación, y tras, tras, tras, por las calles de Astorga, nos dirigimos a casa.

RAFAELA ¡ Qué alegres vendríais !

RAFAEL

Como dos pares de castañuelas... Pero aguarda, que ahora entra lo triste... Mientras hablábamos, yo iba notando en él algo extraño... Estaba receloso, intranquilo, contrariado... Le pregunto qué tiene... Contesta con evasivas... Insisto, le estrecho cada vez más..., y por fin me confiesa que... entre el juego y las mujeres ha gastado todo lo que nosotros le mandábamos.

RAFAELA

RAFAEL

¡ La juventud !...

Que ha pedido dinero a todos mis amigos de Madrid y que debe cerca de siete mil duros.

RAFAELA

RAFAEL

El abandono en que estaba...

(Fingiendo incomodarse.) ¿ Qué abandono, qué abandono ? Los vicios. Me indigné, me puse rojo, después amarillo. Lo cojo por el cuello, dudo si ahogarle o mandarle que regrese a Madrid, opto por esto último... y se lo ordeno.

RAFAELA

El pobrecillo no ha cumplido la orden. Sin duda esperando ser perdonado, estuvo antes aquí.

- RAFAEL Lo sé.
- RAFAELA No he podido hablarle, pero...
- RAFAEL Le he hablado yo.
- RAFAELA ¿Qué le has dicho?
- RAFAEL Que le prohibía para siempre la entrada en el domicilio paternal.
- RAFAELA Vamos, Rafael. Sé indulgente, sé humano. Sigue los impulsos de tu corazón generoso. Piensa que es tu hijo, la carne de tu carne...
- RAFAEL ¿Sí, eh?... ¡Menudo hueso tiene esa carne! ¡Siete mil duros!... Por este precio, solomillo.
- RAFAELA Perdona, Rafael, perdona.
- RAFAEL No hay de qué, mujer. Eres muy dueña.
- RAFAELA Que perdones a Fernando, digo.
- RAFAEL Nunca.
- RAFAELA Reduciremos nuestros gastos, le pagaremos sus deudas poco a poco.
- RAFAEL Cuando le pague a ese trasto una peseta habrá llovido. (Se levanta.) ¡Vaya si habrá llovido!
- RAFAELA (Suplicante.) ¡Hazlo por mí!
- RAFAEL No insistas. Es inútil. Tengo razones poderosas, razones de importancia suprema para exigir que ese individuo no vuelva a poner los pies en esta casa, y yo te aseguro que no los pondrá.
- VALEN. (Por el foro, anunciando.) El señor don Fernando Palmerín.
- RAFAELA Él... (Se levanta.)
- RAFAEL (¡Horror!...) (A Valentina, precipitadamente.) Que no estamos..., que no hay nadie..., que hemos salido para el Uruguay... o el Paraguay... (¡Ay!)
- VALEN. Bien, señor. (Medio mutis.)
- RAFAELA Aguarda, Valentina. (Valentina se detiene.) Que pase ese caballero.
- VALEN. Bien, señora. (Vase.)
- RAFAEL ¿Qué haces?
- RAFAELA (Con energía.) Justicia.
- RAFAEL Protesto y me voy... (Al Paraguay.)

RAFAELA (Cogiéndole de un brazo.) No te irás.  
RAFAEL (¡ Pero qué larga es la vida, santo Dios, qué larga !...)  
VALEN. (Por el foro.) Pase usted.

## ESCENA XIV

Dichos y FERNANDO, por el foro.

FERNANDO (Saludando.) Señora.  
RAFAELA Hágame usted el favor de tomar asiento.  
(Cierra todas las puertas, incluso las del foro.)  
FERNANDO (Viendo a Rafael.) ¡ Ah !... Está usted aquí, ¿ eh ? (Le da un fuerte puñetazo en el hombro.)  
RAFAEL (Haciéndose el desentendido.) Sí..., aquí, (Tocándose el hombro.) aquí... Si se sentara usted estaría más cómodo... (¿ Por qué me habrá dado este puñetazo ?)  
FERNANDO (A Rafael.) (Tenemos que arreglar una cuentecita, señor Campomanes, y la arreglaremos después. Ahora, chitón. Aquí no quiero escándalo.) (Le tira un pellizco.)  
RAFAEL (¡ Ay !... ¿ Por qué me pellizcará ?...) (Se va junto a Rafaela.)  
RAFAELA (Tomando una silla.) Siéntese. (Los tres se sientan.) ¿ Me autoriza usted para que le hable con toda franqueza, como si fuera su verdadera madre ?  
FERNANDO Con mucho gusto, señora. (¿ Por qué se quedará este estúpido ?)  
RAFAELA En ese caso creo que nos entenderemos.  
FERNANDO Permítame usted... (Indicando a Rafael.) El señor no debería presenciar...  
RAFAEL (¡ Ojalá ! ¡ Qué más quisiera !)  
RAFAELA No tema usted. Le he obligado yo a quedarse. Es conveniente.  
FERNANDO En ese caso...  
RAFAELA Tanto mi marido como yo, querido Fernando, comprendemos que los jóvenes deben divertirse.  
FERNANDO (Sonriendo.) ¡ La juventud dura tan poco !...

RAFAELA Pero no es necesario hacer locuras, y usted, Fernando, no negará que se ha excedido..., que ha rebasado el límite...

FERNANDO (Mis líos... se los habrá contado ese chismoso.) Confieso, señora..., que en ocasiones...

RAFAELA Su padre de usted tiene sobrados motivos para estar descontento...

RAFAEL ¡ Los rayos no son oportunos ! ¡ Quiá !

FERNANDO ¿ Mi padre ? Creo que usted no le conoce.

RAFAELA Mejor que usted.

FERNANDO (Qué coincidencia.)

RAFAELA Le conozco hace muchos años, los suficientes para saber que es bueno, indulgente, cariñoso, y que le perdonará a usted, con la condición de que en adelante siente la cabeza y renuncie para siempre a la vida desordenada que ha llevado hasta aquí.

FERNANDO (Indicando a Rafael.) ¿ Eso lo habrá sabido usted por... ?

RAFAELA Sí. El me lo ha dicho, y ha hecho muy bien.

FERNANDO (El primer puntapié va a ser imponente.) Señora, olvidemos eso, si a usted le parece... Hablemos de Angelita.

RAFAELA ¿ De mi hija ?... ¿ La ha visto usted ?

FERNANDO He tenido hace poco el placer de hablar con ella.

RAFAEL (Pues ya me explico el puñetazo y el pellizco.)

RAFAELA (Con interés.) Vamos a ver. ¿ Qué impresión le ha causado a usted ?

FERNANDO Profunda. Es adorable.

RAFAELA Me alegro. Se entenderán ustedes muy bien.

FERNANDO ¿ De modo que usted no se opone a mis pretensiones ?

RAFAELA Todo lo contrario. Y mi marido tampoco. (Mirando a Rafael.) ¿ Verdad ?

RAFAEL Tampoco. ¡ Dios mío ! Ahora estaba indicada la tila.)



FERNANDO Gracias, señora. Entonces..., una vez convenidos... No sé cómo demostrar mi reconocimiento. (Se levanta.)

RAFAELA (Levantándose.) De un modo muy sencillo. (Tomando la mano a Rafael y llevándole hacia Fernando.) No tiene usted más que...

FERNANDO (Atajándole la palabra.) Llamar a mi madre, que me espera en el jardín, ¿no es eso?

RAFAEL (¡ Su madre ! ¡ Apocalíptico ! ¡ El caos !)

RAFAELA (Aterrada.) ¿ Su madre ? (Rafael tararea por lo bajo la "Danza macabra".)

FERNANDO Verá usted qué simpática. Vuelvo en seguida. (Vase por el foro.)

## ESCENA XV

Dichos, menos Fernando.

RAFAELA (Inmóvil y como aturdida.) ¿ Su madre ?

RAFAEL (Sólo un terremoto fuertecito me podría salvar.)

RAFAELA Tiene madre. Vive su madre. Le acompaña su madre. ¡ Y tú me asegurabas que había muerto !

RAFAEL (Está visto, en la suerte de matar no me luzco. Siempre pincho en hueso.)

RAFAELA ¿ Qué quiere decir esto, Rafael ?

RAFAEL Es la resurrección de las almas. No te preocupes. Tenía que llegar, según el catecismo...

RAFAELA Si me habías confesado la existencia del hijo, por qué ocultar la de la madre ?

RAFAEL Porque temía provocar tus celos..., excitar tus sospechas..., perder tu confianza.

RAFAELA (Excitada.) ¿ La amarás aún ?

RAFAEL La odio. Y para demostrártelo, ahora mismo voy a arrojarla de esta casa. (Se dirige al foro.)

RAFAELA (Deteniéndole.) No. Quiero veros frente a frente. En vuestra actitud comprenderé la verdad. ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! Con-

tra la muerta no sentía enojo, pero ante la viva tiemblo, dudo...

RAFAEL (¿Para qué me habré metido yo a inventar hijos naturales?) (Fernando y Mercedes aparecen en el foro.)

RAFAELA Aquí están. Corazón, no estalles.

## ESCENA XVI

Dichos, FERNANDO y MERCEDES.

FERNANDO (Presentando a Rafaela.) La señora de Mosquera. Mi madre.

RAFAEL (Olé. Ahora empieza lo bueno.)

MERCEDES Señora...

RAFAELA Señora... (Toda esta escena la hará Rafaela comprimiéndose para no llorar y pasándose de vez cuando el pañuelo por los ojos.) Sírvase usted... (Indicando una silla.)

MERCEDES (A Fernando, indicando a Rafael.) ¿El padre?

FERNANDO (A Mercedes.) No, un amigo..., un chisgarabís...

MERCEDES (Saludando a Rafael.) Caballero...

RAFAEL (Aturdido.) Beso a usted la mano... (Hasta aquí no vamos mal.)

RAFAELA (Mirando a Mercedes.) (Es regular. Me parece que valgo yó mucho más que ella.)

MERCEDES (A Rafaela.) Dispense usted, señora, que nos hayamos tomado la libertad de venir a esta casa, pero yo tenía un vivísimo deseo de conocer a usted.

RAFAELA Gracias..., el gusto... (No puedo, no puedo...) (Con intención.) A mi esposo será inútil que le presente. De sobra le conocerá usted.

MERCEDES ¿A su esposo? Francamente, no recuerdo haberle visto en mi vida.

RAFAEL (¡Claro!)

RAFAELA (¡Comedianta..., cómo disimula!)

RAFAEL (A Rafaela.) (¿Ves qué fría está conmigo?) Y yo qué frío, ¿eh? (Aparte.) (Como que estoy helado.)

RAFAELA (A Rafael.) (Silencio.)

MERCEDES Mientras paseaba por el jardín he visto, asomada en un balcón, a una muchacha verdaderamente deliciosa. ¿Acaso será su hija de usted?

RAFAELA Probablemente.

MERCEDES Le felicito por tener semejante perla.

FERNANDO Es un diamante.

MERCEDES Bueno. No reñiremos por la calificación. Y su cara respira bondad; en eso no suelo equivocarme. Respecto a usted, señora, todo elogio me parece pálido. Los informes que de ustedes había tomado antes de decidirme a venir se confirman con la inmejorable impresión que recibo.

RAFAELA (¡ Ha tomado informes !... ¡ Se necesita descaro !...)

RAFAEL (Voy a ver si me escurro.) (Se levanta.)

RAFAELA (A Rafael.) (¿Dónde vas?)

RAFAEL (A Rafaela.) (Un calambre en esta pierna.) (Se sienta.)

MERCEDES Así, pues, me felicito y felicito a mi hijo Fernando por tener la suerte de ingresar en el seno de una familia tan simpática como respetable. Este género de familias ya va desapareciendo, por desgracia. La agitación de la vida moderna, la irregularidad en las costumbres hacen que muchos hogares no sean lo que parecen. Hay mucha corrupción, señora, mucha, créame usted. ¡ Se lleva una cada chasco ! Hay muchos maridos infieles, muchas esposas ultrajadas, hijos naturales que aparecen inesperadamente..., faltas ignoradas...

RAFAELA (¡ Qué aplomo !... ¿ Se burlará ?)

MERCEDES En cuanto a mi hijo, poco tengo que decir. Aun es muy joven, ha sido algo loco, pero ya va corrigiéndose, y espero que cuando esté casado...

RAFAELA (Levantándose.) (No puedo más..., me engañan mis fuerzas.)



RAFAEL (¡ Llega la catástrofe !)

MERCEDES Angela, su hija de usted, no se arrepentirá de haberle elegido por esposo.

RAFAEL (Aterrado.) (¡ Llegó !)

RAFAELA (Asombrada.) ¿Cómo? ¿Qué dice usted?... ¿Su hijo esposo de mi hija?... El hermano con... ¡ Ay !... ¡ Me vuelvo loca..., me vuelvo loca..., no quiero escuchar más !

(Vase llorando por primera derecha.)

RAFAEL Dispénsenla ustedes..., padece de los nervios..., y siempre que le hablan de casar a su hija..., la idea de separarse de ella... Ya comprenderán... ¡ La quiere tanto !

MERCEDES Sí, sí, es lógico. No importa. Ya volveremos.

RAFAEL Eso es ; vuelvan ustedes otra vez, dentro de un par de años..., (Rectificando.) de un par de días..., y ya se le habrá pasado. (Mañana mismo emigro de esta población.)

MERCEDES Hasta la vista, caballero.

RAFAEL (Saludando.) Señora...

FERNANDO (Acercándose mucho a Rafael y hablándole en la misma cara.) Hasta la vista. (Le da intencionadamente un fuerte pisotón.)

RAFAEL (Haciendo un gesto de dolor.) (¡ Uy, qué bruto ! ¡ Qué dolor !) (Sonriéndose forzadamente.) He tenido muchísimo placer... (¡ Quíá !) (Se dirigen todos al foro. Oyese dentro ruido de voces desatempladas, como de personas que disputan.)

MERCEDES ¿Qué es eso?

FERNANDO Parece que riñen. (Aparecen en el fondo Sabas y Catalina, que disputan acaloradamente. Catalina lleva en la mano el retrato que sacó en el acto primero. Administra a Sabas algunos empujones y le da con el retrato en la cara.)

## ESCENA ÚLTIMA

RAFAEL, MERCEDES, FERNANDO, SABAS y CATALINA. Después, ÁNGELA. Después, RAFAELA. Después, EUGENIA y VALENHINA. Después, MELECIO.

CATALINA (A Sabas.) Anda, sátiro, pillastre, Sardáná-palo, Herodes. (Enseñándole el retrato.) Te lo vas a comer.

RAFAEL (¡ Esos faltan !)

CATALINA (Viendo a Rafael.) ¡ Ay, Rafael !... ¿ No sabe usted lo que me pasa ? ¡ Mire usted qué retrato he encontrado en mi cesta de labor ! Es hija suya..., de Sabas... Ese tuno tenía una hija natural. Que lo sepa todo el mundo. (A Mercedes.) Mire usted, señora.

SABAS (A Rafael.) (Sálvame.)

RAFAEL (A Sabas.) (Es el primer pronto.)

ANGELA (Por la segunda izquierda.) (¡ Fernando !)

MERCEDES (¡ Angela !) ¡ Señorita ! (Saludando.)

ANGELA (Saludando.) Señora... (A Catalina.) ¿ Le ha dicho a usted ya don Sabas que su hijo vive ?

CATALINA Su hija será, es hija.

ANGELA No. El otro, el hijo... Tiene un hijo.

CATALINA (Dando un salto.) ¿ También un hijo?... Y ya son dos.

FERNANDO (Que ha mirado con curiosidad el retrato que aun conserva su mano.) Yo conozco a esta mujer.

CATALINA ¿ Sí ? ¿ Quién es ? Deme usted datos.

FERNANDO Es Anita Coral, domadora de perros. Una de las cinco hermanas Corales.

CATALINA ¿ Cinco hermanas ? Entonces mi marido tiene cinco hijas... y el hijo, seis...

SABAS (Ya me es igual. Vengan hijos.)

CATALINA (Amenazando a Sabas.) ¡ Pillo, facineroso !... ¡ Ay, ay !... (Se desmaya, lanzando antes algunos gritos. Todos acuden a socorrerla.)

RAFAELA (Por la primera derecha.) ¿ Qué pasa ? ¡ Catalina !... (Se acerca a ella.)

ANGELA (Que ha hablado breves momentos con Fernando.

Acercándose a Rafaela.) ¡Gracias, mamá, gracias!

RAFAELA ¿Por qué?

ANGELA Por haber consentido en mi matrimonio con Fernando.

RAFAELA Pero, desgraciada, ¿sabes tú quién es este hombre?

ANGELA ¿Este hombre?

RAFAELA ¡Es tu hermano! (Cae desmayada en una silla.)

RAFAEL (¡Agua va!) (Salen Valentina por el foro y Eugenia segunda derecha.)

ANGELA (Aterrada.) ¡Mi hermano! (Cae desmayada en otra silla.)

FERNANDO (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡Su hermano! ¿Luego mi padre...

MERCEDES ¡Hermanos!... ¡Luego mi marido!... ¡Ay!... (Cae desmayada.)

RAFAEL ¡Un médico! (Vanse los dos corriendo por el foro.)

SABAS (En primer término, cruzándose de brazos. A Rafael.) ¡Satanás, contempla tu obra!

RAFAEL (También cruzado de brazos.) ¡Contempla la tuya, Lucifer!

MELECIO (Entrando por el foro.) Felices. Venía a saber la respuesta... (Al darse cuenta de la escena abre desmesuradamente los ojos y toma una expresión de asombro extraordinario.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



## ACTO TERCERO

---

Un gabinete en casa de Rafael. Cuatro puertas laterales. En el foro derecha, puerta de entrada. En el foro izquierda, un balcón con una persiana levantada al empezar la acción. Muebles diversos.

### ESCENA PRIMERA

VALENTINA y EUGENIA, preparando una taza de tila y un vaso de mixtura antiespasmódica que hay sobre un velador. Voces de RAFAELA y ANGELA dentro. Después, RAFAEL.

EUGENIA Yo no he podido enterarme bien, pero algo he cogido al vuelo. Según parece, la señorita Angela no es hija de don Rafael, sino de don Sabas, y don Sabas es hermano de la madre del señorito Fernando, y la madre del señorito Fernando no es madre... ni tiene padre; en fin, hija, yo sospecho, en vista de esto, que aquí pasa algo extraño.

VALEN. ¡Pero cómo está todo! En cada casa hay un melodrama de gran espectáculo.

RAFAELA (Dentro, en primera derecha.) Eugenia. La tila.  
EUGENIA Voy, señora. (Vase por primera derecha llevando la taza.)

ANGELA (Dentro, en segunda izquierda.) Valentina. La antiespasmódica.

VALEN. Voy, señorita. (Vase por primera izquierda llevándose el vaso. Sale Rafael, por segunda derecha, con un frasco en la mano. Lleva un batín de mañana. Su aspecto es el de un hombre abatidísimo. Viene lentamente al proscenio y se sienta en una butaca.)



RAFAEL (Leyendo la etiqueta del frasco.) «Este específico, compuesto de bromuro de potasio, bromuro de sodio y bromuro de alcanfor, hace desaparecer en el acto la excitación nerviosa más rebelde. Una cucharada de café cada tres horas.» ¡Ay! Pero no hace desaparecer los hijos sobrenaturales, ni los líos conyugales, ni la indignación de las esposas ofendidas... En fin..., venga bromuro. (Lo prepara en una copa con servicio de botella, cucharilla, etc., que habrá en el velador, y lo bebe durante lo que sigue.) ¡Qué noche, Dios mío!... ¡Qué noche he pasado! Un batallón de hijos fantásticos me rodeaba en sueños, me acariciaba, me llamaba papá. Los había rubios, morenos, castaños, altos y bajos, púberes e impúberes, guapos y feos. Otro batallón de madres abandonadas, todas guapas, se dirigía hacia mí, llevando un estandarte en que se leía: «Reparación por subsiguiente matrimonio.» Otro batallón de abogados y procuradores, con Rafaela al frente, se acercaba gritando: «Divorcio.» (Aparece Sabas por el foro.) Y Sabas, el pobre Sabas; a quien he puesto en el mayor de los apuros, salía del centro de una nube vestido de clown, rodeado de sus cinco hijas, bailando en el alambre, seguido de los perros amaestrados que enseña Anita, y me decía iracundo: «¡En buen lío me has metido!»

SABAS (Que ha ido avanzando hasta quedar detrás de Rafael.) ¡En buen lío me has metido!

RAFAEL (Volviéndose sobresaltado.) ¡Eh!... ¿Tú?

SABAS Sí. Yo. (Yendo a sentarse en otra butaca.) Y siento decírtelo, chico, pero tu recurso maravilloso no vale absolutamente nada. ¡Valiente papa! (Mientras habla toma pastillas de una cajita que saca del bolsillo.) No te habrás quedado calvo por inventarlo.

RAFAEL No; mi calva es anterior. ¿Qué comes?

- SABAS Pastillas de coca y kola para levantar las fuerzas.
- RAFAEL Bien hecho. Este asunto trae mucha cola, te lo advierto.
- SABAS Después del escándalo de ayer me he quedado exánime, postrado, anémico, raquí-tico...
- RAFAEL Como yo.
- SABAS Sí, pero tú siquiera no tienes más que un hijo, y yo me encuentro con seis... ¡y cinco hembras! ¡Cualquiera las casa!
- RAFAEL Es que el mío vale por dóce. No puedo deshacerme de él. Ni aun matándole.
- SABAS ¿Todavía no se ha marchado?
- RAFAEL (Levantándose.) ¡Quía! Está en la fonda de ahí enfrente con su madre. (Mirando por el balcón.) Mírale, allí le tienes en la ventana, afeitándose con la mayor tranquilidad, como si no hubiera hecho nada, como si no fuera mi hijo. (Con amargura.) ¡Mi hijo!... ¡De qué buena gana le asesinaría! (Enseñándole los puños.) Pillo, tunante, ¿para qué has venido a Astorga? Para envenenar mi hogar honrado, y para administrarme puñetazos, pellizcos y pisotones. Ya me ha visto. Sí, a ti, a ti te digo. (Bajando la persiana.) Ea, no quiero ni verle.
- SABAS Y ahora, ¿qué piensas hacer? ¿Qué piensas inventar?
- RAFAEL No lo sé, El embrollo es demasiado grande. Fernando, enamorado de mi hija. Angela, enamorada de mi hijo. Rafaela, creyéndolos hermanos.
- SABAS ¡Vaya una ensalada!
- RAFAEL No veo más solución que emprender un viaje por el extranjero. El tiempo hará olvidar...
- SABAS ¿No sería mejor confesar a tu mujer que tu hijo era inventado, artificial..., que nunca lo has tenido?
- RAFAEL ¿Y cómo explico entonces mis repetidos y prolongados viajes a Madrid? Eso sería

confesar que la engañaba cínicamente desde hace mucho tiempo.

SABAS Tienes razón. No hay más recurso que tomar kola. (Tomando una pastilla.) Mucha kola.

RAFAEL Y bromuro. (Bebiendo.) Mucho bromuro.

## ESCENA II

Dichos. VALENTINA, EUGENIA; después, CATALINA, por el foro. Eugenia sale por primera derecha.

RAFAEL (Viéndola.) ¡Ah! Eugenia, ¿cómo está la señora?

EUGENIA Llorando. (Vase por el foro.)

RAFAEL (¡Cuánto me remuerde!... Esas lágrimas caen sobre mi conciencia como piedras de molino.) (Viendo a Valentina, que sale por primera izquierda.) Valentina, ¿qué hace Angela?

VALEN. Llorar. (Vase por el foro.)

RAFAEL ¿Lo has oído, Sabas? ¡Lágrimas por todas partes! ¡Qué sinvergüenzas somos!

SABAS Oye, oye... Lo serás tú. Yo, después de todo, no soy más que un modesto discípulo tuyo que inconscientemente...

RAFAEL Que inconscientemente quería engañar a su mujer y correr unas cuantas juerguecitas. A mí no me vengas ahora con hipocresías. Me ratifico en lo de sinvergüenzas.

SABAS (Resignado.) En fin, si tienes mucho empeño... aceptaré la falta de vergüenza que me corresponda.

RAFAEL Estas lágrimas que aquí se vierten no son las únicas que nuestra infame conducta ha provocado. De seguro que en estos mismos instantes tu mujer, tu pobre Catalina, pasado el primer momento de estupor, estará llorando amargamente. Me la figuro anegada en lágrimas.



### ESCENA III

Dichos. CATALINA, por el foro, con una carta en la mano.

CATALINA (Entrando.) ¿Está aquí ese trapisondista, ese cocodrilo?... (Viendo a Sabas.) Sí... está aquí. ¡Hola, Rafael!

SABAS (A Rafael.) ¡Anda, para que te la figures anegada en lágrimas! Ésta no se anega ni en el Missisipí.)

CATALINA ¿Qué dirá usted que he averiguado?

RAFAEL No caigo.

SABAS (¿A qué me salen más hijos?)

CATALINA Pues las hijas de este monstruoso marido, que Dios confunda, están muy cerca de aquí.

RAFAEL ¿Dónde?

CATALINA En León, trabajando con una compañía ecuestre. Mire usted el programa. (Se lo entrega.) Son, efectivamente, cinco hermanas. Anita presenta nueve perros amaestrados y un gato que toca el arpa. Estrella baila la serpentina. Zoraida tira al blanco. Rosina trabaja en la percha, y Flora se traga un sable.

SABAS (Pues tengo una familia muy entretenida. Para las noches de invierno es una ganga.)

CATALINA (Enseñando la carta.) He venido a leerle a usted la carta que escribo a estas individuos.

SABAS ¡Ah!... ¿Pero vas a escribirles?... ¿Te vas a rebajar?...

RAFAEL (Complicación postal.) ¿Pero va usted a escribir?...

CATALINA Naturalmente, quiero enterarlas de que en ningún caso podrán contar conmigo, de que no acepto el papel de madre acrobática que sin duda me reserva el porvenir. (A Rafael.) Y deseo que usted me aconseje, me dé su opinión... Escuche usted.

(Leyendo.) «A las cinco hermanas Corales, en León. Teatro Circo. Jóvenes.» ¿Qué le parece a usted?

RAFAEL ¿Qué?

CATALINA Lo de jóvenes.

RAFAEL Bien... A mí las jóvenes siempre me han parecido mejor que las viejas.

CATALINA No quiero llamarles señoritas, porque Dios sabe..., y mucho menos hijas... Por eso busco un término medio. (Leyendo.) «Jóvenes. Si la Naturaleza no me ha concedido la alegría de ser madre...»

SABAS No ha sido por mi culpa...

CATALINA ¡Descarado! (A Rafael.) ¡Todavía se atreve a hablar!

RAFAEL Siga usted. No le haga caso.

CATALINA (Leyendo.) «Si la Naturaleza no me ha concedido la alegría de ser madre, el instinto de la maternidad existe, sin embargo, en estado latente dentro de mi pecho.»

RAFAEL Muy bien.

CATALINA «Pueden ustedes, jóvenes, adivinar qué sacudida tan violenta sentiría mi alma cuando averigüé, repentinamente, que mi marido era el padre de cinco hijas, en las cuales yo no tenía participación de ningún género. Pasado que fué el primer momento de cólera indignación, razoné de esta suerte: ¿Quién sabe, me decía yo, si esas muchachas serán la alegría, el apoyo y el consuelo de mi vejez? Pero al saber quien eran ustedes y la clase de vida que arrastran, comprendí que tales sueños no podían realizarse. Entre ustedes y yo media una gran distancia, que no puede salvarse ni aun con trampolín. Los volatines en sí no deshonran a nadie; pero debo decir a ustedes que yo siempre he marchado por el árido camino de la virtud, y que la única vez que me he retratado fué con un traje decoroso, en el que entraron más de veintiséis varas de tela, sin

- contar los forros.» ¿Qué le parece a usted?
- RAFAEL Mucha tela.
- CATALINA Digo la carta.
- RAFAEL ¡Ah!... Bien..., muy elocuente..., muy moral... Esa carta convence a las cinco hermanas... y a toda la compañía y al *gato del arpa*.
- CATALINA Creo que bastará con esto para que comprendan...
- RAFAEL Vaya. ¡Y poco que se van a reir cuando reciban...!
- CATALINA ¿A reir?
- RAFAEL Digo, a llorar..., a llorar... ¡Pobres muchachas!
- CATALINA ¿Me hace usted el favor de un sobre y un tintero?
- RAFAEL Con mucho gusto. (Vase Rafael por la segunda derecha.)

#### ESCENA IV

Dichos y FERNANDO, por el foro.

- CATALINA (A Sabas.) En cuanto a ti, pensé al principio solicitar el divorcio, pero luego...
- SABAS Eso sería demasiado. No pido tantas gollerías.
- CATALINA ¿Gollerías, eh?... Y ahora que me acuerdo, tú tienes también un hijo... Habrá que resolver respecto de ese muchacho. Es preciso que no cuente con nosotros. Yo me lavo las manos para el porvenir.
- FERNANDO (Por el foro.) ¿Dan ustedes permiso?
- CATALINA Aquí está precisamente. Sí, sí, pase usted.
- SABAS (A Catalina.) (Pero Catalina, que no es éste..., que éste es..., que este joven... Que te equivocas.)
- CATALINA (A Sabas.) (Basta. Angelita me dijo que era éste. No se me despinta.)

SABAS (¡Más pasó Jesucristo! (Tomando pastillas.) Levantaremos las fuerzas, por lo que pueda ocurrir.)

CATALINA (A Sabas.) (Ni una palabra. Voy a hablarle yo.)

SABAS (Resignado.) (Como quieras.)

CATALINA (A Fernando.) Joven.

FERNANDO Señora...

CATALINA Le ruego que me preste toda su atención.

FERNANDO Con muchísimo gusto.

CATALINA Si la Naturaleza no me ha concedido la alegría de ser madre, el instinto de la maternidad existe, sin embargo, en estado latente dentro de mi pecho.

FERNANDO (Asombrado.) (¿Qué dice esta señora?)

SABAS (¡Se sabe de memoria la carta! Y le sirve lo mismo para los varones que para las hembras.)

CATALINA No le quiero hablar de la falta a la cual debe usted su existencia. Usted no tiene la culpa de semejante falta. El culpable, el único y verdadero culpable es su señor padre.

FERNANDO (Caramba, también ésta conoce a mi padre...)

CATALINA Pero yo, que no tengo nada que reprocharme, ¿debo soportar las consecuencias? Vamos, sea usted franco.

FERNANDO A mí me parece que no. (¿Y qué me importará?...)

CATALINA El apellido inmaculado de Ortiz debe quedar a salvo en este asunto.

FERNANDO ¿Ortiz?... ¿Es usted quizás la señora de Ortiz?

CATALINA La misma.

FERNANDO Hombre, ¡gracias a Dios!... Tenía curiosidad... ¿Y este caballero?

CATALINA Mi esposo, aunque me esté mal el decirlo.

SABAS (Y a mí serlo.)

FERNANDO (Saludando.) ¿Usted es Ortiz? Por muchos años.

CATALINA (Pretende disimular. Es delicado.) Dicho



esto, apreciable joven, sepa usted que ni ahora ni en el porvenir podrá contar con nosotros para nada absolutamente. ¿Comprende?

FERNANDO Sí, sí, que no puedo contar con ustedes...  
(Ahí me las den todas.)

CATALINA Absolutamente para nada. Adiós.

FERNANDO Adiós, señora. (Sin moverse.)

CATALINA Puede usted retirarse.

FERNANDO Pero si es que...

## ESCENA V

Dichos y RAFAEL, por segunda derecha, con un sobre y un tintero.

RAFAEL Aquí tiene usted. (Viendo a Fernando.) (Atiza..., mi hijo.)

CATALINA Gracias. (Se sienta ante el velador y escribe rápidamente el sobre, cerrando la carta. Rafael permanece a su lado mientras hablan aparte Sabas y Fernando.)

FERNANDO (Llevando aparte a Sabas.) (Dispense usted... ¿La señora?) (Tocándose la sien con un dedo.)

SABAS (Sí, sí. Rematada. ¿Lo ha comprendido usted?)

FERNANDO (A las primeras palabras que pronunció. ¿Y hace mucho tiempo que está así?)

SABAS (Desde que nos casamos. Un enfriamiento, ¿sabe usted?)

FERNANDO (¡Qué desgracia tan horrible!)

SABAS (Sobre todo para mí.)

FERNANDO (Vaya, pues que se alivie.)

SABAS (Muchas gracias.) (Se saludan con una reverencia.)

CATALINA (Levantándose.) Vamos al correo.

SABAS Donde quieras. (A Rafael.) (Oye, quedemos en algo definitivo. O este hombre es hijo mío o es hijo tuyo, pero de los dos no puede ser.)

CATALINA Anda. Adiós, Rafael.

RAFAEL Adiós.

CATALINA Caballero... (Saludando a Fernando, que contesta.)  
(¡ Pobrecillo !). (Vanse Catalina y Sabas, por el foro.)

## ESCENA VI

RAFAEL y FERNANDO.

RAFAEL (Incomodado, a Fernando.) Pero hombre, ¿tiene usted la frescura de presentarse aquí después de lo ocurrido ayer tarde?

FERNANDO Si usted mismo me ha llamado.

RAFAEL ¿Que yo le he llamado?

FERNANDO Desde ese balcón.

RAFAEL (Amenazándole con los puños cerrados, imitando los movimiento que hizo en el balcón.) ¿A esto le llama usted *llamar*? Entonces para usted *amenazar* será esto. (Hace ademán de llamarle cariñosamente con la mano.) Mal anda usted de señas. No sirve usted para sordo-mudo.

FERNANDO Bien. ¿No me ha llamado usted? Pues yo he venido, señor don Rafael Mosquera, antes Campomanes.

RAFAEL ¿Cómo? ¿Sabe usted?

FERNANDO Su verdadero nombre. Y ahora comprendo que como padre de Angelita, y guiado por el noble deseo de evitar revelaciones tristes y un escándalo cierto, tratase usted de despistarme y alejarme de aquí, apelando a todo género de subterfugios, de embustes muy disculpables... (Estrechándole la mano.) Gracias, don Rafael. Su intención era recta y honrada.

RAFAEL Y el puñetazo que me dió usted también era recto.

FERNANDO Me duele mucho haber hecho eso. Créame usted, don Rafael, hay puñetazos que duelen después de administrados.

RAFAEL Y en el momento de la administración.

FERNANDO Queda retirado. Perdóneme usted.

RAFAEL Sí, sí, le perdono. (Menos mal que éste disculpa mis mentiras.)

FERNANDO Comprendo la situación de usted... Es terrible.

RAFAEL No lo sabe usted bien.

FERNANDO Comprendo el efecto que mi presencia en esta casa le habrá producido.

RAFAEL No lo sabe usted bien.

FERNANDO Sé que debo marcharme.

RAFAEL Eso sí lo sabe usted bien. Cuanto más pronto mejor. Mi honor lo exige. La paz conyugal lo reclama.

FERNANDO Pero antes quisiera... despedirme...

RAFAEL ¿De quién?

FERNANDO De... mi madre... No..., dispense..., de su esposa... y de Angelita...

RAFAEL (No creo que me perjudique... Al contrario, ayuda..., da verosimilitud...) Aguarde usted. (Vase por la primera izquierda.)

## ESCENA VII

FERNANDO; luego, RAFAEL y ÁNGELA.

FERNANDO ¡Qué crueldades encierra el destino! ¿Quién podía sospechar que mi padre, un hombre tan serio, tan respetable, había tenido amores con la señora de Mosquera?... ¡Y probablemente con la señora de Ortiz! Resulta, pues, que yo soy hijo de la mujer con cuya hija quería casarme, y que la que hasta hoy pasó por madre mía no era más que madrastra. ¡Ah!... ¡La vida!... ¡La despreciable vida! ¡Nazca usted para esto!

RAFAEL (Por la primera izquierda, llevándolo de la mano a Angela, que llora.) Aquí tiene usted a su hermana. (A Angela.) Quiere despedirse de ti.

FERNANDO (Conteniendo un sollozo.) ¡Angela!

ANGELA ¡Fernando!

FERNANDO Abrázame.

ANGELA ¡Con toda mi alma! (Se abrazan estrechamente.)

RAFAEL (Alarmado.) Eh... eh..., niños..., ¡eso sí que no!



ANGELA ¿Por que no? Una hermana tiene siempre el derecho de abrazar a su hermano.

FERNANDO Y un hermano a su hermana.

RAFAEL ¡Aprieta!

FERNANDO Ya lo oyes, Angela, que apretemos.

RAFAEL No, hombre, si es exclamación. ¡Aprieta!

FERNANDO (Sin dejar de abrazarla.) Es el último..., y entre hermanos...

RAFAEL Sí, lo comprendo..., pero es que vosotros sois hermanos *subterráneos*. Ea. Basta de sobo.

FERNANDO ¡Sobo!... No llame usted sobo a la más pura afección, (Se separan.) al más tierno cariño.

RAFAEL Bien, bien, voy a avisar a Rafaela. Cuidadito, ¿eh?... Que no quiero abrazos fraternales. (Vase por primera derecha.)

ANGELA Escucha, hermano mío. En todo esto hay una cosa que no puedo comprender. Mi madre me dijo que tú eras el hijo del señor Ortiz, pero después, por lo ocurrido, se desprende que eres mi hermano, y por lo tanto, hijo de uno de mis padres.

FERNANDO La explicación es bien sencilla. Tu madre, al verme en esta casa, quiso ocultarte la horrible verdad, apelando para ello a cualquier subterfugio; pero al saber nuestras intenciones no pudo callar por más tiempo y reveló el secreto.

ANGELA Sí, eso habrá sido.

FERNANDO No se puede ya dudar. Tu madre me dijo ayer que conocía a mi padre hacía mucho tiempo... Esto que todos ignorábamos equivale a una confesión. ¿Cómo le conoció? No lo sé. ¿Qué pasó luego?... Tampoco lo sé.

ANGELA Es un misterio que nos ocultarán probablemente toda la vida. Yo pensé preguntar a la señora Ortiz.

FERNANDO La loca, que también conoce a mi padre.

ANGELA Pero no me he atrevido.

FERNANDO Vale más ignorar. Sólo sabemos una cosa : que somos hermanos.

ANGELA Por eso tenemos que querernos fatalmente.

FERNANDO (Con gravedad.) La voz de la sangre.

### ESCENA VIII.

Dichos. RAFAEL y RAFAELA, por primera derecha.

RAFAEL Vamos, Rafaelita. Ya no tiene remedio. Serénate. Hoy mismo se van. Nosotros también nos iremos. Lo pasado, pasado. Valor.

RAFAELA Lo tengo. Ya lo ves. No lloro. (A Fernando y Angela.) Hijos míos.

FERNANDO ¡ Ma... ! (Rectificando.) Señora.

ANGELA ¡ Mamá !

RAFAELA Espero, querido Fernando, que hará usted la debida justicia a mi intención, y me perdonará la desagradable escena de ayer. Yo no podía dejar que se casaran ustedes.

FERNANDO Efectivamente. Y yo, a mi vez, espero que usted me perdone el disgusto que por mí ha sufrido. Como usted comprende, yo no podía decir a cada muchacha a quien sacaba a bailar : « Dispense usted, señorita, ¿ sería usted por casualidad hermana mía ? »

RAFAEL (Gravemente.) No. Eso no se puede hacer.

RAFAELA Tened paciencia. Estos son los dramas de la vida. Pero no amilanarse. Después que cae la lluvia, vuelve a lucir el sol.

RAFAEL Es ordinariamente lo que suele ocurrir, si no está nublado.

RAFAELA Quizás vengan días mejores. Quizás andando el tiempo la alegría renacerá para todos nosotros. Mientras tanto, Fernando, prométame usted no guardar rencor contra aquellos que le dieron el ser.

FERNANDO (¡ Pobre madre !...) Sí, lo prometo, señora ; cuante usted con mi respetuoso y sincero cariño. (Se dan la mano.)

RAFAELA Gracias.

RAFAEL Estas entrevistas no se deben prolongar. Estrujan el corazón y le convierten en una alcachofa. Los malos tragos hay que pasarlos pronto. Váyase, Fernando, váyase. Iré a despedirle a la estación. (Para cerciorarme de que se marcha efectivamente.)

FERNANDO (A Angela.) Adiós. (Se abrazan.)

RAFAEL (Separándolos.) ¡ Dale !... Si es peor abrazarse... Se sufre más..., y despidiéndose a cierta distancia... se sufre menos.

FERNANDO (A Angela.) ¿ Te acordarás de mí ?

ANGELA Eternamente. (Fernando quiere abrazar de nuevo a Angela.)

RAFAEL (Separándolos.) Bueno... A mí, a mí. (Le detiene los brazos.)

FERNANDO Sí. (Le abraza sollozando ; en seguida abraza a Rafaela, que también solloza.)

RAFAEL (Separándolos.) ¡ Vamos !... (¡ Y que yo tenga que consentir esto !...) (Empuja a Fernando hacia el foro y le echa, no sin que antes Fernando, al cruzarse con Angela, la abraza de nuevo, separándolos Rafael. Vase Fernando.)

## ESCENA IX

Dichos menos Fernando. Después, VALENTINA, por el foro, con una tarjeta en la mano.

RAFAEL ¡ Se acabó !... Ahora sí que se acabó. No pensemos más en él. Se le seguirá pasando su asignacioncita mensual, si le parece... y *laus Deo*. Además, mañana mismo saldremos para Italia, o Francia, o Valladolid..., en fin, para cualquier sitio donde no nos conozcan, donde no se murmure... Dentro de un par de meses vol-

veremos, y aquí no ha pasado nada. (A Angela.) Tú buscas otro novio, procurando que no resulte pariente tuyo, y te casas cuando quieras...; a no ser que por fin te decidas por Melecio.

ANGELA ¿Por Melecio? Antes el claustro. ¿Por qué no habrá sido Melecio hermano mío en lugar de Fernando?

RAFAELA Niña, los hermanos no se escogen. Hay que tomar lo que viene, y no se admiten cambios ni devoluciones una vez fuera del establecimiento.

VALEN. (Entrando.) Este caballero (Entregando a Rafael la tarjeta.) desea hablar urgentemente con los señores. Dice que viene de Madrid sólo para ver a ustedes. Espera en el saloncito.

RAFAEL (Leyendo la tarjeta.) «Isidro Calleja. Comisionista de vinos generosos.» ¿Calleja? (Haciendo memoria.) ¿Quién es Calleja? ¿Quién es Calleja? (A Rafaela.) ¿Tú sabes quién es Calleja?

RAFAELA Debe ser un señor que vende vinos.  
RAFAEL ¡Toma, eso ya lo sabía yo! Dí (A Valentina.) que no estamos..., o que estamos de luto.

RAFAELA Pero reflexiona que si viene de Madrid expresamente... acaso se trate de algún amigo... Puede que le conozcamos y al pronto no recuerdes.

RAFAEL Tienes razón. Pues mira, recíbele tú, mientras yo me adecento un poco, porque así... (Indicando su ropa. Le da a Rafaela la tarjeta.)

RAFAELA Bien. (A Valentina.) Que pase ese caballero.  
ANGELA ¿Quieres algo, mamá?

RAFAELA Nada, hija mía. Que tengas resignación. (Vase Ángela por la primera izquierda.)

RAFAEL (Que iba a salir por la segunda derecha, volviendo de repente junto a Rafaela y tomándole una mano.) ¿Me perdonas?

RAFAELA (Después de vacilar.) Sí.



RAFAEL (Besándole la mano.) Eres un ángel. En pago a tanta generosidad, le encargaré para ti a Calleja seis cajas de vino generoso. (Vase por segunda derecha.)

## ESCENA X

RAFAELA. BALTASAR, por el foro, seguido de VALENTINA, que vuelve a marcharse.

VALEN. Pase usted.

BALTASAR (Saludando.) Señora...

RAFAELA Caballero...

BALTASAR Usted perdonará la libertad..., la molestia...

RAFAELA Es usted muy dueño. Hágame usted el favor de sentarse. Mi esposo saldrá en seguida.

BALTASAR Gracias. (Se sientan.) El objeto que aquí me trae...

RAFAELA No me parece difícil de adivinar. Realmente en casa bebemos muy poco, y únicamente en ciertos y determinados días... La celebración de algún santo..., algún convite íntimo... Sin embargo, le anticiparé que mi esposo piensa tomarle seis cajas.

BALTASAR ¿Seis cajas de qué?

RAFAELA De vinos generosos... Jerez..., Málaga...

BALTASAR Me parece difícil, porque yo no vendo vinos.

RAFAELA Entonces... no comprendo... esta tarjeta... (Enseñándosela.)

BALTASAR Es de un amigo cualquiera. La primera que encontré en mi tarjetero.

RAFAELA (Levantándose.) ¿Y puedo saber con qué intención?...

BALTASAR Calma, señora. Se trata de un ardid. Necesito hablar con ustedes sin descubrir mi verdadero nombre. Ni mi mujer ni mi

hijo deben saber aún que he llegado a esta población, siguiéndoles la pista, y por si acaso se hallaban en esta casa.

RAFAELA ¡Ah! ¿Usted viene siguiendo la pista a su mujer y a su hijo? (Se sientan de nuevo.)

BALTASAR Que aprovechando una corta ausencia mía, desaparecieron del domicilio conyugal sin decir *oste* ni *moste*, y, lo que es peor, sin advertirme a donde se dirigían. Yo no soy un hombre desconfiado ni celoso, no, señora, soy un niño, ¿sabe usted? Un niño grande..., un pedazo de pan... grande...; pero francamente, me ha parecido muy extraño este viaje de mi mujer... sin decir *oste* ni *moste*, como indiqué anteriormente. Por los criados supe que había venido a Astorga. Mi extrañeza no pudo por menos de aumentar. Ellos no conocen a nadie en Astorga, yo no conozco a nadie en Astorga. ¿Pues a qué a Astorga? ¿Qué se les ha perdido en Astorga?

RAFAELA (Impaciente.) Usted sabrá.

BALTASAR Si Astorga fuera un sitio de recreo digno de visitarse... si tuviera monumentos que admirar... o aguas minerales... en fin algo... pero si a mí hasta me parece mentira que haya personas tan simples que vivan en Astorga.

RAFAELA (¡Qué grosería!) (Levantándose.) Caballero, nosotros no tenemos nada que ver en asuntos de familia, y le suplico...

BALTASAR ¿Cómo que no tienen ustedes que ver? Ya lo creo. Acabo de enterarme de que mi mujer y mi hijo estuvieron ayer en esta casa largo rato. A eso de las cinco. Luego ustedes se conocen, y algo deben de saber.

RAFAELA ¿Cómo?... ¿que ayer?... ¿dice usted que ayer?... Sí, efectivamente..., pero entonces, usted debe ser...

BALTASAR Baltasar Palmerín, agente de negocios, para servir a usted.

RAFAELA (Asombrada.) ¡Palmerín!... ¿Usted es el pobre Palmerín?... ¿el desgraciado Palmerín?

BALTASAR ¿El desgraciado? Así, así. Tengo una suerte regular. No soy una mascota, pero tampoco me quejo.

RAFAELA (Menos mal.) Dispense usted que al pronto... la emoción... no podía figurarme que usted se presentara en esta casa... Yo no sabía que su mujer de usted tuviese un marido. La creía soltera.

BALTASAR Vamos, sí, nos creía usted *llo*. ¡Caracoles! Eso sí que no. Estamos casados a *macha martillo*. A piedra y lodo.

RAFAELA Entonces usted... se habrá casado con ella después.

BALTASAR ¿Después de qué?

RAFAELA Después de *eso*... de *aquello*... Caramba, no sé cómo llamarlo para no ofenderle.

BALTASAR (Alarmado.) ¿*Eso*?... ¿*aquello*?... ¿Quiere usted explicarse?

RAFAELA ¿Le parece a usted bien que lo califiquemos de *contratiempo* o de *extravío*, o encuentra más decoroso *resbalón*?

BALTASAR No entiendo una palabra. Hable usted claro. (Excitado.) Exijo que hable usted con claridad.

RAFAELA Pues con claridad. Digo que usted se habrá casado con ella después de haber quedado rotas las relaciones que tuvo... con mi marido...

BALTASAR (Levantándose furioso.) ¡Demonio!... ¿Mi mujer y su marido?... ¿Relaciones?... ¡Ay qué sospecha!... ¡Ay qué sospecha!...

RAFAELA ¿Pero usted no lo sabía?

BALTASAR ¿Yo qué había de saber? Si ya se lo dije a usted. Si soy un niño grande. Un pedazo de pan.

RAFAELA (¡Pues la he hecho buena!)

BALTASAR (Paseándose agitado por la escena.) ¡Claro! ¡Na-



turalmente ! No me diga usted más. Ya me explico este viaje misterioso. Ya sé lo que se le ha perdido en Astorga. ¿Y usted, que no lo ignoraba, consiente así, con esa frescura, que celebren entrevistas como la que ayer celebrarían, indudablemente... a eso de las cinco?

RAFAELA

No se excite usted, señor Palmerín. Yo no soy culpable de complicidad. He sufrido mucho... Un error funesto trajo aquí a esas personas. ¿Pero qué vamos a hacer? Lo mismo a usted que a mí nos toca resignarnos. Tenga usted presente que eran muy jóvenes... No reflexionaban... Lo que pueda repararse, se reparará. Si usted quiere, mi esposo reconocerá a Fernando.

BALTASAR

¡Cuerno ! ¿Qué está usted diciendo? ¿Reconocer a Fernando?

RAFAELA

Sin duda. Su hijo no puede pagar las culpas de los padres.

BALTASAR

(Con voz ahogada.) ¡Mi hijo ! ¿Pero es que...?

RAFAELA

Sí. Es decir, su hijo en realidad no ; el hijo de mi marido.

BALTASAR

¡ Ah ! ¿También eso? Y yo sin saber...

RAFAELA

Pero, hombre, usted no sabe nada. Está usted en el Limbo.

BALTASAR

¡ Y dentro de poco estaremos todos en el infierno ! ¡ Monstruosa infamia ! ¡ Horrenda iniquidad ! Señora, tráigame usted a su marido pronto. Quiero pulverizarle, triturarle, hacerle compota, mermelada, convertirle en tortilla. Vamos, ¿dónde está ese bandolero?

RAFAELA

(Suplicante.) ¡ Por Dios, caballero ! ¡ No lo tome usted así !

BALTASAR

¿Quiere usted que lo tome a risa? Necesito sangre. Necesito venganza. ¡ Su marido ! Venga ese marido o no respondo de mí. Considérese usted viuda.

RAFAELA

(¿Qué he hecho, Dios mío? El choque va

a ser terrible. Avisaré a Fernando y a su madre.) (Vase corriendo hacia el foro.)

BALTASAR (Queriendo detenerla.) ¡Alto, señora!

RAFAELA (Desasiéndose.) Déjeme usted. (Vase corriendo por el foro.)

## ESCENA XI

BALTASAR y RAFAEL, por segunda derecha, vestido de levita.

RAFAEL (Saliendo.) Servidor de usted.

BALTASAR (¿Será éste?)

RAFAEL (Muy amable.) Hágame usted el obsequio de tomar asiento y dispensarme si le hice esperar. Estaba de trapillo...

BALTASAR (Calma.) (Se sientan.) Para matarle, siempre hay tiempo.)

RAFAEL Conque de Madrid, ¿eh?

BALTASAR (Secamente.) De Madrid.

RAFAEL Yo, al pronto, no recordaba de usted; después, la verdad, tampoco caigo. (Haciendo memoria.) Calleja, Calleja... Ya le habrá dicho mi señora...

BALTASAR ¡Ah! ¿Su señora? (El es.) (Se levanta involuntariamente, dirigiéndose a Rafael en actitud agresiva, pero se contiene y vuelve a sentarse.) (Parece imposible... un hombre tan feo...)

RAFAEL (¡Diantre!... ¿Qué hace?) (Retira un poco la silla.)

BALTASAR Sí. Ya me ha dicho su señora... Bastante me ha dicho, mucho más de lo que yo esperaba.

RAFAEL No esperaba que fueran seis cajas, ¿eh? Bueno, usted me dirá los precios y las clases que vende. ¿Pajarete? ¿Pedro Jiménez? ¿Cuál es su especialidad?

BALTASAR (Iracundo.) Mi especialidad son los asesinatos y las estrangulaciones. Mi bebida favorita, la sangre humana.

RAFAEL ¡Carambola! (Este comisionista es originalísimo y peligroso.)

BALTASAR Ansiaba el momento de encontrarme con usted, señor Tenorio.

RAFAEL No, si no me llamo Tenorio, amigo mío. Me llamo Rafael Mosquera.

BALTASAR Y yo me llamo Baltasar Palmerín.

RAFAEL (Aterrado.) ¿Pal?... ¿Pal?... (¡ Santo Dios !)

BALTASAR El esposo de la mujer a quien usted engañó villanamente.

RAFAEL Caballero..., usted se equivoca.

BALTASAR Me lo acaba de confesar su esposa de usted.

RAFAEL (¡ Madre mía ! ¿ Por qué me has echado al mundo ? ¡ Si yo no hacía ninguna falta !)

BALTASAR ¿ Usted sabe con qué se lavan estas manchas en el honor ?

RAFAEL No, señor... no he lavado ninguna... y no estoy práctico.

BALTASAR Con dos pistolas. Cuerpo a cuerpo. Una cargada y otra descargada.

RAFAEL Bueno. Eso me parece bien. Yo me tomaré la cargada, con permiso de usted.

BALTASAR No. La suerte decidirá.

RAFAEL ¡ Quiá !... Entonces renuncio.

BALTASAR ¿ Se niega usted a batirse ? ¡ Cobarde !  
¡ Seductor !

RAFAEL (Aquí del carácter.) Me niego, sí, señor... y ojito con chillarme.

BALTASAR ¡ Villano ! ¡ Mamarracho !

RAFAEL ¡ Me insulta usted en mi propia casa !

BALTASAR (Sacando un revólver.) ¡ ¡ Y le mataré a usted como a un perro ! !

RAFAEL (Huyendo y escondiéndose tras los muebles.) Cuidado, no ande usted con esas cosas... a ver si se dispara y tenemos una tontería.

BALTASAR Prepárese usted a morir. Le permito rezar un credo.

RAFAEL (¡ Es un energúmeno ! ) Yo le diré... Yo le confesaré...

BALTASAR (Exaltado.) No quiero oír nada.

RAFAEL (Aquí de la velocidad.) (Corriendo hacia el foro.) ¡ Socorro ! ¡ Socorro !

## ESCENA XII

Dichos, RAFAELA, MERCEDES y FERNANDO, por el foro.

MERCEDES (Abalanzándose a Baltasar.) ¿Qué vas a hacer, Baltasar?

RAFAEL ¡ Una barbaridad !... Fusilarme.

RAFAELA (A Rafael.) ¡ Calma, por Dios, calma ! No te pierdas, Rafael.

RAFAEL (Aparte a Rafaela.) (Si no llegas tan a tiempo, me pierdo... ¡ vaya si me pierdo !... de vista.)

BALTASAR (A Mercedes.) ¡ Aparta, infame !...

MERCEDES (Asombrada.) ¿ Infame ?...

FERNANDO ¡ Papá !...

BALTASAR No me llames papá. Eso a aquél. (Por Rafael.)

MERCEDES ¿ Pero qué estás diciendo ?... ¿ Me insultas, cuando yo soy quien debía... mejor dicho, quien debe recriminarte ?

BALTASAR ¿ Tú ?

MERCEDES Yo. Conozco tu falta. Sé que antes de casarte conmigo tuviste relaciones equívocas con esta señora. (Por Rafaela.)

RAFAEL (¡ Se va arreglando ! ¡ Se va arreglando !)

RAFAELA (Asombrada.) ¿ Conmigo ?... ¡ Qué insensatez !

BALTASAR No te burles. He averiguado que antes de ser mi esposa tuviste relaciones... desiguales con ese individuo.

MERCEDES ¿ Estás loco ?

RAFAEL (¡ Me río yo del nudo gordiano !)

BALTASAR Y que Fernando es hijo tuyo, pero no mío.

MERCEDES Al contrario. Me consta que Angelita no es hija de este señor, (Por Rafael.) pero sí tuya.

FERNANDO ¿ Quieren ustedes explicarse y ponerse de



acuerdo, a ver si encuentro quien quiera ser mi papá definitivamente?

MERCEDES Aquí debe haber un error.

RAFAEL (¡ Un horror !)

RAFAELA Es indudable.

FERNANDO Veamos... (A Baltasar.) ¿Tú conocías a esa señora? (Por Rafaela.)

BALTASAR La he visto hoy por primera vez en mi vida.

RAFAELA Así es.

FERNANDO (A Mercedes.) ¿Tú conocías a este caballero? (Por Rafael.)

MERCEDES Nunca le había visto hasta hoy. Que lo diga él mismo. ¿Es verdad o es mentira? Vamos, hable usted...

RAFAEL (No puedo más.) (Gritando mucho.) ¡ Es verdad !

RAFAELA ¿Cómo? ¿Pues entonces Fernando no es hijo tuyo?

RAFAEL (Gritando.) ¡ No !... Yo no tengo hijos varones. Yo no tengo más hija que Ángela. Yo no tengo faltas de qué arrepentirme, yo no tengo... vergüenza.

RAFAELA ¿Me has engañado?

RAFAEL De una manera indigna.

RAFAELA Durante diez y siete años.

RAFAEL Y cinco meses.

RAFAELA Ese hijo ausente y abandonado...

RAFAEL Era una invención, una superchería para obtener dinero y hacer frecuentemente viajes a Madrid. Allí conocí a Fernando, resolví utilizarle...

RAFAELA ¿Y el retrato, y los documentos que me enseñabas?

FERNANDO Todos míos. Siempre me estaba pidiendo mis papeles, que yo le dejaba con algún recelo, pero sin sospechar... ¡ ah, trapi-sondista ! ¿Conque era para eso? (Le da un puñetazo.) ¿Para eso?

RAFAEL Para eso... no hace falta pegar. Usted pega en seguida. Parece usted un bote de sindetikon.

RAFAELA Rafael: la confianza inquebrantable que había depositado en ti acaba de desaparecer para siempre. En lo sucesivo te acompaño a todas partes, y no tendrás más dinero que el necesario para fumar. (Ya hay dos Sabas en Astorga. A tres reales por cabeza.)

RAFAEL

### ESCENA XIII

Dichos, CATALINA y SABAS por el foro. Catalina trae a Sabas cogido de una oreja.

SABAS ¡Ay..., ay!... No tires, mujer, que me arrancas el lóbulo.

CATALINA Buenos días.

SABAS Rafael, no sirvo para estos líos. Lo he confesado todo.

RAFAEL Me alegro. Y yo también.

CATALINA (Enseñando el retrato.) ¿De modo que esta joven?... ¿Quién es esta joven?... La verdad...

RAFAEL No es hija de éste. (Por Sabas.) Palabra de honor. Yo mismo le di el retrato a Sabas delante de Rafaela para que no sospechara que yo... corramos un velo. Ya le explicaré a usted...

CATALINA (Por Fernando.) ¿Y este joven?

RAFAEL Todavía no tiene padres fijos, pero deben ser estos señores, salvo mejor opinión.

CATALINA ¿Pues sabe usted lo que le digo? Que son ustedes un par de sinvergüenzas.

RAFAEL (A Sabas.) ¿Lo ves? Ya se lo decía yo a éste.

SABAS Y me convenció. (Suspirando.) ¡Ah!... La culpa es de la primavera. Cuando el pájaro canta en la enramada, cuando el verde...

CATALINA Cuando volvamos a casa te voy a poner verde.

MERCEDES (A Baltasar, con quien ha estado hablando en voz baja.) Reconozco que hicimos mal en no advertírtelo, pero los negocios te absorben de tal manera, estás tan preocupado, que habíamos resuelto no decirte nada hasta saber si los señores de Mosquera daban su aprobación a nuestras pretensiones.

RAFAEL (Arrodillándose ante Rafaela.) Por última vez, ¿me perdonas, gacela mía?

RAFAELA Muy hermoso es perdonar; pero ¿quién me prueba que todo lo que afirmas no es una nueva invención, otro ardid para salir del paso?

RAFAEL ¿Una prueba? ¿Quieres una prueba? Hay una que te convencerá, porque es irrefutable, irrefutable, irresistible. (Yendo a la segunda izquierda.) Angela..., hija mía, ven.

#### ESCENA XIV

Dichos. ANGELA, por la segunda izquierda.

ANGELA ¿Qué quieres, papá?

RAFAEL (Llevándola de la mano hacia Fernando.) Te autorizo para que abras moderadamente a tu futuro esposo (antes hermano), Fernando Palmerín.

ANGELA Dios mío..., papá..., mamá... ¿Es cierto? ¿No éramos hermanos?

RAFAEL Ni pizca. Por mi parte, podéis casaros cuando queráis, digo... si... ustedes...  
(A Mercedes y Baltasar.)

MERCEDES Nada tenemos que oponer.

ANGELA ¡Qué felicidad! (Se cogen las manos.)

RAFAEL (A Rafaela.) ¿Te convences ahora?

RAFAELA Completamente.



RAFAEL ¿Olvidas lo pasado?  
RAFAELA Olvidado está. (Se estrechan las manos.)  
RAFAEL (A Sabas.) ¿Ves, amigo Sabas? No hay nada mejor que la verdad. La verdad honrada, sincera, completa y varonil. No mientas nunca, que es vicio muy feo.  
SABAS (Tiene razón. ¡Qué bien le ha salido!)  
RAFAEL El verdadero arrepentimiento siempre alcanza el perdón.  
SABAS Sí, sí. (Voy a ver si yo también consigo...) (Arrodillándose ante Catalina.) Gacela mía.  
CATALINA (Volviéndole la espalda.) ¡Vete al cuerno!  
SABAS (A Rafael.) (Esta gacela no es como la tuya. Está cerril.)  
RAFAEL (A Sabas.) (Hay que conquistar los pantalones.)

## ESCENA FINAL

Dichos. MELECIO, por el foro, con un cucurucho lleno de almendras en la mano.

MELECIO ¿Se puede?  
RAFAEL Adelante.  
MELECIO Buenos días. Venía a traer a ustedes este humilde kilogramo de almendras, y de paso a saber la contestación que me ofrecieron darme ayer... acerca..., acerca...  
RAFAEL Acércate, pobre Melecio. (Indicando a Fernando y Angela, que hablan muy entusiasmados, siempre con las manos cogidas.) Allí tienes la contestación. Te convidamos a la boda.  
MELECIO ¿Qué boda?  
RAFAEL La de tu prima Angela con su novio Fernando Palmerín. (Melecio deja caer los brazos con desaliento, volviendo el cucurucho boca abajo y derramando en el suelo el contenido. Después se lleva las manos a la cabeza y vase corriendo por el foro.)

RAFAELA

¡ Pobre chico ! ¡ Qué golpe para él !

RAFAEL

La felicidad de unos se amasa con las lágrimas de otros.

SABAS

Bonita frase. Me la apuntarás en un papel para decirla en el círculo.

RAFAEL

Te la regalo. (Al público.)

Si mis apuros mortales  
te han puesto de buen humor,  
aplaude, dueño y señor,  
LOS HIJOS ARTIFICIALES.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

